

RAZONES

PARA

LA ESPERANZA

José Luis Martín Descalzo

Índice de

" Razones para la esperanza ".

Introducción
1. Querido ladrón
2. La hierba crece de noche
3. ¿A qué derrota llegas, muchacho?
4. Música para sobrevivir
5. El suicidio de un niño
6. Una humanidad de trapo
7. El relámpago gris
8. Teoría del trampolín
9. «Reina» no ríe
10. Elogio del coraje
11. Niño en el cubo
12. Vagabundos Por fuera, bibliotecas por dentro
13. Morir solos, vivir juntos
14. Las monjas de la colza
15. Cándido y Roberto
16. Sarina ha vuelto
17. El año en que Cristo murió entre las llamas	...
18. Quemar a judas
19. Un campo sembrado de futuro
20. El terrorista no ha dormido esta noche
21. Todos los padres son adoptivos
22. Mis diez mandamientos
23. El arte de reírse de sí mismo
24. El arcángel caracol
25. Vivir con veinte almas
26. La farmacia de mi abuelo
27. Un ciego en San Pedro
28. Las seis cosas que dan honra
29. No mates a nadie, hijo

30. El «delito» de ser mujer
31. La vejez desprestigiado
32. Historia de dolía Anita
33. Pregón para una Navidad entre miedos
34. Dios era una hogaza
35. Dolorosa, dramática, magnífica
36. La hija del diablo
37. El hombre que había visto su entierro
38. La pedagogía de la Y
39. Los muebles ensabanados
40. La mano en el violín
41. Un campeonato de cariño
42. Me he sacado una espina
43. El milagro del gitano
44. Elogio de la tía
45. Hay estrellas
46. Los calumniadores del cielo
47. El hombre que mendigaba cuartos de hora
48. El desmadre y el despadre
49. Los ojos eran verdes
50. Casi omnipotente
51. Sardinas con chocolate
52. La gran pregunta
53. El incendio
54. La casa prestada
55. Los niños de la guerra
56. «Mete la espada en la vaina»
57. El vestido en el arcón
58. Caminar hacía el amanecer
59. El dulce reino
60. Enfermos de soledad
61. En el cielo no hay enchufes
62. La pata coja
63. Niña en la biblioteca .
64. «Miss Traje de Baño» no sabe nadar
65. Hombres y cafeteras

- 66. Animar al suspendido
- 67. Jesús nació mongólico
- 68. El malo de la película
- 69. Me acuso, padre
- 70. Anónima Matrimonios, S.A
- 71. Viajar como maletas
- 72. Una cura de Bach
- 73. El derecho a equivocarse
- 74. La estampida del egoísmo
- 75. La sonrisa y las tinieblas
- 76. El pobre en el jardín
- 77. La guerra de los listos
- 78. La paz nuestra de cada día
- 79. Hombres de cristal
- 80. Las nuevas esclavitudes
- 81. Cinco duros por la fruta
- 82. Asomarse a la puerta de la dicha
- 83. «Muchacho, cuida tus alas» ...
- 84. Cambiar de agenda
- 85. El reino de los «buenos días» ...
- 86. El hereje y el inquisidor

1.- Querido ladrón

Me gustaría que este primer apunte de mi cuaderno llegase a tus "manos, amigo ladrón, que hace dos semanas violentaste mi puerta, registraste mis cajones y abriste uno a uno todos mis armarios.

Me gustaría, al menos, darte las gracias, más, incluso, que por no haberte llevado nada, por no haber alterado el orden de uno solo de mis papeles.

Supongo, muchacho - porque estoy seguro de que eres poco más que un chiquillo -, que debiste maldecir a toda mi ascendencia al descubrir que en mi casa había sólo cosas que -desgraciadamente para ti, por fortuna para mí- no te interesaban en absoluto. libros, discos y algún objeto de arte muy cercano a mi alma, aunque no muy valioso.

Tú buscabas -supongo que para seguir hundiéndote en el infierno de la droga- joyas, oro, dinero. Te hubieras ahorrado el trabajo de romperme el marco de la puerta de haberme conocido.

Habrías sabido que el oro y las joyas me parecen las dos cosas más estúpidas del mundo. Y que, en cuanto al dinero, tengo una demoníaca habilidad para gastarlo más de prisa de lo que lo gano. No encontraste lo que no podías hallar. Y, sin embargo

Sin embargo, me quitaste -con la complicidad de mi cobardía, claro- algo de mucho más valor que los diamantes. Te explicaré.

Yo he defendido siempre que la confianza es parte sustancial de la vida de los hombres; que sería preferible no vivir a hacerlo con el alma acorazada. Si yo no me fío de los que me rodean, y circundo mi vida y mi corazón de hilo espinado, no hago daño a quienes a mí se acercan, me lo hago a mí mismo. Un corazón desconfiado envejece de prisa. Un corazón cerrado a cal y canto está más muerto que si realmente muriese.

Esa es la razón por la que siempre me resistí a reforzar mis puertas (gracias a ello te resultó a ti tan fácil la función de saltarlas). Y ésa misma es la causa por la que he tenido siempre la costumbre de dejar todas las llaves puestas en sus cajones y armarios (y gracias a ello tú no precisaste destrozármelos para abrirlos).

Los tres vecinos de mi descansillo habían blindado ya las entradas de sus casas. Los tres me habían dicho mil veces que hiciera yo lo propio, ya que cada día leían en la prensa noticias de muchachos como tú. Yo siempre me reía: «En mi casa -decía- no hay cosas que puedan interesar a los ladrones.» Pero, en mi interior, era otra la razón decisiva. Sabía, sí, que la violencia es hoy uno de los grandes ejes del mundo, más prefería no verlo demasiado, no imaginar, al menos, que pudiera venir contra mí y convertirme, consiguientemente, en un «violento defensivo», en un alma clausurado.

Había aún otra razón. Si tú me conocieras sabrías que siempre he considerado a Bernanos un poco como el padre de mi alma. Pues bien: este escritor -léelo, es mucho más apasionante que la droga -rendía un verdadero culto a la confianza entre los hombres. Hasta tal punto que, cuando alguien le contó que en

cierta región del Brasil las casas no tenían puertas, ni cerrojos, ni llaves, se marchó allí a vivir, seguro de que quienes así pensaban por fuerza habían de ser hombres completos.

También yo me sentía vinculado a ese culto. Prefería, incluso, ser robado a construirme el alma como un castillo roquero.

Pues bien: he cedido. Yo pecador me confieso a ti, ladrón amigo, para contarte que tu avaricia y mi cobardía juntas fueron más poderosas que todos mis propósitos.

Cuando aquella tarde encontré mi puerta abierta de par en par, gracias al juego de tus manos, algo se revolvió en el fondo de mí. No contra ti (o, al menos, no sólo contra ti), sino contra este mundo que estamos construyendo. Por eso me gustaría saber quién eres, cómo eres. Conocer si eres consciente -como yo lo soy- de lo inhabitable que, entre todos, estamos volviendo este planeta. No quiero ni pensar que la droga haya terminado ya de pulverizar tu conciencia.

Aquella noche dormí mal. Me despertaban inexistentes ruidos. Veía regresar monstruos que, a lo mejor, se parecían poco a ti o que eran como tú multiplicado, como lo que tú acabarás siendo si sigues por ese camino. Una rabia secreta me poseía. No porque tú me hubieras robado -ya que, de hecho, nada te llevaste y debía, en rigor, considerarme afortunado-, sino por vivir en una sociedad que, quizá, primero te cerró las puertas del trabajo para abrirte luego de par en par las del vicio. Y del vicio más destructor y caro.

Durante los diez días siguientes me seguí sintiendo extraño. Llegaba a casa con un amargo latir del corazón, imaginándome de nuevo la puerta violentada, entrando a ella con miedo a encontrarte dentro, navaja o pistola en mano y tembloroso.

Corta debía de ser mi confianza. Capitulé al sexto día, convencido, no sé por qué demonio, de que sólo una puerta blindada devolvería la paz a mi corazón traumatizado.

Y ahí están, cerrojos, barras, planchas de acero, llaves supercomplicadas, todo un armamento defensivo. Igual que si viviera en una caja de caudales, convertido yo mismo en un lingote de ese oro que desprecio.

Ahora me siento mucho más tranquilo. Pero mucho menos hombre. Mucho menos fraterno. Y no me duele el dinero que, gracias a tu hazaña, he debido gastar. Me duele saber que ha aumentado el número de los que desconfían, de los que viven con el alma repleta de mastines.

La culpa no es sólo tuya. Mía también. Y este sentimiento de culpa común es lo único humano que he sacado de esto. Me gustaría, por todo ello, que tú pudieras leer estas líneas y que sintieras algo parecido. Así los dos sabríamos que tu avaricia y mi miedo se juntaron para construir esta tristeza.

2.- La hierba crece de noche

No sé ya quién escribió esa perogrullada que he puesto como título de esta nota, pero sí sé que de ella viene alimentándose mi alma hace un montón de años. Porque es cierto, la hierba -como todas las

cosas grandes e importantes del mundo- crece de noche, en silencio, sin que nadie la vea crecer, Porque bondad y bien empalman con silencio, así como la estupidez va siempre acompañada del brillo y del estrépito.

La gran peste de este mundo contemporáneo -y los periódicos estamos contribuyendo decisivamente a ello- es que en él, como anunciara Kierkegaard, sólo se conceden altavoces a los necios.

Cualquier cretino de turno se casa o descasa, se pinta el pelo de verde, hace -¡oh, milagro!- dos agujeros en los pantalones de las nenas, y ahí están todas las revistas del mundo para contar su prodigiosa hazaña. Pero, en cambio, si usted «sólo» ama, «sólo» trabaja, «sólo» piensa y estudia, «sólo» trata de ser honesto, ya puede matarse a hacer todas esas cosas tan poco importantes, que jamás saldrá en la primera página. Cualquier criminal será más importante que usted. Y así es como los hombres de hoy estamos condenados a ver perpetuamente la realidad a través de un espejo deformante.

Si en España tres mil cirujanos ponen su alma y sus nervios en aras de sus pacientes, nunca serán noticia. Pero Dios libre a uno solo de ellos de equivocarse en uno de sus diagnósticos o en el manejo de sus bisturíes. pronto serán los tres mil acusados de carniceros.

Si en España veinte mil curas luchan diariamente por difundir su fe en Dios y por servir humildemente a sus hermanos, jamás cantará nadie su heroísmo en un poema. Pero que suba uno de ellos a un púlpito un día en que le duele el estómago y diga un par de tonterías, verán ustedes cómo lo cuenta hasta la televisión.

Podríamos seguir con todas las profesiones. Podríamos añadir que del mismo bien sólo se ven los aspectos espectaculares. Yo no sé si Agustina de Aragón era una buena novia o una buena esposa, yo no sé si quería a sus padres o era generosa con sus amigas. Sólo me han contado que un día se inflamó su alma y disparó un cañón,

Y la verdad es que resulta mucho más heroico amar veinticinco años que disparar un cañón veinticinco minutos.

A veces uno se muere de risa: llevas toda tu vida luchando por escribir bien, acusando montañas de páginas, renunciando a millares de diversiones para atarte a este potro de tortura que es la máquina de escribir... ¡y se enteran veinticinco! Pero te llaman un día a la televisión para que digas las cuatro bobadas que se pueden decir en tres minutos (y que forzosamente en aquel clima de focos y locura no pueden ser otra cosa que bobadas) ¡y luego estás durante un mes encontrándote con amigos que te dicen que te vieron en la «tele» y que hasta te valoran por ese maravilloso éxito de que tu rostro haya aparecido en ese cuadradito luminoso!

Sí, henos aquí en un mundo superinformado que informa de todo menos de lo fundamental. Henos aquí en un tiempo en que nunca sabremos si los hombres aman, esperan, trabajan y construyen, pero en el que se nos contará con todo detalle el día que un hombre muerda a un perro.

Presiento que aquí está una de las claves de la amargura del hombre contemporáneo: sólo vemos el mal, sólo parece triunfaría estupidez.

Esto último no es culpa de la prensa: desde que el mundo es mundo, los tontos han hecho siempre mucho ruido. Y así como cien violentos son capaces de traer en jaque a treinta millones de pacíficos, una docena de infradesarrollados son capaces de poner patas arriba todo lo que los mejores lograron construir a lo largo de siglos.

Frente a ello sólo nos queda la sonrisa, reírse un poco de la condición humana y de esa ancha zona de tontería que todos llevamos dentro de vuestra propia alma. Sonreír, mirarse al espejo, sacarle la lengua a la tontería externa y a la interna... y seguir trabajando.

Porque ésta es la gran verdad: toda la necedad del mundo nunca será capaz de impedir que la hierba siga creciendo de noche... siempre que la hierba sea capaz de seguir creciendo callada y oscuramente y no caiga también ella en la tentación de envidiar a los ruidosos.

Platón lo dijo mucho mejor: «Nada de cuanto sucede es malo para el hombre bueno.» Puede el dolor acorralarnos, pero no emponzoñarnos. Puede la injusticia agredirnos, pero no violarnos. Puede la frivolidad escupirnos, pero no ahogarnos. Sólo la propia cobardía puede conducirnos al desaliento y, con él envenenarnos.

Damos una importancia desmesurada al mal. Invertimos lo mejor de nuestras horas en lamentarnos de él o en combatirlo. Y casi ya no nos resta tiempo para construir el bien.

Graham Greene decía que esa famosa estación del Vía Crucis que suele titularse «Jesús consuela a las piadosas mujeres» debería llamarse «Jesús reprende a las mujeres lloronas». Porque aquellas mujeres que tanto parecían compadecerse del Cristo sufriente, ¿no pudieron hacer por él algo más que llorar? Y añade, ferozmente, el novelista: «Las lágrimas sólo sirven para regar berzas.» Yo añadiría que «además las riegan muy mal».

Efectivamente: sobran en el mundo los llorones, faltan trabajadores. Y las lágrimas son malas si sólo sirven para enturbiar los ojos y maniatar las manos.

¡Ni una lágrima, pues! Mis ojos -cuando están claros- saben, aunque no vean, que en la negrura del mundo hay millones de almas creciendo en la noche, silenciosas y humildes, constructoras y ardientes. No gritan, pero aman. No son ilustres, pero están vivas. No salen en los periódicos, pero ellas sostienen el mundo. Hay en todo lo ancho del planeta millones de flores que nunca verá nadie, que crecerán y morirán sin haber «servido» para nada, pero que estarán orgullosas por el simple hecho de vivir y de haber sido hermosas. Porque, como dijo -hablado de las rosas- un poeta, «qué importa morir, cuando se ha sido ¡y tanto!».

3.- ¿ A qué derrota llegas, muchacho ?

Me ha angustiado tu carta de hoy, muchacho. ¡Te muestras tan seguro de ti mismo, te sientes tan gozoso de «haber madurado»! Te juro que he temblado al percibir esa punta de desprecio con la que

hablas de tus años juveniles, de tus sueños, de aquellos ideales que -dices- «eran, sí, hermosos, pero irrealizables».

Ahora, me explicas, te has adaptado a la realidad y, con ello, has triunfado. Tienes un nombre, una buena casa, un cierto capital, una familia... Exhibes todo eso como si fueran joyas en el escote de una dama. Sólo, en medio de tanto orgullo, se te escapa un diminuto relámpago de nostalgia al reconocer que «aquellos absurdos sueños eran, cuando menos, hermosos».

Tu carta ha evocado en mí un viejo texto del doctor Schweitzer que desde hace veinte años me persigue. Me gustaría que te lo aprendieras de memoria, porque puede ser tu última tabla de salvación:

«Lo que comúnmente nos hemos acostumbrado a ver como madurez en el hombre es, en realidad, una resignada sensatez. Uno se va adaptando al modelo impuesto por los demás al ir renunciando poco a poco a las ideas y convicciones que le fueron más caras en la juventud. Uno creía en la victoria de la verdad, pero ya no cree. Uno creía en el hombre, pero ya no cree en él. Uno creía en el bien y ahora no cree. Uno luchaba por la justicia y ha cesado de luchar por ella. Uno confiaba en el poder de la bondad y del espíritu pacífico, pero ya no confía. Era capaz de entusiasmos, ya no lo es. Para poder navegar mejor entre los peligros y las tormentas de la vida se ha visto obligado a aligerar su embarcación. Y ha arrojado por la borda una cantidad de bienes que no le parecían indispensables. Pero que eran justamente sus provisiones y sus reservas de agua. Ahora navega, sin duda, con mayor agilidad y menos peso, pero se muere de hambre y de sed.»

Leí estas palabras cuando yo era poco más que un muchacho. Y no me han abandonado nunca. Porque he visto en ellas el retrato exactísimo de cientos de vidas.

¿Es cierto, entonces, que crecer es tan terrible? ¿Vivir es simplemente ir abandonando? ¿Eso que llamamos «madurez» es casi siempre puro envejecimiento, simple resignación, ingreso en los cuarteles de la mediocridad?

Me gustaría, amigo, que antes de exhibir tanto orgullo te atrevieras a repasar esa lista de seis batallas y te preguntaras a ti mismo a qué derrota llegas, seguro de que de ahí deducirás lo que te queda de humano.

La primera batalla se da en el campo del amor a la verdad. Suele ser la primera que se pierde. Uno ha asegurado en sus años de estudiante que vivirá con la verdad por delante. Pero pronto descubre uno que, en esta tierra, es más útil y rentable la mentira que la verdad; que, con ésta, «no se va a ninguna parte» y que, aunque diga el refrán que la mentira tiene las piernas muy cortas, los mentirosos saben avanzar muy bien en coche. Abres los ojos y ves cómo a tu lado progresan los babosos, los lamedores. Y un día tú también, muchacho, sonrías, tiras de la levita, abres puertas, sirves de alfombra, tiras por la borda la incómoda verdad. Ese día, muchacho, sufres la primera derrota, das el primer paso que te aleja de tu propia alma.

La segunda batalla tiene lugar en los terrenos de la confianza. Uno entra en la vida creyendo que los hombres son buenos. ¿Quién podría engañarnos? Si de nadie somos enemigos, ¿cómo lo sería alguien nuestro? Y ahí está ya esperándonos el primer batacazo. Es una zancadilla estúpida o, incluso, una traición

que nos desencuaderna el alma precisamente porque no logramos entenderla. Y nuestra alma, herida, báscula de punta a punta. El hombre es malo, pensamos. Rodeamos de hilo espinado nuestro castillo interior, ponemos puente levadizo para llegar a nuestra alma, a nuestro corazón ya no se podrá entrar si no es con pasaporte. El alma forrada de cuchillos es la segunda derrota.

La tercera es más grave porque ocurre en el mundo de los ideales: uno ya no está seguro de las personas, pero cree aún en las grandes causas de su juventud: en el trabajo, en la fe, en la familia, en tales o cuales ideales políticos. Se enrolla bajo esas banderas. Aunque los hombres fallen, éstas no fallarán. Pero pronto se ve que no triunfan las banderas mejores, que la demagogia es más «útil» que la verdad y que, con no poca frecuencia, bajo una gran bandera hay un cretino más grande. Se descubre que el mundo no mide la calidad de las banderas, sino su éxito. ¿Y quién no prefiere una mala causa triunfante a una buena derrotada? Ese día otro trozo del alma se desgaja y se pudre.

La cuarta batalla es la más romántica. Creemos en la justicia y la santa indignación se nos sube a los labios. Gritamos. Gritar es fácil, llena nuestra boca, da la impresión de que estamos luchando. Luego descubrimos que el mundo nunca cambia con gritos y que, si alguien quiere estar con los despellejados, ha de perder su piel. Y un día descubrimos que no se puede conseguir la justicia completa y empezamos a pactar con pequeñas injusticias, con grandes componendas. Ese día caemos derrotados en la cuarta pelea.

Todavía creemos en la paz. Pensamos que el malo es recuperable, que el amor y las razones serán suficientes. Pero pronto se nos eriza el alma, comenzamos a desconfiar de la blandura, decidimos que puede dialogarse con éstos sí, pero no con aquéllos. No pasará mucho tiempo sin que decidamos «imponer» nuestra paz violenta, nuestras santísimas coacciones. Es la quinta derrota.

¿Queda aún algo de nues-tra juventud?

Quedan aún algunas ráfagas de entusiasmo, leves esperanzas que rebrotan leyendo un libro o viendo una película. Pero un día las llamamos «ilusiones», un día nos explicamos a nosotros mismos que «no hay nada que hacer», que «el mundo es así», que «el hombre es triste».

Perdida esta sexta batalla del entusiasmo, al hombre ya sólo le quedan dos caminos: engañarse a sí mismo creyendo que ha triunfado, taponando con placer y dinero los huecos del alma en los que habitó la esperanza, o conservar algo de corazón y descubrir que nuestro barco marcha a la deriva y que estamos hambrientos y vacíos, sin peso de ilusiones, sin alma.

Me gustaría que, al menos, te quedara esta angustia, amigo que hoy me escribes. Y que tuvieras aún el valor suficiente para preguntarte a qué derrota has llegado, muchacho.

4.- Música para sobrevivir

La serie que Televisión Española nos ha servido los tres últimos lunes es, me parece, la primera en la que las brutalidades nazis no han sido utilizadas con la técnica del chivo expiatorio. Afortunadamente, la protagonista nos ha gritado repetidas veces: «¿Y qué son sino seres humanos?» Porque es muy fácil, sí, usar esa torpe coartada de pensar que sus manos no eran como las nuestras, que se trataba de seres huidos de la condición humana, que sus «gestas» son algo que nosotros -inocentes, purísimos, arcangélicos- no haríamos jamás. Es fácil inventarse una raya que cruza entre los monstruos y nosotros, ilusionarse creyendo que en ningún caso, en ninguna circunstancia, colaboraríamos con ellos y aceptaríamos mil muertes personales antes que girar la manivela que pone en marcha las cámaras de gas.

Aquellas mujeres eran más objetivas cuando se preguntaban dramáticamente de qué lado estaban, cuando se echaban en cara que ellas, interpretando a Beethoven mientras oían los mortíferos disparos, acariciando violines para el placer de los asesinos, estaban también disparando, manchando en sangre los dedos que tocan el piano.

La condición del hombre es la ceguera. El hombre se aferra tercamente a su respetabilidad y daría oro por que sus propias manos estuvieran a kilómetros de su cabeza y de su conciencia.

Porque verdaderamente los nazis están en medio de nosotros, lo nazi está dentro de nosotros. Hasta habría que pensar que los hornos crematorios pertenecen ya a la prehistoria de la violencia, largamente superados por las ultramodernas maneras de matar, que ni siquiera precisan girar manivela alguna.

Acabo de leer que en 1982 morirán de hambre cincuenta millones de seres humanos, hermanos nuestros. Y los expertos aseguran que en este noviembre de 1981 están muriendo ya de hambre 140.000 personas diarias. Durante las cuatro o cinco horas que yo tardaré en preparar y escribir este artículo morirán cerca de 25.000. En los diez minutos que alguien invertirá en leerlo serán 600 los que sucumbirán a manos de la miseria. Sin hacer ruido. Sin metrallas. Sin espantos.

Suenan en mi tocadiscos los preludios de Chopin mientras ellos se mueren. Nos rodeamos de violines, de Cigarrillos para no ver tanta muerte. Música para sobrevivir, música como piadosa morfina de la realidad.

Los artistas han tenido sobrados motivos para desconfiar de su arte. Benavente contaba que «el arte no dice la verdad, pero ayuda a olvidarlas. Flaubert -más piadoso- añadía que «de todas las mentiras, el arte sigue siendo la menos falaz». Renard ironizaba que «la verdad siempre es un desencanto, y ahí está el arte para falsificarlos. Giono -más cruel- describía a poetas, músicos y pintores como ciegos que, «encerrados en su felicidad de elegidos, atraviesan los campos de batalla con una rosa en la mano».

El arte es, sí, una gran coartada. Oímos música para cegarnos, para no ver. Hilvanamos cadenas de palabras para que no llegue a nuestros oídos el silencioso llanto de los que sufren. Montamos este circo que llamamos belleza para que los asesinos -y lo son todos los que no son víctimas- olviden por unas horas esa sangre incolora que les quema las manos.

¿Quién, ante la cascada milagrosa que sale del piano de Chopin, recordará que uno de cada cuatro indios trabaja todo el año en estado febril? ¿Quién, leyendo la magia verbal y sentimental de Juan Ramón Jiménez, tendrá lugar en su alma para pensar en los 840 millones de analfabetos que pueblan el planeta?

¿"mo evocar ante la adormeciente dulzura de Botticelli que los habitantes de Sierra Leona tienen un promedio de vida de treinta y dos años, frente a los casi setenta de los europeos? ¿Y qué puede significar que la mitad de las mujeres del Tercer Mundo sean anémicas frente a las celestes flechas de las torres de la catedral de Burgos?

La muerte, la violencia, nos desenmascaran, relativizan nuestros dogmas estéticos, vuelven grotescos nuestros automóviles y nuestros cigarrillos. César Vallejo lo dijo prodigiosamente:

Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza.

¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre.

¿Cabrá aludir jamás al yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras.

¿Cómo escribir, después, del infinito?

Alguien va en un entierro sollozando.

¿Cómo, luego, ingresar en la Academia?

A la hora en que escribo estas líneas, muchos de los diez millones de parados europeos, muchos del millón y medio de parados españoles, tiemblan de frío, tosen, escupen sangre, buscan en nuestros cubos huesos, cáscaras. Y aquí estoy yo, escribiendo, golpeando la máquina con furia, bebiéndome a Chopín como una droga. Y aquí estamos todos jugando a las canicas de la vida, anestesiándonos ese corazón que nos grita que seguimos en Auschwitz.

Y ¿basta esa otra coartada de que nuestras palabras son lo único que tenemos y que ellas se redimen cuando se convierten en gritos? Eso es lo que hacían los poetas sociales. Explicaban que nuestro mayor delito era pasarnos al bando de los ángeles, repetían que «nuestros cantares no podían ser, sin pecado, un adorno», suplicaban a las rosas que crecieran, pujaran, se multiplicaran «hasta invadir las cajas de caudales, hasta impedir las ametralladoras».

Pero sus gritos no impidieron que las rosas siguieran siendo rosas, que las cajas de caudales continuaran cerradas y manejadas por los mismos de siempre, que Merecieran, pujaran y se multiplicaran... las ametralladoras.

Las palabras no bastan, ciertamente. Pero ¿qué usar quienes sólo palabras tenemos? Tal vez usted, lector, y yo, juntos, pudiéramos evitar que en la cuenta de los muertos de hoy hubiera un número menos. Pero ¿qué hacer por los restantes 139.999 muertos de hoy y por los 139.999 muertos de mañana?

Todo, desde luego, menos resignarnos. Todo, menos refugiarnos detrás de los mágicos violines. El arte por sí solo tiene más poder adormecedor que despertador. Tenía razón Fania al gritar a la directora de su orquesta que estaba equivocada en casi todo: es necesario, es cierto, interpretar bien a Beethoven; pero hay que hacerlo sabiendo que eso no detendrá la muerte. Acertaba Baroja al recordar con cínico realismo

que, en los tiempos del Renacimiento, los grandes pro- motores del arte asesinaban tranquilamente con la misma mano con la que contrataban a Miguel Ángel para esculpir su *David*.

Tal vez la única manera de impedir que nuestras manos asesinen sea unir las a otras. Péguy decía que «cristiano es el que da la mano». Rebajémoslo. hombre es el que da la mano. El que no da la mano, ése no es hombre. Y poco importa lo que pueda hacer después con esa mano. Porque, ciertamente, una mano desunida hará más violencia que arte.

Unir las manos. Y llorar. Y avergonzarnos de nuestra condición de hombres. Llorar pensando en los 25.000 que han muerto de ham- bre mientras yo escribía este artículo, en los 600 a quienes derribó la muerte mientras tú, amigo, lo leías.

5.- El suicidio de un niño

Jorge puso la silla encima de la mesa, se subió a ella, ató la punta extrema de su cinto al tubo de la calefacción, pasó el otro extremo como un lazo por su cuello...

Me parece que, de todas las noticias de este año, la que bate el récord de los horrores es ésta que acabo de leer en un periódico, la historia de un niño de diez años que apareció colgado en el cuarto trastero de su casa. Se llamaba Jorge, dicen las agencias. Era un niño normal, cuentan los vecinos. No tenía ninguna razón para hacer lo que ha hecho, aseguran sus padres. En la escuela no le había ocurrido nada extraño, informan los maestros.

Todo era normal. Pero aquella tarde, al regresar del colegio, subió las escaleras de los ocho pisos de su casa -los niños solos no pueden subir en ascensor-, empujó la puerta del trastero, que estaba, como siempre, abierta, empujó hasta el centro de la habitación aquella mesa blanca de pino que habían arrumbado en la última reforma de su casa, puso sobre ella una silla...

Tenía diez años, sólo diez años. Y era un niño normal. Resultaría ahora demasiado cómodo inventarnos una paranoia, un acceso de locura, una ráfaga de espanto, algo que tranquilizase a padres, curas, profesores, psiquiatras.

Pero lo cierto es que el niño había preparado su muerte con la fría crueldad de un adulto. Sobre la mesa de estudiante estaba esa carta que seguramente había aprendido en la televisión, esa carta que repite

lo tan requetesabido: «No culpéis a nadie de mi muerte. Me quito la vida voluntariamente.» Y, luego, por toda explicación, dos únicas, horribles, vertiginosas palabras: «Tengo miedo.»

¿Miedo de qué, Dios santo? Sus padres aseguran que su salud era buena; sus profesores, que nunca conoció un suspenso; sus amigos, que jamás le oyeron quejarse de ninguna amenaza; su confesor, que no había sombras en su vida. Todos le creían un niño feliz. Nunca nadie había sospechado la existencia de motivos para una tan escueta confesión. «Tengo miedo.»

Pero Jorge subió lentamente las escaleras de los ocho pisos que llevaban a aquel pequeño trastero junto a la terraza. Los subió lentamente, como con esperanza de encontrarse con alguien en alguno de los rellanos, algún compañero que le llevara con él a jugar al balón, algún vecino que le riñera por subir a la terraza haciendo el frío que hacía. Los subió lentamente, viendo cómo en cada rellano desierto se iban agotando sus últimas décimas de esperanza y cómo no le quedaba realmente más salida que la de tomar el cinto, atarlo cuidadosamente al tubo de la calefacción con uno de aquellos nudos que le habían enseñado a hacer en el campamento de verano y...

Tenía miedo. Ni él mismo hubiera sabido explicar muy claramente de qué. Pero estaba solo, tan solo como todos los niños encerrados en las cuatro paredes de esa infinita soledad que sienten los pequeños cuando no son amados, cuando no son suficientemente amados. No tenía ninguna razón «especial» para tener miedo. Sólo las que tenemos todos los que vivimos en un mundo tan hostil como éste. Sólo había visto cientos de horas de televisión y violencia. Sólo había oído decir docenas de veces a su padre que esta vida era una mierda. Sólo recordaba los gritos del abuelo el día que riñó con sus padres: « ¡ Quiero morirme! ¡ Quiero morirme!» Sólo recordaba el llanto de su madre una noche en la que había ocurrido algo que él no pudo terminar de entender.

Nada más. Nada más. Eso era todo lo que recordaba cuando al subir el tramo de escalera que iba del séptimo al octavo piso comenzó a sacar de las trabillas el cinto que le habían regalado el día de su santo. Era un cinto de cuero que le había enorgullecido porque era su primer regalo de hombre. Había presumido de él con los compañeros aquella tarde en que jugaron a perseguirse a zurriagazos. Había temblado cuando uno de sus amigos le aseguró que a él su padre le pegaba con un cinto como ése.

Jorge no podía entender muy bien que alguien pudiera pegar a un niño. El no había leído todas esas estadísticas que aseguran que anualmente en el mundo más de dos millones de niños son sometidos a malos tratos; que en Estados Unidos cada año atienden los hospitales entre cien y doscientos mil casos de niños torturados, entre sesenta y cien mil casos de pequeños sometidos a violencias sexuales y que cerca de ochocientos mil son abandonados por sus padres y familiares.

No sabía que en Inglaterra mueren cada año setecientos niños por golpes de sus padres y que cuatrocientos padecen, por lo mismo, lesiones en el cerebro. No sabía que hay bebés que son estrangulados en la cuna por el terrible delito de llorar y no dejar dormir a los suyos. No sabía nada de todo esto cuando subía las escaleras del piso séptimo al octavo, pero sí sabía que algo le hacía temblar cuando acariciaba el cuero de su cinto.

La puerta del trastero se quejó al abrirla, pero Jorge no lo percibió. El trastero estaba sucio y polvoriento, pero Jorge no se dio cuenta de ello. No pensó que un literato habría sacado partido de ello y

que en la televisión habrían usado esos elementos para dar más dramatismo a la escena. Jorge tomó la blanca mesa de pino y la colocó en el centro mismo de la habitación, justamente debajo del tubo de la calefacción.

Si hubiera vivido veinte años antes, tal vez en este momento se habría acordado de que Camus había escrito: «Me resisto a amar una creación en la que los niños son torturados.» Si hubiera estado a la moda, se habría repetido, mientras se subía a la mesa, aquello de Umbral: «El universo no tiene otro argumento que la crueldad ni otra lógica que la estupidez.» Pero no pensó nada de todo esto. Él no era filósofo ni escritor. Sólo era un niño que tenía miedo y estaba solo, tan radicalmente solo que nadie había percibido esta soledad.

No se acordó tampoco de que diez años antes había estado encerrado en un seno, caliente, caliente, amorosamente protegido contra todas las espadas que le esperaban después, contra los diez años de frío que le llevarían a subirse a esta mesa y poner sobre ella esa silla.

No se acordó de que los hombres estaban orgullosos de su siglo XX, de que habían llegado a la Luna y construido televisores del tamaño de una caja de cerillas. Ni siquiera se preguntó de qué servía haber puesto los pies en la Luna cuando en el mundo los niños no eran felices. No sonrió pensando que aquella hora, en la que él pasaba su cinto por sobre el tubo de la calefacción, era parte del Año Internacional del Niño. Sólo pensó que estaba solo y que, si decía esto a su padre, le contestaría: «Niño, no digas bobadas.» Y que, si se lo contaba a su madre, ella pretextaría un dolor de cabeza para no contestarle.

Y cuando comprobó que el nudo del cinto estaba bien sujeto, y cuando se pasó el lazo por el cuello, y cuando pensó que ya sólo faltaba -como había visto tantas veces en la televisión- darle una patada a la silla que le sostenía, no pensó en el problema que crearía a los curas cuando se pusieran a discutir si le enterraban en la caja blanca de los niños inocentes o en el cementerio maldito de los locos suicidas.

6.- Una humanidad de trapo

El reportaje más sádico ¡que he leído en toda mi vida es este que publica el dominical de uno de los diarios madrileños. Bajo el título de «Ponga un bebé en su vida» nos cuentan la última, la más grave, la más estremecedora de las locuras americanas. Por lo visto, el más inhumano hombre de negocios que ha parido la historia, llamado Xabier Roberts, ha descubierto la feroz manera de llenar las soledades de aquellos padres que quieren «jugar a papá y mamá sin tener los inconvenientes de una verdadera maternidad», como dice la nena que firma el reportaje y que, al parecer, se ha contagiado también ella del sadismo del autor del invento.

Porque esa «manera» es fabricar muñecos de trapo -¡cada uno de ellos un ejemplar único! que luego será adoptado -no comprado- por los «candidatos a padres en esta nueva modalidad». Xabier

Roberts, dice el horrendo informe., «Ofrece a los americanos no sólo muñecos que parecen bebés, sino la ilusión de que esos bebés existen de verdad». Para ello entrega sus «criaturas» con su certificado de nacimiento y todo -incluidas en él las huellas dactilares del hijo de trapo y hace jurar a los «padres» que se ocuparán de su adoptado y le ayudarán «a desarrollar su personalidad».

«Todos --cuenta la informadora- se toman en serio su profesión.» Una pareja, que aparece muy fotografiarla en el reportaje, cuenta muy en serio que han adoptado a la muñeca llamada Sadie Edna porque llevan seis años casados sin tener hijos y la abuela materna «soñaba con tener una nieta». Desde que Sadie entró en sus vidas, «la abuela está encantada. Se ocupa de ella todo el día». Por la noche, sus «padres» pasan a recogerla, la dan de cenar y la acuestan en el cuartito que los hijos de carne no vinieron a ocupar.

Xabier Roberts, que domina las artes que el marqués de Sade dejó a medio camino, ha inventado también una clínica para los bebés. Allí, los niños de trapo son atendidos por preciosas enfermeras y cuidados por diligentes médicos. En los jardines de la clínica los bebés respiran a pleno pulmón, reciben clases de francés. Y hasta cuentan con un supermercado, en el que sus papaitos adoptivos pueden gastar su sueldo en comprarles comiditas, vestiditos y zapatitos a la medida. ¡Una monada!

Y yo me he quedado sin respiración al contemplar largamente la galería de sonrientes fotos en las que se muestra todo lo que estoy contando. Sin respiración porque, mirándolas más detenidamente, me he dado cuenta de que, aunque en ellas parecen sólo de trapo los muñequitos víctimas de la adopción, también son de trapo los padres que acuden a adoptarlos, y es de trapo el señor Xavier Roberts, autor de la patraña, y son de trapo las enfermeras que les atienden y Caos médicos que les operan, y es también probablemente de trapo la muchachita que firma el reportaje que publica este dominical madrileño.

Me aterro más aún al asomarme a la ventana de mi casa. los obre- ros que, en la plaza de enfrente, construyen una iglesia son también ellos de trapo y es de trapo el conductor del autobús que acaba de salir de la Ciudad de los -Periodistas y se dirige hacia la plaza de Castilla.

Corro al espejo. Contemplo mi rostro ¡y es también de trapo! Toco mis mejillas de trapo con mis manos de trapo y siento que dentro de mí pecho de trapo golpea enloquecido un corazón de trapo. Bajo a la calle: es de trapo mi portero y de trapo los cuatro que tra- bajan en el supermercadillo en que yo hago mis compras diarias.

Y empiezo a comprender que, de locura en locura, de deshumanización en deshumanización, hemos ido sustituyendo todo lo que ardía por dulces fórmulas de trapo y cartón piedra. Ya queremos ser padres «sin tener los inconvenientes de una verdadera maternidad», queremos trabajar y vivir sin dolor, asumir la tarea de vivir cuesta abajo, rebajamos el alma, recortamos la vida, anestesiarnos el tiempo, la vida se nos vuelve tan dulce que ya es toda ella de farsa y trapo, dejada de lado la sangre por el delito de estar demasiado viva.

Y siento unas terribles ganas de reírme cuando pienso en las manifestaciones, en los movimientos pacifistas que protestan contra las armas nucleares que van a venir un día a destruir la humanidad. ¡Pero si no hacen falta! ¡Pero si la humanidad ya está destruida, desmedulada, cloroformizada, anulada,

atontada, enloquecida, vuelta inexistencia y trapo, vaciada de todo como un cántaro seco, sustituido todo lo que era fuego, vida, viento por esta hermosa colección de mentiras con que nos alimentamos y nos convencemos a nosotros mismos de que seguimos vivos!

Escribo todo esto llorando. Vuelvo a verme a mí mismo como aquel chiquillo que nunca supo hacer una sola página de caligrafía sin borrarla, no sé ya si de tinta o de lágrimas. Mis pupitres de escuela han crecido, pero mis sueños no han dejado de disminuir. Ahora, esta máquina que ataca mis uñas impide que mis lágrimas emborronen lo escrito. Pero yo sé muy bien que estas líneas crecen sobre el papel como lo hará un día la hierba cuando yo me haya muerto.

Levanto los ojos y el sol sigue estando fuera. Dora los edificios, desconcertados por este sol de invierno. ¿No habrá cambiado todo? ¿No habrán lanzado ya sobre el Universo esa bomba limpia que permite que las cosas sigan girando enteras, mientras lo que creemos hombres son solamente muñecos sustituidos, que un demonio malvado -que quizá se llame Xabier Roberts- colocó en lugar nuestro? Los muñecos de este reportaje tienen también, como yo, carnés de identidad y tarjetas de crédito. Están tan vivos como yo. O yo tan poco vivo como ellos.

Cerraré aquí este artículo. No puedo seguir escribiendo ante la horrible idea de que sólo me leerán los muñecos de trapo que el próximo domingo comprarán el periódico. Lloro por nuestra común inexistencia. Y compruebo que las mismas lágrimas que lloro son lágrimas de trapo.

7.- El relámpago gris

Yo soy uno de esos (¿pocos?) hombres afortunados en cuyas casas, de niños, se tomaba la Navidad radicalmente en **serio**. En serio: quiero decir, en un estallido de vida y de alegría. La Navidad era el centro hacia donde todo convergía y medio año se dedicaba a su preparación y el otro medio a su recuerdo. Porque en esos días era como si a todos se nos multiplicase el alma y cual si sólo en ellos se viviese de veras. Aún hoy estoy convencido de que si yo no me voy a morir hasta que me muera (porque la mayoría de la gente se muere muchos años antes de que les extiendan la partida de defunción) todo se debe a aquellos días en que me enseñaron a coger carrerilla en esto de vivir.

La fuente de todo era mi madre. Ya sé que para todos los hombres su madre es un ser inigualable, pero es que la mía -mejor o peor que otras, no discuto- tenía algo que le reconocían todos los que tenían la suerte de tratar con ella: estaba viva, estaba «siempre» viva, era como si Dios le hubiera hecho el alma de puntas de alfileres tenía el corazón siempre a punto y jamás la vi sentarse en esos «des- cansinos de vivir» en que los hombres nos acurrucamos para dejarnos acariciar por la pereza o la amargura.

Gracias a ella, la Navidad tenía en mi casa esos gramos de locura que ha de tener toda Navidad auténtica. Hacer el nacimiento no era un juego o una fábula; era como descender a la verdad, asomarse a ese rincón donde por primera y única vez fue el mundo lo que debía ser: una mezcla tan enrevesada de lo divino y lo humano .en la que no acababa nunca de saberse dónde empezaba lo uno y dónde terminaba lo otro, pero lo uno y lo otro eran, a la vez, enormes y abrazaderos.

En mi casa, como es lógico, no nos planteábamos todas estas jerigonzas: las creíamos, que es mucho mejor; las vivíamos, que es mucho más sabroso. Y las espolvoreábamos de azúcar y de risas. Porque mi madre era una cocinera formidable y a la hora de los dulces parecía que hubiera asistido a clases en todas las cocinas de los más expertos conventos de España,

Supongo que no hace falta precisar que en casa no éramos muy felices en Navidad porque tuviéramos mucho o porque en esos días nos inundasen de regalos. Puedo asegurar que mis reyes magos fueron siempre de tercera división y que la cena de Nochebuena -aunque seguro que no era menos sabrosa- costaba para siete bastante menos que un solo cubierto en el cotillón de fin de año del Ritz.

Pero como uno ha de decir toda la verdad, creo que ya es hora de que cuente que en mi casa la noche de Navidad faltaba algo para que la alegría fuera absolutamente perfecta. Aunque también tengo que decir que yo no percibí esa ausencia hasta el año en que cumplí los diecisiete y que aún tardé dos años más en descubrir la clave de lo que faltaba.

Mi casa era una de esas en las que, sin que nadie lo mandase y como por instinto, todos se dedicaban a proteger a los que venían detrás. Mis padres formaban una muralla para defender del dolor a los hijos. Mis padres y mis dos hermanos mayores armaban una segunda para protegernos a los pequeños. Y todos juntos formaban un tercer paredón para ponerme a mí -el benjamín- a cubierto de toda forma de negrura. No es que se mintiera, pero pensaban todos que bastante doloroso es el mundo y que bueno sería que al menos las tristezas nos llegasen lo más tarde posible,

Esta es la razón por' la que yo viví no sé si en Babia o en el cielo la mayor parte de mi infancia. Y ésta es la causa de que yo no negara ni a enterarme de la pequeña grieta que se abría en nuestra Navidad hasta, como ya he dicho, muy tarde.

Yo intuía, sí, que en la misma Nochebuena algo ocurría, y, precisamente, durante la cena. Siempre había un momento en el que la alegría, que era visitante normal en nuestra casa, se extralimitaba un poco, se hacía una miaja chirriante, como si tratara de tapar o de camuflar algo.

No ocurría siempre en el mismo instante preciso, pero siempre dentro y durante la cena. Nadie cesaba de reír, pero si uno se fijaba bien -y esto lo percibí en 1947- descubría que en aquel momento la risa se volvía nerviosa, como si todos temieran que pasara o pudiera pasar algo, como si trataran de proteger a alguien o como si intentaran que alguien se olvidara de lo que estaba pensando

Cuando después de la cena de 1947 yo pregunté a mis hermanos por la clave del misterio, se rieron de mí y comentaron que ya me estaba despuntando Invocación de novelista y que hay que ver qué cosas

imaginaba. Pero más tarde, tras una puerta, sorprendí un retazo de conversación en la que alguien informaba a los demás de que el niño «el niño» era yo-- había comenzado a sospechar algo.

Durante la cena de 1948 pude hacer dos nuevos descubrimientos: que aquellos nervios y risas excesivas ocultaban una angustia subterránea y -lo que me pareció más grave- que las miradas, en el corto espacio de esa ráfaga angustiada, se dirigían a mi madre. ¿Era, entonces, a ella a quien querían todos proteger de algo? ¿A ella, fuente de toda nuestra alegría? Y protegerla, ¿de qué?

En las vísperas de la Navidad de 1949 asedié tanto a mis hermanas con mis preguntas, que al fin acabaron revelándome la naturaleza del misterio y su clave más honda. Y más tarde pude comprobarlo yo mismo durante la cena de Nochebuena.

-Si estás atento esta noche -me había explicado una de mis hermanas-, notarás que hay un momento en el que por los ojos de mamá cruza como un relámpago de tristeza.

-¿Un relámpago?

-Sí, un relámpago gris. Dura sólo unas décimas de segundo, pero durante ellas es como si mamá fuera expulsada del paraíso de la Navidad. Luego, pasado ese relámpago, regresa.

-¿A la alegría?

-Sí. Y a la vida.

-¿Por eso os pasáis todos la cena preocupados pensando que de un momento a otro llegará ese relámpago?

-]Por eso.

-¿Y no puede impedirse que llegue?

-Lo intentamos, contamos chistes, nos reímos más que nunca. Pero el relámpago viene siempre y nos gana.

-¿Tan invencible es?

-Sí, porque viene de la única región en la que los hombres no podemos ayudarnos los unos a los otros.

-¿Qué región es ésta?

-La de la muerte.

-¿La muerte?

-Sí: Tú no llegaste a conocer a la abuelita Evarista, la madre de mamá. Por eso no sabes que se murió justamente el día de Nochebuena. Durante la cena.

-¡Pero eso ocurrió hace ya muchísimos años!

-¡Qué bobadas dices! Una madre muerta no acaba nunca de morir.

-¿Y mamá lo recuerda siempre, cada Nochebuena?

-Sin fallo. Es sólo un momento. Nosotros lo sabemos. Por eso espíamos sus ojos. Deseando que no llegue. O mejor: deseando que llegue en seguida y que pase cuanto antes. Porque en esos segundos mamá vuelve a vivir la muerte de su madre. Y debe de ser terrible, a juzgar por las toneladas de luz que en ese segundo se oscurecen en sus ojos.

El cura puritano que yo iba a ser salió desde dentro de mí con un planteamiento locamente teológico-
-¿No le basta saber que Cristo ha nacido?

Mi hermana me miró llena de piedad-.

-El nacimiento de Cristo no salva a los hombres de la muerte. Ilumina la vida, salva, pero no impide la muerte.

-¿El sentimiento es, entonces, más fuerte que la fe? -insistí yo, asquerosamente terco.

-Nuestra fe no es de ángeles -dijo mi hermana.

Y, tras un silencio, añadió:

-Esta noche Cristo lloró de frío. El saber que venía a redimir al mundo no puso calefacción en el portal.

El orgullo -más demoníaco que angélico- de mi fe se calló ahora. Comprendí que estaba entrando en el misterio más hondo y verdadero de la Navidad: no sólo risas, sino desgarramiento. Un desgarramiento que no logra nublar las risas.

Y aquella noche, durante la cena, fui yo uno más a espiar los ojos de mi madre. Entonces descubrí que, hasta aquel momento, siempre la había querido desde abajo, como quiere un hijo a su madre. Pero en aquel momento era como si ella estuviera empequeñeciéndose, haciéndose niña, volviéndose hija mía, como si ahora fuera yo quien tenía que protegerla a ella, uniendo mis espaldas de muchacho a las de mis hermanos para que el dolor no lograra llegar hasta su imaginación.

Mas también aquella noche fuimos derrotados. Con nuestras risas y chistes habíamos conseguido retrasar el recuerdo. Habíamos llegado, incluso, a los postres sin que el relámpago llegase. Creíamos que conseguiríamos esta vez traspasar la frontera de la cena sin que la grieta de la muerte se sentara entre nosotros. Pero no fuimos capaces. Fue en el momento más alto de las carcajadas, fue cuando la sopa de almendras -el postre más celeste que se inventó en la tierra- hizo su aparición en el comedor, cuando ocupó su trono en el centro de la mesa. Como si alguien hubiera dejado abierta una ventana hacia la noche de diciembre, una ráfaga helada nos paralizó, durante una centésima de segundo, el corazón. Y todos volvimos nuestros ojos hacia los de mi madre, porque nadie tenía que explicar ya a nadie de qué se trataba. Entonces vi por primera vez el relámpago gris. Era como si el mundo se apagase, como si Dios dejara de existir, como si la Navidad fuera sólo un cuento inventado por un loco. Duró, ya lo he dicho, una centésima de segundo. Pero me bastó para ver en ella no a la abuela desconocida muerta, sino a mi misma madre muerta, tendida en la oscura caja brillante que conocería treinta años más tarde, hinchados los pómulos y la nariz, definitivamente inmóviles los ojos.

Y antes de que la centésima de segundo se acabase, antes de que la alegría de siempre regresara a los ojos de mi madre, antes de que mis hermanos estallaran en las carcajadas de saber que habían vencido por un año más el ala de la muerte, estallé yo en un llanto histérico de niño que no se resigna a dejar de ser, un llanto inconsolable de quien acaba de descubrir que todo el amor del universo no preserva a los hombres de la muerte, un llanto de quien, por primera vez, acepta que Belén es, además de alegría, soledad e incompreensión, camino de la cruz.

Entre las lágrimas pude ver el asombro de todos. Y sentí cómo mi madre -yo estaba sentado a su lado- dirigía mi cabeza hacia su pecho y acariciaba al muchacho que era como al niño que fui.

-No, no es eso -decía-. El dolor está ahí, pero no mancha. La muerte es dolorosa, pero no amarga. Y tanto el uno como la otra son mucho menos duraderos que la alegría. Nosotros nos iremos, pero la Nochebuena seguirá viniendo. Y no hay ausencia capaz de enturbiar esa venida. Un día entenderás esto, hijo.

Han pasado treinta años y me pregunto si hago bien contando estas cosas: si llegan a leerlas mis sobrinos sabrán por qué mis hermanos y yo hemos heredado ese relámpago gris y por qué cruza por nuestros ojos cada vez que la sopa de almendras entra triunfante en nuestro comedor tras la cena de Nochebuena. Si llegan a leerlas me gustaría que descubrieran también que el relámpago dura una centésima de segundo. Y que no es capaz de nublar nuestra alegría.

8.- Teoría del trampolín

La visita de Alfredo me ha multiplicado -y complicado- la tarde. Durante cerca de una hora le he dejado hablar sin interrumpirle, no porque yo estuviera de acuerdo con todo lo que él decía, sino porque, poniéndome yo en actitud polémica, discutiendo los puntos en que discrepaba, ni le permitiría a él expresarse a gusto ni comprendería yo del todo sus ideas, ya que toda polémica enturbia las mentes de los que la mantienen.

Alfredo, que acaba de publicar un libro (*Veintidós historias clínicas*, Alfredo Rubio, Ediciones Edimutra), quería resumirme de palabra su pensamiento. Es muy simple.- la clave de toda psiquiatría -mi amigo es médico- está en que el paciente se acepte a sí mismo tal y como es. Nadie podría curarse o ser feliz si se empeña en ser «otro». Alfredo interpreta el «ser o no ser» de Hamlet de un modo muy especial y profundo: ser lo que eres, ser como eres, o no ser. El hombre podrá mejorar lo que es, pero nunca ser otra persona, con otras virtudes, con otros defectos. Cada uno ha de realizarse con su estatura, con su origen social, con su inteligencia, con su modo de ser. No puede construir sobre otro terreno. Soñar ser alto, rubio o rico, si se es bajo, moreno y pobre, sólo es un sueño, además de inútil, desvitalizador. No está en la mano del hombre --dice Alfredo- cambiar lo más profundo. El mar da olas. El soto, álamos. El mar será feliz con sus olas o no será feliz. El soto será feliz dando álamos, nunca soñando producir olas. El rechazo de uno mismo es el mejor camino para no llegar a ser nada. Sólo a partir de la aceptación de lo que uno es podrá alguien superarse.

Incluso -prosigue hablando Alfredo-- el gran drama de muchas familias está en que no se aceptan los unos a los otros como son. Los padres se pasan la vida diciéndoles a sus hijos: Si fueras así, si fueras así, si te parecieras a tu primo Ernesto... Así los hijos no se verán nunca amados por sí mismos. Sentirán que sus padres aman al ideal que ellos se hicieron, no a los hijos que, de hecho, han tenido. Los hijos quieren

ser queridos tal y como son, quieren ser amados por ser lo que son, no sólo soportados. Hay hijos que llegan a sentirse como traidores de los sueños de sus padres y piensan que les harían un favor si ellos desaparecieran.

Es claro ---dice Alfredo, saliendo al paso a la objeción que lee en mis ojos- que yo no hablo de una aceptación de sí mismo pura- mente pasiva, resignada. Hablo de una aceptación que incluye el motor para arreglar en lo posible --que nunca será mucho- esos defectos. Partiendo del supuesto de que con esos defectos se puede ser feliz y se puede amar y ser amado.

Cuando Alfredo se ha ido, he dado muchas vueltas a estas ideas en mi cabeza. Coincidió en un 80 por 100 de ellas, ya lo he dicho. Sólo me asusta que esa postura conduzca a la pasividad, confunda la aceptación con la resignación, anime a la pereza.

Y recuerdo que ideas parecidas habían sido ya para mí un deslumbramiento cuando leí en Bernanos la defensa de los «santos cobardes». Difícilmente olvidaré aquel párrafo de *Diálogos de carmelitas*, en el que dice. «A Dios no le preocupa saber si somos valientes o cobardes. Lo que El quiere es que, valientes o cobardes, nos arrojemos en sus brazos como el ciervo perseguido por los perros se arroja al agua fría y negra.» Es cierto: Dios es probablemente el único que nos mide con nuestros raseros y recibe el amor de listos y tontos, guapos y feos, cultos e incultos como amores idénticos.

Todo esto es verdad. Y, sin embargo...

Lo que nunca pudo imaginarse Alfredo es que llegaba a mi casa en «días-Kazantzakí». Yo soy un hombre tremendamente influido por las lecturas, cuando me gustan, claro. Si un autor me llega, se apodera de mí, se hace dueño, al menos por un día, de mi alma. Y en estas vacaciones navideñas ha sido Niko Kazantzaki mi dueño.

¡Y resulta que Kazantzaki piensa exactamente lo contrario que mi amigo Alfredo! Para el novelista griego, la patria verdadera del alma está en lo imposible, más allá de sus propios límites. Su meta espiritual es alcanzar lo inalcanzable y morir en esa pelea. Lo importante no es la felicidad que se consigue, sino la que se busca; no la meta, sino el esfuerzo por llegar a ella. «Ten fe en el alma humana ---, dice uno de sus personajes- y, sobre todo, no escuches a los prudentes, porque el alma humana puede lo imposibles «Llega hasta donde no puedas» ofrece como consigna para quienes quieran seguirle.

¿Es que acaso existen varias clases de hombres, unos que deben ser felices con lo que tienen y otros que sólo lo serán luchando por rebasar sus límites? Eso dice Kazantzaki. «Hay tres clases de hombres y tres clases de plegarias. Unos dicen a Dios: "Dios mío, ténsame; si no, me pudriré." Otros rezan: "Dios mío, no me tenses demasiado porque me romperé." Y otros: "Dios mío, ténsame cuanto puedas, aunque me rompa." Esta tercera es mi plegaria.»

La mía también. Al menos ésa fue mi plegaria durante mi juventud. Y lucho ahora para que siga siéndolo.

¿O hay tal vez una síntesis? Quizá sirva de algo mi teoría del trampolín. La realidad -mi cuerpo, mi vida, mi circunstancia- no es para mí una butaca en la que descansar, sino un trampolín desde el que saltar.

Me acepto como soy. Sé que no saltaré si no pongo los pies en mi trampolín, sé que saltaré tanto más cuanto mejor asiente mi pie en la madera, pero sé también que la realidad sólo se ha hecho para ser superada, para elevarnos desde ella.

¿O quizá el verdadero camino sería aplicar a los demás la teoría de Alfredo -y aceptarles como ellos son- y aplicarme a mí mismo la teoría de Kazantzaki -no contentarme ni con lo que he sido ni con lo que soy, sino pasar la vida saltando a lo que seré?

Sí, no seré yo de los que, mientras tienen en la mano una pequeña naranja, se mueren de sed por soñar una naranja de oro. Pero tampoco seré de los que mientras degluten su pequeña naranja se olvidan de soñar todo un naranjal de oro.

9.- " Reina " no ríe.

Antonio Gala escribe en su último artículo que, a lo largo de la mañana, le pareció que a su «Troylo», en la foto que de su perro tiene encima de la mesa, «le sonreían los ojos». Y yo, leyéndome, me muero de envidia. Porque llevo seis años intentando enseñar a sonreír a «Reina» -mi gata- y tengo que confesar mi rotundo fracaso.

Cuando ella me mira, a través de sus brillantes ojos felinos, logra expresar sorpresa, admiración, asombro, curiosidad. No más. Jamás ha aparecido en su rostro la sonrisa. No la usa para salir a saludarme. No aparece en su mirada cuando le pongo su comida. Hasta cuando juega lo hace con seriedad de esfinge. Y tengo que resignarme a aceptar que no es humana.

Digo esto porque yo siempre he pensado que lo que distingue al hombre del animal no es la racionalidad, sino la capacidad de sonreír. Pero... si esto es así, ¿por qué los hombres nos reímos tan poco? ¿Es que tan sólo somos hombres en esos pequeños rinconcitos de nuestra existencia en los que la sonrisa ilumina y vivifica nuestra alma y nuestro rostro? La verdad es que tampoco pensamos con excesiva frecuencia y que las más de las horas nuestra cabeza flota en galaxias no humanas, pero me temo que, si pensamos tan poco como nos reímos, no debe de ser demasiado extensa ni profunda la humanidad que de hecho utilizamos.

Lo peor del asunto es que dicen los sociólogos que la risa es un don de creciente escasez. El mundo -dicen- aumenta en seriedad, se multiplica en aburrimiento.

Eça de Queiroz echaba la culpa a la civilización: «La humanidad se entristeció por causa de su inmensa civilización.» ¿No será más bien por culpa de nuestra inmensa descivilización? Yo prefiero, con mucho, la tesis de Martin Grostjahn, para quien «el humor pertenece a los estadios superiores del proceso humano».

Porque ¿cómo diríamos que el mundo mejora si ganáramos en automóviles y perdiésemos en sonrisas? ¿Seríamos más felices teniendo calefacción y careciendo de alegría? Dostoievski hace gritar a uno de sus personajes en Los hermanos Karamazov: «Amigos míos, no pidáis a Dios el dinero, el triunfo o

el poder. Pedidle lo único importante: la alegría.» (Y espero, angustiado, entre paréntesis, que ninguno de mis lectores caiga en la tentación de replicarme que teniendo esas tres cosas o una de las tres se tiene la alegría.)

Claro que, cuando hablo de la risa, no estoy refiriéndome a la carcajada. Los tontos se ríen mucho y sonríen poco. Quienes tienen más alma suelen ser escasos en carcajadas y no desatan la sonrisa de sus labios.

Yo suelo fiarme poco de los que racionan sus sonrisas. Creo que tenía razón Rubén Darío al afirmar que, «generalmente, los hombres risueños son sanos de corazón». E hizo bien al poner eso de «generalmente», porque habría que excluir a los anunciantes de dentífricos. Y también a quienes planifican sus sonrisas siguiendo los consejos de Dale Carnegie.

Más peligrosos aún son los que no digieren el humor, los que se irritan cuando, a ellos o a sus ideas, no se les toma «suficientemente en serio». Un buen amigo mío, Bernardino Hernando (en un precioso libro que acaba de publicar y que se titula *El grano de mostaza*), defiende la acertada teoría de que «el débil disimula su miedo y su debilidad bajo una capa de solemnidad, mientras que el fuerte los supera por el humor». Exactísimo. No hay nada más vacilante que un hombre campanudo. Y poco tiene que temer el que cada mañana, ante el espejo, se ríe buenamente de sí mismo.

Por lo demás, yo diría que no hay cosa mejor que un escritor bienhumorado. Lo que a mí no me gusta de los revolucionarios (de pacotilla) es que se toman a sí mismos terriblemente en serio y se creen que dicen cosas tanto más importantes cuanto más avinagradas. Un revolucionario verdadero me parece a mí el que siembra sus ideas entre sonrisas. Tiene, al menos, muchas más posibilidades de que esas ideas calen en los hombres.

Cuando yo recuerdo mis años infantiles descubro hasta qué punto se han ido al cubo de la basura casi todas las ideas que me predicaron aburridamente. Bastante hice con soportarlas como para, además, hacerlas mías. En cambio, hay algo que no olvidaré: las charlas que nos daba don Angel Sagarmínaga, uno de los seres más sonreidores que han pisado este planeta. Don Angel llegaba a mi seminario y se ponía a hablarnos de misiones, y en cuanto percibía que nuestra atención comenzaba a desfallecer, se detenía y, o nos contaba un chiste, o se ponía a silbar a dos voces. Para el niño que yo era, aquel silbido era tan misterioso e importante como las cataratas del Niágara. Y aunque a los ojos de los sabios aquello hubiera parecido una tontería, lo gracioso es que ahora no puedo escuchar un silbido -de hombre, de tren o de pájaro- sin pensar en las misiones.

Hombres así ensanchan el planeta y hasta aclaran la fe. Bruce Marshall contaba que él -acostumbrado de niño a la seriedad de la liturgia anglicana- comenzó a pensar que le gustaba más el catolicismo el día en que vio que, en una iglesia, cuando a él se le cayó una moneda y fue a colarse entre las rendijas de la calefacción, el cura, en lugar de reñir a los chiquillos por sus risas, se reía él también. Un Dios -pensó- que deja reírse a los suyos en la iglesia resulta bastante inteligente.

Y ahora me río yo pensando que todas estas divagaciones surgieron a propósito de que «Reina» -mi gata- no sonreía. Me tranquiliza aquella idea, que algunos escritores atribuyen a San Francisco, de que

no es seguro que no haya animales en el cielo. Si esto fuera cierto, seguro de que en el cielo reirían. Reiremos todos. El cielo o es una oleada de risas, o no es el cielo de Dios.

10.- Elogio del coraje

Supongo que lo que más habrá impresionado a muchos en el último premio Nadal es que una mujer, madre de cinco hijos, haya ganado en sólo un mes dos importantes premios literarios. Pero a mí -que, decididamente, soy un poco ratolito que más me ha admirado es que esa misma mujer, Carmen Gómez Ojea, se hubiera presentado durante el año anterior a otros trece concursos y, en lugar de desalentarse por los repetidos fracasos, siguiera luchando, esperando y acudiendo a concursos. Porque es cierto que hace falta un coraje nada usual para seguir creyendo en uno mismo y en la propia obra después de trece desencantos. Y hace falta también continuar creyendo en la honradez de los demás para no refugiarse, tras tantos intentos, tras esas fáciles fórmulas de «en este mundo todo es trampa» o de «el que tiene padrino se bautiza».

Sí, cuanto más avanzo en la vida más admiro las virtudes pasivas en un ser humano. De joven, yo valoraba por encima de todo el genio, la fuerza creadora, el ardor, la inteligencia apasionada. Ahora valoro muy por encima la paciencia, la constancia, el saber encajar los golpes, el don de mantener la esperanza y la alegría en medio de las dificultades.

Tal vez porque la vida me ha enseñado ya que es muy posible el primer triunfo fulgurante y casual, pero que ninguna obra verdadera-mente grande y sólida se construye si no es contra corriente, terca y tozudamente. Ninguno de los genios que admiro construyó su obra desde la facilidad. Los más lo hicieron entre tormentas y tuvieron incluso que invertir más tiempo en combatir las adversidades que en crear. Incluso, probablemente, nunca hubieran creado de no haberles sacudido tantas adversidades.

En la «tele» han dado hoy la quinta sinfonía de Bruckner y yo he gozado doblemente oyéndola: por su soberana belleza y porque sabía que su autor sólo pudo lograr oírla en un estreno hasta diecinueve años después de compuesta. Yo sé bien -y lo sabe todo escritor o artista- cómo parece que se te estuviera pudriendo la obra que no has logrado estrenar o publicar. El paso del tiempo no sólo no te cura esa herida, sino que parece que el texto escrito te creciera dentro, como un hijo que una madre no lograra parir cuando ha llegado a su meta. Lo sientes morir dentro, vives con su cadáver a cuestas. Y, paradójicamente, cada día te va pareciendo más tu mejor obra, tal vez por piedad hacia su inexistencia, como todos los padres verdaderos aman más apasionadamente al hijo que les nació subnormal. Crece ,con los años la angustia. Bromeas contigo mismo diciendo que nacerá ya con el servicio militar

cumplido. Pero tú sabes bien que estas bromas no son más que un afán por consolarte de ese hijo non-nato.

¡Y si encima -como a Bruckner le sucedió y a tantos músicos- esa congelación se debe sólo a la incomprensión de tantos criticuchos cuyos nombres conocemos hoy solamente porque bombardearon a esos genios! Sólo una enorme fe en su obra y en su obligación de realizarla pudo ayudar a Bruckner a seguir componiendo nuevas sinfonías, mientras ese milagro de la quinta permanecía enterrado.

¿Y los que se murieron sin llegar a ver nacidos a sus hijos? Gerald M. Hopkins -tal vez el poeta que más ha influido en la reciente poesía inglesa y en muchas otras fuera de las islas- murió sin publicar un solo verso. Incluso conoció la amargura de que el más bello e impresionante de todos sus poemas -*El naufragio del Deutschland*- fuera rechazado por la revista de sus compañeros jesuitas, que no se enteraron de nada.

¡Pienso ahora en Teilhard de Chardin, que tuvo, el infinito coraje de escribir veinte, treinta volúmenes sin lograr publicar en vida uno solo. ¿Pudo, al menos, soñar o imaginarse que hoy se multiplicarían sus ediciones traducidas a quince idiomas?

O pienso ahora en Mozart. Hay días -afortunadamente no muchos- en los que llego a mi casa deshecho por el cansancio o por la incomprensión. Hay días en los que me pregunto si vale la pena luchar, escribir, para que tales o cuales cretinos te lean con los prismáticos al revés y enfangados. Y entonces hay en mi casa una medicina prodigiosa: me siento junto a mi tocadiscos y hago rodar en él las sonatas que Mozart escribió en las horas más amargas de su vida. La 545, por ejemplo, que fue compuesta dos días después de que se muriera «de hambre» -una de sus hijas, mientras su mujer, en un balneario, le ponía en ridículo coqueteando con todos los que se ganaban la vida mejor que él; mientras Mozart, hambriento, acudía a las casas de los ricos y se atiborraba los bolsillos de croquetas y bocadillos para poder comer en los días siguientes. Y pienso todo esto mientras sale de mis altavoces tal río de pureza y de alegría (aunque allá en el fondo, en los adagios, se le escape un manso grito de dolor y protesta por un mundo que no le ama y está mal construido). ¿Cómo, entonces, sentirse desgraciado? ¿Cómo aceptar que mis propios dolores minutos me detengan un solo segundo en mi hermosa tarea de escribir y escribir?

¡Ah!, sí. la vida es una larga paciencia y el desaliento es una gran cobardía. ¿Cómo podríamos tolerar que la incomprensión nos detuviera? ¿Tan poco creemos en nuestra propia alma que nos puede maniarar una injusticia? Sí, es cierto: la gente que dice que pierde la fe es que no la ha tenido nunca. Y quienes pierden la fe en su tarea es que nunca la han valorado como deben. Trabajar por el éxito, trabajar por el premio es pudrirse. Es bueno, sí, que llegue de vez en cuando, porque el corazón humano nos lo hicieron de carne y no de acero. Pero uno debería vivir como las llamas, que nunca se preguntan si es importante o no lo que están quemando.

11. - Niño en el cubo

No quiero creerlo, no quiero creerlo. Prefiero pensar que se trata tan sólo de un sueño macabro. Sé que la noticia ha aparecido en todos los periódicos. Sé que ayer un compañero de la sección de sucesos me contó todos y cada uno de los espantosos detalles, pero no me resigno a creerlo. No puede ser verdad. Es necesario que no sea verdad.

Aquella mañana, Carlos -un empleado de limpieza del Ayuntamiento de Madrid- se había levantado contento y empezaba su trabajo como tantas mañanas. Y fue en este cubo -este que ahora me señala-, aquí, junto a la parada del Metro de Bravo Murillo. «Yo lo volqué como todos los días.

Y entre los restos de comida, las latas de cerveza, los periódicos sucios, aquella bolsa de plástico -no sé por qué- me llamó la atención. La Policía ha dicho que tenía seis meses, pero yo lo vi bien, estaba entero, formado completamente, con la carita empezando a ponerse morada, con el cordón umbilical sin atar, limpio como si lo hubieran lavado a conciencia, pero con algunos coágulos de sangre seca en el vientre y sus partes de varón. Y no me pida más explicaciones; llevo dos días sin poder comer.»

Debe de ser un sueño. Uno de esos sueños confusos y turbios que he tenido esta noche entre pesadillas y duermevelas. Me preguntaba si ese niño que empezaba a ponerse morado no sería yo mismo, si no sería la humanidad entera la que agonizaba en aquel niño abandonado en un cubo de basura madrileño.

No me coge de nuevas este horror. Hace años leí ese libro vertiginoso de Litchfield-Kentish titulado Niños para quemar, en el que se describe, con datos pavorosos, el gigantesco negocio de las modernas clínicas abortivas. He visto no pocas fotos de otros cubos, supuestamente higienizados, llenos de «desperdicios» humanos. Sé que la cifra de niños anualmente victimados, por preciosas razones y con leyes que se creen modernas, alcanza ya la cifra de cincuenta millones (más o menos el doble anual de todas las víctimas de la segunda guerra mundial); pero esta vez el cubo estaba a la puerta de la estación de Metro por la que yo paso muchísimas mañanas. En ese cubo he tirado yo cientos de veces cajetillas de tabaco o periódicos leídos. Y tal vez todo ello me hace más hermano de ese inocente abandonado en tan brutal cementerio.

He soñado esta noche con ese niño. Le he visto jugar a esos juegos que nunca jugará, hacer la primera comunión que no hará nunca, soñar sueños que nunca tocará con aquellas manitas que estaban ya formadas.

He leído en algún sitio que los fetos llegan a soñar en el seno materno. Me pregunto qué formas, qué colores llegó a soñar este niño del cubo de basura.

Y ahora, en el mismo instante, en que escribo estas líneas, llega hasta mí el llanto del niño del piso superior al mío. Y ese llanto, que tantas noches no me dejó dormir, hoy me parece una marcha triunfal. Si llora es que vive, es que gusta este doloroso gozo de vivir. Y son ahora mis ojos los que conocen las lágrimas pensando en ese otro niño del cubo que nunca llorará.

Y me pregunto si nació del amor. Yo no quisiera condenar a su madre. ¿Quién soy yo para condenar a nadie? Sé que la Policía busca a los autores de ese abandono homicida. Pero yo no soy un policía. No soy un juez. Soy sólo un ser humano que se avergüenza de ser hombre.

Y acuden a mi imaginación cientos de disculpas para exculpar a esa madre, Tal vez fue violada, me digo, intentando entenderla. Mas no debo engañarme. Conozco perfectamente los estudios científicos que aseguran que sólo un 0,3 por 100 de los abortos tienen como origen la violación. Que sólo un 0,5 por 100 provienen de razones eugenésicas de madres que temieran tener un pequeño anormal. Que incluso

sólo un 9 por 100 surgen de relaciones sexuales ilícitas. Que el 90 por 100 nacieron de un supuesto amor que fue posteriormente derrotado por razones económicas o por dulce egoísmo.

Me gustaría que al enterrar a este niño le pusieran en una manita una moneda y en la otra una canica, como hacen los toltecas. Me gustaría que pueda jugar en algún sitio, que pueda en algún lugar comprarse pirulíes, ya que en la Tierra no encontramos patria para él.

Me gustaría que en la otra orilla no le hablen de nosotros los hombres. Que nadie le explique jamás cómo fue muerto antes de nacer.

Me gustaría también que, al otro lado, se encuentre a San Ambrosio para que le repita aquello que escribió de que «Dios ama a los hombres mucho antes de que nazcan» y que «les forma con sus manos como un artesano dentro de la vasija del seno maternal». Quisiera que estuviera allí San Agustín y que añadiera que «Dios forma lo mismo al hombre en el seno de una prostituta que en el de la mujer más pura, y que, además, adopta como hijo suyo al que forma en el seno más contaminado».

Esa paternidad y esa filiación, pequeño mío, no te las quita nadie. Arriba nadie va a preguntarte por tu cuna, no hurgarán entre tus apellidos, completarán tus manos empezadas.

Más incompletos que tú somos todos los que hemos tolerado un mundo inhabitable. Más incompleta que tú es tu madre, la que no quiso serio. Se quedará, mientras viva, realizando aquella terrible intuición de Rilke: abierta, como esas

*madres que no pueden cerrarse,
porque aquella tiniebla echada fuera con el parto
quiere volver y empuja para entrar.*

12.- Vagabundos por fuera,

Bibliotecas por dentro

Hace muchos años vengo pensando que si yo tuviera que reempezar a vivir, y me dejaran escoger la manera, elegiría ser uno de esos vagabundos que Mingote pinta bajo los puentes, comiendo una lata de sardinas mientras compadecen a los comedores de langosta, puesto que cuentan los periódicos que este año tendrán sabor a petróleo, o sintiendo una auténtica pena por los poderosos que ayer fueron víctimas de la bajada de la Bolsa.

Querría ser uno de esos vagabundos porque dicen esas cosas sin siquiera ironía. Menos aún con envidia o amargura. Ellos son libres. Se sienten seriamente superiores a los pobrecitos que están encadenados al dinero. Santa Teresa diría de ellos que «lo poseen todo porque no desean nada». Son viejos, pero jovencísimos. Viven bajo los puentes -puentes que ya sólo existen en la imaginación milagrosa de Mingote-, pero están en ellos mejor que en un palacio. Visten harapos, pero limpiísimos. Son un prodigio de humanidad. Tanto que uno teme que sean sólo fruto de los sueños del dibujante, pero que éste no encontraría ya modelos reales en que inspirarse.

Me gustaría, sí, ser un vagabundo (vagamundo, diría Santa Teresa). No estar encadenado a oficio ni beneficio. Moverse por las únicas pasiones del amor y de la libertad. Saber más de flores y de pájaros que

de automóviles; estar mejor informado del curso de las nubes. que del proceso de los golpistas; entenderme mejor con los niños que con los catedráticos. Me gustaría -ya veis-- todo lo que no poseo.

Pero mi sueño imposible y dorado sería el de que un día pudiera aplicárseme aquella cimera definición de lo que ha de ser un ser humano que Bradbury dedica a los mejores ciudadanos de un mundo futuro. gentes que eran «vagabundos por fuera, bibliotecas por dentro»..

Supongo que todos mis lectores habrán tenido alguna vez el gozo de leer esa prodigiosa novela que se tituló *Fahrenheit 451* y en la que Bradbury profetizó hace años el mundo espantoso que se nos viene encima; un mundo en el que ya no será verdad que «los hombres nacemos iguales», pero sí será cierto que «los hombres terminamos por ser todos iguales».

La civilización contemporánea es una gran domadora. Todos vamos entrando por sus aros. Año a año, poco a poco, todos vamos comiendo lo mismo, cantando lo mismo, pensando lo mismo. El gran dictador Mister Mediocridad se va adueñando de nosotros, tira de nuestra nariz con un arito llamado "rio, nos enseña cada tarde a saltar como dulces perritos a través de ingeniosos ejercicios televisivos, pone agua en el vino de nuestros sueños y esperanzas, corta las uñas a nuestras ilusiones, nos hace subvivientes, subhumanos.

En ese mundo vertiginoso que Bradbury pinta no hace falta si- ,quiera que el gran dictador apriete los tornillos de su censura. Ha mandado -es cierto- que se quemem todos los libros -ya que todo libro con ideas es una escopeta cargada de vitalidad-, pero en realidad los quemadores de libros apenas tienen trabajo: simplemente la gente ha abandonado la lectura, buscando trabajos más digeribles y menos exigidores de esfuerzo. «Los periódicos ---cuenta Bradbury- se morían como enormes mariposas. Nadie deseaba volverlos a ver. Nadie los echó de menos cuando desaparecieron.» Hacia eso vamos, ¿quién no lo vería?

El otro día un amigo mío ironizaba de otro compañero que era «un ligón que no ligaba nada». «Fíjate -me decía-, que lleva chicas a su apartamento y tiene el apartamento lleno todo de libros. ¿No sabrá que una casa llena de libros vuelve frías a las mujeres?»

Yo -que soy analfabeto en esos temas- me maravillé mucho, pero entendí que eso era un signo más de ese mundo antilector y vacío al que nos encaminamos.

Afortunadamente, en la novela de Bradbury hay también rebeldes, gentes que, ante esa persecución a los libros, han decidido convertirse ellos mismos en libros: como no pueden poseerlos, cada uno se ha aprendido uno de memoria y esos «anarco-lectores» se reúnen de vez en cuando (tal vez bajo los puentes de Mingote) para «leerse» los unos a los otros. Hay un señor que «es» nada menos que *La república*, de Platón; otro se ha convertido en *Los viajes de Guí- liver*; cuatro amigos han decidido «ser» los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Viven como vagabundos, pero «son» libros. Por eso pueden definirse a sí mismos como «vagabundos por fuera, bibliotecas por dentro». Cuerpos libres y des-encadenados; almas henchidas y llenas: la plenitud de la felicidad.

A lo mejor un día me decido a fundar una asociación de «gentes que tengan la funesta manía de pensar», gentes que no acepten esta generación de «papillas digestibles» a la que quieren reducirnos, gentes que no estén dispuestas a tragarse cada mañana una rueda de mo- lino. Nos declararían en seguida

¡legales, ya lo sé, pero no creo que eso fuera demasiado importante. Es difícil que inventen una ley que prohíba tener el corazón entero y el alma puesta en pie. Cuando nos juzguen se quedarán tan sorprendidos como Pilato ante Cristo, que al final ya no se sabía quién juzgaba a quién. Ciertamente Cristo salió de allí condenado a muerte, pero Pilato salió condenado a fanteoche por los siglos de los siglos, que es mucho más grave. A Cristo lo mataron, pero siguió vivo. A Pilato no hizo falta ejecutarlo porque ya estaba muerto. Como todos esos millones que deambulan por la Tierra con el alma sorbida, aunque se creen que están vivos porque ganan dinero.

13.- Morir solos, vivir juntos

Lo que más me ha impresionado de la muerte de Paco Martínez Soria ha sido saber que murió solo. Solo, en la inmensidad de la noche, entre las cuatro paredes frías de un apartamento, él que tanto conoció el aplauso, que vivió rodeado de multitudes que le abrazaban cada tarde con sus carcajadas y con esa forma misteriosa de amor que es reírse juntos.

Nunca me ha impresionado eso de que los muertos se «queden solos» -como lloraba Bécquer- en los cementerios. Los cementerios no existen, no cuentan. Lo verdaderamente horrible es morir asfixiado por los muros de cemento de la soledad. Esa soledad que angustiaba tanto a Santiago Rusiñol y que le hacía asegurar que, en esa hora de amargura él llamaría a los cuervos para que le hicieran compañía.

Y esto lo siento muy especialmente en estos días: cuando se cumplen tres años de la hora más alta de mi vida, los últimos momentos que vivió mi padre en esta tierra. Nunca aprendí tanto en tan pocos minutos. Nunca «me viví» tan enteramente. Fue como si, por un momento, alguien me descorriera la cortina que vela los únicos misterios importantes de nuestra condición humana.

Durante muchos años me había angustiado la idea de que los hombres podemos vivir juntos, pero morimos solos. Con Dios cuando más, pero quedándose ya lejos cuanto tuvimos de fraterno.

Y aquella tarde de marzo del 79 -a las ocho y diez exactamente- descubrí cuán injustificado era ese miedo que atenazaba mi corazón ya desde niño. Una hora antes había dicho yo la misa al borde de su lecho. Y él --desde la hermosa orilla de sus noventa y tres años- la había seguido entre ráfagas de ardiente lucidez y fugaces

hundimientos en la oscuridad. Luego llegó, al mismo tiempo que la agonía, la plenitud del amor. Estábamos allí los cuatro hermanos, dos a cada lado de la cama. Y mi padre hubiera querido tener en aquel momento cuatro manos para agarrar las cuatro nuestras. No es que tuviera miedo, es que necesitaba resumir en aquel gesto sin palabras todo el cariño de tantos años incandescentes.

Mi padre era un hombre tímido y muy poco expresivo. Mientras vivió mi madre se replegó a la sombra, como dejándole a ella la exclusividad de demostrar amor. Sólo cuando ella se fue dejó subir su ternura al primer plano, como si tratara de ser a la vez una madre y un padre. Luego, al envejecer, se fue afilando su ternura, multiplicándose, porque en esa recuperada infancia se dobla o se triplica lo que fuimos de hombres.

Y ahora -a las ocho y cinco de aquella tarde de marzo- era como si temiera que el amor no hubiera quedado suficientemente claro. Por eso, ya sin palabras y entre estertores, sus ojos -lo único ya que le quedaba vivo- desfilaban, uno por uno, por los rostros de sus cuatro hijos; iban y venían del uno al otro, con una misteriosa mezcla del que pide socorro y mendiga amor.

No le hizo falta llamar a los cuervos, porque no estaba solo. Los cuatro allí moríamos con él y él vivía en nosotros, puesto que su muerte estaba multiplicando nuestras cuatro vidas. ¿Se puede, entonces, morir juntos cuando se ha vivido juntos?

Nunca he tenido mucho miedo a la muerte. Y esto no sólo por- que tengo fe, sino también porque me he acostumbrado a vivir con ella en casa. Sé que ella anda en zapatillas por mis habitaciones, amiga y compañera, ya no amenaza, sino acicate. Y su recuerdo sólo me sirve para darme más prisa a vivir.

Recuerdo ahora aquel encuentro de Rilke con Rodin. El joven poeta había acudido a visitar al genial escultor, y no para preguntarle por el arte y todas esas paparruchas, sino para hacerle la pregunta decisiva: «¿Cómo hay que vivir?» Rodin le contestó con una sola palabra: «Trabajando.» Y esa palabra iluminó a Rilke, que, muchos años más tarde, comentaría- «Lo comprendí muy bien. Siento que trabajar es vivir sin morir.»

Tal vez yo habría dicho «amando» en lugar de «trabajando». Pero ¿acaso trabajar no es un modo de amar? Lo sé: los que están vivos –s decir, los que aman y trabajan- no se mueren nunca. Sólo se mueren los que ya están muertos.

Así se ha ido curando en parte mi miedo a la muerte solitaria. ¿Acaso estoy solo ahora, cuando escribo este artículo? ¿Acaso no estáis aquí vosotros, posibles o soñados lectores míos? Lo sé- el verdadero secreto de la soledad es que no existe. Si es verdadera soledad está llena y acompañadísima. Si está sola y vacía no es soledad, sino simple muerte y aburrimiento.

No, no compartiré jamás las visiones que los románticos tenían de la soledad. Me duele como una blasfemia aquella afirmación de Schopenhauer, para quien la soledad tenía dos ventajas: que uno está en ella consigo mismo y que, además, no está con los demás. Y si fuera cierto aquello que escribiera Ruckert de que «las águilas vuelan solas, los cuervos en bandadas», estad bien seguros de que yo preferiría ser cuervo antes que águila altanera y estúpida.

Prefiero la afirmación del Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo.» Y es bueno que, cuando esté solo, esté latiendo, vibrando, tendiendo sus manos de moribundo hacia todos sus hijos, buscando ojos que te miren -y en los que mirarse, porque sólo existimos en tanto en cuanto que latimos «en» otros.

Y ya no me preocupa ignorar si la muerte alcanzó a Paco Martínez Soria en la ignorancia del sueño. Porque sé que al apoyar su cabeza en la almohada, al acostarse, tuvo que sentir los aplausos y las carcajadas de todos los que con él habían compartido tantas horas felices. Sé que, incluso en sus sueños último y penúltimo -mientras la muerte, en zapatillas, se acercaba a su cama-, volvió a sentirse en el teatro, en el escenario, arropado de amor y de risas, seguro de que podía estar muerto, pero solo jamás.

14. Las monjas de la colza

Esto que voy a contar no es una fábula. Aunque pudiera parecerlo. Ha sucedido, está sucediendo en un pueblecito de Toledo. Si los periódicos no han hablado aún de ello es simplemente porque, como ya señalé en otra página de estos apuntes, las cosas importantes no son amigas del estrépito. Procuraré contarle también yo sin estrépito, con la escalofriante sencillez de los hechos.

En Casarrubios del Monte hay una pequeña comunidad de cistercienses en un convento llamado Santa Cruz. Son 23 religiosas -más exactamente: eran 23 y son ahora 22-, la mayor parte de ellas más jóvenes de lo que hoy es habitual en las casas de clausura. La media de edad se coloca en los cuarenta años, y un buen puñado de ellas no llega a los veintisiete. Tienen nombres recién sacados de la vida, como los de un grupo de oficinistas o de un equipo de baloncesto femenino. Esther, Flori, Rosi, Araceli, María José, Florinda...

Hace diez meses, la hermana de la cocina contó en el recreo una buena noticia: un detallista del pueblo había conseguido en Alcorcón un aceite estupendo, barato, baratísimo. Aquello era un alivio para una comunidad tan pobre como la suya, que vive modestamente del trabajo de sus manos- géneros de punto y prendas confeccionadas, que preparan para unos grandes almacenes, y mazapán, que elaboran al acercarse los días de Navidad. ¡lo que iba a poder ahorrarse con aquel aceite tan bueno y tan barato!

No pasó mucho tiempo sin que las monjas empezaran a encontrarse mal. No sabían muy bien qué era aquello. Se cansaban en el trabajo, se sentían desmadejadas en la oración. Pero como era cosa que les pasaba a todas, no le dieron inicialmente demasiada importancia. Y como ellas ni leían periódicos ni escuchaban la radio, tardaron en contagiarse de aquel escalofrío que corrió por toda la piel de España con el nombre maléfico de colza, de síndrome tóxico.

Más tarde, a varias comenzó a caérseles el pelo. ¡Y cómo se reían! ¡Y qué bromas se gastaban las unas a las otras pensando en que se quedarían todas calvas, problema no muy grande que cubrían sus tocas!

Pero la cosa empezó a parecer seria cuando sor Ángeles, la abuela del convento, con sus setenta años, empezó a acercarse a grandes zancadas a la muerte. Fue entonces cuando el médico preguntó a las monjas qué tipos de aceites habían gastado en los meses anteriores. Ellas le explicaron que uno muy bueno -un poco espeso, sí, un poco maloliente, es verdad- que les había vendido, muy barato, un comerciante de Casarrubios, un señor muy bueno que les había hecho un gran favor.

Entonces supieron que habían sido visitadas por el ángel del dolor y que probablemente serían pronto recibidas por el ángel de la muerte: ¡porque todo el convento estaba envenenado!

En aquel momento -porque eran humanas- sintieron un escalofrío de pavor. Aquella noche alguna lloró en su celda. Pero cuando en la media noche se levantaron -ya muchas de ellas con dificultad- a rezar sus maitines, empezaron a entender que los caminos de Dios son muy extraños y que el Señor les

estaba dando la oportunidad de compartir la suerte de ese pueblo español del que se sienten parte; y comprendieron que era lógico que si el envenenamiento no había llegado a los palacios, pero sí a las chabolas, a la casa de los pobres, llegara también a quienes vivían en pobreza voluntaria el Evangelio. Entendieron, incluso, que si «la colza de los pobres» no hubiera afectado a ningún miembro vivo de la Iglesia, eso querría decir que, al menos la Iglesia oficial, no estaba con los pobres. Y empezaron a sentirse como «enviadas especiales de la Iglesia en el dolor», como «representantes de la Iglesia en la colza».

Y pensaron que ésta era la gran hora de demostrar su fe y de explicar al mundo las verdaderas razones de su alegría. Ellas no eran alegres porque fueran ricas, no eran alegres porque desconocieran los problemas en que se agita el mundo, no eran alegres sólo porque fueran jóvenes y sanas. Eran alegres porque creían en Dios y en el sentido exaltante de sus vidas y su vocación. Y hasta ahí no llegaban los envenenamientos. La colza amordazaba sus miembros, pero no sus almas. Debilitaba sus articulaciones, no su corazón.

Y les pareció que se multiplicaba su alegría. Les confortó el gozo con que sor Ángeles, la viejecita, se encaminaba a la muerte. Les animó su esperanza, la entusiasmante confianza en el Señor con que vio apagarse su vida.

De Roma les autorizaron para que acortasen sus cuatro horas y media diarias de oración. Pero ellas no quisieron recortes. Solamente aceptaron trasladar los maitines desde la media noche -ahora levantarse era ya físicamente imposible- hasta la caída de la tarde. Y aceptaron que alguna otra religiosa de otros conventos de la Orden viniera a ayudarles en la fabricación de mazapanes, ya que no deseaban dejar sin dulces a la buena gente que se los había encargado.

Bendijeron a Dios porque aquella enfermedad tan mala les había dado la oportunidad de ir en verano unos días a la sierra, que era tan bonita como las manos de Dios. Y les pareció una aventura tener que trasladarse cada tarde a Toledo ---en los taxis que los buenos señores de la Seguridad Social les pusieron--- para los ejercicios de recuperación en un hospital.

Hubo un momento en que temieron que aquello pudiera ser un castigo de Dios por no haber cumplido plenamente en su entrega. Pero la abadesa general de la Orden les explicó muy bien que ése no es el estilo de Dios y que aquello era una predilección del cielo para que esta comunidad viviera más íntegramente el misterio de la muerte y la resurrección de Jesús.

Desde entonces, ellas se sienten «abanderadas de la Pascua» y piensan que aquel señor tan bueno que les vendió el aceite envenenado era, en definitiva, un arcángel equivocado que, a través del mal, había servido de involuntario mensajero de esa predilección. Y siguen rezando. Y siguen riendo. Y se sienten felices de ver que poco a poco la muerte retrocede en su sangre, pero se habrían sentido también felices si el Señor hubiera querido el testimonio de acompañar a sor Ángeles.

Esto no es una fábula. Esto ocurre, está ocurriendo, en este mundo que decimos podrido.

15.- Cándido y Roberto

Este artículo ha sido escrito dos veces. Si el lector es atento y curioso percibirá que a este cuadernillo escolar, en que escribo mis cosas, le falta una página, la que arranqué ayer, y de la que aún quedan rastros en la espiral que sujeta las páginas.

Era el de ayer un artículo exultante, un canto a la alegría de ser hombre. Y es que la historia de Roberto Medina me condujo hasta las mismas puertas del entusiasmo. La conocéis, es la magnífica aventura de ese niño de tres años ---con cara de angelote barroco recién escapado del retablo de una iglesia- que resistió durante tres días la soledad, el miedo, el hambre, perdido en un bosque de la provincia de León, a tres kilómetros de su casa.

¡Dios -pensaba yo ayer-, si un niño puede resistir eso, es que el hombre es capaz de soportarlo todo! Siempre he pensado que el ser humano es más ancho que sus esperanzas. Decimos- no resistiré más; si llega una gota más de dolor, estallaré. Y luego llega, no una gota, sino un chorro de espanto. Y resistimos. Seguimos resistiendo. También seguimos diciendo que ya no podemos más, que estamos en las últimas. Pero sabiendo que la goma del corazón aún se estirará más sin romperse.

Por eso ayer, leyendo la aventura del pequeño Roberto, sentí crecer en mí el aprecio a esta gloriosa raza humana, tan aparente- mente débil, pero de veinte, veintidós quilates en realidad. No estamos menos perdidos los adultos en este mundo hostil que ese chiquillo en los bosques leoneses. Su miedo era del mismo género del que atenaza a esos millones de jóvenes que se preguntan si llegarán un día a encontrar un trabajo. Su hambre era de la misma especie que la que atenaza hoy a millones de parados y de hijos de parados en todo

lo ancho del mundo. Y la soledad de este niño perdido en el bosque era hermana de tantas soledades como pueblan el planeta. Cerraba mis ojos y en ese niño que lloraba en la noche veía retratada a la humanidad entera, tan absolutamente desvalida, tan cerca y gozosa- mente victoriosa. Ea, niño, gritaba yo, Hora, pero no temas, sigue esperando: tú eres más fuerte que los fríos y la sed; el metal de tu cuerpo apenas hecho es más recio que el viento y que la noche. Me hubiera gustado infundir en el alma chiquita de Roberto aquella gran certeza que sostenía a Hamlet: «Nosotros sabemos lo que somos, no lo que podemos ser.» Y el hombre puede ser invencible; llegar a hacerse indestructible por el dolor y el miedo.

Pero éste es el artículo que escribí ayer. Hoy ya no estoy seguro de ninguna de esas cosas y me pregunto si no serán consuelos que me ofrezco a mí mismo, en lugar de certezas. Hoy ha muerto Cándido Álvarez y el universo ha girado dentro de mí.

Cándido tenía tres años más que Roberto, pero pertenecía al mismo jubiloso equipo de la infancia. Y era leonés como ese angelote superviviente. Pero Cándido Álvarez Rey murió a pocos metros de su casa, a menos metros aún de la pequeña tumba en que ayer lo enterraron. ¿Fue más cruel el frío de esta noche que el de las tres anteriores? ¿El corazón, los pulmones de Cándido eran más débiles que los de quien hubiera podido ser su hermano menor? Nunca tendré respuesta a estas preguntas. Y ese espantoso

silencio es muy capaz de congelar todos mis entusiasmos. ¿Cómo, con qué derecho puedo pensar que Cándido tuvo menos coraje que Roberto? Vuelvo a la duda. Regreso a la gran pregunta sobre qué pueda ser esto de ser hombre.

Recuerdo que esta pregunta la he llevado siempre sobre mis espaldas. Ya desde mis años de latín me angustiaba comprobar que los grandes escritores que adoraba no terminaban de ponerse nunca de acuerdo en sus respuestas. Ser hombre era grandeza para muchos, miseria para otros. Se contradecían incluso consigo mismos. Un día encontraba en el libro primero de las *Odas* de Horacio que «no hay nada inaccesible a los mortales». Pero pocas páginas después, en el libro cuarto de las *Odas*, resultaba que «el hombre es polvo y sombra». Una mañana, leyendo a Juvenal, descubría con gozo que «el hombre es más estimado por los dioses que por sí mismo» (y yo estaba muy cierto de esto, puesto que sabía que Dios, para salvar al hombre, puso en el tablero nada menos que a su propio Hijo eterno). Pero aquella misma tarde abría una novela de Baroja y me aterraba leer que «el hombre está un milímetro por encima del mono, cuando no un centímetro por debajo del cerdo».

Me hizo sufrir mucho este problema que hoy rebrota en mí, entre Roberto y -Cándido. ¿Vale la pena luchar cuando el frío feroz de una noche puede apoderarse de nuestra alma y triturarla? ¿O hay, por el contrario, que confiar en que esta desvalida raza humana puede quebrar las noches y los fríos, pulverizar los miedos, tensarse como un arco cuya cuerda es irrompible?

Yo tengo una respuesta que no sé si es convincente, pero que es la que a mí me sirve para vivir. Y es ésta: hay que vivir valiente y corajudamente, como Roberto, por si acaso la muerte nos coge a traición, como a Cándido. Ser hombre, lo sé, es un gozo y también un misterio. Un gozo en el que hay que entrar sin confiarse, pero cuidando mucho de que esa desconfianza no apague ese gozo. Hay que vivirse hasta los topes, precisamente porque la vida es frágil, Hay que sacarle jugo a nuestras horas, porque tenemos pocas. Al otro lado se irán el misterio y las incógnitas. Aquí pueden y deben ser la sal de nuestras horas.

Por eso junto hoy la alegría de este pequeño vivo con las lágrimas por el chiquillo muerto. juntas las dos, son el retrato de la condición humana, gloriosa y vacilante, frágil y poderosa, ardiente y desvalida, eternamente invencible y derrotada. Sigamos, pues, viviendo. No vayan el miedo o la cobardía a destruirnos ni un solo segundo antes de lo absolutamente inevitable.

16.- Sarina ha vuelto

He encontrado la noticia en un rincón perdido de un periódico. Los demás la han ignorado. Y el propio ABC, que la publica, lo hace como una pequeña broma sin importancia, a una columna, con sólo diez líneas de texto. Los grandes titulares se reservan para cosas mucho más importantes, como son asesinatos, revoluciones y declaraciones de gente tan sesuda como nuestros políticos. Tal vez deba ser así. Tal vez no

sería muy correcto periodísticamente abrir una mañana un periódico contando la historia de dos enamorados brasileños.

Pero yo les aseguro que llevaba ocho días con el corazón en ascuas. ¿Volverá o no volverá Sarina? ¿Se conmovió ante la desesperada llamada de su novio? ¿Seguirá Solano engolfado en su mar de lágrimas, próximo a la muerte por desfallecimiento o quién sabe si al suicidio por inanición?

Los periódicos tienen esa mala costumbre: dan una noticia que te deja el corazón en un hilo y luego se olvidan de ella y te dejan ahí, con un drama sin digerir, sin contarte el desenlace.

Porque, ¿cómo no quedar en suspenso sabiendo que un joven arquitecto de Curitiba, que se llama Solano de Ros, está a punto de volverse loco de amor hacia la traidora Sara Rackmann, estudiante de veintiún años y huída, como un viento, sin dejar una mala dirección postal a la que dirigirse?

Afortunadamente, Solano es un hombre con agallas y sin sentido de ridículo, sin complejos y con dinero o con ganas de jugarse el que tiene. Porque hace ocho días, como contaron entonces los periódicos, «empapeló» la ciudad de Curitiba con apasionados carteles que gritaban desde todas las esquinas: «Sara, vuelve»; «Me moriré si no vuelves, Sarina»; «Sarina, mi amor, perdóname; volvamos a empezar».

«Empapeló la ciudad», dicen los periódicos. Yo, que conozco Curitiba, calculo que harían falta no menos de un millón de carteles para tal empapelamiento. Pero sabiendo que los periodistas son casi tan exagerados como nuestro enamorado, vamos a dejarlo en cien o doscientos mil. Una buena pasta gansa, desde luego. Pero, al parecer, Solano podía vivir con la cartera más floja, pero no sin su Sarina.

Si Solano hubiera sido lector de Machado habría justificado su locura diciendo aquello de que

*a las palabras de amor
les sienta bien su poquito de exageración*

O aquello otro del mismo poeta cuando escribía.

*Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.*

Y como Solano quería «ser un corazón», se lanzó a la gran búsqueda empapelando la ciudad con su llamada. Y como en ella había su poco del folklore, dio la vuelta al mundo: saltó de las paredes de Curitiba a las páginas de todos los periódicos.

Lo malo es que luego los periodistas, contada la curiosidad, se olvidaron de ella y nos dejaron a quienes tenemos el corazón de merengue más nerviosos que un ídem.

Al fin, *ABC* ha sido piadoso y nos ha contado que Sarina ha vuelto, que la locura de Solano terminó con «la virtud recompensada», que diría Marsillach, y que es de esperar que a estas horas estén comiendo perdices (o «feijoada», puesto que son brasileños) y preparándose a ser muy-felices.

¿Saben ustedes? Me gustaría que este amor funcionara, y supongo que no malgasto mi oración rezando por ello. Me gusta la gente con imaginación. Me encanta que alguien le ponga a la vida unos

gramos de locura para conservar o conseguir aquellas cosas que ama. Siempre -claro- que se trate de unos gramos de locura y no de unos kilos de gamberrada (que es, para muchos, la nueva forma de la fantasía o de su falta).

Porque hoy mismo, mientras el discreto A-BC dedica diez líneas al dulce desenlace, otro diario dedica nada menos que seis columnas, seis fotografías y un puñado de titulares a contarnos la «campana de erotización» con que los estudiantes de la Autónoma celebraron la llegada de la primavera. La fantasía debió de ser desbordante al decir de este diario: «Ninfas, sátiros y faunos rodearon a los dioses Eros, Afrodita y Baco, engalanados de flores silvestres, vino y 'canutos' para celebrar la llegada de la primavera y el inicio de la campana por la erotización de la Universidad.» Un estudiante, en una especie de gigantesco esfuerzo masturbatorio de la imaginación, propuso «el incuestionable derecho de andar completamente desnudo por el ámbito de la Universidad».

Me ha llamado por teléfono una monja para pedirme que me ras- gue las vestiduras ante «tamaño escándalos. Y no lo haré, por dos razones: porque la ropa está muy cara y porque el escándalo es una cosa demasiado importante para invertirlo en una gamberrada de cate- goría regional. Nada de escándalos, pues. Sólo un poco de pena. Y como a mí me encanta Antonio Machado, recordar aquí aquella copla:

*Pero yo he visto beber
hasta en los charcos del suelo.
Caprichos tiene la sed.*

Capricho por capricho, me parece más limpio, más higiénico el de Solano y Sarina, que, sin vestirse de sátiros, gritaron su amor por las calles de Curitiba, que no temieron las risas de los listos, que se expusieron a que los futuros clientes del arquitecto Solano se retrajeran a la hora de encargarle la construcción de sus casas, pensando que está mal de la azotea.

Brindo por los que saben ser alegres sin caer en la torpeza, por los que son locos sin ser gamberros, por cuantos sacan a las calles sus almas antes que reivindicar el cretino «derecho» de sacar a las aulas sus cuerpos.

17.- El año en que Cristo murió entre las llamas

Nunca he creído que Jesús terminara de morir hace des mil años. Nunca he aceptado que su muerte quedara circunscrita a un rincón de la Historia, clavada -como una mariposa disecada- en sólo una fecha, de un mes, de un año pesadísimo. El, dicen los teólogos, sigue muriendo no sólo por nosotros, sino en nosotros, encargados -según las palabras paulinas- de concluir en nuestra carne lo que le falta a la pasión de Cristo.

Por eso este año, para mí, será ya siempre el año en que Cristo murió entre llamas a través de la carne de este muchacho que se llama (no quiero decir que «se llamaba») Alvaro Iglesias y que el martes dio en Madrid su vida por salvar a tres desconocidos. Una nota de este periódico decía ayer que, con esa

muerte, Alvaro «ha honrado a la ciudad de Madrid». Yo creo que mucho más. ha honrado a la condición humana, ha honrado a la juventud entera.

Quiero confesar que -aun sin haberle conocido- se me han llenado de lágrimas los ojos viendo su fotografía, contemplando su pelo largo e imaginando la cazadora de cuero que se quitó antes de entrar valientemente en las llamas y la moto que dejó sobre la acera pensando que las vidas de quienes estaban en peligro valían infinitamente más que una motocicleta. He llorado porque siento vergüenza: ¡cuántas veces habré mirado yo con desdén a muchachos como él, que atravesaban tal vez las calles estruendosamente con sus motos ruidosas y sus veinte años exultantes de vida! ¡Cuántas veces les habré juzgado vacíos y me habré sentido agredido por su vitalidad! ¿Cómo podría yo sospechar que tras sus melenas y sus ruidos había un corazón tan limpio y tan entero como para jugarse la vida por tres desconocidos? ¡Juro ante Dios que no volveré a hablar mal de los jóvenes!

Una generación capaz de producir un solo acto como ése no puede estar corrompida; no está, sin duda, vacía.

Y espero que nadie se escandalice si en este Viernes Santo me atrevo a hablar de él casi con las mismas palabras con que hablo de Cristo. No sé siquiera si Alvaro tenía viva su fe. Pero quien ama tanto, ¿cómo pensar que no estaba -consciente o inconscientemente- muy cerca de Cristo? Alvaro Iglesias celebró el martes pasado la mejor Semana Santa de Espada, tal vez del mundo.

Me impresiona pensar que ha habido en la muerte de este muchacho el reflejo de las tres grandes características de la muerte de Cristo-. libertad, gratuidad, salvación. La libertad de quien asume un riesgo sin que nadie le obligue o le empuje a ello. La gratuidad de quien lo hace no para salvar a amigos o a conocidos, sino a perfectos y totales desconocidos. La salvación de quien recibe la muerte a la misma hora en que tres personas han huido, gracias a él, de las llamas. Si un hombre es capaz de realizar este triple milagro, es que no era cierta aquella afirmación de Nietzsche que veía en el hombre al «animal más descastado».

En verdad que desde aquel primer Viernes Santo el mundo es mucho más caliente de lo que nos imaginábamos. No es cierto que esté sembrado sólo de violencias, de ambición de poder. También de amor. Y de amor en libertad.

Me pregunto si tantos españoles como buscan y gritan «libertad» se darán cuenta de que es precisamente el Viernes Santo la gran fiesta de la libertad, siempre que se entienda por ella no tanto el que nadie me maniate, sino el que yo no tenga maniatado mi corazón.

La libertad «es» Jesús: ningún otro ser humano la practicó y vivió tan hasta el extremo. Fue, en vida, libre frente a las costumbres y prejuicios de su tiempo. Fue libre ante su familia, ante los poderosos, ante sus enemigos y ante sus amigos. Libre frente a los grupos políticos y libre en la dignidad de su trato a las mujeres.

Su sermón de la montada fue el más alto canto a la libertad interior. Vino a librar a los enfermos de sus enfermedades y a los pecadores de sus pecados. Expuso su mensaje dejando en libertad a sus

oyentes. Nos enseñó a librarnos de los falsos dioses y de las falsas visiones de Dios. Era tan libre -ha escrito Duquoc-, «que hasta en sus gestos y actos parecía un creador».

Pero fue libre, sobre todo, en su muerte. ¡Qué tremendo error si creemos que murió por casualidad! ¡Qué cortedad de visión si pensamos que «le mataron» sus enemigos o que cayó bajo un cruce de circunstancias históricas hostiles!

«jamás hubo en la Tierra un acto más libre que esa muerte», afirma Karl Adam. Y basta asomarnos a los documentos que nos hablan de él para descubrir cómo se encaminó, consciente y voluntariamente, a la muerte, con más decisión y consciencia de la que veinte siglos después, este muchacho, imitador suyo, se quitaba la cazadora y penetraba en las llamas asesinas.

Jesús penetró en la muerte «como se adentra un suicida en el mar», ha escrito un poeta. Como un suicida que no quisiera quitarse la vida, sino darla a los demás.

Por eso su vida fue toda ella un largo Viernes Santo. Por eso el vía crucis, el camino hacia el calvario, empezó desde el día de su nacimiento. «Nadie me quita la vida -dijo un día-, sino que yo la doy por voluntad propia y soy dueño de darla y de recobrarla (jn 10,18). ¡Y cuánta impaciencia porque llegase «su hora»! «Con un baño tengo que ser bañado, ¡y cómo me apremia el que se cumpla!», exclamaría otra vez (Lc 12,50). ¿Es que no le gustaba la vida? ¿Es que a Alvaro no le hubiera gustado más estar haciendo hoy esquí o pesca submarina cerca de su casa de Marbella?

Afortunadamente, el hombre -todo hombre entero- es más largo y más ancho que sus deseos personales. Afortunadamente existe ese misterio que llamamos amor y que sólo terminamos de entender cuando alguien da su vida por él, aquel viernes lejano, este martes pasado.

En verdad que hoy me siento, a la vez, orgulloso y avergonzado de ser hombre: orgulloso porque redescubro que el corazón humano es más ancho que la más ancha playa; avergonzado porque los más nos pasamos la vida achicándolo para que pueda cabernos en una caja de caudales, no vayan a robárnoslo.

¡Qué maravilla, en cambio, cuando -imitando a Cristo-- alguien muere voluntariamente y por los demás! Recuerdo ahora aquellos dos versos -milagrosos en su sencillez- con que Gonzalo de Berceo describía la muerte de Jesús: «Y sabiendo llegada la hora de partir, I inclinó la cabeza y se dejó morir.» No murió, se dejó morir, él, que era rey y dueño de la vida y la muerte.

Trato de imaginar ahora la muerte de este muchacho cuando, después de salvar a tres personas, se sintió acorralado por las llamas que prendían ya en su carne. Seguramente le dominó el terror. Pero también seguramente comprendió que su vida estaba ya más que llena, que él seguiría viviendo en los tres salvados que respiraban ya en la calle. Tal vez pensó un momento en la moto que había dejado abandonada en la acera, en la caña que había quedado a medio beber en la barra de un bar. Tal vez descubrió que aquel espanto de las llamas era como un reclinar la cabeza. Sin duda, supo entonces que no moría solo. Supo que su amor al prójimo le había conducido hasta la misma muerte que aquel Hombre-Dios que, dos mil años antes y llevado por la misma locura de amor a los demás, «inclinó la cabeza y se dejó morir».

18.- Quemar a Judas

Me cuenta un amigo sacerdote que, en su parroquia, entre las «nuevas» formas que buscan los jóvenes para celebrar la Pascua, hicieron la ceremonia de quemar monigotes representativos de judas. Y pienso que, por de pronto, la ceremonia tiene muy poquito de nueva: hace muchos siglos ha venido repitiéndose ese gesto los Viernes Santos en muchos lugares de Europa. Pero tengo que preguntarme, además, si esa ceremonia será cristiana y, más aún, si con ella se celebra realmente la resurrección de Cristo.

¿No habrá en esas llamas algo dramáticamente pagano y lamentablemente hipócrita? ¿No será una forma demasiado cómoda de cargar todas las responsabilidades de la muerte de Jesús sobre el chivo expiatorio de Judas, esquivando así las que a nosotros nos competen en ello y acallando los gritos de nuestra conciencia, que nos lo reprocha?

Verdaderamente, la figura de Judas ha impresionado a los hombres de todos los tiempos, pero parece que obsesionará a los modernos. Raro es el año que no aparece una nueva obra teatral, una novela, un ensayo que no intente dar la explicación de lo inexplicable. Porque la historia de judas es como una tragedia de la que sólo hubiéramos encontrado el tercer acto: conocemos el desenlace, sabemos que vendió a su Maestro y que se ahorcó después, pero ignoramos los dos primeros actos: quién era, cómo era, cuándo y por qué comenzó su traición, qué pensaba y sabía de Jesús, si llegó o no a conocer o sospechar su divinidad, por qué vericuetos su amor a Jesús, si alguna vez lo tuvo, llegó a convertirse en odio o repulsión. Son preguntas que nadie nos contestó jamás. E incluso nos dejaron en el aire cuando la horca hizo caer el telón sobre su vida temporal.

Pero el hombre no se resigna a esos silencios. Sabe muy bien que la historia de judas no es una anécdota fragmentaria de un suceso perdido. Hay en su traición algo que nos atañe, que podría aclarar u oscurecer nuestro destino. Por eso no cesamos de hurgar en sus entrañas, no le dejamos descansar en su tumba. Rebuscamos. Si no hallamos, inventamos. Y luego descubrimos que ninguno de esos inventos nos sacia, que ninguno es mejor que el anterior. Y así coleccionamos judas como mariposas, sin que el bisturí de la imaginación logre penetrar en los laberintos de un alma que no tiene ni entrada ni salida, que se nos escapa, que se nos escapará siempre. Porque los evangelistas -lo mismo que la mayoría de los pintores, que han preferido pintarle de espaldas o de escaso perfil, por no atreverse a dibujar su rostro- han preferido enfrentarnos a su misterio borroso.

Y nuestra «colección» de judas sigue creciendo. La iniciaron ya los evangelistas apócrifos con todo tipo de teorías. En un arranque de antifeminismo, el llamado «Evangelio de los doce apóstoles» echa la culpas a la mujer de judas, una esposa avarienta que le habría empujado a la traición. No menos fabulístico, pero más agudo, el llamado «Evangelio árabe de la infancia» busca las raíces en la infancia de

Judas: un niño endemoniado, compañero de juegos de Jesús, que un día, encolerizado, habría llegado a morder a su amiguito en el mismo lugar que muchos años después abriría la lanza..

Ni falta entre los autores de los apócrifos el integrista que, como un ultra de hoy, se inventa un judas «infiltrado» que, siendo sobrino de Caifás, habría entrado en el Colegio apostólico sólo para vigilar de cerca a Jesús y venderle cuando se hiciera verdaderamente peligroso. Y hay ya en el siglo II un llamado «Evangelio de Judas», que precederá a todas las fantasías que decimos modernas, inventando un Judas santo que, conociendo la necesidad de que Jesús muriera, se habría ofrecido, en homenaje a Cristo, al horrible papel de traidor para que así se cumpliera la Escritura.

Pero es al hombre moderno a quien la figura del Iscariote intranquiliza más. Ya casi nadie acepta hoy la acusación de San Juan, que veía el origen de todo en la avaricia. Y se buscan mil explicaciones complicadas. Andreiev - con tono de psiquiatra- busca el origen de todo en una deformación física de Judas: cheposo, feo y repugnante, habría vivido en el desprecio, y cuando alguien, Jesús, le brinda por vez primera una mano amiga, la habría mordido, acostumbrado como estaba a ser eternamente humillado. Lanza del Vasto, por el contrario, pintará un Judas racionalista, superinteligente: el único que entiende la profundidad de Jesús, pero que, desde su inteligencia sin amor, no puede soportar verle «corromperse por la ternura». Riccioti y Guardini apuntarán a la hipótesis de un amor que fue convirtiéndose en odio, gracias a ese rechazo que los mediocres sienten hacia los santos que les desbordan. Gorman y Six pintarán un judas fariseo que sigue a Jesús mientras cree que viene a purificar la religión de los judíos, pero que le traicionará cuando vea que está predicando algo distinto y revolucionario que destruirá para siempre la vieja ley y el templo. Muchos otros -Bruckberger, entre ellos- se inclinan hoy por la hipótesis celote: judas sería un político violento, que se desengañaría del Jesús pacífico, que no viene a devolver a Israel el poderío político, sino el cambio de las almas. Papini elegirá la más vulgar de las explicaciones. Judas sería simplemente un cobarde que, presa del pánico, buscaría su salvación personal al ver a Jesús amenazado. Y las corrientes más de moda hoy -Frieberger, René Schow, Ghelderode, Pagnol, Puget y Bost, a los que se suman las recientísimas novelas de Brelich, Berto y Panas- volverán a lanzar la figura del «buen Judas», que arranca de la viejísimo secta de los cainitas del siglo II.

Mas la puerta de ese alma sigue cerrada. Y, al fin, tanto quienes tratan de exculparle como quienes le queman, intentan escamotear la pregunta decisiva que formuló Guardini: «¿Fue Judas el único que se sintió atraído por la traición? No deberíamos hablar del traidor como de alguien lejano y externo. Judas nos revela a nosotros mismos.

Esta, sí, es la gran verdad: el Iscariote está entre nosotros. judas somos nosotros. ¿Quién, en su vida real, no ha traicionado miles de veces las verdades más queridas? ¿Quién no ha violado sus más hondos sentimientos y malversado sus más formales promesas? ¿Quién no se ha cambiado de chaqueta y orientado hacia el nuevo sol que más calienta? ¿Quién no se ha «acomodado» a las nuevas circunstancias? ¿Quién no ha ignorado a su prójimo, que no es otro sino Cristo?

En verdad que Judas ha tenido y tiene muchos más seguidores que el propio Cristo. En verdad que hay más trozos en cada una de nuestras almas que le pertenecen a él más que al amor.

Y es malo reírse de sus treinta monedas. ¿Acaso los motivos por los que nosotros traicionamos valen más que ese miserable precio? ¿Es que una vanidad, un odio, una venganza, una pizca de seguridad o un puesto de mando son en rigor más valiosos?

Mejor será, por si acaso, no quemar a judas, porque arderían nuestras almas con él. Entremos más bien en la política, en el trabajo, en las mismas iglesias y gritemos desde la puerta- «¡Judas!» Veréis cómo millares vuelven -volvemos- la cabeza.

Mejor entendía las cosas aquel niño que a principios de siglo sentía una profunda pena por el apóstol traidor. Aquel niño -George Bernanos se llamaba- dedicaba todos sus ahorros infantiles a mandar decir misas por el alma de Judas. Y como temía que los curas rechazasen sus intenciones si decía por quién las aplicaba, decía sólo que las ofrecieran «por un alma en pena».

Tal vez el pequeño Bernanos intuía que, en realidad, aplicaba sus misas por la humanidad entera. Por nosotros.

19.- Un campo sembrado de futuro

Hoy me voy a exponer a que me riñan. Cuando hace semanas empecé este cuaderno de apuntes, Antonio Alférez, el jefe de estas páginas dominicales, me dijo: «Que no sean de tema religioso; para eso ya tienes tu artículo en ABC de los sábados. Los domingos habla de la mar y los peces, pero no dejes ver demasiado al cura.»

Yo, que soy buen chico, procuraba obedecerle. Encontraba lógica su petición: quienes quieran sermones los domingos los pueden encontrar en las iglesias, no es forzoso que también los encuentren en las páginas de los periódicos. Y aunque yo amo a Dios sobre todas las cosas, también amo las otras cosas, y creo que a Dios le gustará que hable bien de ellas -del amor, de la vida, de los hombres-, puesto que, en definitiva, él las hizo. A veces -es cierto- se me escapaba un poco el cura que soy, aun cuando yo procuraba atarle corto, porque me gustaría que todos los que aman la vida y la bondad pudieran sentirse huéspedes de este cuaderno, incluso si no tenían la suerte de creer en Cristo como yo.

Pero hoy me voy a exponer a que me riñan: hoy es domingo de Pascua, y aunque quisiera hablar de la mar y los peces, no sabría. Es como cuando sales de un túnel y te ciega la luz: que, aunque quieras, no logras ver nada, sino esa luz deslumbrante. Así, un domingo de Pascua, para mí, sólo es eso, y no sabría hablar de otra cosa sino con mucha hipocresía. Y prefiero que me riñan a mentir.

Porque la Resurrección de Jesús es la última raíz de todas mis alegrías. No hay esperanza en mí que no venga, directa o indirectamente, de ese gozo. Y si ustedes leen al trasluz las páginas anteriores de este cuaderno llegarán sin vacilaciones a una conclusión: este muchacho cree en la resurrección. Por eso no le tiene miedo a la muerte.

Por eso cree que la hierba crece de noche. Por eso sufre por la mediocridad humana. Supongo que otras personas llegarán a estas mismas conclusiones por otras razones. Yo las baso todas en que en un lejano domingo alguien rajó un sepulcro y levantó en vilo la dignidad humana.

Lo malo de la Resurrección de Jesús es que ni los cristianos la hemos tomado suficientemente en serio, y la hemos rebajado a la simple condición de milagro, o a prueba de otras cosas, más que a un vertiginoso valor en sí.

Recuerdo que hace unos años, un Viernes Santo, mi hermana Mari Cruz explicaba al más pequeño de sus hijos -Javier, seis años entonces- lo bueno que había sido Jesús con los hombres, tanto que hasta había muerto por salvarnos. «¿Y tú -le preguntaba-, tú serías capaz de morir por Jesús?» A lo que Javier -que, como verán ustedes, no iba para tonto- respondió, después de pensarlo muy filosóficamente: «Hombre, si sé que voy a resucitar el domingo, sí.»

Y es que para mi sobrino Javi -como para la mayoría de los cristianos- la muerte de Jesús fue sólo una leve suspensión de su vida, que se interrumpió el viernes y continuó el domingo, como si allí no hubiera pasado nada.

Confieso que una resurrección así -como simple continuación de la misma vida- sería para mí un motivo de admiración, pero jamás eje de mi existencia. Si lo que Jesús vivió el domingo de Pascua fue una simple vida humana como la anterior, de poco le serviría a la condición humana y en modo alguno convertiría a Cristo en líder de la nueva humanidad.

Voy a ver si me explico. Los cristianos suelen creer que la Resurrección de Jesús fue de la misma naturaleza que la resurrección de Lázaro, cuando fueron dos hechos sustancialmente distintos. Las dos partes de la vida de Lázaro (interrumpidas por una muerte que fue una simple suspensión de la vida) eran idénticas entre sí, ambas terrenales, ambas no trascendidas, ambas llamadas a desembocar en el callejón de la muerte. Pero la vida de Jesús antes de morir y su vida después de resucitar fueron radicalmente diferentes- la primera, abocada a la muerte; la segunda, con la muerte derrotada para siempre bajo sus pies; la primera, encadenada al tiempo; plenamente desencadenada la segunda. La muerte y vuelta de Jesús no fue como la del sol que se pone en la tarde y regresa, idéntico, a la mañana siguiente. Lo que volvió el domingo fue un hombre-Dios multiplicado por sí mismo, ya vencedor inmortal, conquistador para todos de una «nueva» vida. Si en Caná convirtió el agua en vino, en el sepulcro convirtió el agua clara de su vida en el vino vertiginoso de su salvación.

Si entendéis todo esto habréis descubierto por qué yo -que, como cristiano, me siento participante de esa multiplicación de la vida- apoyo en esa Resurrección todas mis esperanzas.

Los hombres nos creemos vivos. Pero no es verdad: la muerte nos mantiene encadenados como a un oso los titiriteros. Le dejan suelto unos metros para que baile al son de sus panderos, pero la cadena con la que le dan esas décimas de libertad tiene, cuando más, tres, cuatro metros de longitud; cuarenta, sesenta, ochenta años cuando se trata de los hombres. ¿Quién no siente en el tobillo la presión de esa cadena que nos retiene atados a la muerte? Y las filosofías humanas nos enseñan a bailar mejor o peor nuestro baile:

ninguna rompe esa cadena, ninguna derriba el paredón de la muerte que cierra el callejón sin salida de la vida.

Pero hace muchos años nuestro hermano Jesús nos enseñó a derribar paredones al remover la piedra de su sepulcro. Gracias a él podemos cimentar esperanzas a plazo mucho más largo del que aquí dan los bancos. (Aunque quiero precisar, entre paréntesis, que yo no creo en esa Resurrección porque «necesite» esas esperanzas, sino que alimento esas esperanzas simplemente porque esa Resurrección de Jesús es el eje y la raíz de mi alma. Creería en ella aunque no me «sirviera» para nada.)

¿Hago bien descubriendo esta clave de mi vida? ¿No sería, tal vez, mejor seguir hablando de lo hermoso del mundo, como si yo lo viera cual un puro valor en sí? ¿Esta confesión del eje de mi visión del mundo no alejará un tanto de mis páginas a quienes no compartan conmigo esa fe? Lo sentiría. Quisiera ser hermano también de los que no la tienen. Pero deseo ser sincero con todos: incluso cuando no hablo de ella, mi fe está al fondo de todas mis alegrías. No puedo mentir.

20.- El terrorista no ha dormido esta noche

Creo que no he charlado nunca personalmente con José Antonio Gurriarán, aun siendo como es compañero de periodismo en otro diario madrileño, pero quiero dejar dicho en este cuaderno de apuntes que siento hacia él una admiración creciente.

Ustedes recordarán la dramática historia que le llevó hace quince meses a las primeras páginas de los periódicos: a las nueve y treinta y cinco de la noche del 29 de diciembre de 1980 esperaba Gurriarán a su mujer a la puerta de un cine de la Gran Vía madrileña, donde pensaban ver una película Woody Allen, cuando, a pocos metros de él y ante las oficinas de una compañía de aviación, estalló una bomba en medio de la multitud que, pacífica, iba o venía de los cines. Corrió el periodista a una cabina para dar la noticia a su periódico, y apenas había descolgado el teléfono, estalló, prácticamente a sus pies, una segunda bomba que le condujo hasta las mismas puertas de la muerte. Por aquellos días no se daba, en los medios periodísticos, un real por su vida.

Pero nuestro compañero tenía unos tremendos deseos de vivir y, a través del calvario de siete operaciones quirúrgicas en cinco meses, de largos y dolorosos ejercicios de rehabilitación y de esa larga cruz de la silla de ruedas, fue lenta y gozosamente regresando a la vida.

Mas el mayor problema es que la bomba le había llenado el alma de preguntas. Y se puede vivir con las piernas paralizadas, pero difícilmente con la carga de muchos interrogantes sin respuesta. ¿Por qué aquellas bombas, que parecían batir el récord de la irracionalidad? Un grupo de armenios, para protestar contra el genocidio que hace setenta años cometieron los turcos contra su pueblo y como re- presalias contra otro atentado cometido en Suiza contra uno de los suyos.... ponía una bomba en plena Gran Vía madrileña y se llevaban por delante vidas de personas que ni sabrían siquiera decir dónde está Armenia.

Todo terrorismo es absurdo, pero aquél lo era reduplicadamente. Y a Gurriarán le quemaba en el alma la angustia de descubrir qué razones, qué tópicos o qué locura puede llevar a un hombre a viajar hasta España portando varias bombas y a colocarlas en una calle abierta por la que pasean gentes que ignoran todo sobre esa misma causa a la que ese viajero quiere servir.

Por eso, apenas ha podido sostenerse en pie sobre unas muletas, el periodista se ha ido al Líbano para entrevistar, si posible fuera, al comando asesino. Lo ha encontrado. Y confieso que su diálogo me ha resultado una de las páginas más conmovedoras que he leído jamás.

«Su visita -le ha dicho el terrorista- me ha dejado muy mal. No he dormido en toda la noche. Me siento mal, es muy duro. Si usted nos odiara resultaría más fácil... Así es terrible.»

Efectivamente, es terrible. Antes, el jefe del grupo, más teórico, ha explicado al periodista que ellos saben que cuando ponen una bomba puede haber víctimas inocentes. Pero que esto es como una guerra en la que ciertas muertes sin causa y sin culpa son inevitables. Mas no ha sabido contestar cuando el periodista ha argüido que, en todo caso, los problemas entre turcos y armenios no parece que tengan mucho que ver con la Gran Vía madrileña.

Pero el terrorismo no existiría si tratara de ser lógico. El terrorismo es la última podredumbre de una guerra a la que se hubiera desposeído de esa lógica que era lo poco que le quedaba de humano.

¿O le queda aún al terrorismo un átomo de humanidad? Ese muchacho de diecinueve años que tiembla ante el espectáculo del dolor de su víctima es, tal vez, ese átomo. En ese sentido la guerra estaba bastante bien inventada. se mataba siempre o casi siempre a desconocidos. El que dispara un cañón o un torpedo no sabe si los muertos son o no padres de familia, no ha visto antes las fotos de sus posibles hijos, no le resulta forzoso saber lo que destruye-. piensa, incluso, que no mata hombres, sino enemigos. Y eso puede hacerse, con un par de copas de coñac, sin excesivos remordimientos.

Pero ¿cómo explicarse al terrorista que mata a alguien a quien ha seguido y estudiado durante semanas o meses, a alguien a quien ha visto salir cada mañana a llevar a sus hijas al colegio y junto a quien ha bebido una cerveza muchos días en el bar al que acude cada mañana? Me pregunto si podrán dormir recordando sus ojos o imaginándose sus pequeñas huérfanas. ¿O quizá el terrorismo es una radical falta de imaginación? Recuerdo aquella obra de Casona -*La barca del pescador*- en la que alguien era

capaz de decidir la muerte de un desconocido, pero acababa enamorándose de todo cuanto pertenecía al muerto al conocerlo indirectamente tras el desastre.

Me pregunto si el mal -todo mal- no es, ante todo, una gran ceguera. Anteayer, dos muchachos, bien trajeados, atracaron a punta de navaja a una joven viuda y le quitaron las diecisiete mil pesetas que, con mucho esfuerzo, había logrado reunir para pagar la instalación del gas en su casa. ¿Lograrán esos dos atracadores imaginar el alto precio de dolor que esa mujer -varios meses cocinando en un hornillo, no poder saber lo que es una ducha caliente- tendrá que pagar por esas dos o tres inyecciones de droga en que ellos invertirán el fruto de su atraco? El egoísmo es como un deslumbramiento que nos impide ver al prójimo. Ignora el opresor la vida real de los oprimidos. Desconoce el multiempleado cómo es la mesa del parado. Nunca sabrá el libertino los límites reales de la soledad a la que condena a sus víctimas.

Tal vez el infierno o el purgatorio sólo sean ver el fruto de nuestras obras. Verlo como este terrorista, que no ha logrado dormir cuando se dio cuenta que tras las grandes e hinchadas palabras por las que puso su bomba lo que había es un hombre destrozado, mutilado, encadenado a sus muletas, un hombre que... ni siquiera le odiaba.

21.- Todos los padres son adoptivos

Cada vez me convengo más de la razón que tenía Péguy al asegurar que «los grandes aventureros del siglo xx son los padres de familia». Efectivamente: cuando hace cuatro siglos un hombre sentía ardiente su corazón, dejaba atrás todas sus cosas, se embarcaba en un viejo galeón, llegaba a las Américas, cruzaba montes y cordilleras y descubría un nuevo mar o conquistaba una nueva nación. Hoy, ese mismo hombre de corazón quemante emprendería otra conquista no menor: buscaría una mujer, se casaría con ella, se atrevería a tener un hijo. Y no precisaría para esto menos dosis de valentía que el viejo conquistador.

Tengo, por ello, una casi infinita admiración hacia todos los padres de familia, y no puedo evitar el reírme un poco cuando la gente pondera el «heroísmo» del celibato. Cualquier persona adulta sabe que la renuncia al uso de la sexualidad es mucho menos cuesta arriba que la mayor parte de las adversidades humanas. Y la aceptación de la soledad, aunque amarga, no lo es excesivamente si se logra convertirla en fecunda. En todo caso, todo ello exige infinitamente menor coraje que el de vivir una paternidad o una maternidad enteras.

El problema está en que, desgraciadamente, en nuestro mundo hay muchos progenitores y no demasiados padres.

Voy a ver si me explico. Escribo este comentario tras de leer y rumiar un texto de una famosa psiquiatra francesa -Francoise Dolto-, que escribe: «Tres segundos bastan al hombre para ser progenitor.

Ser padre es algo muy distinto. En rigor sólo hay padres adoptivos. Todo padre verdadero ha de adoptar a su hijo.»

La idea no es demasiado nueva. Ya Schiller lo gritaba en uno de sus dramas románticos: «No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos.» Y no hace mucho el autor de un libro de educación dedicaba su obra «a quienes se creen que son padres por el mero hecho de haber traído hijos al mundo».

Libreme Dios de infravalorar esa maravilla de prestar a otro ser la carne y la sangre. Ayer mismo me sentí temblar todo entero al encontrarme con Pilar, que llevaba orgullosa su barriguita abultada de maternidad incipiente. Pero esto no' me impide descubrir que la verdadera paternidad y maternidad no puede reducirse al milagro de unas células humanas que se encuentran y se funden, sino que reposa, sobre todo y fundamentalmente, en la larga cadena de amor que empieza mucho antes del engendramiento y no termina nunca en un padre y una madre verdaderos.

Me he preguntado a mí mismo muchas veces: ¿Yo amo a mis padres porque soy hijo suyo o más bien soy hijo suyo porque les amo? ¿Y mis padres me amaron porque yo era hijo suyo o se hicieron mis padres porque me amaron?

Las dos preguntas son magníficas y enormes y no voy a ocultar que yo, en los dos casos, me inclino a afirmar las segundas partes: el amor es la fuente de todo, no una consecuencia de la fisiología. Somos padres e hijos en la medida en que amamos. Con lo que toda paternidad y filiación no surgen de la casualidad, sino de la libre elección de un amor constantemente confirmado.

En este sentido es cierto que todos los padres son en rigor padres adoptivos. La paternidad fisiológica fue sólo un comienzo. Es el amor reiterado miles de días y docenas de años lo que forma y constituye la paternidad verdadera.

A esta luz entiendo no pocos de los conflictos entre padres e hijos, un mal que desgarró hoy a millones de seres humanos. Un mal que no es de hoy. me basta poner los ojos en la historia de la literatura para recordar esa montaña de obras teatrales que han enfrentado a los hijos con los padres, una historia que empieza con el choque brutal entre Ifigenia y Agamenón y llega al paroxismo entre los hermanos Karamazov y su bestial progenitor. Kafka y Freud elevarían este drama hasta las estrellas.

Pero se diría que esa «alta tensión» entre padres e hijos fuera un drama especialmente moderno. Lombardi aseguraba que el problema actual estaba en que los hijos eran, en realidad, nietos de sus propios padres, como si hubiera sido tragada una generación y se registrara hoy entre un hijo y su padre la distancia que hace medio siglo había entre un nieto y su abuelo.

Mas yo temo que el drama radical está en que el mundo moderno, igual que ha conocido una «aceleración de la historia» --en el sentido de' que en el último siglo los modos de vivir y de pensar han cambiado más que en los diecinueve anteriores,- está conociendo una

«aceleración del egoísmo». La tan positiva recuperación de la propia personalidad de cada ser, con la también positiva revalorización de la libertad individual, está teniendo la feroz contrapartida del declive de la aceptación del prójimo, incluso del más querido. Me temo que estemos pagando el progreso material a un precio demasiado alto: o amamos menos o amamos peor.

¿Estoy queriendo decir que en todo conflicto entre padres e hijos hay falta de amor por una de las dos partes o por las dos a la vez? No diré yo que siempre -porque también está ese terrible misterio de la libertad humana-, pero sí que en un 99 por 100 de los casos.

Diré más: donde hay amor, el conflicto no puede ser durable. Creo apasionadamente que es cierto aquello de la Biblia.- «El amor es más fuerte que la muerte.» Un padre que no cesa de adoptar a su hijo con su amor, tendrá siempre a un hijo que terminará por serio.

Esa es la razón por la que yo admiro tanto a esos verdaderos padres que saben que nunca se termina de engendrar lo ya engendrado. Esa la causa por la que lo que más me gusta del sacerdocio -y también del periodismo- es poder ser padre de muchas almas. Esa también la clave de por qué siento un poco de envidia hacia toda paternidad: porque recuerdo aquello que escribió Francis Bacon: «Los hijos aumentan los cuidados de la vida, pero -al llenar la vida- atenúan el recuerdo de la muerte.»

22.- Mis diez mandamientos.

Me han llamado de no sé qué emisora para preguntarme cuál es mi decálogo. Por lo visto están llamando a una serie de gente para preguntarles cuáles serían los mandamientos que ellos impondrían para que el mundo funcionase bien. Y la idea me hace gracia porque responde a esa vocación oculta de dictadores que todos llevamos en el alma. ¿A quién no le encantaría ser-Dios durante media hora con la seguridad de organizar el mundo mucho mejor de lo que lo hizo el auténtico? ¿Quién no ha trazado dentro de su corazón leyes y planes para dirigir «mejor» la libertad humana, frenar la violencia o secar la soledad? El mundo está lleno de diosillos y, quién más y quién menos, todos tenemos en nuestro corazón un altar en el que nos rendimos un culto idolátrico.

La verdad es que yo no me siento con capacidad "a fabricar un decálogo. ¡Dios sabe cuántas tonterías impondría desde mi capricho! ¡Y sabe también que, cuando los hombres nos ponemos a mandar -ahí están todos los dictadores y dictadorzuelos de la historia-, lo único que conseguimos es implantar el espanto, aunque a veces sepamos camuflarlo bajo un orden de merengue artificial

Esa es la razón por la que he respondido a los de la emisora que me parece que el decálogo de la Biblia está «bastante bien hecho» y que no me siento con fuerzas para intentar «mejorarlo». Bastante trabajo tengo con dedicarme a cumplir el decálogo que Dios hizo como para dedicarme a imponer a los demás mis mandamientitos.

De todos modos, y para no decepcionar demasiado a quien me preguntaba, he respondido que lo que sí tengo es mi visión personal de los mandamientos de siempre; visión que, como es lógico, sólo intento imponerme a mí mismo, porque bastante sería ya con que yo arreglase un poco mi corazón.

No obstante, y por si a alguien le sirve, he aquí mis formulaciones, que tal vez ayuden a otros a elaborar las propias.

I. Amarás a Dios, José Luis. Le amarás sin retóricas, como a tu padre, como a tu amigo. No tengas nunca una fe que no se traduzca en amor. Recuerda siempre que tu Dios no es una entelequia, un abstracto, la conclusión de un silogismo, sino Alguien que te ama y a quien tienes que amar. Sabe que un Dios a quien no se puede amar no merece existir. I,e amarás como tú sabes: pobremente. Y te sentirás feliz de tener un solo corazón y de amar con el mismo a Dios, a tus hermanos, a Mozart y a tu gata. Y, al mismo tiempo que amas a Dios, huye de todos esos ídolos de nuestro mundo, esos ídolos que nunca te amarán pero podrían dominarte: el poder, el confort, el dinero, el sentimentalismo, la, violencia.

II. No usarás en vano las grandes palabras- Dios, Patria, amor. Tocarás esas grandes realidades de año en año y con respeto, como la campana gorda de una catedral. No las uses jamás contra nadie, jamás para sacar jugo de ellas, jamás para tu propia conveniencia. Piensa que utilizarlas como escudo para defenderte o como jabalina para atacar es una de las formas más crueles de la blasfemia.

III. Piensa siempre que el domingo está muy bien inventado, que tú no eres un animal de carga creado para sudar y morir. Impón a ese maldito exceso de trabajo que te acosa y te asedia algunas pausas de silencio para encontrarte con la soledad, con la música, con la Naturaleza, con tu propia alma, con Dios en definitiva. Ya sabes que en tu alma hay flores que sólo crecen con el trabajo. Pero sabes también que hay otras que sólo viven en el ocio fecundo.

IV. Recuerda siempre que lo mejor de ti lo heredaste de tu padre y de tu madre. Y, puesto que no tienes ya la dicha de poder de- mostrarles tu amor en este mundo, déjales que sigan engendrándole a través de; recuerdo. Tú sabes muy bien, José Luis, que todos tus esfuerzos personales jamás serán capaces de construir el amor y la ternura que te regaló tu madre y la honradez y el amor al trabajo que te enseñó tu padre.

V.- No olvides que naciste carnívoro y agresivo y que, por tanto, te es más fácil matar que amar. Vive despierto para no hacer daño a nadie, ni a hombre ni a animal, ni a cosa alguna. Sabes que se puede matar hasta con negar una sonrisa y que tendrás que dedicarte apasionadamente a ayudar a los demás para estar seguro de no haber matado a nadie.

VI. No aceptes nunca esa idea de que la vida es una película del Oeste en la que el alma sería el bueno y el cuerpo el malo. Tu cuerpo es tan limpio como tu alma y necesita tanta limpieza como ella. No temas, pues, a la amistad, ni tampoco al amor,. ríndeles culto precisamente porque les valoras. Pero no caigas nunca en esa gran trampa de creer que el amor es recolectar placer para ti mismo, cuando es transmitir alegría a los demás.

VII. No robarás a nadie su derecho a ser libre. Tampoco permitirás que nadie te robe a ti la libertad y la alegría. Recuerda que te dieron el alma para repartirla y que roba todo aquel que no la reparte, lo mismo que se estancan y se pudren los ríos que no corren.

VIII. Recuerda que, de todas tus armas, la más peligrosa es la lengua. Rinde culto a la verdad, pero no olvides dos cosas: que jamás acabarás de encontrarla completa y que en ningún caso debes imponerla a los demás.

IX. No desearás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su coche, ni su vídeo, ni su sueldo. No dejes nunca que tu corazón se convierta en un cementerio de chatarra, en un cementerio de deseos estúpidos.

X. No codiciarás los bienes ajenos ni tampoco los propios. Sólo de una cosa puedes ser avaro: de tu tiempo, de llenar de vida los años -pocos o muchos- que te fueran concedidos. Recuerda que sólo quienes no desean nada lo poseen todo. Y sábette que, ocurra lo que ocurra, nunca te faltarán los bienes fundamentales. el amor de tu Padre, que está en los cielos, y la fraternidad de tus hermanos, que están en la tierra.

23.- El arte de reírse de sí mismo

Este oficio de escribir es una de las tareas más extrañas y divertidas que existen. El escritor lleva tres o cuatro días dándole vueltas en la cabeza al tema del artículo de este domingo, y cuando cree que tiene por fin claro lo que quiere decir, se sienta y, bolígrafo en ristre, traza, más o menos revueltas, las ideas centrales de lo que será su artículo. De repente se acuerda de la frase de tal escritor que le vendrá como anillo al dedo para aclarar su pensamiento. Y, cuando se pone a buscarla en el libro que leyó hace años, cae en la gran trampa, en la búsqueda del único placer que es mayor que el de leer: el de releer. Cuatro horas después se ha olvidado de la cita que buscaba y sigue teniendo vírgenes las cuartillas de su artículo.

En cambio, ha vivido la gozada del reencuentro con un viejo y amado maestro. ¿Y cómo podría escribir ahora de otra cosa que del gozo de este reencuentro? Quédese, pues, tal vez para nunca, el tema proyectado. Y hablemos hoy de ese arte supremo de reírse uno de sí mismo, en lo que es maestro insuperable Antonio Machado en su Juan de Mairena, el libro en que, gozosamente, he invertido mi mañana entera.

Arte difícil, que no te enseñan en ninguna universidad. Arte imprescindible si uno quiere escapar de esos dos grandes demonios de la vida humana: el que nos incita a adorarnos a nosotros mismos y el que

nos empuja a odiarnos desde nuestro propio corazón. El noventa y cinco por ciento de la Humanidad cae en uno de estos dos pecados. Tal vez en los dos, simultánea o sucesivamente.

Adorarse a sí mismo es tarea placentera. Y, aunque se ven más tentados en esto los llamados hombres públicos (que, como se pasan media vida subidos en púlpitos, tarimas, plataformas o pedestales, tienen la fácil tendencia a olvidar su propia estatura), afecta incluso a quienes objetivamente tienen bien pocos motivos para esa auto- adoración.

Peor son los que se odian a sí mismos. Son millones. Gentes que no se perdonan por no haber realizado todos sus sueños, gentes que están decepcionadas de sí mismas y convierten su decepción en amargura y mal café.

Aunque se piense lo contrario, no es nada fácil amarse humildemente a sí mismo, aceptarse como se es, luchar por ser lo mejor que se pueda, pero sabiendo siempre que esa mejoría se conseguirá siendo feos como somos, gordos como somos y medio-listos como somos. Dios, al mandar que amásemos al prójimo como a nosotros mismos, nos estaba mandando también que nos amásemos a nosotros mismos como al prójimo. Cosa no menos difícil.

Yo creo que el noventa por ciento de los violentos son gente que está furiosa consigo misma. Y casi todos los que odian a alguien han empezado por detestarse a sí mismos.

Por eso pregonó hoy el arte de reírse de sí mismo, siempre que esa sonrisa surja de la piedad, de una suave ironía; siempre que esa mirada compasiva sobre nosotros mismos se parezca a la que los padres dirigen a sus chiquitines y a ésa con la que Dios contempla a la humanidad.

Es éste un arte muy difícil, que sólo le llega al hombre con la madurez, cuando se ha conseguido una actitud pacífica consigo mismo. Los adolescentes difícilmente pueden contemplarse a través de ese espejo del humor, ya que éste «sólo existe en los pueblos con solera» (escribió Martín Alonso) y, añadiría yo, «en los hombres con solera».

Los hombres deberíamos vivir con el alma siempre en borrador: sabiendo siempre que todo está en camino, que nada es definitivo ni irreplicable, que, en todo caso, todo puede ser mejorado y multiplicado. Cuando se nos endurece el alma y las ideas, envejecemos y empezamos a ser juguetes de la amargura.

Por eso yo pido a Dios todos los días que me dé el corazón de un idealista (para que siempre arda en mí el deseo de ser más alto, más hondo, más ancho de lo que soy) y la cabeza de un humorista semiescéptico (para no enfurecerme ni avinagrarme cuando cada noche descubro lo poco que en ese crecimiento he conseguido).

Y me parece que Dios me ayudó dándome una barba muy cerrada que me obliga a enfrentarme cada mañana (y algunas tardes) con mi espejo, que es el momento mágico para sonreír ante el mediotonto, medio-listo que soy. «Todos -dice Machado en su Juan de Mairena- deberíamos poder darnos de vez en cuando un puntapié en la espinilla.» Y tiene razón, aunque yo he comprobado que es difícilísimo hacerlo contando sólo con dos pies.

24.- El arcángel caracol

Hay una vieja fábula oriental que cuenta la llegada de un caracol al cielo. El animalito había venido arrastrándose kilómetros y kilómetros desde la tierra, dejando un surco de baba por los caminos y perdiendo también trozos del alma por el esfuerzo. Y al llegar al mismo borde del pórtico del cielo, San Pedro le miró con compasión. Le acarició con la punta de su bastón y le preguntó. «¿Qué vienes a buscar tú en el cielo, pequeño caracol?» El animalito, levantando la cabeza con un orgullo que jamás se hubiera imaginado en él, respondió- «Vengo a buscar la inmortalidad.» Ahora San Pedro se echó a reír francamente, aunque con ternura. Y preguntó: «¿La inmortalidad? Y ¿qué harás tú con la inmortalidad?» «No te rías -dijo ahora airado el caracol-. ¿Acaso no soy yo también una criatura de Dios, como los arcángeles? ¡Sí, eso soy, el arcángel caracol!» Ahora la risa de San Pedro se volvió un poco más malintencionado e irónica. «¿Un arcángel eres tú? Los arcángeles llevan alas de oro, escudo de plata, espada flamígera, sandalias rojas. ¿Dónde están tus alas, tu escudo, tu espada y tus sandalias?» El caracol volvió a levantar con orgullo su cabeza y respondió: «Están dentro de mi caparazón. Duermen. Esperan.» «Y ¿qué esperan, si puede saberse?», arguyó San Pedro. «Esperan el gran momento», respondió el molusco. El portero del cielo, pensando que nuestro caracol se había vuelto loco de repente, insistió: «¿Qué gran momento?» «Este», respondió el caracol, y al decirlo dio un gran salto y cruzó el dintel de la puerta del paraíso, del cual ya nunca pudieron echarle.

Esta gloriosa fábula, que recoge Kazantzakís en su magnífica biografía de San Francisco de Asís, me parece una de las mejores historias que conozco sobre la dignidad humana. ¿O acaso no seremos nosotros más que los caracoles?

Pasa el hombre sus horas arrastrándose por los caminos del mundo, ¿y deja algo más que baba? Si medimos las horas de los hombres, hay en ellas mucho más de mediocridad que de heroísmo. Se diría a veces que nuestras manos se construyeron para equivocarse, que de ellas sólo sale dolor para los demás y cansancio para sus propietarios. Débiles como caracoles, cualquiera podría pisotearnos y reventaría nuestra existencia como la débil concha de los gasterópodos. ¡Y cuánto nos domina el miedo! ¡Cuántas

veces nos arrinconaríamos dentro de nosotros mismos si contáramos con esa concha protectora en la que refugiarse!

Y, sin embargo, dentro están nuestras armas: las alas de oro de la inteligencia, el escudo de plata de la voluntad, la lanza viva de la palabra, las sandalias rojas del coraje. Están ahí, dentro, dormidas, casi sin usar. ¡Qué pocas veces desenvainan los hombres sus almas! Las tienen, son enormes y magníficas, resistentes al dolor, literalmente invencibles. Pero anestesiadas, atrofiadas de grasa, mojadas como paja que humea y no arde.

Duermen, pero también esperan. En el más amargado de los seres humanos flamea una bandera de esperanza. No sabe por qué espera, pero espera. Incluso cuando todo parece estar perdido, la niña esperanza grita que tal vez mañana cambie todo. No hay más razón que ese hermoso «tal vez»; no hay más base para confiar que esa palabra que a mí me parece la más hermosa de nuestro idioma: todavía. Todavía Dios nos ama, todavía estamos vivos, todavía puede el mundo cambiar, todavía alguien va a querernos, todavía, todavía. Con esa palabra en la mano el hombre es inmortal e invencible. Quienes la practican, jamás envejecen. Y es ese todavía el que nos da fuerza para arrastrarnos hasta las puertas del cielo, para llegar hasta ellas con orgullo.

Este orgullo de ser hombres no puede ser pecado, a no ser que se trate de un orgullo tan tonto que empieza por renunciar a su mejor raíz: la de pertenecer a la gran stirpe de los hijos de Alguien. Somos los «arcángeles hijos». Y no es lo importante la baba que se dejó por los caminos, sino el alma, que ningún camino nos podrá arrebatar si nosotros no nos resignamos a perderla.

Con ella tendremos derecho no a mendigar la eternidad, sino a esperarla, casi a exigirla. Si San Pedro nos juzga por el barro acumulado sobre nuestros caparazones, tendrá todas las razones del mundo para acariciarnos con compasiva ironía con la contera de su bastón- «¿Tú, pobre criatura, te atreves a esperar la eternidad? ¡Reventarías, estallarías al entrar en ella, como los aviones al traspasar la barrera del sonido! Tú, con ese pobre fuselaje de una conchita de miseria, has nacido, cuando más, para el limbo.»

No estés seguro, San Pedro: el alma del hombre es incombustible. Se construyó -no para el tiempo, sino para la eternidad- dura como el diamante.

Pero falta, eso sí, el gran salto. Sólo se realizan y se salvan los atletas, los que se atreven a vivirse, los que cada mañana y cada tarde saltan desde el sueño a la existencia. De éstos será el reino de los cielos y lo mejor del reino de la tierra: la alegría.

Ánimo, hermanos caracoles: las alas, el escudo, las sandalias y la lanza están dentro. No se ven, pero esperan. Los caracoles-atletas mostrarán un día los arcángeles invisibles que eran. Sólo falta saltar, hermanos caracoles.

25.- Vivir con veinte almas

Espero que los arcángeles encargados de preparar mi eternidad (si es que me la gano) no se olviden de que, si quieren darme pleno gusto, éste tendrá que tener forma de feria del libro. ¡Qué gozada pasearse entre celestes librerías en las que uno pudiera llevarse todo sin tener que mirar antes la página de los precios!

Estos días, entre la tarea de revisar mi biblioteca para elegir lo que me llevaré a mis vacaciones y la feria del Retiro, estoy viviéndolos como un chiquillo ante el escaparate de una confitería. La elección no es menuda: ¿Releer a Dickens o estrenar a Canetti? ¿Volver a Galdós o completar a Singer? ¿Abrir los últimos Vargas Llosa, Bon o Grass, o leer por enésima vez a Mauriac? El menú es tan succulento que se me hace la boca agua tan sólo de pensarlo.

Al final, ya lo sé, me llevaré un poco de todo y podré vivir mi verano con quince o veinte almas. Verdaderamente es una suerte ésta de elegir una playa en la que nunca llueve. Veo estos días a mis amigos vacilantes: ¿Elegirán el sol del Mediterráneo o las playas más frescas del Cantábrico? ¿Apostarán por el mar o la montaña? ¿La ciudad o el pueblo? ¿Las playas abarrotadas o la fuente solitaria?

Yo tengo más fortuna, porque en mi maleta me llevaré de todo. Un día subiré a la montaña rocosa de las novelas de Dostóievski. Otro al gran macizo de los libros de historia. Al siguiente apostaré por los bosques de un novelista nórdico o quizá por la playa refulgente de un narrador hispanoamericano. O, si prefiero, la fuente ca- Hada y silenciosa de mis amigos los poetas. O la intimidad de templo de algunos de mis teólogos preferidos. Aparte siempre de ese gran telón de fondo de mis habituales relecturas de la Biblia. Todo un radiante universo servido a la carta a diario encima de mi mesa. ¿Qué playa mejor? ¿Qué sol más luminoso?

Volveré, ya lo sé, muy poco bronceado, pero con el alma multiplicada, cargado de gas como una botella de champaña bien conservada.

Y espero que nadie me diga que eso es trabajar y no descansar. Reto a cualquiera a explicarme un placer más alto y más intenso que éste de un buen libro leído, si puede ser con música de Bach o de Mozart al fondo. Yo prefiero cuatro violines a cien pinos, y el ondear de una prosa a las olas del mar. En la música jamás hace mal tiempo. En los libros no se te llenan los zapatos de arena ni te recuece el sol.

Sobre todo cuando ---como en vacaciones- se lee por el puro placer de leer. Durante el año yo leo muchísimo, pero son casi siempre lecturas funcionales: para preparar tal conferencia o tal artículo. Rara vez puedo, en esos meses, permitirme ese lujo de leer un libro «para nada», es decir, para esa única maravilla de que te fecunde el alma y te la multiplique.

Está, además, la otra maravilla de releer. Los latinos decían que se debe leer «non multa, sed multum», es decir, leer mucho, pero no muchos libros. Volver sobre los libros amados como un labrador sobre su tierra o como un sediento sobre esos pozos en los que el agua es más fresca cuanto más profundizas el cubo.

Yo tuve la gran suerte de empezar a leer mucho desde niño y aún me siguen alimentando aquellas lecturas infantiles. El recuerdo más vivo de mi infancia es el de volver a verme a mí mismo tumbado boca abajo en la galería de mi casa, clavados los codos en el suelo y devorándome no a Juan Centella o al Capitán Trueno, sino a todos los clásicos españoles. Supongo que apenas me enteré de lo que leía; supongo que pasé por todos ellos como sobre mi caballo infantil, pero hoy, al releerlos, se me llenan de resonancias como si ya formasen parte de mi vida.

Desde entonces toda mi vida estuvo marcada por los libros; sus diversas etapas van «desde la lectura de tal obra hasta aquella otra» mucho más que separadas por tal cargo o por un premio. Mis años se numeran «el año que leí a Machado», «el año que descubrí a Mozart», «el año que vi *el Entierro del Conde de Orgaz* del Greco».

Y lo más curioso es que, al menos, yo no soy consciente de ninguna lectura que me hiciera daño. Nunca he entendido mucho eso de la gente que pierde la fe o la alegría leyendo. Y supongo que todo es el arte de elegir. Pero en el fondo creo aquello de Benavente, que aseguraba que «no hay lectura peligrosa. el mal no entra por la inteligencia cuando el corazón está sano». Tal vez, pienso yo, la diferencia esté entre quien se chapuza en un libro con hambre de aprender y quien entra en él como en una piscina o una cloaca, simplemente para matar un aburrimiento. Chesterton aseguraba que «existe una gran diferencia entre la persona ávida que pide leer un libro (tal libro) y la persona cansada que pide un libro (cualquiera) para leer». Para matar el tiempo casi es preferible encender el televisor, ya que así, al menos, no se deshonorra lo que se tiene entre las manos.

Y así es como va construyéndose uno el alma, como una casa que tuviera tantos ladrillos como libros leídos. ¿Todas las almas son, entonces, prestadas? En buena parte, sí. Yo al menos tengo un horno pequeño que me permitiría fabricar poco más que una perrera. Y tengo que vivir mendigando ideas, de aquí, de allá, aprendiendo a vivir y a pensar de lo que otros han vivido, haciendo carne mía lo que otros construyeron y expresaron. Tal vez los genios tengan alma suficiente para autoabastecerse. Yo vivo de esta gloriosa mendicidad de la lectura.

26.- La farmacia de mi abuelo

Siempre que entro en una farmacia moderna -tan chiquitas, tan limpias, tan monas-- siento que me duele algún rincón del corazón. Supongo que es bueno (o inevitable) que los tiempos progresen y me resigno a estas diminutas boticas que se dirían esterilizadas y en las que frascos, grageas y demás potingues están alfabéticamente alineados en estudiadísimos ficheros, clasificadores metálicos, como podrían ordenarse jabones o destornilladores.

Me resigno, pero mi corazón vuelve sin poder evitarlo a la suntuosa y mágica farmacia de mi abuelo, mezcla de hogar, salón de baile y de biblioteca de un antiguo ateneo. En ella cabrían al menos cinco de las actuales en lo horizontal y otras cinco en la casi inalcanzable altura de sus techos. Los baldosines del suelo fulgían siempre como recién encerados. La caoba de las estanterías, que la ceñían desde el suelo

hasta el techo, tenía algo de salón francés y lo habrían parecido realmente de no aportarle un tinte como oriental los 127 botes de finísima porcelana por los que mi vista de niño desfilaba asustada. Las abreviaturas con que estaban signados me llenaban de intriga. ¿Qué quería decir aquel LIGN SANT? ¿Sería un veneno aquel BALS BENZ? ¿Para qué serviría el BROM ALC? ¿Qué misterioso purgante sería aquel PURG LE ROY?

La rebotica tenía luego algo de laboratorio de alquimista medie- val. Allí majaba el abuelo misteriosos polvos, maceraba frutas y hierbas, elaboraba píldoras-, vestido con una bata gris y armado de unas viejas antiparras que sólo usaba para esto.

Era, como habéis comprendido, una farmacia para el sueño, un lugar de predilección para vivir en ella la infancia. Todo concurría: los bustos de Hipócrates y Galeno, las estatuas de yeso de Mercurio y de aquella señora que enarbolaba una copa con serpientes, las gigantescas cajas de propaganda que, vacías, adornaban el escaparate. Para mis seis años, aquello era el reino de los cielos. Sobre todo cuando uno podía sacarle al abuelo, como propina, regalices, pastillas de goma, juanolas o succulentos palos de anís.

Pero todo esto era sólo la cáscara. Yo no evocaré hoy aquella farmacia si hubiera sido solamente como las actuales, sólo que un poco más sabrosa imaginativamente. La farmacia de mi abuelo era mucho más: era un centro caliente de humanismo, casi como una iglesia de los valores humanos, en la que el farmacéutico era pontífice y confesor, padre y consejero.

Por la botica desfilaba todo el pueblo: chiquillos desharrapados, mujeres llorosas, campesinos tartamudeantes. No iban a comprar, iban a ser atendidos. Mi abuelo era bastante más que un vendedor de cajitas. Hablaba, preguntaba, se enteraba. Nadie salía de la farmacia sin haber antes contado la historia de su mal o la angustia del enfermo que esperaba en su casa. Era la farmacia como un gran confesonario de la salud pública, y todos se llevaban simultáneamente medicinas y consuelo, drogas y amistad. Nunca vi allí compradores anónimos que fueran genéricamente atendidos. Contaba en aquella farmacia mucho más el corazón que la cartera.

Y no hablo de la cartera metafóricamente. En la farmacia de mi abuelo sólo los muy ricos pagaban a tocateja. De cada cien vecinos, noventa y nueve y medio funcionaban por igualas, que se pagaban, si el año venía bueno, después de la cosecha, por septiembre. ¿Y si el año venía malo? Entonces todo quedaba un poco en manos de la Providencia y mi abuelo tenía que repetir aquello de que él no puso la farmacia para hacer un negocio. A lo que la abuela, fingiéndose enfadada, replicaba. «Pues, para eso, pudiste hacerte cura.» «Y cura me hice --concluía el abuelo-. Cura de los cuerpos, que también irán al cielo.» Y quiero aclarar que mi abuela decía eso «fingiéndose enfadada», porque se habría muerto antes que tolerar que mi abuelo apretara las tuercas a un pobre mal pagador.

Menos aún se cobraba a los familiares de los muertos. Cuando por la plaza del pueblo cruzaba algún entierro, repasaba el abuelo aquella libretita, de pastas negras, de impagados, sumaba la lista de las deudas del fallecido y, agitando con pena la cabeza, decía: «Más pierde él.» Y rompía, piadoso, la página como sintiéndose avergonzado y responsable de que aquellas medicinas no hubieran impedido la muerte.

Y la muerte llegó también un día a la farmacia. Aún veo en su centro la caja negra en la que mi abuelo palidecía por momentos. Estaba allí, entre sus botes de cerámica reluciente, como hubiera podido estar un emperador en medio de su ejército vencido. Vencido, porque mi abuelo sabía muy bien que todas sus medicinas eran poco más que palillos o muletas con los que jugar a sostenerse, poco más que engaños para asustar a la muerte y, de paso, enseñar a los hombres que alguien o algo les ayuda a vivir.

Y veo a la gente del pueblo desfilando por la farmacia en aquella mañana de diciembre para explicarle con lágrimas a don Ciriaco cuánto le agradecían el que siempre hubiera despachado las medicinas envueltas en consejos y cariño. Aquel día la farmacia se convirtió definitivamente en un hogar, caliente, caliente. Y hasta las estatuas de Hipócrates y Galeno entendieron que el cuerpo era casi tan alto como el alma, y que ayudar a los hermanos a no sufrir es casi tanto como engendrarles o acariciarles el corazón.

Ese corazón que ahora me duele a mí siempre que entro en las antisépticas, monísimas y gélidas farmacias modernas.

27.- Un ciego en San Pedro

De todas las aventuras de mi vida, tal vez la más emocionante es aquella que me ocurrió, hace ahora diecisiete años, en la plaza romana de San Pedro. La tarde anterior me había llamado un sacerdote amigo mexicano para preguntarme si estaría muy ocupado la mañana siguiente. Era domingo y le dije que no, que los festivos no había sesión conciliar, y además, por entonces, los periódicos españoles tenían la inteligencia de no aparecer los lunes. «¿Podía, entonces, hacerle un favor?» -inquirió el mexicano-. No a él personalmente -aclaró-, sino a un amigo suyo que necesitaba que alguien le explicase la basílica de San Pedro.» Le dije que sí, recordando con gusto aquel Año Santo de 1950 en el que a los seminaristas nos usaban como cicerones de peregrinos. «Pero -insistió mi amigo con una voz cargada de misterio- éste es un turista muy especial.» «¿Algún personaje?», pregunté. «No, un ciego», dijo la voz al otro lado del teléfono. Hizo una pausa aprovechando mi desconcierto y luego añadió: «Quiere .ver' la basílica y yo he pensado que no la vería mal a través de tus Ojos.»

Aquella noche me acosté nervioso. ¿Sería yo capaz de hacer «ver» la basílica a un ciego? ¿Cómo explicarle naves y columnas, cúpulas y retablos?

Las sorpresas empezaron cuando Lorenzo Tapia --que así se llamaba- descendió del autobús 64, que paraba justamente a la puerta de la Sala de Prensa y a doscientos metros de la plaza vaticana. Tendría como veinticinco años, pero aún era más joven de cara que de edad.

-Pero ¿cómo te han dejado venir solo en autobús? -Oh -sonrió con sus ojos apagados-, estoy acostumbrado a ir solo por Los Angeles, la ciudad donde vivo. Ya no es fácil que me asuste.

-Pero ¿cómo te orientas? ¿Con radar?

-Ah, no -siguió riendo-, no tengo ningún radar. A veces tropiezo, como todos los ciegos, pero soy ágil y no suelo caerme. Y, si me caigo, no me voy a enfurecer por eso. También los videntes tropezáis, ¿no? Lo más que me puede ocurrir es que me pegue con un muro. Pero eso me hace gracia. Tal vez sí, tengo un radar: la alegría y la decisión de hacer las cosas lo mejor que puedo.

Yo había comenzado a temblar, os lo aseguro. Le pedí que nos sentáramos un rato antes de «ver» la basílica, y allí, en la terraza del café «San Pedro», me explicó que estaba ciego desde los once años, que, al perder la luz, vivió mucho tiempo en una terrible agonía, hasta que descubrió que dentro tenía un corazón y que eso le bastaba para ser feliz. Desde entonces había decidido no arrinconarse, vivir como si sus ojos continuaran iluminándole, sin acurrucarse en su propio pánico.

A veces, me explicó, al lanzarse solo por las calles se perdía y terminaba en el sitio opuesto al que se dirigía. Al principio esto le daba miedo. Luego comprendió que tampoco importaba, porque, en ese nuevo sitio en el que había aterrizado por error, siempre encontraba alguien que le ayudaba, alguien de quien podía hacerse amigo. «Por- que -aseguró como si formulase un dogma- todos los hombres son buenos.»

-Sabes que eso no es cierto -argüí.

-Quien no lo sabes eres tú --sonrió de nuevo--. Hay que ser ciego para saber que la humanidad es buena. A veces un poco loca, eso sí. Porque hace falta estar loco para ser malo. No es que todos los locos sean malos, pero todos los malos están locos.

Siguió hablando durante muchísimo tiempo sin que yo me atreviese a interrumpirle. Me explicó cómo había aprendido a tocar la guitarra, cómo había logrado concluir sus estudios de intérprete oficial en Estados Unidos, cómo cada verano se iba, con sus ahorros, a «ver» un nuevo país. «Tengo a veces problemas --decía-, pero ya sé que en la vida todo se arregla.» Esta frase parecía resumir toda su filosofía del coraje humano. Esta, y una terrible fe en la condición humana. «Para entenderse con los desconocidos hasta un profundo interés por la vida y la personalidad de los otros. Basta con no tener miedo y admitir la profunda necesidad que todos tenemos los unos de los otros. Yo de ellos, ellos de mí. Porque todos están ciegos de algo.»

- Esta última frase me golpeó como un latigazo. Yo también estaba ciego de corazón, de falta de fe en la condición humana, ciego de cobardía.

Pero Lorenzo no me dejó estar mucho tiempo en mis meditaciones: «Ahora -dijo, cogiendo mi mano-, veamos la basílica.» Y como notara mi pulso agitado, rió de nuevo y añadió. «Se diría que soy yo quien te conduce a ti.»

Era verdad. Me dejé conducir por su alegría y me zambullí en aquella plaza que visitaba todos los días, pero que, realmente, pisaba entonces por primera vez. Con los ojos cerrados -tratando de imaginarme cómo la «vería» él- fui explicando la fuga de las columnas, el mármol de las estatuas, la geometría de la fachada, la luz flotante de la cúpula... Pero, al hacerlo, comencé a darme cuenta de que yo estaba hablando de la basílica interior y pensando que jamás Miguel Angel construyó nada tan hermoso como una alegría, como esta alegría invencible que hacía «ver» a mi amigo y le daba aquella fantástica confianza en los hombres.

Cuando volví a abrir los ojos me sentí rodeado de ciegos: de gentes que hablaban de dinero, de esperanzas baratas, de gentes que veían con los ojos pero no con el alma.

28. Las seis cosas que dan honra

Si un día tiene usted ganas de divertirse del modo más barato, vaya a una biblioteca pública, pida el tomo 65 de la Biblioteca de Autores Españoles, ábralo por la página 480 y allí se encontrará usted un maravilloso párrafo en el que Huarte de San Juan explica las seis cosas que daban honra hace cuatro siglos. Estas:

«La primera y más principal, el valor de la propia persona en prudencia, en justicia, en ánimo y en valentía.

La segunda cosa que honra al hombre es la hacienda, sin la cual ninguno vemos ser estimado en la república.

La tercera es la nobleza y antigüedad de sus antepasados.

La cuarta es tener alguna dignidad u oficio honroso y, por lo contrario, ninguna cosa baja tanto como ganar de comer en oficio mecánico.

La quinta cosa que honra al hombre es tener buen apellido y gracioso nombre, que haga buena consonancia en los oídos de todos.

Lo sexto que honra al hombre es buen atavío de su persona, andar bien vestido y acompañado de muchos criados.»

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos! Recordándolos, uno siente una especie de alivio de vivir en estos «tenebrosos» tiempos en los que, por lo menos, si somos injustos y estúpidos, podemos tener la conciencia de serio. Porque -si excluimos la primera de esas causas de honra-, ¿qué son, sino bazofia, todos los restantes valores? ¿Qué gigantesca comedia social no esconde y muestra un párrafo como éste? Criados, vestidos, oficios, graciosos nombres, ¿qué es todo ello sino guardarropía? ¿Cómo no sentir asco ante un mundo en el que la cima de la bajeza parecía ser el trabajador con las propias manos ?

Pero no quiero entusiasmarme demasiado pensando que planteamientos así han pasado a la historia. Porque en el mismo instante en que me sentaba a escribir este comentario, veo un anuncio en un diario de la mañana que dice literalmente así:

«De acuerdo con nuestra sociedad actual, un hombre 'ha llegado' a su meta profesional y social cuando...

Tiene auto propio. Gana un poco más de lo que su mujer puede gastar. Tiene piso propio. Puede escoger sus amistades. Y atender al prestigio proporcionado por su propio trabajo.»

¿Habremos ganado mucho cambiando los muchos criados por el coche, el buen atavío personal por ese «poder escoger sus amistades» y la nobleza y antigüedad de los antepasados por el poder atender a nuestro prestigio? ¿«Haber llegado» será realmente eso? Haber llegado ¿a qué?

En días como éste no puedo impedir que me invada la tristeza. Me aterra la idea de que pasen los siglos y el hombre siga atado a las mismas o parecidas estupideces, sin acordarse de mejorar en lo fundamental.

Pero no me resignaré. Cierro los ojos y los puños y me grito a mí mismo que nadie detendrá a la humanidad en su camino contra la frivolidad y la injusticia. Me aseguro a mí mismo que en un tiempo próximo y futuro serán cosas muy diferentes las que den honra a los humanos. Podrían ser éstas, por ejemplo:

- La primera y más principal, el valor de la propia persona en hondura de alma, en capacidad de amor y en apertura de espíritu.

- La segunda, el trabajo, la entrega emocionada a la propia tarea, sea ésta la que sea, hágase con las manos o con el alma, puesto que cuanto hacemos con las manos lo hacemos a la vez con el alma.

- La tercera, la entrega a cuantos nos rodean, la solidaridad con todos por encima de razas, colores, apellidos, clases, grupos sociales, edades, pensamientos y fortunas.

- La cuarta, una incesante búsqueda de la justicia, un agudísimo olfato para encontrar las menores virutas de dolor en los otros, un incansable desasosiego mientras no hayamos encontrado la suficiente felicidad para todos.

- La quinta, un apasionado amor a la verdad, un verdadero terror a todo tipo de prejuicios (de derechas o de izquierdas), un constante valor para decir la verdad entera y para decirla --como decía Bernanos- «sin añadirle ese sádico placer de hacer daño a quien la escucha».

- La sexta, e importantísima, una fe radical en el futuro, un -saber que los que vienen detrás serán mejores que nosotros, un luchar para que lo sean, una esperanza sin sueños, construida día a día por todos, y, sobre todo, una invencible alegría, basada en la certeza de que somos amados desde lo alto de los cielos y desde lo ancho de la tierra.

Me gustaría vivir en un mundo en el que fueran estas cosas las valoradas por todos, en un tiempo en el que trajes, apellidos, haciendas, prestigios se abandonasen para consuelo de los tontos del pueblo.

Pero... José Luis, José Luis, ¿qué te importa lo que aprecie la gente? ¿Por qué te enfurece lo que da honra o deja de darla, si no es honra lo que tú estás buscando? ¿O vas a ponerte ahora a soñar en esa edad de oro que acabas de fabricar, cuando tanto tienes que hacer en este tiempo de pisos y automóviles, de amigos «elegidos» y prestigios sonoros? Olvídate de una vez de las cosas que dan honra. Acuérdate sólo de las que debes hacer.

29.- No mates a nadie, hijo.

Leyendo una biografía de ese gran hombre y escritor que es José María Gironella salta a mis ojos una frase y una anécdota que me dejan herido durante toda la jornada. Era el 6 de diciembre de 1936, y el entonces casi muchacho, cuya vida peligraba en Gerona, ha de huir, montes arriba, hacia Francia. Su padre

le acompaña hasta la frontera, y, cruzada ésta, le detienen y cachean los gendarmes franceses: en el bolsillo del pantalón hay algo que el escritor no ha visto, algo que, sin él saberlo, ha metido su padre a hurtadillas. Es un papel que Gironella lee emocionado. Dice sólo. «No mates a nadie, hijo. Tu padre, Joaquín.»

¿Puede darse un consejo más conmovedor, más desgarradamente humano? ¿No sería más lógico -quiero decir: más normalmente egoísta que, en plena guerra, ese padre dijera a su hijo: Cuida tu vida, o ten cuidado no te maten?

Aquel hombre sabía la verdad: matar es mucho más mortal que morir. Se mueren mucho más los que matan que los que caen muertos. Sólo una enorme locura ha podido hacer olvidar a la humanidad que la bala que asesina destroza antes el corazón y la vida entera del que la dispara. Joaquín Gironella tenía los ojos elementalmente limpios: quería que su hijo volviera; no quería que regresara con el alma muerta y el corazón convertido en quién sabe qué piedra. Por eso, sí, es absolutamente justo hablar de « un millón de muertos» en nuestra guerra civil, aun cuando fueran solamente medio millón. por cada muerto enterrado hay otro muerto-asesino rodando por el mundo.

Voy a contar algo que me avergüenza mucho y que sé que es un disparate: he tenido muchas veces envidia a quienes «hicieron» la guerra. Yo fui un «niño-de-la-guerra». Tenía seis años cuando empezó y nueve cuando concluyó, y casi diría que tenía también seis cuando acabó, porque en mi Astorga infantil la guerra -al menos para los niños- se inició y terminó el mismo día: el 19 de julio. Como escritor, me he preguntado muchas veces si no he sido demasiado feliz, si no tienen muchas más vivencias y mucho más intensas quienes tuvieron la «suerte-desgracia» de descubrir la muerte y la amargura de la vida cuando podían digerirla en plena juventud. ¿No es acaso un handicap esto de haber vivido, en el largo aburrimiento de cuarenta años «castrados», «anestesiados» o «dulcificados»? En un mundo de tanta violencia, ¿es un privilegio o una desventaja haber vivido en el invernadero?

Digo que siento vergüenza al pensar todo esto porque, desde luego, daría todos los reales o posibles éxitos como escritor a cambio de esta alegría única de tener las manos limpias. No quiero decir, naturalmente, que mis manos sean «mejores» que las que tuvieron que disparar en una guerra. Digo que yo -quizá neurasténicamente sensible- habría sabido vivir muy mal (convivir muy mal) con dos manos asesinas, voluntaria o involuntariamente. Me sangrarían en los sueños, lo sé.

Pero quizá estoy haciendo literatura: yo no viví la guerra civil, tuve esa suerte. Pero ¿no estamos ahora en guerra? En el último libro de Rosales se escribe que «ya no es preciso ir a la guerra, porque la guerra nos persigue». Y es que, efectivamente, ni en las almas ni en las armas la guerra ha terminado. «Hace ya muchos años que en el mundo hay una guerra derramada, pues a partir de su terminación la guerra está domiciliada en todas partes.» En el mundo. En España.

En este momento, en el mundo hay abiertos once conflictos bélicos que han producido ya más de tres millones de muertos: Camboya, Líbano, Irán-Irak, Afganistán, El Salvador, Chad, Yemen, Angola, Etiopía-Somalia, Malvinas, Sahara occidental, once heridas que no dejan de sangrar. ¿No es un sarcasmo hablar de paz junto a esos once ríos? ¿Y qué decir de la cloaca de los terrorismos y los asesinatos, las

mujeres explotadas, las niñas violadas, el infinito y gigantesco cubo de los cincuenta millones anuales de abortos?

No se pueden tener las manos limpias hoy. Nadie las tiene. Todos somos, de algún modo, responsables de esa gigantesca matanza. A su luz entiendo el terror de aquel personaje de Camus que aseguraba haber llegado a comprender «que incluso aquellos que eran mejores que otros no podían evitar hoy el matar o dejar de matar, porque esto formaba parte de la lógica en que vivimos, ya que no podemos hacer un solo gesto en este mundo sin correr el peligro de matar».

Efectivamente: ¿Cuándo hacemos bien a los que nos rodean?
¿Cuántas veces, incluso sin quererlo, nos llenamos de espinas que acaban clavándose, como alfileres, en el corazón de alguien?

El cura de Bernanos era aún más radical cuando aseguraba que «nuestros pecados ocultos envenenan el aire que otros respiran, y cierto crimen, cuyo germen llevaba algún miserable sin él saberlo, no habría madurado nunca sin ese principio de corrupción» que aportamos nosotros. Pero ¿pensando así, puede vivirse?, argüirá otro personaje. «Si Dios -responde el cura- nos diera una idea clara de la solidaridad que nos une los unos a los otros, tanto en el bien como en el mal, no podríamos, efectivamente, seguir viviendo.»

Sí; la ceguera es una gran misericordia. Si los hombres viéramos el mal que nos hacemos los unos a los otros y, sobre todo, el bien que podríamos hacernos y que, por cobardía, dejamos de hacer, moriríamos.

Al menos, no matar. Al menos, no dormir. Al menos, apostar por el amor, aunque luego se nos quede siempre a mitad de camino.

Me siento ahora feliz de haber llegado a los cincuenta años sin haber matado a nadie, sin haber tocado siquiera un arma, un fusil, una pistola. Pero me preocupa haber podido matar o herir con la palabra, con la frialdad o el egoísmo. Clavo, por ello, en mi alma el papelito de Joaquín Gironella. «No mates a nadie, hijo.»

30.- El " delito " de ser mujer

De los muchos recuerdos que me traje -hace ya quince años- de un viaje a la India hay tres que no se me han borrado en absoluto y que, por el contrario, no han hecho otra cosa que crecer: uno porque me aterró, otro porque me entusiasmó, el tercero porque me avergonzó.

Lo que me aterró fue la miseria y el hambre de aquellas gentes: los cientos de miles de personas que cada noche dormían en las calles de Bombay o de Calcuta y los cuerpos esqueléticos de los niños, con las barriguitas hinchadas de aire, son cosas que no se olvidan fácilmente.

Lo que me entusiasmó fue la bondad de la gente, su nobleza instintiva, sus deseos de ayudar, la apertura de sus corazones y sus vidas.

Lo que me avergonzó fue pensar que una religión que yo admiro tanto como el hinduismo pudiera estar en la fuente o el origen de ese satánico sistema de castas y de esa repulsiva discriminación de la mujer que llena la vida cotidiana de la India.

Es ya de por sí doloroso que algo tan purificador como son todas las grandes religiones encierre, junto a mucha pureza, tales semillas de corrupción. A mí, como cristiano, siempre me ha dolido reconocer que a la sombra del Evangelio -deformándolo, claro- hayan podido nacer ideas tan locas como la Inquisición, o las cruzadas, o la violencia en nombre de Dios. No me extraña, pues, que también el hinduismo pueda llevar consigo una idea tan disparatada como la de que los hombres puedan distinguirse por supuestas razas o castas, por el tamaño de su nariz o por su sexo.

Y ese recuerdo de la India ha rebrotado en mí leyendo la espeluznante noticia que hoy dan, púdicamente y como sin importancia, los periódicos: el dato de que dos de cada tres mujeres indias deciden abortar cuando en las pruebas para conocer el sexo del hijo que llevan en su seno éstas certifican que lo que viene será una niña.

¿La causa? Las madres conocen la vida de sumisión a la que les obligará su condición femenina y no quieren que sus hijas repitan lo que ellas han vivido. Los padres saben que el día de mañana tendrán que pagar una fuerte dote -50.000 rupias- cuando llegue la hora de casarlas, y prefieren pagar ahora 500 por un examen médico que les permitirá eliminarlas si son niñas.

Sangra mi máquina de escribir al contar estas cosas. ¿Tan bajo ha descendido el hombre?

Pienso, por de pronto, en esa tristeza de que, en todo invento moderno, llegue inmediatamente la contrapartida. cada avance se paga con un retroceso. La determinación previa del sexo de los niños, que parecía una fuente de alegría, ahí está convertida en fuente de crímenes antes incluso de generalizarse. El culatazo asesino ha sido más fuerte que el disparo del progreso. Así es como «avanzamos», con un paso adelante y dos atrás. Así es como nuestro mundo se va haciendo tanto más inhumano cuanto más moderno.

Pienso después en la crueldad de la historia: desde hace años vengo viviendo en el asombro más absoluto al ver cómo una de las grandes metas del feminismo internacional es la legalización del aborto. Nunca lo he entendido. ¿Es que no hay miles de campos en los que conquistar la plenitud de derechos de la mujer, para acudir a una supuesta propiedad de su propio cuerpo que serviría para legalizar una muerte? Unir feminismo y aborto me ha parecido siempre uno de los disparates más altos de la historia del mundo. Y he ahí que ahora esa historia se vuelve feroz y monta la más grave discriminación hacia la mujer precisamente sobre esa supuesta licitud del aborto. ¿Protestarán ahora las feministas contra esta nueva «moda» india, no por el hecho de que sean abortos, sino por el de ser abortos «selectivos», dirigidos contra la mujer? ¿Es que no son las dos cosas igual o parecidamente horribles?

Mi tercer pensamiento se dirige a la querida India, De generalizarse esa práctica, ¿cómo sería en el futuro la vida de este país en el que el número de mujeres podría llegar a ser un tercio del de los varones?

Y mi cabeza se puebla de recuerdos: vuelvo a verme en la ventanilla de aquel tren de Nueva Delhi contemplando a aquella familia que avanzaba hacia mi vagón, marchando la mujer con los pequeños a la debida distancia -cinco pasos- del varón, subiendo el esposo al general compartment, mientras la mujer y los chiquillos se iban al ladies compartment, cargada ella de infinitos bultos y maletas, mientras el marido entretenía sus manos con una fina varita de avellano.

Alguien, que entiende la lengua en que hablan, me explica que el esposo la trata de tú, mientras que ella le llama de usted y no se atreve jamás a pronunciar su nombre, sino que se dirige o alude a él

como «el padre de sus hijos». Observo cómo en público es siempre él quien toma las decisiones o da las órdenes y cómo a la hora de las comidas sólo él se sienta mientras la esposa le sirve en pie. Y alguien me explica también que en privado ella recobrará algunos derechos, pero yo nunca olvidaré aquel horrible vagón de las mujeres, en el que toda suciedad tenía su asiento.

Lo que me pregunto ahora es si la solución de esta locura será matarlas en el seno materno.

Los lectores que tal vez sigan este «Cuaderno de apuntes» saben cuán orgulloso me siento de mi condición de hombre y cuánto me gusta vivir. Saben también que, algunas veces, me vengo abajo y me lleno de dudas sobre si hay motivos para ese orgullo y esa felicidad. Hoy es uno de esos días negros. En un inmenso y hermoso país se está matando a seres inocentes por el solo «delito» de ser mujeres en embrión. ¿Cómo podría estar alegre?

31.- La vejez desprestigiada

Recibí hace un par de días, querido amigo, su carta y, créame, tengo aún en los labios el sabor a ceniza que me dejó su lectura. «¿Por qué -me dice- no nos moriremos todos en la víspera de la ancianidad? Es horrible envejecer en este mundo hostil, donde la vejez está desprestigiada, donde todos te miran como deseando tu muerte, cual sí estuvieras quitándoles el sitio en el mundo a los demás. Y ahora, vivir, ¿para qué?, ¿para chochar?»

Releo sus palabras y quiero pensar que fueron escritas en un momento de desaliento. Un alma como la que usted tenía cuando, hace veinte años, le conocí no puede hundirse tan baratamente por veinte arrugas más.

Y me parece bastante ingenuo escribir una carta «de consejos» cuando usted podría ser muy sobradamente mi padre. Pero su carta, su agrio modo de escribir, parecían pedirme, si no un consejo, si una palabra amiga.

Pero tendrá que perdonarme si no empiezo pasándole la mano por el lomo, diciéndole que usted ha sido un hombre magnífico y que lo que tiene que hacer ahora-es descansar, que ya hizo bastante, que bien merecido tiene este reposo. No lo haré, porque pocas cosas me aterran más que esas personas que ya sólo se dedican a recordar, como si estuvieran dispensados de seguir viviendo.

Y voy a empezar reconociéndole que tiene que ser difícil envejecer en un mundo como este nuestro. Que es incluso difícil el haber dejado de ser joven. Porque hoy los ídolos son la velocidad, la lucha, la fuerza, el nervio. Una verdad dicha serena y apagadamente casi parece una mentira. Una mentira voceada con juventud y brío se toma casi por una verdad. Los hombres de hoy preferirían con mucho el infierno al limbo de los niños o de los ancianos. Este mundo ha endiosado a la juventud no por lo que tenga de verdadera o de justa, sino por lo que tiene de juvenil. Sí; debe de ser difícil envejeces ahora.

¿Y qué tendremos que hacer quienes, como usted, se acercan a los ochenta, o quienes, como yo, oímos decir a los médicos que hay que cuidarse, que ya no estamos en edad de hacer chiquilladas? Todo menos intentar parecer jóvenes, todo menos aspirar a imitarles y caer en esa triste figura de los viejos o los adultos que parodian gestos o bailes juveniles o que fingen gustar de sus canciones. Créame, cuando los

jóvenes nos dan palmaditas en el hombro, cuando nos dicen: «Cada día está usted más joven, don Fulano», lo que desean es comprobar hasta qué punto, por conseguir una de sus sonrisas, estamos dispuestos a bajar los últimos escalones del ridículo.

¿Entonces? Lo que hay que esperar de un adulto o de un viejo es que sean fieles a su adustez o a su ancianidad. Cuando se les pide que estén vivos, lo que se quiere no es que vuelvan a tener treinta años, sino que lleven dignamente los cincuenta o los ochenta. Que acepten el gozo de ser frutos y no se pasen la vida envidiando a las flores y menos aún que se dediquen a condenar una primavera que envidian en nombre de un verano o un otoño que no se resignan a vivir.

Porque hay algo más grave - hay adultos y ancianos. que se atreven a presentar como frutos lo que es sólo un resignado cansancio de flores que jamás frutecieron y hace décadas que se marchitaron.

Por eso, la gran pregunta para usted, y también para mí, es si hemos convertido en frutos nuestra vieja juventud y cómo vamos ahora a utilizarlos.

Porque yo soy de los que piensan que lo más importante de la juventud es haber producido la gran cosecha:

- De la vehemencia y el entusiasmo deben surgir la paz y la serenidad.
- De la ilusión debe brotar la lucidez.
- Del optimismo, la esperanza,
- De la risa fácil y de la alegría ruidosa, el apacible y agudo sentido del humor.
- De la capacidad de asimilación ha de nacer la riqueza interior.
- Del interés abierto a todo tiene que llegarse a la experiencia

abierta a todo.

- El ímpetu y el vigor deben producir la paciencia y la dulzura. - La búsqueda inquieta de la felicidad ha de concluir en el aprecio y el saboreo del bien poseído.

- De la fe en los demás hemos de llegar a la indulgencia y la comprensión de todos.

- De la alegría de vivir hay que sacar el gozo de haber vivido. - De la necesidad de amar y ser amado tiene que surgir la derrota de todos los egoísmos y un amor, al fin, plenamente desprendido.

Esta es, pues, la gran pregunta: ¿Hemos llegado, usted en su ancianidad y yo en mi adultez, a la conquista de la paz, la serenidad, la lucidez, la esperanza, el sentido del humor, la comprensión de todos el gozo de vivir y de haber vivido? ¿O, por el contrario, de nuestra juventud sólo hemos sacado un atadajo de nervios, de tozudez, de humor avinagrado, de ideas petrificadas, de impaciencia, de condenación de todos los que nos rodean, de amargura, de cultivo del más refinado de los egoísmos?

Si la respuesta es la primera, ya no nos hará falta pedir que aprecien nuestros frutos: tendremos bastante con repartirlos. No tendremos que mendigar estima para nuestra paz, nos llenará la vida el oficio de repartirla, El día que dejemos de mendigar mimos encontraremos amor. Y no adoraremos un barato prestigio que nos llegase de fuera. Porque estaremos por dentro estallantemente vivos.

32.- Historia de doña Anita.

Doña Anita es una vieja-viejísima-viuda-viudísima que vive en una ciudad de cuyo nombre prefiero no acordarme. Porque esto que voy a contar es una historia absolutamente real, aun cuando tenga tanto olor a fábula como tiene.

Doña Anita tuvo la desgracia de enviudar a los cuatro días de casada, pues su marido («su Paco», dice ella) murió siendo no se acuerda si teniente o capitán en una lejanísima guerra, que ya no está muy segura si fue la de África o la de Cuba. Lo que sí sabe doña Anita es que su Paco la dejó con el ciclo y la tierra. Que de él sólo queda una preciosa fotografía, ya amarillenta; unas viejas sábanas de seda, que sólo se usaron cuatro noches, y una pensión de 5.105 pesetas.

Con este fabuloso sueldo vive doña Anita, convertida ya en una gacela antediluviano, rodeada por un mundo de monstruos. Pero doña Anita se las arregla para que sus cinco billetes lleguen a fin de mes, dando por supuesto que las primeras 105 se las gasta cada día 30, al cobrar, en una vela, que enciende en honor y recuerdo de su Paco.

Hace no muchos meses, un día 30 pagaron a doña Anita su pensión con un solo billete de 5.000, un billete de 100 y una moneda de 5 pesetas. A doña Anita le alegró tener por primera vez en las manos aquel billete, que le parecía n premio gordo, pero al mismo tiempo le entraron todos los temblores del infierno ante la hipótesis de que pudiera perderlo. No estaría segura hasta que, a la mañana siguiente, lo cambiara en la tienda.

Y los sudores del infierno llegaron cuando, al ir a pagar sus verduras, después de su misa, se encontró con que, a pesar de todas sus precauciones, o quizá a causa de ellas, el billete de 5.000 no aparecía. Doña Anita revolvió y volvió del revés su bolso, Pero nada. Hizo cinco veces el camino que iba de su casa a la iglesia y de la iglesia al mercado. Pero nada. Buscó debajo de todos los bancos del templo, corrió los muebles todos de su casa.. Y nada.

La angustia se hizo dueña de su corazón. ¿Cómo podría vivir ahora los treinta horribles e interminables días del mes si no tenía un solo céntimo en el banco, si todas las personas a las que conociera en este mundo estaban ya en el otro? Volvió a recontar todas sus cosas y comprobó, una vez más, que no quedaba nada de valor por vender... salvo, claro, aquellas sábanas de seda viejísimas, aquel juego de café de plata que le regalaron sus hermanos el día de su boda y aquel viejo medallón de su madre. ¡Pero vender eso sería como venderse a sí misma!

Malcomió aquel día con las sobras que quedaban en la, vieja nevera y apenas durmió en la larga noche. «¡Eso es! -pensó entre dos sueños angustiados-, ¡el billete lo perdí en el ascensor, al bajar para ir a misa!» Se levantó temblando y, con un abrigo encima del camión, salió a la escalera. ¡Pero ni en el ascensor ni en la escalera había nada! Y regresó a su lecho como una condenada a muerte.

A la mañana, cuando salió a misa -Dios era ya lo único que le quedaba- clavó en la cabina del ascensor una tarjetita en la que anunciaba que si alguien había encontrado un billete de 5.000 pesetas hiciera el favor de devolvérselo a... Pero lo clavó sin la menor de las confianzas,

Aquella misa fue la más triste en la vida de doña Anita. Cuando el sacerdote comenzó a rezar el «Yo pecador», la viuda-viudísima se acordó de que ayer, en una de sus idas y venidas, se había cruzado en la escalera con la otra viuda del cuarto -ésta a la que los vecinos llamaban, para distinguirla de ella, la viuda alegre, y no sin motivos, según decían- y había comprobado que acababa de estrenar un precioso bolso de cuero. ¡Ahí estaban fundidas sus 5.000 pesetas! ¡Era claro como la luz del día!

-Pero mientras el sacerdote leía el Evangelio, doña Anita recordó que las dos chicas del tercero, ésas que volvían todas las noches a las tantas, con sus novios, en motos estruendosas, habían llegado ayer aún mucho más tarde de lo ordinario. ¡Y doña Anita tembló ante el simple pensamiento de lo que aquellas dos perdidas hubieran podido hacer con sus 5.000 pesetas!

Cuando el sacerdote recitó el ofertorio vino al pensamiento de doña Anita su vecino del segundo, el carnicero, un comunista malencarado, que ayer la miró, al cruzarse con ella en la escalera, con una mirada aviesa y repulsiva. ¡Dios santo, en qué habría podido invertir el comunista ese su dinero!

En la consagración fue don Fernando -ese que decían que vivía con una mujer que no era la suya- la víctima de las sospechas de doña Anita. Y como la misa aún duró diez minutos, fueron todos los vecinos, uno a uno, convirtiéndose en probabilísimos apropiadores de la sangre de doña Anita.

Sólo cuando al ir a entrar en su piso -rabia le dio entrar en aquel bloque de viviendas corrompidas- tropezó dolía Anita, y al caérsele el misal, salieron de él doce estampas y un billete de 5.000 pesetas, se dio cuenta la vieja de que era ella tonta-tonta-tonta la culpable de sus sufrimientos.

Y cuando se disponía a salir jubilosa hacia el mercado, alguien llamó a su puerta. Era la viuda del cuarto, que, miren ustedes qué casualidad, había encontrado la víspera un billete de 5.000 mil pesetas en el ascensor. Cuando ella se fue, pidiendo mil disculpas y diciendo que sin duda era de algún otro vecino que lo había perdido, llamaron a la puerta las dos chicas del tercero, que también ellas -¡qué cosas!, ¡qué cosas!- habían encontrado en la escalera otro billete de 5.000 pesetas. Luego fue el carnicero, y éste había encontrado no un billete de 5.000 pesetas, peso sí cinco billetes de 1.000 pesetas nuevecitos y juntos.

Después subió don Fernando y una docena de vecinos más, porque -¡hay que ver qué casualidades!- todos habían encontrado billetes de 5.000 pesetas en la escalera.

Y mientras dolía Anita lloraba y lloraba de alegría, se dio cuenta de que el mundo era hermoso y la gente era buena, y que era ella quien ensuciaba el mundo con sus sucios temores.

33.- Pregón para una Navidad entre miedos.

Si yo tuviera que elegir uno solo entre los recuerdos de la ciudad de Belén, que he tenido la fortuna de visitar dos veces, sé que me quedaría., sin vacilar, con el de aquella puertecilla de entrada a la Basílica de la Natividad, aquella puerta de sólo un metro veinte de altura por la que sólo los niños podían entrar sin agacharse. Recuerdo que, a mi lado, el guía franciscano explicaba que esa entrada se hizo así en

la Edad Media para evitar que los jenízaros pudieran penetrar en el templo a caballo, aterrando y descabezando a los fieles en oración. Pero yo no le oía. Estaba descubriendo en mi interior otra razón más alta: que a Dios sólo se puede llegar de dos maneras: o siendo niño o agachándose mucho. No empinándose, sino inclinándose. No estirándose, sino empequeñeciéndose. No subiéndose en escaleras o escabeles de ciencia, de poder o de grandeza, sino retornando a los primeros años de nuestra vida. Porque Dios no es más grande que nosotros, sino mucho más joven. o, para ser exacto, porque Dios es mucho más grande que nosotros, por la simple razón de que es más verdadero, más misericordioso, mucho más loco y niño que nosotros.

Pero este descubrimiento venía a abrir en mí otro problema- si Dios no pudo acercarse a los hombres sino por el camino de hacerse pequeño, ¿podrán los hombres acercarse a Dios por distinto sendero? Rosales ha escrito que la alegría no tiene más que una puerta, que es la puerta de entrada, porque quien entra en ella está felizmente perdido. Así las cosas de Dios: no tienen más entrada que la de la pequeñez. Por eso la Navidad es, ante todo, un misterio de infancia. Por eso es tan sagrada. Por eso sólo puede hablarse de ella dejando la palabra al niño que uno fue y confiando en que será leído por los niños que los lectores fueron.

Pero todos hemos crecido demasiado. Dicen que ser niño es vivir en la ignorancia. Y tal vez sea cierto. De pequeños, por ejemplo, creíamos que los árboles más altos tocaban con sus ramas el cielo. Ahora -sabios- ya hemos descubierto que el cielo está infinitamente lejos de nosotros. Y sabemos también cuánto más preferible era aquella ignorancia que esta ciencia.

¿Dónde queda, en verdad, el chiquillo que fuimos? Hemos crecido, hemos engordado, nos hemos ido llenando de grasas y de sebo, nos hemos amordazado con títulos y premios, nos hemos subido en el escabel de la importancia, hemos hecho ilustrísimas tarjetas de visita, aprendimos ya a manejar ese superlibro que es el talonario de cheques, los bancos nos han concedido el «abracadabra» de las tarjetas de crédito, ya somos hombres, al fin somos adultos, hemos dejado atrás la leche y los tartamudeos.

Y henos aquí, aterrados ante el mundo y la vida, mirando hacia Polonia o hacia los Altos del Golán con los ojos enfebrecidos con que el jugador de ruleta persigue los giros de la bola que puede abrir las puertas del cielo o de la guerra. Damos gracias a Dios porque en los últimos meses los terroristas han matado «poco» y hasta nos contentamos con que 1982 no resulte peor que 1981. Ya veis: hasta la esperanza se ha avinagrado y prostituido en nuestras manos, volviéndose vacilante y neurótica.

¿Han visto ustedes cómo esperan los niños a los Reyes? No pueden aguantar ya la espera, arden sus ojos y sus almas, pero su espera no es torturadora, sus miradas se encienden, pero no vuelven vidriosos sus ojos. ¿Sabéis por qué? Porque los niños nunca se preguntan si lo que vendrá el día de Reyes es hermoso o feo, magnífico o terrible. Ellos saben que lo que viene es incuestionablemente hermoso. Lo único que ignoran es qué clase de hermosura tendrá lo que va a negar. La suya es una esperanza gozosa porque es cierta. los niños saben que son amados. Sólo quieren saber cómo les expresarán este año su amor.

Por eso los niños viven en la alegría, mientras nosotros braceamos por ella. A los niños basta un rayo de sol para alegrarles. Pero hace falta todo un sol entero -ha escrito Goldwitzer- para que el corazón helado de un adulto pueda deshelerse.

El hombre no sabe esperar. Y espera, además, lo que no debe. Por eso no entendimos a Dios cuando vino. Esperábamos ver en sus manos el poder y vimos la pobreza. Esperábamos la cólera destructora de los enemigos y vino la gran misericordia. Esperábamos misteriosas revelaciones y vino un pedacito de carne que, con muchos esfuerzos, aprendió a decir papá y mamá.

Y es que -ya veis qué loco-, Dios quería ser amado. Y sabía muy bien que los hombres no Sabemos amar una cosa a menos que podamos rodearla con los brazos. Y al Dios de los Ejércitos podíamos temerle. Al Dios de los filósofos podíamos admirarle. Sólo le amaríamos si se hacía bebé. Por eso la Navidad es vértigo, desconcierto, exceso y desbordamiento. Por eso la Navidad viene a quitarnos las caretas de importancia con las que, a lo largo de la vida, nos hemos ido disfrazando. Viene a derretir los kilos de sebo y de grasa con los que fuimos embadurnando y amortajando nuestra infancia.

Porque -aleluia, aleluia!- la infancia es inmortal; al niño que fuimos puede arrinconársele, amordazársele, cloroformizársele. Matarle, no. Y el niño que hemos sido está aún ahí, dentro de nosotros, encerrado entre nuestros títulos y tarjetas de crédito, amordazado por nuestra experiencia, pero vivo. No se resigna a morir, grita, patalea dentro de nosotros. Las esquirlas de amor que aún, a veces, nos salen del alma son esos gritos y esos pataleos.

Dostoievski decía que «el hombre que guarda muchos recuerdos de su infancia, ése está salvado para siempre». Y así es cómo nosotros estamos salvados en la medida en que la Navidad pueda resucitar al chiquillo que fuimos. Estos son días para descubrir cuán locos estamos, para aprender que la experiencia es sólo una señora que nos da un peine cuando ya estamos calvos, y que es mucho mejor un pelo despeinado que un peine sin porqué ni para qué. Días para descubrir que el agua vale más que los cheques, que un poeta es más útil que un político, que un niño es más importante que un emperador, que la fe es la mejor lotería, que un brasero y amor en torno a él debería cotizarse altísimo en Bolsa.

Por eso en esta Navidad 81, en la que el mundo tiembla de hambre y de guerra, de paro y bomba atómica, en esta tierra nuestra que está casi olvidando ya el sabor de la esperanza, la Navidad y el pequeño Dios vienen a despertarnos de tanto y tanto miedo y a enseñarnos a mirar la vida con los ojos ardientes con los que hace años esperábamos a los Magos. A mí me gustaría que el mundo volviera a ser una gran escuela, que estuviéramos aún todos sentados en los viejos pupitres, que Dios fuera el maestro que escribe en la pizarra el verbo «amar». Y me gusta repetirles a mis amigos aquella gran lección que daba un día Bernanos a los niños de una escuela: «No olvidéis nunca que este mundo odioso se mantiene en pie por la dulce complicidad -siempre combatida, siempre renaciente- de los santos, de los poetas y de los niños. ¡Sed fieles a los santos! ¡Sed fieles a los poetas! ¡Permaneced fieles a la infancia! ¡Y no os convirtáis nunca en personas mayores!»

Porque, si lográramos esas tres fidelidades, en el mundo sería siempre Navidad. Y la alegría sería mucho más ancha y fuerte que los miedos.

34.- Dios era una hogaza

No puedo evitar un profundo desasosiego cada vez que oigo a alguno de mis amigos contarme que en su infancia ----en casa, en la parroquia o en el colegio- le hicieron vivir amedrentado con la imagen de un Dios-ogro, de aquel «Dios de infierno en ristre» de que hablaba Blas de Otero. Y entiendo que para estos amigos míos sea muy difícil creer en Dios e, incluso, muy amargo vivir. Yo tampoco creería en un Dios-ogro, aunque sólo fuera por respeto a Dios.

Y a ese desasosiego se une también una forma de desconcierto que me obliga a preguntarme si es que esos amigos míos tuvieron mala suerte, si es que sus casas o sus colegios fueron excepcionales en su negrura o si, por el contrario, fui yo la excepción afortunada, si viví yo en otro planeta, si eligieron para mí padres, maestros y curas que coincidieron en darme una idea luminosa de Dios y de la vida. En mi casa se creía en el infierno, pero se hablaba muy poco de él. Lo mismo que creíamos en la existencia de las culebras, los caníbales o los excrementos, pero ni eran tema de nuestras conversaciones ni mucho menos el centro de nuestras vidas.

Uno de los recuerdos más antiguos de mi infancia es el de que Dios era una hogaza. Veréis. eran los años de la primera posguerra y había racionamiento. Y pan negro. Pero, en mi casa, mi madre tenía la obsesión de que «los niños» no podíamos comer aquel pan. Lo comían mis padres, pero mi madre se las arreglaba para encontrar siempre (o casi siempre) pan blanco para nosotros. Y solía encontrarlo en complicidad con la Providencia. Como mi padre era amigo de hacer favores, era frecuente que, sobre todo los martes, que había mercado, llegaran a casa gentes de pueblo que nos traían el único regalo que jamás aceptó mi padre: blancas hogazas de pan bienoliente. Eran aquellas gigantescas hogazas que se hacen en maragatería (con más de dos kilos y medio de peso cada una) y que, a pesar de lo que decía el refrán («Pan de Astorga, mucho en la mano, poco en la andorga»), eran el mejor de los manjares imaginables. Recuerdo que tenían una corteza como de árbol y miga esponjosa, con agujeros casi como *el gruyere*. Recuerdo que sabían a gloria y que casi olían mejor de lo que sabían. Y pocas cosas más sacramentales he visto yo que aquel hundirse del cuchillo de cocina en la carne crujiente del pan. Luego, mi madre las envolvía en rodeas húmedas, que hacían la función que hoy los frigoríficas, para conservarlo fresco. Y aquellas blancas rodeas eran casi como los corporales con los que yo envuelvo hoy la Eucaristía.

Aquel pan -decía mi madre-- nos lo enviaba Dios. Y nos lo mandaba siempre puntualmente, ni antes ni después, justo el día que lo necesitábamos. Y así empecé yo a imaginarme a Dios como un padre atento que llevaba la contabilidad de las cocinas, aportando no riquezas, pero sí el pan de cada día.

De esta visión de Dios se deducía, lógicamente y sin esfuerzo, nuestra obligación de ser prolongadores de Dios, de hacer, si podíamos, de Dios para los demás. Recuerdo también que otra de las cosas que entonces escaseaban era el aceite. En casa, menos, porque teníamos un amigo fabricante, que nos lo facilitaba, y mi madre se las arreglaba para que siempre le sobrara alguna botella. Y entonces entraba en juego aquella forma tan especial de amor que yo aprendí de niño. Mi madre sabía que en casa de unos amigos lo estaban pasando muy mal. Y, a la caída de la tarde, me llamaba a mí y me decía: «Vete a casa de don Fulano y le llevas este aceite. Pero lo vas a hacer como yo te digo. Tú vas, entras en el portal, pones la botella tras la puerta, la cierras y, luego, desde fuera, llamas al timbre y echas a correr para que no te vean.» Me explicaba que la caridad hay que hacerla sin que resulte humillante y sin que después esa familia se sienta deudora hacia nosotros. Y yo era feliz haciendo un poco de Providencia para aquella familia e imaginándome su cara de sorpresa y de alegría ante aquel regalo -¡venido del cielo!- que entonces suponía una botella de aceite.

Con frecuencia, más que dar, recibíamos. En aquella primera pos- guerra, en la cárcel de Astorga había muchos extremeños. Y, en muchos casos, las mujeres de los presos se trasladaban también con sus hijos para, al menos, vivir cerca de sus maridos. Vivían del aire, como es fácil de imaginar. Y mi madre, que siempre sintió obligación suya el visitar a los presos, comenzó a ocuparse de alguna de aquellas familias. Recuerdo que un adviento mi madre quiso prepararse a la Navidad compartiendo más nuestra pobreza (mi padre era funcionario público y vivíamos de los miserables sueldos que entonces se cobraban en puestos inferiores) y decidió que los tres niños de una de aquellas familias irían todos los días a desayunar a nuestra casa antes de ir al colegio que ella les había buscado.

Eran, lo recuerdo muy bien, dos niñas de mi edad (unos diez años) y un chiquitín de cinco. Y el primer día, al servirles el chocolate (Astorga era la ciudad del chocolate), mi madre puso dos tazas grandes a las dos mayores y una jícara chiquita al más pequeño, temiendo que más pudiera hacerle daño. Pero pronto observó que las dos niñas comían más despacio, esperaban a que acabara el chiquitín y luego, disimuladamente, cuando creían no ser vistas, volvían a llenar con parte de su chocolate la jícara del niño.

A mediodía mi madre nos explicó que los pobres eran más generosos que los ricos. Y siguió poniendo al pequeño su jícara chiquita para no privar a las mayores del ejercicio de la caridad con su hermanito y para que nosotros descubriésemos que aquellas niñas nos daban, con su ejemplo, mucho más de lo que nosotros estábamos dándoles a ellas.

Tal vez en estos recuerdos esté la base de mi fe en Dios y en los hombres. Tal vez esté ahí también esta alegría que hoy sigo sintiendo ahora mismo cuando, al recordarlo, se ha llenado mi casa de olor fragante a pan y a chocolate.

35.- Dolorosa, dramática, magnífica

Tu carta, querida amiga, me conmueve. Te veo atada, desde hace veintidós años, a tu sillón de ruedas, sujetando con tu mano izquierda la temblorosa derecha con la que me escribes, y tu garabateada letra me resulta sagrada. ¿"mo podría yo enseñarte nada? Ante tu montaña de dolor soportado e iluminado, ¿qué podría hacer yo sino mostrar mi admiración, sin límites, mi vergüenza por estar sano, mi pobreza en

humanidad? Desde que me ordené de cura he experimentado muchas veces el pánico de «dirigir» a personas que eran infinitamente mejores que yo, de dar consejos a gentes-que debían aconsejarme a mí, de ayudar a levantarse a otros como un enano ayudaría a un gigante. Pero me siento aún más impotente ante los que sufrís, que sois -lo creo- los verdaderos gigantes de la humanidad, los dueños del tesoro, aunque llevéis esas joyas desgarradoramente clavadas en la carne.

¡Tu carta es, además, tan hermosa, tan infantil, tan profunda! «Mi tarea -escribes- es la de vivir permanentemente a media asta. ¡Tanto tiempo preguntándome cuál será mi camino! ¿Es que va a ser éste de no servir para otra cosa que aceptar lo que viene y hacerlo tras muchos esfuerzos? Pero ¿eso basta? ¿Con eso pago los gastos de mi creación? Por vez primera en mi vida tengo la sensación de ser un mal negocio para Dios. La enfermedad no me ha hecho ser mejor. Al contrario. me empuja hacia la comodidad y el egoísmo. Vivo con la impresión de estar malgastando algo valiosísimo de la manera más estúpida. Me obsesionan las cosas de tal modo que no aprovecho el presente y, con ello, pierdo el presente y el futuro. Cada mañana sueño que seré mejor, y rabio a la noche por no haberlo conseguido. El mal se mezcla en mis mejores cosas sin que yo me dé cuenta.

¡Cuánto me gustaría un minuto de inocencia, de verdadero amor y absoluta pureza! ¡Un minuto, un solo minuto! Pero he de seguir volando con las alas cortadas.»

Yo debería responderte que tu diagnóstico es perfecto y que la única receta posible es precisamente ésta: seguir volando con las alas cortadas. Pero tal vez te sirva recordarte que todos los hombres vivimos a media asta, que todos estamos alicortados. Tú llevas el lastre de tu silla de ruedas, otros llevamos muchos sueños sin realizar, muchos un amor fracasado, bastantes la angustia económica que les obliga a gastar en conseguir dinero el tiempo que necesitarían para vivir, no pocos la tragedia de tener almas flojas y vacilantes que no supieron o no pudieron hacer crecer o fortalecer. El hombre es así: un ser que vive siempre a media asta, tú lo has dicho.

¿Y eso es suficiente? ¡Pues sí! Es suficiente siempre que uno se pase la vida levantando incansablemente la bandera en esa asta, siempre que uno vaya construyendo, incansable, pedacitos de amor, conquistando su alma casa a casa como en una ciudad en guerra. Porque no se trata de soñar, sino de vivir. Todos preferiríamos -¡claro, claro!- conquistar nuestra vida de un solo golpe, un gigantesco acto de heroísmo, bajar hasta el fondo de la gruta del alma y regresar de ella con un ramo de estrellas. También los árboles querrían crecer en una sola mañana, romper la corteza de la tierra, asomarse a la vida y tener a las pocas horas la gloria de la fruta, sin conocer heladas, sin la lenta y arriesgada maduración, sin acumular costosamente el sabor y el jugo.

Se sueña en un día; se construye en muchos años. Porque no se trata de ser «un buen negocio para Dios». ¿Crees acaso que Dios creó al hombre para hacer un negocio? ¡Pudo hacer cien mil cosas más rentables! El creó por amor, y le interesan bastante menos los dividendos del fruto conseguido que el amor que se pone en las raíces de ese fruto.

¿Todo es entonces igualmente hermoso: la obra del genio, el cansancio, el sudor, el fracaso? Efectivamente. No se trata de que los árboles se conviertan en minas de plata, sino de que den fruta. No se busca que los campos produzcan dólares, sino trigo. Se trata de vivir amante y alegremente el diminuto

e infinito presente que nos ha sido dado. Sabiendo que eso es ya magnífico. Magnífico todo- amar, sonreír, esperar, hablar, llorar, cansarse, sufrir, leer, rezar, pensar, escribir.

Pablo VI -que adjetivaba como los ángeles- dice en su testamento que la vida es «dolorosa, dramática, magnífica». Dolorosa por- que siempre se vive cuesta arriba. Dramática porque en cada instante nos jugamos nuestro destino. Magnífica porque todo es un don, y un don de amor. Sin que importe que las raíces sean oscuras, porque sabemos que, mientras ellas pelean bajo tierra, ya hay un pájaro cantando en sus ramas.

Y tal vez los enfermos tenéis la posibilidad de vivir más plena- mente esa trinidad de adjetivos, porque tocáis en cada hora con los dedos ese dolor, ese dramatismo, esa maravilla.

Recuerdo siempre aquel párrafo que Teilhard de Chardin, escribía a su prima, largos años enferma como tú-

«Margarita, hermana mía, mientras que yo, entregado a las fuerzas positivas del universo, recorría los continentes y los mares, tú, inmóvil, yacente, transformabas en luz, en lo más hondo de ti misma, las peores sombras del mundo. A los ojos del Creador, dime, ¿cuál de los dos habrá obtenido la mejor parte?»

Sí, eso es, amiga mía. Porque no es cierto que tú estés malgastando nada. Tu mano temblorosa, al escribirme, estaba demostrando como nadie que esta vida dolorosa y dramática no deja, por eso, de ser también magnífica.

36.- La hija del diablo

¡Qué maravilla si los periodistas pudiésemos cada tarde seleccionar y publicar únicamente las buenas noticias! ¡Qué gusto si los lectores pudieran acercarse a los diarios seguros de que, cada mañana, les ofreceríamos únicamente un racimo de gozos, sin turbiedad alguna! Pero ¿serían entonces los periódicos un reflejo de este mundo o de... Babia?

Porque ahí está la hija del diablo, la violencia, empeñada en enturbiar cada mañana nuestro espejo. Y ahí está ese temblor con el que cada día nos acercamos a nuestro desayuno de papel, previendo que el espanto nos espera entre sus páginas.

El de esta mañana, por ejemplo. Me levanté pensando llenar de alegría este cuaderno de apuntes. Pero ¿cómo hacerlo tras leer el drama de María Dolores?

Supongo que también ustedes lo han leído: es la historia de esa mujer, esposa de un hombre asesinado por ETA hace tres meses, que ayer se suicidó después de escribir una nota en la que pedía a sus cuatro hijos que no llorasen por ella.

Apenas sé nada de su vida. Sé que tenía cuarenta y siete años. Sé que, el 5 de junio, dos encapuchados entraron en la modesta tienda que regentaba su esposo. Sé que en el suelo de la tienda quedaron nueve casquillos «Parabellum». Sé que María Dolores ha dormido sola durante noventa y cinco

noches. Sé que no pudo soportar ni una más. Ahora duerme ya en paz, seguramente en las pacíficas manos de Dios, que estará curándole su última locura. ¿Dormirán los dos muchachos que aquel día empezaron a empujarla a esta muerte lenta de las noventa y cinco soledades?

Suele decirse que en todo atentado mueren dos personas: el asesinado y el asesino. Pero mueren más. Mueren también -en todo o en parte- todos los que amaban a la víctima. En ellos seguro que no piensan quienes oprimen el gatillo.

El amor es una cosa muy tierna y delicada. Y, si es auténtico, es mucho más importante que la vida. ¿O acaso queda vida cuando el amor se ha ido?

Hace ya muchos años vi en una emisión de la televisión francesa un rostro que aún no he olvidado. Era el de un pobre anciano que lloraba. La víspera, un grupo de gamberros había asesinado a palos a su mujer. Y el viejo explicaba que siempre la había querido -«¡cuarenta y siete años de amor!», gritaba-, pero muy especialmente desde hacía dos, al jubilarse. «Al dejar mi trabajo, me dediqué a quererla. Esa era mi ocupación, ese mi oficio. Mirarla. Escucharla. Acompañarla. ¡El mejor trabajo de mi vida!» Y ahora, que se la habían quitado, ¿a qué se dedicaría él? No pedía venganza, no quería que se castigara siquiera a los asesinos. Sólo quería que alguien le explicara a qué podía dedicarse ahora, vacío como estaba, ya sin otra tarea que esperar a la muerte. Vuelvo a ver hoy aquellos ojos cansados, inundados de lágrimas. Aquellos ojos que nunca olvidaré.

María Dolores no ha sabido ni esperar a la muerte. Sé, sí, que su suicidio ha sido una locura. Sé que allí seguían estando sus cuatro hijos y todas las esperanzas que se pueden alimentar a los cuarenta y siete años. Pero ¿qué se siente cuando, de pronto, nueve disparos siegan tantas horas de amor, cuando destrozan el equilibrio y la cordura y cuando -el hombre es así- se siente que es mucho más lo que se ha perdido que todo lo que queda?

Que inscriban el nombre de María Dolores entre los asesinados por el terrorismo. Que quede claro que ella no se arrojó por la terraza de su casa, sino que alguien fue empujándola durante tres meses escaleras arriba. Que cargue esta muerte sobre la conciencia de dos jóvenes que tienen y tendrán por toda la eternidad el alma encapuchado. Que encuentren, sí son capaces y dignos de ello, el perdón por su doble crimen, pero que les quede siempre clavado en su alma, como una espina, este amor que con sus balas destruyeron.

Sí, no exagero al llamar hija del diablo a la violencia. Es su primogénita, su predilecta, la más directamente salida de su corazón, el único invertido fruto de esa esterilidad que le es congénita al diablo. Hay males que producen, ya que no frutos, al menos ilusiones, sueños. Pero la violencia es hija estéril de la esterilidad, hija infecunda de la castración.

Yo no sé cómo será el infierno. Pero presiento que a esos dos mozalbetes encapuchados alguien les va a obligar a subir los seis pisos de la escalera de la casa de María Dolores, a tragar eternamente la angustia que ella llevaba en su corazón a experimentar en el suyo y

los feroces latidos del terror de la viuda, a oír durante noches y noches, y noches y noches, el golpear de un cuerpo contra el suelo, a no ver otra cosa durante toda la eternidad que ese rostro destrozado contra el cemento. Y a comprender, con la fría lucidez de lo eterno, que todo eso fue obra de sus manos.

37.- El hombre que había visto su entierro

Revolviendo una vieja carpeta de papeles encuentro el recorte de una revista italiana que guardé hace muchos años. En él responde Quasimodo, el gran poeta italiano, a una especie de consultorio literario. Y, concretamente, a una carta ingenua y conmovedora. Es de un joven electricista que escribe al poeta para pedirle que le anime a una gran aventura que proyecta: dejar su trabajo de electricista para seguir la «carrera» de poeta. «Es verdad -dice el joven- que mis padres, dos modestos obreros, me disuaden, pero pienso que lo hacen porque son viejos y no entienden a los jóvenes. Y, además, porque no han estudiado, y, para ellos, los poetas son unos desharrapados. Déme un consejo, profesor. Decida usted lo que será mi vida. Haga de mí un poeta o un obrero especializados Luego, la carta sigue con párrafos y párrafos que ponen por las nubes la función del poeta, celeste, soñadora, gloriosa. Tan distinta de esta vida suya de electricista, atado siempre a la tierra.

Supongo que no hace falta decir que Quasimodo contesta dando la razón a los padres del muchacho y diciéndole que los poetas no son hombres que caminan sobre las estrellas, sino seres curvados diariamente sobre la tarea terrestre. Explicándole que, lo primero, haga bien su trabajo y que ser un buen electricista no le impedirá en absoluto llegar a ser un gran poeta.

Espero que los lectores descubran que no estoy atacando las justas ambiciones, sino los sueños evasivos; que no critico el que alguien busque una profesión más realizadora -no digo más productiva-, sino el que alguien sustituya la realidad por la fantasía.

Quiero precisar bien esto porque demasiadas veces los curas hemos predicado una resignación que confundía el conformismo con la virtud. Y yo puedo aceptar esa resignación, que es aceptación serena del dolor y de los hechos, pero me repugna cualquier resignación que amortigüe las ansias de vivir y de mejorar. Dios no quiere anestesiar a los hombres. Le gustan los ardientes. Los que aspiran a más en sus almas y en el mundo. Los que no se resignan a la injusticia. Los que viven insatisfechos en un mundo insatisfactorio.

Me aterran, por ejemplo, aquellos versitos de Gabriel y Galán que alguna vez me pusieron como modelos y cristianísimos:

*Los que nazcan en cunas de paja,
que sufran sumisos,
porque Aquel que nació en un pesebre también tuvo frío.*

¿No se percibe que la pobreza voluntaria de Jesús se convierte así en defensa del clasismo forzoso social?

Tampoco puede convencerme, por la misma razón, ese consejo que --en un libro ascético moderno.- se da a un joven que aspiraba a puestos y tareas en los que esperaba realizarse y cumplir mejor: «Donde te han puesto, agradas a Dios.... y eso que venías pensando es claramente sugestión infernal.» ¿Por qué ha de ser sugestión infernal la más plena realización de un hombre? A Dios se le puede agradecer en todos los trabajos, pero yo creo que se le agrada dos veces si, a la vez que se cumple bien el trabajo que se tiene encomendado, se aspira a otro mejor en un mundo mejor. ¿Cómo va ser Dios un encadenador del hombre y del mundo? Yo creo que tienen razón quienes temen a la palabra resignación, porque casi siempre se convierte en una pura añagaza de los que quieren que el mundo no cambie para tener menos competidores en los altos puestos que ellos ocupan sin merecerlos. En este sentido tiene razón Balzac al afirmar que «la resignación es un suicidio cotidiano».

Contra lo que estoy es contra la gente que sustituye la realidad por los sueños. Contra la gente que ni hace bien el trabajo que tiene encomendado ni lucha por prepararse para otro mejor. Contra quienes tienen las manos en una tarea que no aman, mientras ponen la cabeza en sus sueños, sus cines, sus boleras. Contra quienes, soñando ser poetas, no son ni electricistas ni poetas.

Esta enfermedad del «bovarismo» -que Flaubert dibujó tan maravillosamente en sus novelas- está mucho más extendida de lo que se cree. Yo he conocido a un personaje ----:que realmente merecía ingresar en una obra literaria- que se sabía de memoria su entierro. Era ---es, porque vive- portero en una casa del centro de Madrid. Y ha conseguido la felicidad -o la evasión a Babia- superando la amargura de su existencia fracasada a base de vivir engolfado en sus sueños. Como no le gusta ni leer, ni pensar, ni oír música, ni luchar por los demás, usa, como morfina, el fantasco. Y, en sus horas de soledad, se pierde entre sus sueños. imagina cómo todo el barrio se conmoverá al saber que él ha muerto; sabe lo que dirá cada una de las personas del barrio, cómo todos le descubrirán después de muerto, cómo elogiarán su simpatía y su bondad; se sabe de memoria la homilía que el cura dirá en su funeral; ve cómo llorarán muchos durante su entierro y se imagina la iglesia llena para sus honras fúnebres. Sabe que entonces -al fin un día- él se convertirá en el centro de la atención de todo el barrio. Será protagonista de algo. Durante algunas horas será tan importante como si hubiera salido en televisión.

Les juro que esto que les cuento es real. Y me duele añadir que, mientras sueña, este hombre se olvida de vivir. Y que, seguramente, como, cuando fantaseaba, no amó a casi nadie, se morirá sin que nadie lo sienta y sin que su entierro tenga el aura gloriosa que él se inventa.

38.- La pedagogía de la Y

Siempre me ha maravillado la predilección que los españoles tenemos por la letra O. Me refiero, claro está, a la O disyuntiva, que nos obliga siempre a quedarnos con esto o con aquello, a encasillarnos aquí o allá. Un español que se precie tiene que elegir entre Joselito o Belmonte, optar entre el fútbol o los toros, sentir predilección por las derechas o por las izquierdas, gozar del verano o del invierno, preferir la carne o el pescado. ¿Y no podría uno elegir como norma de su vida la Y griega y apostar a la vez por Joselito y Belmonte, por el fútbol y los toros, por el otoño y la primavera, por un poco de las izquierdas y otro poco de las derechas o por ninguna de las dos, por un plato de pescado seguido por otro de carne o, tal vez, por un plato de huevos? Parece que no, que un buen español tiene que practicar a diario el disyuntivismo, el separatismo espiritual, o esa intransigencia, que alguien llegaría a llamar la «santa intransigencia», sintetizando así aquellos versitos que se cantan en una zarzuela (también, naturalmente, española:

El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera quien no piense
igual que pienso yo.

Sucede que a mí -que en este punto debo de ser muy poco patriota -me encanta esa Y griega. Y lo más gracioso es que esa predilección me viene de mis estudios de la teología católica, que dicen que es tan dogmatizadora.

Recuerdo que cuando estudié mis cursos teológicos me llamó muchísimo la atención la tendencia de nuestros dogmas a salvar muchos dilemas saltando por encima de ellos y montándose en la síntesis. Te preguntaban, por ejemplo, si Dios era uno o trino, si Cristo era Dios u hombre, si María fue virgen o madre, si los hombres se salvaban por su mérito propio o por pura gracia de Dios, y la lógica te respondía que tenías, en todos esos casos, que elegir una parte de cada uno de esos dilemas, ya que si fuese uno no podría ser trino, siendo virgen no podría ser madre, la naturaleza de Dios era distinta de la del hombre y el mérito era, diferente de la pura gracia. Pero luego venía la Revelación, que iba más allá que la lógica humana, y te explicaba que no había que elegir entre esos dilemas y que Dios podía ser uno y trino; María, virgen y madre a la vez; Cristo, Dios y hombre, y que la salvación venía del mérito y de la gracia a la vez y simultáneamente.

Este modo de plantear y discurrir me gustó. Porque yo había descubierto ya que, si bien hay cosas que son metafísicamente incasables, hay muchas otras que suponemos precipitadamente que son contradictorias, pero que son objetivamente compatibles y combinables.

A mí, por ejemplo, me había hecho sufrir mucho un letrado que -desde los tiempos de las guerras carlistas- había sobre el dintel de una casa de mi pueblo de niño. Decía allí. «Viva la ley de Cristo y muera la libertad.» Yo no entendía. ¿Por qué habrían de hacerme elegir entre la ley de Cristo y la libertad? A mí me enamoraban las dos. Y me parecía que la ley de Cristo era la mejor de todas las libertades y no podía oponerse a ninguna verdadera libertad.

Tampoco me había convencido nunca ese argumento de que, como dos y dos son cuatro y nunca tres y media, quienes «poseemos la verdad» debíamos ser intolerantes. En primer lugar, porque yo nunca me sentí poseedor de la verdad y sólo aspiro con todas mis fuerzas a ser poseído por ella. Y en segundo, porque, aunque es cierto que dos y dos nunca serán tres y media, también lo es que cuatro es el resultado de la suma de dos y dos, pero también de la suma de tres y una, de dos y media y una y media, de dos más una y una, y de cien mil operaciones que me demostraban que, aunque la verdad es una, se puede llegar a ella por cientos de caminos diferentes.

Por eso me ha gustado siempre más sumar que dividir, superar que elegir, compartir que encasillar. Cuando alguien me decía que había que trabajar con las manos y no con las rodillas, yo me preguntaba. ¿Y por qué no con las manos y con las rodillas? Cuando me pedían que optara entre el orden y la justicia, yo aseguraba que ni el uno existe sin la otra ni la segunda se consigue y mantiene sin el primero.

Cuando me preguntaban si yo prefería ser cristiano o ser moderno, gritaba que ambas tareas me enamoraban y que no estaba dispuesto a renunciar a ninguna de ellas.

Tal vez por eso tenía yo tanto cariño a Santa Teresa, que, en un siglo aún más divisor que el nuestro, supo ser partidaria de la oración y de la acción, de la interioridad y la extraversion, de la ascética y del humanismo, de la libertad y de la obediencia, del amor a Dios y el amor al mundo, de la crítica a los errores eclesiásticos y de la pasión por las cosas de la Iglesia. Sí; los hombres y los santos de la Y siempre me han entusiasmado.

Aún no puedo menos de reírme cuando me acuerdo de aquel profesor que yo tuve en mi seminario y que abominaba de todos los inventos modernos en nombre de su fe. Todos iban contra algún dogma. Tal vez por eso se murió sin dejar que le pusieran una sola inyección, ya que defendía que «si Dios hubiera querido que nos las pusiéramos, habría puesto el agujerito». Y como, afortunadamente, además de carca era simpático, añadía -y ustedes perdonarán el mal chiste- «que para lo que hizo falta ya lo puso».

39.- Los muebles ensabanados.

¿Se acuerdan ustedes de aquella obra de teatro de Grabam Greene que se titulaba *El cuarto de estar*, en la que todos los personajes vivían aterrados por el miedo a la muerte y, lo que es peor, también por el pánico a la vida? El anciano y tullido de espíritu, padre Jaime Browne, y las no menos viejas solteras Elena y Teresa, sus hermanas, no tienen otras pasiones que ese miedo a morir y esa fuga de todo lo que pueda significar vida o amor. Y han creado una casa que es ya hija de ese doble miedo: con el paso de los años han ido muriendo sus padres, sus otros hermanos, y los supervivientes han ido cerrando

habitaciones. En todo cuarto, en el que alguien muere, queda para siempre cerrada con llave y cerrojos la puerta y cuidadosamente cubiertos de sábanas los muebles. La muerte va así conquistando la casa, piso a piso, cuarto a cuarto, como en una guerra cuerpo a cuerpo. Los que siguen vivos se van viendo arrinconados, expulsados de sus pisos. Viven, en el momento en que Greene sitúa su obra, en pocas y absurdas habitaciones, mientras el resto de la gigantesca morada, que tuvo varios pisos, es ya sólo un inmenso guardamuebles, vacío y habitado sólo por el espantoso fantasma de la deshuesada.

Aquel escenario que Greene dibujaba -y en el que los muebles no encajan, porque se nota que han sido traídos de otras habitaciones y en el que la sala de estar conectaba directamente con un absurdo retrete- me pareció, hace muchos años, cuando vi la obra, el símbolo visible de montones de almas, de toda esa gente que tiene zonas enormes de su vida sin habitar y cuyos corazones no son otra cosa que roperos de muebles ensabanados.

Porque yo conozco a muchas personas que, con el paso de los años, se van recortando y cercenando el corazón.

Tuvieron un día esperanzas de llegar a ser algo en sus vidas, pero, tras los primeros fracasos, se replegaron hacia la amargura, dejaron que cicatrizara su decepción y clausuraron su depósito de esperanzas, como si ya jamás pudiera sacarse de él otra cosa que polvo. Sintieron después algo parecido al amor, se volcaron quizá hacia un hombre o hacia una mujer. Luego fracasó ese amor porque fueron rechazados o, lo que es peor, porque, tras el matrimonio, descubrieron que ese amor era menos apasionante de lo que ellos soñaron. Y nuevamente cerraron en su alma el piso del amor. Cubrieron con sábanas todo lo que pudiera significar una nueva ilusión y se sometieron a esa tristísima filosofía de los que piensan que, para no sufrir, no hay que amar, ya que se sufre siempre cuando se pierden las cosas queridas.

Más tarde esas personas cerraron el piso de sus amistades, después el piso del alma desde el que trabajaban; fueron así, lentamente, suicidándose, cercenándose rebanadas de alma, replegándose a las pocas habitaciones de su egoísmo, a los desvanes de su miedo.

Me impresionan esas almas, lo mismo que las casas deshabitadas hace años- las telarañas han comido los rincones, el polvo ha logrado penetrar bajo las sábanas, que daban a los muebles aspectos fantasmales; ya sólo falta que vengan las lluvias y los vientos y se lleven jirones de ventanas, para que la casa toda comience a oler a cementerio. Hay almas así, demasiadas; almas que, al abrirse, lanzan en torno suyo ese olor a moho de los armarios que nadie abrió durante años.

Esas almas no sólo es que se suiciden, es que matan las ilusiones de quienes se les acercan. En la obra de Greene ocurría algo terrible: a la casa de esos tres solterones, que creen que aman a Dios porque no aman a nadie de este mundo, llega un día Rosa, la sobrina pecadora que vive una turbulenta pasión por un hombre casado. Llega esta muchacha para pedir ayuda. Y esos tres solterones se asustan no tanto del pecado de su sobrina, sino, sobre todo, de que sea el suyo un pecado de amor, algo que no puede encajar en aquella casa de muerte y de muertos. Y Rosa, abandonada por los purísimos, acabará suicidándose en aquella única habitación que queda a los aterrados, que tendrían también que cerrar, para huir del recuerdo de la muerte allí ocurrida, de ese único cuarto de vivir en el que hasta ahora ¿vivían? ¿O simplemente se disecaban?

Sólo el suicidio de Rosa abrirá los ojos de esos tres muertos vivientes. Descubrirán que los muertos matan, que quienes viven sin amor, además de suicidarse, son venenosos para los demás. Porque no se puede, vivir en una casa de muertos y rodeados de seres que andan, se mueven, comen y hablan, pero tienen las almas disecadas.

El miedo no construye, fue la gran lección que yo aprendí en aquella obra. Es preferible equivocarse a disecarse. Es preferible el error a esa fuga permanente de todo lo que esté vivo. No se puede vivir esquivando la vida para poder esquivar mejor el dolor. El día que un alma se convierte en una casa en la que todas las esperanzas se han cerrado con llave, en la que la sonrisa se ha visto engualdrapada, en la que las manos se usan no ya para estrechar, sino para defenderse, en la que todo lo que la juventud ofreció no es ya otra cosa que una colección de muebles cubiertos de sábanas, ojalá quede al menos un poco de humildad para pedir a Dios que venga pronto.

¿O tal vez ... ? Sí, tal vez sea mejor decir que ojalá quede todavía ese último resquicio de lucidez que nos descubra que lo mismo que al olmo machadiano «herido por el rayo» pudo brotarle, a pesar de estar seco, una ramita verde, también podría aún, entre los muebles ensabanados, brotar «algún milagro de la primavera».

40.- La mano en el violín

Entre las muchas cartas con las que desconocidos y queridísimos amigos premian a diario mis artículos, me llega la de un muchacho de diecisiete años, que me plantea algo que para él es un gran problema y para mí una gran pasión: «¿Debe seguir -me pregunta- su vocación musical? ¿No será la música una tarea inútil en un mundo de hambres y de guerras? ¿Y acaso a Dios le es de alguna utilidad que él sea músico? » Me has tocado, amigo, en una de las fibras más sensibles de mi alma. Y aquí estoy respondiéndote sin poder evitarlo.

Para decirte, en primer lugar, que, por todos los santos, no entronices en tu alma la eficacia y la utilidad como diosas rectoras de tu vida. ¿Es que acaso sabemos nosotros cuándo somos realmente útiles y eficaces? ¿Tendría un cristiano que dejar su oración cuando no percibe sus frutos visibles? ¿No perderían sus vidas los monjes si sólo valiese la fabricación de pan contra el hambre? La eficacia o la utilidad pueden ser baremos a tener en cuenta, pero en los puestos quinto, séptimo o noveno. Muy anterior es la obligación de seguir la propia vocación o el aprecio de la obra bien hecha por el simple hecho de estar bien hecha.

Empieza, por tanto, por preguntarte si la música es para ti una vocación o un capricho. Si es lo segundo, no pierdas más tu tiempo en ella. Pero si surge de una verdadera llamada interior, si no podrías

vivir sin ella, si sientes que te llena el alma, que te empuja a vivir, que tocándola te sientes más vivo, más hombre, con más fuerza en el espíritu, sigue apasionadamente esas llamadas.

Piensa después que toda obra bien hecha es parte viva de la creación. ¿Acaso Dios al crear sólo hizo cosas útiles, fungibles, comestibles? Piensa en todas esas estrellas que probablemente nunca llegarán a ser, vistas por ningún ojo humano. Piensa en los millones de flores que nacerán en la selva y morirán sin que nadie las haya contemplado ni olido. La belleza, la existencia, cantan por sí mismas, alaban a Dios por el puro hecho de existir.

Esa es la última razón por la que hace días escribí en una de las páginas de este cuaderno que «a Dios se le puede agradar en todos los trabajos». Frase que me ha merecido la regañina de un lector, que me arguye que debí decir «en todos los trabajos... honestos», ya que, argumenta, seguramente los carteristas y los médicos abortistas no agradan mucho a Dios con su trabajo. ¡Pero hombre! ¿Y usted se atreve a manchar la palabra «trabajo» aplicándola a esos menesteres? Los carteristas roban, no trabajan. Los abortistas asesinan, no trabajan. Trabajar es construir, elevar el mundo, imitar la labor de Dios en su creación. Y añadir el adjetivo «honesto» al sustantivo trabajo es tan innecesario como colocar tras el vocablo «nieve» los epítetos fría y blanca.

Sí, toda obra bien hecha agrada a Dios. Le agrada doblemente si se eleva a El con fervoroso amor. Pero, incluso sin este amor expreso, le es grato todo lo que construye, como lo es una manzana bien redondeada o un agua transparente.

Pero es que, además de todo esto, pocas cosas son tan útiles y tan precristianas en sí mismas como la música. Yo, al menos, he de confesar que grandes zonas de mi alma fueron construidas por ella y que Mozart o Bach me han hecho, en cuanto hombre y en cuanto creyente, tanto bien como San Agustín o Santo Tomás. ¡Cuántas tardes me han devuelto la paz y el equilibrio! ¡Cuántas mañanas me han inyectado alegría para la jornada entera!

En un precioso folleto, que te recomiendo (*La música en la vida espiritual*, Ediciones Taurus), Federico Sopena ha explicado cómo «la vida espiritual auténtica es imposible sin un esfuerzo continuo de interioridad, de intimidad, sin el doloroso afán de vaciarse de las cosas, para, en el silencio del corazón, sólo encontrar la cercanía del corazón de Dios». Nada como la música ayuda a este silencio interior, nada facilita tanto la creación de un clima que, si no es ya él mismo oración, prepara al menos a ella.

Pero sobre todo la música es la puerta de la nostalgia del paraíso perdido y del cielo esperado. Romano Guardini, que tanto sabía de música, habló de «la melancolía como presentimiento de lo absoluto». Y muchos siglos antes, San Agustín definió a la música -¡asombrosamente bien!- como «la carne de la memoria», asegurándonos que apunta hacia una dimensión del futuro sin tiempo. Ella, como la poesía, tiene la función, decía Ridruejo, de «despertar nuestra, melancolía de dioses desterrados», de seres incompletos, de almas caminantes que no tienen aquí morada definitiva.

Cuando los Padres de la Iglesia identificaban el cielo con la música no estaban aludiendo a una orquesta de violines, estaban reconociendo en ella el signo de lo trascendente. Cuando San Agustín, después de decir que en el cielo nuestros cuerpos serán «inmortales, ardientes, amantes», añadía que arriba «nuestros cuerpos serán como música», estaba comprendiendo que ella es en este mundo lo único

inmortal, ardiente y amante que los hombres podemos producir. Y tenía razón Julien Green al definir el estado de gracia como un gran acorde. Porque eso será la vida eterna centrada en la nota-mayor del autor de la belleza.

No temas, pues, amigo mío, entregarte apasionadamente a tu música. Mientras tocas no te olvides de amar a los que te rodean, concluye a la vez tu carrera universitaria, cuida de que la música no te ciegue y te impida ver la miseria que te rodea y tiende a los demás tu mano muchas horas. Pero no temas nunca que sean perdidas las que pongas tus dedos en el arco de tu violín.

41 .- Un campeonato de cariño

Hace varias semanas conté en esta página algunas historias de mi casa de niño, y por lo que parece, interesaron a algunos. Vuelvo hoy con algunas otras, después de pedir perdón si hablo demasiado de mí mismo. Pero es que mi vida es la única que conozco, la sola de la que puedo hablar.

Porque yo fui -supongo que se nota- un niño afortunado. Mi casa nunca fue un paraíso de dinero, pero sí un amontonamiento de ternura. Recuerdo que el día que se murió mi madre y yo tuve el contrapeso serenante de poder decir la misa de funeral ante su querido cuerpo que comenzaba a enfriarse, pensé que debería hacer mi homilía como en tantos funerales de amigos. Mis hermanos me decían- «Pero ¿vas a atreverte?» Yo respondía: «Lo más que puede ocurrirme es que me eche a llorar. Supongo que nadie se escandalizarás No lloré. Logré contenerme. Y tuve la vertiginosa alegría de poder decir con verdad que, en los treinta y cinco años que había vivido con aquella mujer que enterrábamos, nunca conocí un solo día nublado en mi casa. Habíamos sufrido juntos a veces, sí. Las habíamos pasado estrechas en los años siguientes a la guerra, sobre todo cuando un incendio carbonizó nuestra casa y nos quedamos prácticamente en la calle. Pero nunca estalló la tormenta en el interior de nuestras paredes. Nunca vi reñir -fuera de alguna pequeña tontería- a mis padres. Jamás vi caras amargas en los que me rodearon de chaval. ¿Cómo no sacar de aquellos treinta y cinco años jugo suficiente para ser feliz ochenta, noventa, los que sean?

Sí; lo único de lo que estoy orgulloso es de mi gente. Porque en nuestra casa jugábamos un permanente campeonato de cariño, en el que ganábamos todos al pasarnos la vida obsesionados por cómo haríamos felices a los demás.

Había ocasiones en las que este campeonato subía a primera división. Sobre todo cuando faltaba Engracia, la chica -la criada, decíamos entonces- que vivía con nosotros desde siempre. En casa las tareas diarias eran de todos, pero lo eran más especialmente en el mes de vacaciones de Engracia. Entonces estallaba la competición de mis hermanas, que luchaban como descosidas para ver quién trabajaba más (he dicho más, no crea, señor linotipista, que es un error). Si bajaba Angelines a hacer la compra, Crucita aprovechaba su ausencia para hacer todas las camas. Luego había que oír las quejas de

Angelines porque le había quitado lo que era obligación suya. Y, para vengarse, aprovechaba la ausencia de Crucita para limpiar ella todos los dorados.

Era gracioso verlas a las dos agarradas a la escoba, pegándose porque las dos querían barrer. «Hijas -decía mi madre-, lo único por lo que siento la ausencia de Engracia son estos jaleos. Callaos, me volveréis loca.» Pero yo sé que a mi madre le gustaba tener que enfadarse por eso.

Recuerdo que una vez compró mi madre a mis dos hermanas dos vestidos iguales, que sólo se diferenciaban en los colores. Echaron a suertes para elegir, y allí tenías tú a Angelines, favorecida por la suerte, preguntándose no qué color le gustaba a ella, sino cuál prefería Crucita. Si Angelines prefería el naranja, pensaba que a su hermana tenía que gustarle el mismo. Y elegía, naturalmente, el amarillo. Más tarde se enteraba de que a Crucita le habría gustado más el amarillo y había que proceder al cambio de vestidos.

Pero lo mejor era lo del fregoteo nocturno. Si alguna vez se prolongaba la conversación después de la cena, mi madre decía: «Ahora dejamos los cacharros en el fregadero y ya se fregará mañana.» Todas estaban de acuerdo y nos acostábamos. Pero, a los veinte minutos, cuando las tres pensaban que las otras dos estaban ya dormidas, se levantaban todas sigilosamente, mi madre y mis hermanas, y, en camisón y de puntillas, como si fueran a cometer un delito, se dirigían a la cocina para fregar los platos. ¡Y allí coincidían las tres, sorprendidas y felices! O se sentían muy avergonzadas las dos que comprobaban que otra se les había adelantado.

Dios mío, cuántas veces he llegado a mi casa para encontrarme helados deshelados, que nadie había comido para reservármelos a mí que era el pequeño! Y menuda tragedia cuando Crucita hizo aquella promesa de no comer helados en un mes. ¿Quién se atrevía a comer- los mientras ella miraba? «Hija, guapa -decía mi madre-, en el futuro haz mortificaciones que no mortifiquen a los demás.»

Sí, se vivía bien en aquel mundo. Más tarde, muchas veces he sufrido cruelmente al descubrir que el mundo no era el campeonato de cariño que a mí me enseñaron durante mis primeros años. He tenido que ir descubriendo y digiriendo -en otros y en mí- el egoísmo que en mi casa era mínimo. Me sorprendí muchísimo al enterarme de que en el mundo se mentía. Y aún no he terminado de resignarme a la idea de que haya matrimonios que se odien, o con el odio grande, o con ese otro, aún más grande, del desamor y la frialdad.

Pero sigue sobrenadando la certeza de que aquello que yo viví no es imposible. Y la sospecha vehemente de que en el mundo hay muchos millones de familias en las que se juega el mismo campeonato de amor que nosotros vivíamos.

Por eso, siempre que caso a alguna pareja, pido para ellos que se quieran como se quisieron mis padres. Y lo pido porque deseo que sus hijos sean tan felices como yo he sido y soy.

42.- Me he sacado una espina

Hoy voy a confesarme con ustedes. Y a contarles que acabo de sacarme del corazón una espina que llevaba ahí clavada desde hace ocho años. Verán. Una tarde --que no he podido olvidar- vino a verme un amigo que acababa de publicar un libro que yo había semileído con dolor porque en él se discutían ideas para mí muy queridas. Yo no estaba de acuerdo con los planteamientos y conclusiones de mi amigo, pero sí con el amor radical que había en su fondo. Mas aquella tarde reaccioné como un cretino.

Venía él tan feliz como siempre lo está un autor con sus libros recién aparecidos. Y yo, sin aludir siquiera a las muchas cosas del libro con las que coincidía, le eché encima el jarro de agua fría de mis discrepancias. Y lo peor es que las expresé desabrida y cruelmente, bien rociadas de vinagre. Me gustaría pensar que porque estaba aquel día muy cansado, pero temo que fuera más bien un turbio ramalazo de intransigencia.

Lo cierto es que al regresar a mi casa me sentía enfurecido y avergonzado de mí mismo, con la sensación de haber hecho daño a un amigo y de haberlo hecho injustamente. Debía -pensé- pedirle de algún modo perdón. Pero supongo que, en parte por orgullo y en parte porque realmente parecía un poco ridículo escribir sólo para eso, decidí esperar una ocasión «que se prestase» y fui dejándolo y dejándolo.

Pasaron los meses y los meses, y cada vez que saltaba el nombre de mi amigo en los periódicos sentía yo la espina clavada dentro de mí y renovaba mi propósito de escribirle. Pero siempre encontraba disculpas para irlo dejando.

Afortunadamente la espina siguió dentro, Y hace un par de semanas la ocasión se puso calva y encontré la manera de decirle cuán avergonzado me seguía sintiendo de aquella vieja tarde.

¿Y saben? También él tenía dentro aquel viejo dolor. Y también él nevaba ocho años esperando que Regara mi carta de reconciliación. No saben ustedes lo bien que me siento ahora que me he sacado esa espina. Y, a juzgar por el tono de su carta, me parece que también mi amigo se siente mejor ahora que me ha perdonado. Porque yo no sé qué será más hermoso, si perdonar o experimentar el perdón. Sobre todo cuando se hace con la natural sencillez con que mi amigo lo ha hecho conmigo.

Lo que más me ha gustado siempre del Dios del Evangelio es su infinita capacidad de perdón y el que lo haga -acuérdense de la parábola del hijo pródigo, con una tal alegría que parece que, más que perdonarnos, fuera él quien recibiera el regalo.

No hace mucho ese gran humorista cristiano que es José Luis Cortés dibujaba una viñeta en la que un angelillo le preguntaba a Dios: «Y tú, que nunca duermes, que vives desde la eternidad, ¿no te aburres? ¿Qué haces todo el tiempo?». A lo que el Dios benévolo y barbudo respondía: «Yo... perdono.» ¡Exacto! El oficio de Dios es perdonar. La tarea de Dios es comprender, guiñar un ojo a las tonterías que hacemos sus hijos y abrazarnos como si nada hubiera pasado, siempre que encuentre, claro, una pizca de amor en sus tontuelos.

Por eso yo nunca he entendido que haya curas que riñan en los confesionarios. Jesús sólo reñía a un tipo de pecadores a los hipócritas. Para los demás tenía cien toneladas de cariño por cada gramo de reproche. Me parece que los curas en el confesionario representamos no a un Dios leguleyo y vengativo, sino a un Dios paternal. Y ya se sabe cómo juzgan los padres. Claro que yo comprendo que un cura tenga

derecho, si le duele el estómago, a tener mal café. Pero no creo que el mejor sitio para echarlo sea precisamente en la cabeza de los penitentes.

Sobre todo, siendo como es tan bonito el oficio de representantes del perdón. Me gustaría poder contar cuánto me han ayudado a mí algunos penitentes; cómo sus lágrimas sinceras no sólo les limpiaban a ellos, sino también a mí; cómo en ningún sitio he aprendido tanta fraternidad como en el confesonario al redescubrir que yo necesitaba tanto perdón como el que, a través de mis manos, pasaba. Y tengo que confesar que si me duele el que los católicos hayan bajado en su aprecio de la penitencia no es, en absoluto, porque yo crea que, a través de ese sacramento, mantuviera la Iglesia el control de las conciencias, sino porque creo que renunciar a la hermosura de ser perdonados unos hombres a través de otros hombres es un empobrecimiento de la humanidad.

Recuerdo que en mis años de intransigencia y puritanismo juvenil yo no lograba digerir aquella frase del Evangelio en la que se cuenta que en el cielo hay más alegría por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que perseveran. Me parecía injusto. No entendía esas preferencias de Dios. Más tarde descubrí la ironía con que Jesús usaba esa palabra «justos» refiriéndose a «los que se creen justos». Porque, en rigor, la humanidad no se divide en justos y pecadores, sino en pecadores que se reconocen como tales y en pecadores que se creen justos. Tenía razón aquel escritor que decía: «Yo no conozco el corazón de un bandido, pero conozco el de alguien que se cree justo -el mías--, y os aseguro que es horrible.» Sólo desde un gran orgullo puede subirse uno en la tarima de creerse bueno. O des- de una gran ceguera.

A mí, naturalmente, me gustaría ser águila. De momento me siento a gusto siendo una gallina más en el gallinero de la humanidad. Y esperando que un día -probablemente sólo después de mi muerte- me enseñarán a volar.

43.- El milagro del gitano

Después de siete años de estudio un equipo de médicos de Lourdes ha concluido que la curación del osteosarcoma que padecía Delizia Cirlli es «científicamente inexplicables. La Iglesia, que aún es más lenta que los médicos, tal vez tarde catorce o setenta años en usar la palabra «milagro».

No la usaré yo tampoco referida al osteosarcoma. Pero sí referida al corazón humano, en el que, con frecuencia, se producen milagros mucho mayores que en los brazos, piernas, ojos o parálisis que pudieran curarse.

Y es que, en la historia de Delizia en Lourdes, lo más importante ocurrió en su corazón. Era en 1975 una niña de once años que acudió, desde su Sicilia natal, a Lourdes más por la voluntad de sus padres que por la propia, ya que la pequeña desconocía completamente qué enfermedad era aquella que encadenaba su pierna y le impedía jugar. Nunca había oído la palabra «osteosarcoma», y sólo mucho más tarde sabría que es un cáncer. Por eso fue a Lourdes como a una excursión más. Y allí ni siquiera se acordó de pedirle a la Virgen su curación.

-Yo veía -ha dicho a un periodista francés- a tanta gente enferma allí, que me hubiera parecido ridículo rezar por mí misma.

-¿Y no rezaste pidiendo tu curación? -ha insistido el entrevistador.

-No -responde con candidez la ahora adolescente ; yo pedí por otros.

Y la «curación científicamente inexplicables llegó a quien no la pedía, a esta muchacha que ahora viene durante todas sus vacaciones a trabajar de enfermera en Lourdes para ayudar a todos esos enfermos que lo necesitan más que ella. Porque el milagro, mucho antes que en su pierna, había ocurrido ya en su corazón.

Esta historia, que leo hoy en un diario francés, me evoca otra que tengo yo almacenada en mi memoria desde hace veintiún años. Exactamente desde el 19 de julio de 1961. Ese día coincidí en Lourdes con una peregrinación internacional de gitanos. Y he olvidado ya sus vestidos y sus danzas. Pero no los ojos de aquel anciano con el que hablé cuando caía la tarde. Desde la camilla en la que se moría a cachos, víctima de un cáncer de intestino, me confesó que tampoco él había pedido su curación. «Al ver -me dijo- en la explanada a un grupo de chiquillos con parálisis pensé que su milagro era más urgente que el mío. Ellos no habían vivido aún; yo sí, demasiado. Y los milagros han de guardar turno, han de ser justos. -Por eso he pedido que pusieran mi milagro en la cola y resolvieran primero de los chavales.»

Yo siempre he creído que el verdadero milagro es el amor. Y me asombra muchísimo cuando oigo a la gente decir que ya no hay milagros en este mundo. ¡Yo encuentro tantos cada día! Montañas y montañas de gentes que se quieren, hombres que luchan y se sacrifican por sus mujeres, personas que ayudan a desconocidos y desaparecen después de haber ayudado, mujeres que lloran porque creen que han perdido la fe, muchachos que luchan y vencen sus pasiones. ¡No habría en el mundo entero comités suficientes de médicos para investigar tantos prodigios invisibles!

Y si yo no estuviera ya convencido de esta radiante realidad, me bastaría el correo de estos días para convencerme. Es curioso: cuando todos mis amigos se preguntan si el viaje del Papa habrá dejado frutos entre los españoles o si todo habrá acabado como el estallido de unos fuegos artificiales, llegan a mis manos pruebas evidentes de esos frutos de los que muchos dudan. Ayer me llegaba la carta de un empresario vasco que regenta desde hace años una modesta fábrica -treinta empleados solamente- y que está en estos momentos con el agua al cuello. Había decidido suspender pagos, porque materialmente la empresa no resistía más. Y ha cambiado de idea ante las palabras del Papa en Montjuich animando a los empresarios a no buscar soluciones cómodas y más rentables en esta hora de crisis- ha decidido seguir y arruinarse si es necesario porque cree que, aunque su ruina es probable, la de las treinta familias que dejaría en la calle sería segura. Aguantará, seguirá, tal vez todos se salven.

Hoy recibo una larga carta-confesión de una madre soltera por cuya cabeza rondaba desde hacía semanas la idea del aborto. Ya no lo hará. Las palabras del Papa en la Castellana le hicieron temblar. Y descubrió que todas las vergüenzas y dificultades del mundo valen menos que la vida de su hijo.

También hoy recibo el escrito de un muchacho de veintinueve años que hace varios se sentía perseguido por una vocación sacerdotal a la que no acababa de entregarse. Vio la ordenación sacerdotal de Valencia y me pregunta adónde debe acudir para seguir esa llamada.

Tres historias que, por casualidad, han caído en mi mesa. ¿Cuántos millares de milagros como éstos se estarán produciendo en el país?

Yo sé muy bien que los hombres podemos hacernos daño los unos a los otros sólo con mover un dedo. Pero sé también que podemos ayudarnos sólo con sonreír. Fíjense: han pasado veintiún años y aún sigue floreciendo en mi alma la lección de amor que en 1961 me dio un viejo gitano.

44.- Elogio de la tía

Una lectora de esta página me «riñe» porque en uno de mis artículos usé la palabra «solterona». Y tendría toda la razón para reñirme si yo no distinguiera muy bien a las solteras de las solteronas. Pero sé de sobra que ni todas las solteras son solteronas ni, incluso, hay solteronas sólo dentro de la soltería (y pongan ustedes en todos los casos el equivalente masculino). He pensado siempre que el solterón y la solterona son al soltero y a la soltera lo que la purpurina es a la plata.

Yo tengo, como es lógico, un gran respeto a la soltería, aunque sólo fuera por la razón de que también yo me siento en ella. Pero los que a mí me gustan son los «solteros con causa» y no los «solteros por vicio». O por amargura. Tengo hacia el matrimonio no sólo un gran aprecio, sino incluso una enorme admiración hacia quienes lo viven en serio, pero no creo que sea el único camino de realización humana. Y jamás pensaré que uno tenga que ser, por fuerza, o casado o fracasado; o esposa o amargada.

Concretamente voy a decir hoy que la institución de «la tía» me parece uno de los mejores inventos de la naturaleza. Tanto que no entiendo muy bien por qué Cristo no fabricó un octavo sacramento para subrayar y santificar su magnífica función en el mundo. ¡Cuántas familias conozco que fueron salvadas por tías generosas y magníficas!

Recuerdo, por ejemplo, aquella tía Rosa que tanto me impresionó en mi infancia y que lo era de mi amigo Manolo y sus cinco hermanos e, indirectamente, de toda la pandilla de nuestro curso. Tardé mucho tiempo en saber que no era su madre natural, porque en lo que al cariño y la entrega se refiere era muy parecida a mi madre, con lo que eso de «tía Rosa» más me parecía un mote cariñoso que una definición genealógica.

Mucho más tarde conocí que la tía Rosa se había hecho cargo de mis seis amigos y de su padre cuando una leucemia arrebató a su joven madre y esposa. Entonces la tía Rosa, que estudiaba Medicina en Madrid y tenía un novio con el que estaba a punto de casarse, abandonó todo para encargarse de aquella patulea y de su cuñado solitario. Dejó su vida, dejó sus esperanzas, puso de lado su amor y se entregó a otro amor menos personal y más sacrificado.

Y recuerdo que había en aquella mujer algo que me desconcertaba de niño: una extraña mezcla de cariño y antipatía. Se volcaba en atender a sus hijos-sobrinos, pero dejaba siempre en el fondo una especie de distancia, algo que a mí me parecía sequedad, que hacía que se la amase siempre con reparos.

Yo comencé a pensar que aquella tiesura era un resto de amargura; creí que su sacrificio era tan grande que no lograba disimular que era un sacrificio. En algún momento hasta llegué a tener compasión de ella y a juzgarla una solterona amargada.

Tuvieron que pasar muchos años y tuve que ser yo ya sacerdote para que un día me confesase que era exactamente al contrario: que era sincera a la hora de querer y hacía de actriz al mantener la distancia. Porque -me explicó ella- «una tía debe suplir a una madre, pero nunca sustituirlas. Ella debía conseguir que a mis amigos no les faltase nada de este mundo, pero que no olvidaran nunca que les faltaba la madre que ya no estaba en él. Y mantenía una cierta huraña para que «sus sobrinos no la quisieran demasiados.

Me escalofrió este enorme planteamiento. Descubrí que la tía Rosa tenía miedo a que, sobre todo los pequeños, Regaran un día a que- rerla tanto que olvidasen a la muerta. Y se entregó a aquella especie de doble comedia en la que, al mismo tiempo, mantenía el fuego sagrado del amor en la casa, pero dirigía las mejores llamas hacia la ausente. Quería ser «una suplente» y, lo mismo que los boxeadores han de practicar el arte de golpear sin ser golpeados, ella cuidaba de amar sin ser amada demasiado.

Yo aprendí mucho de aquella mujer, porque precisamente como sacerdote sé muy bien que nosotros hemos de vivir esa misma comedia: transmitir a la gente el amor de Cristo, cuidando mucho de que la gente dirija su amor hacia el mensaje y no hacia el mensajero, hacia el Cristo a quien representamos y no a nosotros como curas y simples testigos.

No olvidaré nunca aquella escena de una novela de Bernanos en la que el sacerdote que consigue llegar al corazón de una mujer y cuando ella, arrepentida de sus pecados, le dice: «A usted me entrego», responde. «¿A mí? Es como si echara usted una moneda en una mano agujereada.» Un sacerdote, lo entendí entonces, es exactamente una mano agujereada en la que importa mucho más el agujero que la mano, de modo que las monedas de amor o arrepentimiento que al- guien nos entrega caigan siempre a las otras manos de Dios que hay bajo las nuestras.

Amar así, sin preocuparse demasiado del agradecimiento, no es fácil. A veces casi imposible. Tanto que, a poco que uno se descuide, termina por convertirse en un verdadero solterón, Porque hay, efectivamente, «curas solterones» y «tías solteronas» que pronto se con- vierten en caricaturas del amor.

Me impresionó aquello de Aristóteles: «El hombre solitario es una bestia o un Dios.» Y resulta más fácil llegar a convertirse en bestia que en pequeños dioses.

45.- Hay estrellas

La niña no debía de haber cumplido los tres años. Y era la primera vez que la llevábamos al pueblo de los abuelos. Era aquello un mundo nuevo para ella. veía por primera vez un corral con gallinas, se asombraba ante la nariz olisqueante de los conejos, miraba con temerosa admiración el nerviosismo de las mulas en la cuadra. Y cuando parecía concluida la hora de los asombros y, caída la noche, comenzamos a cenar, llegó de pronto la pequeña con los ojos multiplicados por el entusiasmo y comenzó a tirar de la manga de su madre, mi hermana, sin decir otra cosa que un imperante: « ¡Ven, ven, ven! » Mi hermana se dejó arrastrar hasta el patio y allí vio cómo la niña levantaba su manita hacia el cielo y, desde la cima de la oratoria, decía una sola palabra: «¡Mira!»

La niña acababa de descubrir las estrellas y, muda como estaba por la maravilla, resumía todo su entusiasmo en aquella admiración, como si acabara de mostrar con su dedito las joyas del tesoro de la Reina de Inglaterra. «¡Mira!» Estaba dicho todo. Arriba ardía la pedrería de un cielo milagroso y estrellado que ya sólo puede verse algunos días de verano en los pueblos de Castilla.

Condenada a vivir en las ciudades y a acostarse a horas infantiles, la pequeña ignoraba la belleza del cielo y ahora lo mostraba como un milagro que nunca antes de ella hubiera conocido hombre alguno.

Yo no sé muy bien cuál es la razón científica por la que en las grandes ciudades vemos tan pocas estrellas. Pero me temo que, aunque se vieran, tampoco las contemplaríamos, ya que parece que hemos perdido la costumbre de levantar nuestras cabezas, abonados como estamos a ver sólo autobuses y escaparates y esas estrellas falsísimas que son los tubos de neón. Y no hay peores ciegos que los que ya no saben ver.

Pienso todas estas cosas mientras, en el tren, leo unas prosas de León Felipe en las que grita: «El hombre camina más allá de sus gusanos y de la dialéctica materialística. Hay estrellas lejanas.»

Y me pregunto: ¿Camina... o debería caminar? Temo que lo segundo. Temo que los hombres de nuestra civilización estemos tan acostumbrados a ver tierra y comer tierra que hayamos perdido ya hasta la posibilidad de tener ilusiones. Me gusta la explicación que da León Felipe de la locura de Don Quijote: como no podía aceptar el sucio mundo que le rodeaba, decidía no verlo como era, sino como debía ser. Y en aquella venta miserable, que gobernaba un posadero grosero y ladrón y regían unas prostitutas descaradas, veía él un castillo maravilloso gobernado por un hospitalario caballero y regido por unas hermosísimas doncellas. Y si alguien le abría los ojos hacia la realidad, él oponía que la verdadera realidad era la que él imaginaba, y que esa otra aparente realidad era sólo apariencia falseada por un mal encantador que trataba de ensuciarlo y entenebrecerlo todo. El mundo no era como era porque «no podía ser como era».

Me temo que a la locura por exceso de Don Quijote opongamos nosotros otra cordura por exceso que nos hace ver el mundo más negro de lo que es, hasta el punto de que nosotros tampoco lo veamos como es, sino «como tememos que llegue a ser». Esta transmutación «hacia mal» o «hacia peor» no nos la hace ningún maligno encantador como a Don Quijote, sino ese triste desencantador que todos llevamos dentro.

«No vemos con los ojos, sino a través de los ojos», decía Ortega. Y con razón. Cuando se mira la realidad a través de los ojos con un alma triste, toda la mirada y todo lo mirado se contagia de esa tristeza vísceras que es tan típica del hombre contemporáneo. Todo, en cambio, se vuelve más claro para quien contempla desde un alma luminosa y a través de unos ojos limpios. Y donde algunos, al levantar la vista, sólo ven pronósticos de que lloverá mañana, ven otros un cielo tachonado de estrellas, algo mucho más allá de nuestros gusanos y nuestras ambiciones de barro.

Pienso que tal vez la última clave del impacto de Juan Pablo II en nuestra sociedad ha estado precisamente en el anuncio y la predicación de unos valores de los que apenas se habla nunca y que están más allá de estos valores de tierra por los que peleamos como perros por un hueso. Era hora de que alguien hablase del amor como algo posible y realizable y que no encadenase el concepto de libertad a la estrecha visión de la obligación de soportarnos los unos a los otros.

Yo recuerdo siempre lo que a mí me entusiasmaba oír hablar a Juan XXIII del cielo y de los santos. Porque no hablaba de ellos como de una fámula y como de unos seres mitológicos, sino como de una casa en la que él ya hubiera estado y como de unos antiguos compañeros de escuela.

Me gustaría a mí saber hablar así de esa cuarta dimensión que es el espíritu y de todas esas zonas del alma que tenemos sin usar.

Recuerdo ahora aquella película de Vittorio de Sica en la que se sorteaba un pollo asado, y al tocarle a un pobre, éste no se atrevía llevárselo a la boca, convencido como estaba de que aquello no podía ser verdad, de que aquel pollo que tenía en las manos debía ser forzosamente un espejismo y que volaría en cuanto acercase sus dientes.

Algo así, me parece, nos ocurre a los hombres con la alegría. Estamos tan acostumbrados a la estrechez del mundo y sus valores, que no nos entra en la cabeza que haya nada perdurable. No nos atrevemos a creer en ellos porque estamos previamente convencidos de que no pueden ser otra cosa que un sueño. Y, sin embargo, existen. Y, sin embargo, hay estrellas. Bastaría con levantar la cabeza para verlas.

46.- Los calumniadores del cielo

Creo que no voy a olvidar nunca aquel sermón de misa del gallo. Me ocurrió hace ya muchos años, cuando yo era capellán de un colegio de niñas. Aquella noche, después de la cena, fui a la capilla un rato antes de la hora prevista para la misa, y mientras me preparaba para celebrarla, llegaban hasta mis oídos las canciones que las niñas, agrupadas en torno a una guitarra, tarareaban después del jolgorio de la cena navideña. Cantaban alegre e ingenuamente, mezclando canciones religiosas y tonadas de moda. Y, de pronto, llegó a mis oídos la letra de una antigua balada que había puesto de moda aquel año Atahualpa Yupanki. La letra decía:

Que Dios se acuerde del pobre,
puede que si, puede que no;
pero es seguro que almuerza
a la mesa del patrón.

Sentí como un latigazo en mis carnes. Y, de pronto, percibí cómo volaba de mi cabeza todo el sermón que había preparado y surgía, vertiginosa, la tremenda homilía que minutos después predicaría. Creo que lloré al decirla y que lloraron también las niñas al escucharla. No las reñí por cantar aquello. Pero sí les grité que aquello era una enorme mentira y una terrible verdad.

Una enorme mentira porque nosotros sabíamos bien que la única vez que Dios comió en carne viva en este mundo no lo hizo precisamente en las mesas de los patrones. Aquella noche era el gran testimonio. Nació en una gruta. Temblé de frío. Había elegido la más dramática pobreza. Se había acordado tanto de los pobres que nació cómo ellos, peor que la mayor parte de ellos.

Pero aquello era también una terrible verdad, porque el Dios que nosotros predicábamos y vivíamos era precisamente ese Dios que se olvida de los pobres y que muy poco tiene que ver con el Niño de Belén.

Yo sé que los indios peruanos que compusieron esa canción veían a Dios representado por unos misioneros y unos obispos que eran, tal vez, muy pobres en sus vidas, pero que cuando iban a predicar a sus aldeas residían en la casa del rico, hablaban y pensaban con lenguaje de ricos, situaban al patrón en el primer banco de sus iglesias. Y lo mismo habría sucedido si esa canción la hubieran compuesto los pobres campesinos de cualquier país del mundo. ¿Cómo podían ellos entender que quizá Dios no almorzaba en las mismas mesas que sus representantes?

Éramos, sí, nosotros los calumniadores de Dios, más que sus predicadores. Éramos sus falsificadores, no sus propagandistas.

Pero ¿sólo los curas? Cada vez que llega la Navidad me pregunto qué pensaría de Cristo un indio, un asiático o africano que nunca hubiera oído su nombre y que llegara a nuestras ciudades las vísperas de Navidad. ¿Podría entender qué fiesta celebrábamos y en honor de quién nos reuníamos? ¿No se imaginaría que eran el pavo, el turrón o el champaña los protagonistas de la jornada? ¿Cómo entenderían que nuestras calles iluminadas, nuestros comercios rebosantes de compradores, nuestras mesas refulgentes, tengan algo que ver con la pobreza de la gruta de Belén? ¿Acaso no se preguntarían cómo podemos celebrar con un crescendo del egoísmo y del despilfarro lo que fue un estallido de la generosidad de Dios hacia nosotros?

No estoy criticando -Dios me libre- la alegría navideña, el sueño esperanzado de los niños, los abrazos familiares, la mesa jubilosa, las casas iluminadas.]Pero sí estoy diciendo que cuando una cena navideña tiene abundancia pero no amor, se convierte en una simple comilona. Estoy diciendo que cuando un regalo se queda en puro deslumbramiento, pero es desposeído del cariño que significa, se vuelve simple ostentación. Sí estoy diciendo que una familia que va a la misa del gallo tras una cena en la que al abuelo se le ha hecho cenar solo en su cuarto porque el pobre está un poco pelma y el año pasado en la cena hizo tres tonterías, esa familia es simplemente una colección de farsantes.

La alegría de los niños el día de Reyes me parece algo sagrado y yo temblaría antes de recortarla. Pero me pregunto si un país con dos millones de parados podrá permitirse el lujo de gastar sólo en

juguets esos 25.000 millones de pesetas que nos gastamos el año pasado, sobre todo si se piensa que el 90 por 100 de esos juguetes no

llegarán sanos al último día de enero. Lo mismo que me pregunto si es lógico que un cotillón de fin de año pueda costar el doble de la pensión mensual que cobran varios millones de ancianos españoles.

Algo no funciona en una civilización que ha convertido la Navidad en los días de la locura gastronómica. Y no puedo menos de entristecerme pensando que los Reyes Magos que llevaron a Belén sus ofrendas de oro, incienso y mirra tendrían que venir trayendo, a quienes hoy celebramos pantagruélicamente esa fiesta, un bote de bicarbonato. Para que digiramos, además del pavo, el olvido de la pobreza que Belén significa.

47.- El hombre que mendigaba cuartos de hora

La llegada del fin de año me devuelve, una vez más, la vieja angustia del tiempo perdido. Pienso que uno de los errores de nuestra naturaleza humana es el de habernos hecho giratoria la cabeza. ¿No hubiera sido mejor fabricárnosla rígida, acartonado, incapaz de mirar hacia atrás?

La giro hoy y pienso en el año 82 que se ha ido. Que se ha ido ya para siempre. Todo lo que yo pude amar y no amé en ese año, ya nadie nunca lo amará jamás. Yo podré esforzarme por amar en el 83. Pero será ya otro amor. Ni Dios, con toda su omnipotencia, puede llenar ya de vida los millones de horas malgastados por la humanidad.

¡ Cielos, qué basurero! . Dicen que uno de los mayores problemas futuros de la humanidad es el de los residuos. Que nos hemos convertido en una comunidad de despilfarro, que cada hombre arroja al año no sé cuántos botes vacíos de coca-cola o cerveza, no sé cuántos kilos de botellas o latas. Un día, dicen los científicos, el mundo entero será un inmenso almacén de excrementos,

Pero yo hablo de otro tipo de residuos. de los cientos de miles de millones de horas perdidas por la humanidad. Si los ángeles recolectasen en enormes cestas los pecados de la humanidad y en gigantescos cuévanos las horas malgastadas, seguro que los cuévanos eran infinitamente más grandes que las cestas. Porque probablemente el mayor. de los pecados de la humanidad sea esa interminable siesta que todos dormimos: horas estériles, tiempos entregados a ocupaciones idiotas, desiertos mentales en los que la mente vagó por el país de los sueños inexistentes, siglos enteros entregados en manos de la modorra. Lo he dicho ya muchas veces en esta página: pienso que a Dios deben de preocuparle mucho menos los errores que los hombres puedan cometer al luchar que el que caigan en el error de no luchar.

Por eso he vuelto a recordar en este fin de año a mi viejo amigo Nikós Kazantzaki. Supongo que ustedes habrán tenido la fortuna de leer alguna de las obras de este remolino de vitalidad. Kazantzaki era el fuego vivo, un ser nacido con el hormiguillo de la pasión, alguien que vivió tenso como un arco.

Y recuerdo cómo me impresionó esa su milagrosa (¡y terrible!) *Carta al Greco*, escrita a los setenta y cuatro años, como un testamento. Como hubiera sido el testamento de un volcán. La muerte le pisaba ya los talones. Y descubría que le quedaban muchas cosas por decir. ¿Llegaría antes la muerte a sus huesos que él a la palabra «fin»? Clamaba a Dios: «¡Un poco de tiempo más para terminar la obra! ¡Después, la muerte será bien venida!» Pero la sentía avanzar por su piel y sus miembros y peleaba con su muerte calle por calle, casa por casa.

Y un día escribió aquella frase que aún me persigue: «Tengo ganas de bajar a la esquina, extender la mano y mendigar, a los que pasan- 'Por favor, dadme un cuarto de hora'.»

Hace tiempo me hacen temblar estas dos líneas. Y más el hecho de que el propio Kazantzaki hubiera hecho el cálculo de que, si cada griego le hubiera regalado un cuarto de hora, él habría tenido ¡trescientos años! para concluir su obra. ¿Y cuántos cuartos de hora perdemos los humanos en nonadas? ¿Cuántos cuartos de hora cada día? Veo el mundo lleno de rumiantes que desguazan sus horas, que dicen «vamos tirando» y no logran enterarse de que lo que tiran son sus propias vidas. Pirandello lo dijo: «Mientras os estáis ahí, tiosos y dormidos, de aquí, de las mangas, se os desliza, se os escurre como una serpiente algo que no advertís: la vida.»

Parece que cada hombre pasa durmiendo dormido veinticinco años de vida. Y durmiendo despierto otros veinticinco. ¿Y nos quejaremos de que la vida es corta?

Pienso que sólo en este campo le es lícito al hombre ser avaro. Deberíamos contar nuestras horas como contamos nuestro sueldo, calibrando los minutos como monedas de alma, estirándolos, escatimando, sintiendo que cada uno de ellos que se va, o nos hemos enriquecido en él o lo hemos malgastado. Tiene el hombre tan pocos años para leer, para amar, para sonreír, para sentirse vivo, que resulta incomprendible cómo podemos invertir tantos en deglutir películas americanas, en cazar musarañas, en hacer crucigramas, en esperar la muerte.

Cuando pienso en el infierno nunca me lo imagino como fuego, sino como esterilidad; no como una concentración de pecadores, sino de adormilados; no como vida ardiente, sino como una suma de piedras aburridas. ¿Exageré al escribir una vez en un poema sobre el infierno que «es tan triste su muerte que parece esta vida»? ¿No será el infierno simplemente la prolongación de esa gran siesta con que se cloroformizan los humanos?

Habría que vivirse de punta a punta, avaramente, mendigándonos a nosotros mismos cuartos de hora, aterrados de que la mayor parte del tiempo que nos dieron de vida vaya a parar a ese gigantesco basurero de las horas perdidas que tiene que haber en alguna parte del universo. Me parece que ahora entiendo por qué hay tantas estrellas y planetas inhabitados. Tal vez son almacenes de muerte. De nuestra muerte. De las horas que cada uno de nosotros asesina a diario.

48.- El desmadre y el despadre

Acabo de leer una apasionante conferencia en la que Carlos Castro Cubels se pregunta cuál es la última razón por la que las multitudes rodean con tanto entusiasmo a Juan Pablo II en sus viajes. Y aporta una respuesta extraordinariamente sugerente. Porque puede que, efectivamente, aparte de las muchas razones de fe, de simpatía, de curiosidad, ese clamor de las multitudes en torno al Pontífice sea «el grito de nostalgia por un padre perdido, por una referencia firme y segura para orientar nuestra vida».

Son ya muchos los pensadores que han señalado como uno de los dramas mayores de nuestra civilización «la muerte del padre». La escala de valores paternas que durante siglos sirvió de última referencia, de respaldo vital, a muchas generaciones parece haber hoy desaparecido. Ni los jóvenes creen en sus padres ni tienen muchos padres el coraje de serio en plenitud. Parece que una generación hubiera sido devorada y que fuera cierto aquello que escribió el padre Lomhardi de que «hoy los padres son en realidad abuelos de sus propios hijos».

Esta teoría admite, como es lógico, infinitas excepciones, pero yo me temo que sea, en su conjunto, válida. Y que esa falta del padre o esa minusvaloración de los padres sea una de las grandes causas de esa enorme soledad que tantos viven en el mundo. Se tiene a veces la impresión de que viviéramos en una sociedad de huérfanos y de que los hombres reaccionaran con actitudes muy típicas de aquellos que perdieron a su padre en la primera infancia.

Yo creo tener una buena experiencia de este fenómeno. He sido durante muchos años capellán de un colegio de niñas huérfanas de padre y en todas ellas he percibido esa sensación de naufragio, una inestabilidad psicológica, que las obligaba a caminar por el mundo en búsqueda constante de personas o cosas en las que apoyarse.

A mí me resultaba difícilísimo hablar de Dios a estas niñas. Yo siempre he entendido a Dios bajo la figura de; Padre, del gran padre al que los de la tierra de lejos imitan. Y me ocurría que, apenas empezaba a hablar de este Dios paternal preocupado por los hombres nunca faltaba alguna pequeña a la que se le saltaban las lágrimas. Porque la orfandad es algo mucho más que un tema para melodramas ingleses.

Pues bien: se diría que el mundo moderno fuese un gran hospicio. Incluso es cierto -como dice humorísticamente el mismo Carlos Castro- que «si en el mundo hay hoy un gran desmadre es porque antes ha habido un gran despadre».

Lo ha habido también en la Iglesia. Me temo que muchos sacerdotes hayan cambiado -con buena voluntad, pero también con grave ingenuidad- la función paternal, que es la propia del sacerdocio, por una función de simples compañeros, que es muy hermosa, pero no está en la entraña de su misión.

Tal vez por eso precisamente atrae tanto la figura de Juan Pablo II, que, efectivamente, resume en su persona todas las características esenciales de la paternidad. una figura extraordinariamente masculina (se ha dicho de él que es el primer Papa contemporáneo que tiene sexo, dicho sea con todo respeto), una profunda impresión de energía y responsabilidad, una carga confortadora de certeza, un hondo sentido de su misión pastoral, una garantía de que cree aquello que dice y de que está dispuesto a entregar su vida por el servicio a eso que cree.

Cuando se dice que el hombre no ama la libertad sino las órdenes claras, pienso que se está diciendo media verdad. La gente no ama la dictadura, pero tampoco ama la confusión de la libertad con las vacilaciones. En el amor al padre no hay simple afán de seguridades y miedo a la aventura. Hay algo más sólido: hay el reconocimiento de que el hombre tiene mucho que ver con sus propias raíces y la sabiduría de que normalmente un hombre se realizará verdaderamente tanto mejor cuanto más fiel sea a ellas.

Pienso que en el mundo moderno hay ya un gran cansancio de una libertad ingenua que ha terminado por mostrarse no como libertad, sino como desarraigo, como orfandad. Y esa nostalgia de una tierra firme no me parece que sea forzosamente conservadurismo o miedo al crecimiento.

Yo sé bien que ciertas formas de ser padre caían antiguamente en un autoritarismo opresor de los hijos. Pero me temo que hoy hayamos basculado hacia el extremo opuesto y que muchos padres hayan abdicado de su función en nombre de una supuesta libertad que permitirá vivir más cómodamente a sus hijos. Pero también más huérfanos. Porque no sólo se es huérfano cuando un padre se ha muerto, sino también cuando el padre se convierte en un señor que da caprichos y dinero únicamente a sus hijos.

Antes o después esos huérfanos-con-padre se irán a buscar cualquier ideología, cualquier profesor o cualquier amigote que les haga de padre, porque la necesidad de ese «horizonte de referencia seguro» es algo que el ser humano lleva en sus entrañas. Yo me temo que muchas irreligiosidades y muchas angustias contemporáneas provengan precisamente de ese «despadre», de esa orfandad «por renuncia» o «por cobardía» que tanto ha crecido en el mundo. Y ya crea la muerte bastantes orfandades en la tierra para que los hombres añadamos otras por comodidad o por un mal entendido respeto a la libertad.

49.- Los ojos eran verdes

En casa de mí amigo Carlos han vivido esta semana una muy curiosa tragicomedia. La cosa empezó cuando, a media tarde, mientras mi amigo, encerrado en su despacho, ponía al día los muchos papeles atrasados, entró su hijo Carlitos, el pequeño, y le espetó:

-Papá, ¿de qué color son los ojos de mamá?

Carlos tardó en reaccionar unos cuantos seguidos. Y al final tartamudeó:

-¿Qué -has dicho?

-Que de qué color son los ojos de mamá. Es que nos han pedido en el cole una redacción sobre cómo es nuestra madre, y el color del pelo me lo sé, pero el de los ojos...

El niño miraba a su padre con la exigencia de un inspector de impuestos. Y Carlos comprendió que no podía responder a una pregunta tan elemental. ¿Eran pardos? ¿O verdes? ¿O aceituna? Se dio cuenta de que hacía muchos años se «sabía» de memoria los ojos de su novia, pero que ahora, tras veintidós años de casado, los había olvidado. Los veía todos los días, a todas las horas, pero ya no sabía su color.

El problema creció cuando ambos comprobaron que Rosa, la hija mayor, tampoco lo sabía. Y lo ignoraba Ignacio, el segundo. Y Angelines, la tercera. Y los cinco sentían cómo dentro de ellos crecía una enorme vergüenza por ignorar algo tan de cajón.

Por eso cuando Elisa regresó de la compra -¡Verde! ¡Verde! ¡Verde!- no entendía nada al ver que los cinco de la casa contemplaban su rostro como si tuviera pintados monos en la cara. Y descubrían --o redescubrían- que los ojos de su madre y su esposa eran infinitamente más bonitos de lo que ellos imaginaban.

Me gustaría hacer esta pregunta a todos mis lectores. Eso. Cierren ustedes los ojos y pregúntense de qué color son los de su ser más querido. ¿Verdes? ¿Pardos? ¿Azabache? ¿Azules? ¿Aceituna?

Los hombres vivimos en la rutina, amordazados por ella. Anestesiados. Podemos estar junto a la novena maravilla del mundo sin enterarnos sólo con que llevemos a su lado. los años suficientes para haberla olvidado.

Yo he tenido siempre mucha compasión hacia quienes tienen que vivir junto a un milagro artístico. Por ejemplo, hacia la gente que vive frente a la catedral de Burgos o junto al templo de la Sagrada Familia en Barcelona. Han nacido a su sombra, han jugado a sus pies; ya jamás alzan hacia esos milagros los ojos. Se asombran, incluso, de los rostros de los turistas alucinados que por primera vez los contemplan. Porque ver una cosa un millón de veces no aguza la vista, sino que se convierte en ceguera.

Supongo que por ese desaguadero de la rutina perdemos la mitad de los gozos de la vida. Somos --como dice el refrán castellano- como esos tordos de campanario, que ya no se espantan de los golpes del badajo, o como los pasteleros, que terminan por aborrecer el sabor de los dulces.

La costumbre -me parece- es algo que no está mal inventado. Es duro vivir en carne viva y nos la han puesto como una piel para soportar las heridas de la realidad. No podríamos vivir si fuéramos del todo conscientes de tanta violencia como hay en el mundo o de tanta belleza como late en la vida de cada uno de nosotros. «La costumbre -decía Becket- es una gran sordina.» Gracias a ella olvidamos o ponemos entre paréntesis la idea de que un día moriremos o la de que el tiempo se nos va como arena entre las manos. Y así vamos llenándonos de pequeñas costumbres que son como terrones de azúcar que nos diera un gran domador. Balzac contaba que «muchos suicidas se han detenido en el umbral de la muerte ante el solo recuerdo del café donde todas las tardes van a jugar su partida de dominó».

Pero sí la costumbre nos mitiga el miedo a morir, también nos roba buena parte del placer de vivir. Nos levantamos, trabajamos, sudamos, vemos el cacharro que llamamos televisión, nos acostamos. ¿Vivimos? Al fin la vida se nos vuelve un simple tejido de costumbres. Costumbres que, incluso, siguen viviendo cuando han muerto las razones por las que surgieron.

Un amigo mío, alcalde de una gran ciudad, se preguntó hace años con asombro qué hacía un determinado guardia que vigilaba a diario un determinado jardín. ¿Había en él problemas de moral pública que debían evitarse? ¿Era aquel jardín lugar de cita de rufianes? Investigando descubriría mi amigo que hacía siete años habían ordenado que un guardia vigilase aquel jardín, en el que habían pintado recientemente todos los bancos, para evitar que la gente se untara en ellos. Y siete años después, cuando los bancos no sólo se habían secado, sino que hasta habían perdido su pintura..., allí seguía aquel guardia a diario ya no se sabía para qué.

Las costumbres nos encadenan, nos empobrecen. Yo me he preguntado muchas veces qué sentiría Adán el día que vio morir la primera flor o al llegar la primera noche de la historia; qué experimentó la primera mujer el día que le dijeron que había que enterrar a su primer hijo muerto. ¡Ah, si todos los hombres fuéramos Adanes que viviéramos todas las cosas como si acabaran de surgir recién nacidas! Nosotros creemos vivir, pero «remasticamos la vida de los muertos», que decía Pirandello; damos vueltas y más vueltas al lenguaje que nos dieron ya gastado y a las costumbres que elaboraron nuestros abuelos y nos legaron como vestidos prefabricados, a su medida y no a la nuestra.

Habría que vivir siempre como si acabásemos de nacer. Vivir en el asombro, como seres recién estrenados. Sólo entonces gozaríamos ante el milagro del sabor de la naranja, de la belleza de ese paisaje que, ante nuestra casa, ya ni contemplamos. Sólo entonces - saborearíamos la maravilla de los ojos verdes de nuestro ser más querido.

50. Casi omnipotente

¿Vieron ustedes el concierto para violín de Tchaikowski que tocó Itzhak Pelman? Para mí ha sido una de las horas más altas de las últimas semanas. En primer lugar, por la maravilla de una interpretación en la que no sabías qué admirar más, si la técnica del músico o la pasión interior del artista. Pero, sobre todo, por algo que, al final del concierto, me emocionaría hasta casi las lágrimas. Verán.

Era la primera vez en mi vida que oía tocar a Pelman, y comencé a verle en el mismo momento en que el concierto comenzaba. Pronto me llamó la atención el comprobar que este artista tocaba casi tanto con el violín como con los ojos y los gestos. Porque hay artistas en los que la procesión va por dentro (mientras su rostro está seco como un bacalao) y otros cuya mirada, cuyos tics, dejan ver la pasión interior con que tocan. Pelman era de estos últimos, pero había en su rostro algo extraño: tenían sus gestos algo

anormal, algo que no llegaba a resultar risible, pero sí, cuando menos, desconcertante. Como si hubiera algo en sus músculos faciales que le impidiera moverlos con normalidad. Tal vez, pensé, sean los nervios típicos de muchos violinistas. Pero sólo al concluir el concierto entendí toda la razón. Porque yo no sabía que Itzhak Pelman era poliomielítico.

Mientras el público estallaba en aplausos le vi incorporarse dolorosamente, mal sostenido por sus dos muletas, mientras sus compañeros le recogían el violín, porque él necesitaba sus dos manos para ponerse de pie. Desde ese momento ya no eran dos las causas de mi admiración -su técnica y la belleza de su arte-, sino que a ellas se añadía una tercera, tal vez mayor.- su coraje.

Quiero ahora imaginarme la tremenda lucha que consigo mismo habrá tenido que mantener el violinista. Dominar las cadenas de su cuerpo y, sobre todo, los desalientos de su alma. Años y años. Hasta convertirse en el milagroso artista que hoy es.

Y mucho más que un artista. Porque su violín, además de belleza, ofrece la prueba de que el hombre es omnipotente. Casi omnipotente.

Yo he tenido siempre un respeto sagrado a los enfermos, a los minusválidos, a cuantos han nacido maniatados por la Naturaleza. Pero más que respeto es asombro y admiración lo que siento por aquellos que logran superar esa amargura y cuyo coraje es más fuerte que su enfermedad.

Decía Pascal que el hombre es una caña. A mí me parece más bien una barra de acero que, si está sostenida por un alma entera, jamás será doblada por la adversidad.

Claro que hace falta mucho coraje para ello. Hay demasiada gente que se dedica a mendigar compasión, a pedir que los demás les presten muletas, cuando sólo su voluntad podría curarles. Aunque, ¿cómo pedir a los enfermos más de lo que hacemos los sanos? Lo malo es que un sano mediocre puede ir tirando. Un enfermo mediocre se hunde. Ellos necesitan el doble coraje que nosotros. ¡Pero qué grandes cuando lo consiguen!

A mí siempre me maravillaba mucho el que Jesús, antes de curar al paralítico, le preguntara: «¿Quieres curarte?» Se diría que es una cuestión tonta. ¿Cómo no va a querer curarse? Y, sin embargo, lo cierto es que hay quienes se acurrucan en su enfermedad o en su trauma y terminan por acariciarla como a un perro querido. Enarbolar el alma, querer curarse es, nace parece, la mejor de las medicinas. Y, aunque parezca absurdo, no la más usada.

Hay desgraciadamente en el mundo demasiadas personas que se dedican a lamer sus propias llagas, en lugar de ponerse en pie a pesar de ellas. O gracias a ellas. Gentes que se escudan detrás de la mala suerte o de las dificultades de la vida. Pero a mí me parece que la verdadera mala suerte es la de los que no usan su alma entera.

Dicen los científicos que el hombre sólo usa el diez por ciento de su cerebro. Lo peor es que también usamos sólo el diez por ciento de nuestra voluntad. Un hombre valiente levanta el inundo con sus manos. O consigue, cuando menos, encontrar felicidad suficiente, aun estando aplastado por el mundo. ¿De veras hay alguien que crea que la felicidad depende de lo bien que le salen a uno las cosas? ¿Es que los más ricos, los más listos, los más guapos, los más sanos, son los más felices?

Sí, sí, ya sé que sin un mínimo de dinero, de salud o de inteligencia es casi imposible la felicidad. Pero sé también que el dinero o la inteligencia pueden multiplicar por dos la felicidad, mientras que

el coraje puede multiplicarla por diez. No hay mejor lotería que las ganas de vivir.

Euclides pedía un punto de apoyo, con el que se sentía capaz de levantar en vilo al mundo. Pues bien, ese punto de apoyo existe. y es la voluntad del hombre.

51.- Sardinias con chocolate.

yo sé muy bien que si comenzara este artículo diciendo que las angustias que en muchos hogares se están pasando ahora tienen la contrapartida positiva de que los niños se habituarán a conocer en su infancia la aspereza del mundo, alguien saldría en seguida llamándome salvaje. ¿Cómo va a ser bueno que los pequeños lo pasen mal en sus primeros años?

Y, sin embargo, ustedes me van a permitir que escriba que durante años pasados yo siempre tenía compasión de todos esos niños que jamás podían tener esperanzas porque sus padres les concedían todo antes incluso de que lo esperasen. Esos chiquillos a los que ya no se sabía qué juguete comprarles porque los tenían todos. Esos diossecillos a quienes jamás se negaba un capricho. Esos pequeños, educados como plátanos, o como cajones en los que se transporta una cristalería que pudiera quebrarse al primer golpe. Muchas veces me pregunté qué sería de ellos el día que llegaran las primeras estrecheces, educados como estaban en una total incapacidad de dolor. Por- que ¿hay alguien que crea que el dolor no llegará antes o después?

Yo he hablado muchas veces en esta página de mi infancia feliz. Pero no me gustaría que ustedes confundieran felicidad con facilidad o alegría con falta de asperezas. Eso, en la familia de un modesto funcionario como era mi padre y en la España de los años cuarenta, hubiera sido un absoluto imposible. El gran don de mis padres no fue, en realidad, impedir que yo sufriera, sino lograr que mis ganas de vivir fueran siempre superiores a mis problemas y que yo aprendiera, ya desde pequeño, a colocar el dolor en su debido y secundario sitio, sobre todo porque siempre supe que no me encontraría solo a la hora de sufrir y que siempre contaría con más motivos de gozo que de amargura.

A veces, cuando recuerdo ciertas escenas de mi infancia, me asombra el que yo las -tomara tan deportiva y alegremente; que jamás logran amargarme; que yo encontrara, incluso, en ellas más motivos para superarme que para acompletejarme.

Recuerdo, por ejemplo, el hambre y el frío que pasamos en mi seminario. Si yo fuera ahora un «escritor de gafas negras» podría escribir sobre aquellos años una novela de Dickens. Algunos que vivieron situaciones muy parecidas a las mías han escrito feroces libros sobre sus maestros y sus centros de estudio. Yo tengo, naturalmente, algunos recuerdos negros, pero creo que mentiría si dijera que el conjunto de mis profesores fueron «domines Cabra» o enemigos de mi alegría. El seminario distaba objetivamente de ser un paraíso. Pero ¿cómo negar que, para mí, lo fue o que, al menos, sobreabundó la alegría?

Tomábamos a juerza nuestros sabañones, aquel espantoso frío que pasábamos. El seminario de Astorga, con sus paredes de dos metros y la temperatura de una ciudad a muchos metros de altura, era literalmente una nevera. Recuerdo que, durante los inviernos, teníamos que lavarnos todos los días

después de romper la capa de hielo que había en nuestros jarrones de agua, ya que allí ni el agua corriente ni la calefacción se conocían.

Y ¿qué decir del hambre? Hoy tengo veneración por aquel mayordomo que debía encontrar cada día ---en aquellos años de racionamiento y escasez de todo-- comida para cuatrocientos estudiantes. Lo que conseguía era bazofia. Pero a nosotros nos sabía a ambrosía celestial.

Recuerdo aún la cara de mi madre la mañana en que me preguntó qué había desayunado. «Sardinas con chocolate», respondí yo. «¿Qué has dicho?» Yo le expliqué que al chocolate con agua y treinta gramos de pan que nos daban cada mañana (Astorga es la ciudad del chocolate) le habían añadido una sardina en aceite para cada uno, ya que alguien había regalado al seminario unos cientos de latas y con ellas reforzaban aquel único desayuno que nos debía mantener desde las ocho de la mañana hasta la comida de las dos. ¿Qué hacíamos nosotros entonces? Lo tomábamos a juerza y metíamos las sardinas en el chocolate haciendo apuestas sobre cuánto tardaría en resbalar el chocolate sobre la piel aceitosa de la sardina. Con lo que nos alimentábamos poco, pero nos reíamos muchísimo.

Pero ya he dicho que lo mejor era saber que uno nunca sufriría solo. Yo hice externo los tres primeros años seminarísticos y recuerdo que teníamos la misa de cada mañana a las seis y media, con lo que el chavalín de diez años que yo era debía enfrentarme cada día con el gélido frío de las seis de la mañana astorgana. Y como allí nevaba un día sí y otro también, me tocaba a mí estrenar casi todos los días la sábana nevada de mi calle.

Mas mi madre no soportaba que yo me fuera solo a esas horas por las calles y me acompañaba -yendo ella a misa de seis- hasta una iglesia cercana al seminario.

Recuerdo que salíamos los dos, bien envueltos en bufandas, y mi madre entonces me decía: «Tú pon los pies donde yo pise. Así tendrás menos frío.» Y así íbamos poniendo yo mi bota donde ella había puesto sus zapatos y dejando a los menos madrugadores la tarea de resolver la incógnita de quién habría hecho aquella extraña huella con tachuelas de bota de niño y tacón de mujer. Hoy yo sé que el hecho de que mi madre pisase antes no quitaba ni un átomo de frío a mis pies. Pero mi corazón se calentaba con aquella absurda y maravillosa idea de mi madre.

Tal vez por eso, aún hoy, cuando camino por la vida, sigo sin- tiendo que alguien pisa delante de mí, me va quitando el frío de este mundo; tal vez por eso nunca he estado solo.

52. La gran pregunta

Hay -creo- una gran pregunta que todo hombre debe responder para poder asegurar que tiene los pies puestos sobre la tierra; una pregunta que, al menos a mí, me ha torturado desde hace ya cuarenta años. La pregunta es la de si el hombre es bueno o malo, o -más sencillamente- lo que pensamos de la humanidad o, si se prefiere, de la gente.

Es ésta una cuestión que tiene, probablemente, tantas respuestas como personas hay en el mundo. Pero de ellas depende, en gran parte, nuestra postura ante la vida.

Me empuja a pensar todo esto un libro recientemente publicado -*33 viajes alrededor del yo*, por José Carol-, en el que 33 personalidades del mundo de la cultura responden a una cadena de preguntas, una de las cuales es: «¿Qué opinión le merece la gente?»

Como era de prever, las respuestas optimistas escasean. Sólo son cuatro. La gente es «inmejorable», según Augusto Assía; es «buena, con reservas», para Enrique Guitard; Amando de Miguel opina que «hay pocas personas malas, y que casi todas son interesantes», y Jaime Salom afirma que tiene «gran amor a la gente en general y a las personas que le rodean en particular».

Son muchas más las respuestas pesimistas y se subdividen en varios grupos. Las amargas: la opinión que de la gente tiene Carlos Barral es «pésima», Gironella tiene «en general mala opinión, ya que los instintos continúan prevaleciendo sobre la razón y los buenos sentimientos». A Carmen Kurtz «en general la gente le aterrera». Y Buero Vallejo tiene de la gente «una opinión no buena», si bien añade que «con confortables excepciones».

Hay después un segundo grupo que adopta ante la gente posturas despectivo-compasivas. Para Pérez de Tudela, el problema de la gente es que es «como unos pocos quieren que sea». La gente, en rigor, es para él «veleidosa y gregaria. Es gente». Pablo Serrano asegura que «abunda más la pobre gente». José María Subirachs la encuentra «bastante mediocre».

Pero tal vez el grupo más común es el que distingue entre «la gente» y tal o cual persona, para ofrecer una visión negativa de la multitud y otra más positiva de los individuos. Miguel Delibes asegura que su opinión sobre los hombres «uno a uno es buena. En multitud, deplorables. Mingote asegura que «la gente le parece lamentable. Luego están Fulano, Mengano y Zutano, que ya son otra cosa». Casi lo mismo repite Montsalvatge- «En grupo, la multitud me molesta. Individualmente tiendo a considerar de un modo favorable a las personas.» Algo más sarcástica es la respuesta de Paco Umbral: su opinión de la gente es, «en general, mala; en particular, buena. Aunque a veces es al contrario. Mercedes Salisachs pertenece también a este grupo, aun cuando añade formas religiosas de sublimación- «La gente es una masa ambigua compuesta de personas a las que uno llega a querer cuando no olvidamos que son hijos de Dios.» Y Juan Perucho dice lo mismo con una nueva carga conmovedora: «Generalmente, la gente me molesta. A veces, cuando me fijo en ellos, me inunda una imprevisible piedad, vasta y angustiosa.»

Creo que en las respuestas que he transcrito hay un abundante material de análisis y meditación, y que esas frases casi describen más a sus autores que a la misma realidad que tratan de valorar.

Si yo me miro a mí mismo he de responder que, a lo largo de mi vida, he ido cambiando constantemente de visión de las personas que me rodean, de la gente.

De pequeño, todo el mundo me parecía bueno. Había algunas excepciones -la borracha que vivía en la esquina de mi calle, los niños que rompían bombillas y escaparates-, pero eran mínimas y rarísimas.

En mi adolescencia me fui al otro extremo: el mundo era una montaña de maldad, los hombres éramos pura podredumbre. Recuerdo que por aquellas fechas escribí un poema en el que un verso decía «que tan sólo me perdono el ser hombre porque Cristo lo ha sido». Es decir, sólo la humanidad de Cristo me reconciliaba con la condición humana.

Más tarde, cura joven ya, pasé a hacer esa distinción entre la gente en general y las personas en particular. Recuerdo que en una de mis novelas se pintaba a un cura --que en esto era un reflejo mío personalísimo- que era muy duro y exigente cuando hablaba en el púlpito, pero que se volvía todo piedad y comprensión cuando, en el confesonario, se encontraba con personas y pecadores concretos.

Después pensé que ésta era una distinción hermosa y bastante cómoda. Pero insuficiente, porque la multitud no era sino una suma de personas, y yo tendría que amar a la gente si amaba a los hombres uno a uno. Si como multitud los descalificaba, era porque yo no sabía ver, en la suma total, la verdad de cada uno de ellos.

Por eso pasé a la visión compasiva de los hombres. Recuerdo que un personaje mío teatral aseguraba que «los hombres no son buenos, pero tampoco malos; son simplemente un poco tontos». Este «tontos» era más compasivo que despectivo. Porque yo veía entonces a la humanidad como un gran grupo de niños que se ensucian jugando.

Hoy creo que, poco a poco, va avanzando en mí la visión luminosa y positiva de la humanidad. Creo, efectivamente, que en el mundo hay bien y mal, pero que sobreabunda el bien, aunque a veces el mal se vea más, sólo porque es más chillón. Lo mismo que creo que los hombres hacemos el mal más por torpeza, por inconsciencia, por precipitación, que por simple maldad. A veces me llevo desencantos y coscorriones cuando trato con la gente. Pero sigo creyendo que es preferible llevarse una desilusión al mes por haber confiado en la gente que pasarse la vida a la defensiva por creer que uno está rodeado de monstruos.

53. El incendio

Los hombres, ¿son buenos o malos? En este cuadernillo de apuntes quedaba la semana pasada planteada esta pregunta. Y dicho que a mí ese problema me había asediado desde hace ya cuarenta años. Tal vez alguien pensó que cuarenta años eran demasiados, que ya serían menos, que no es lógico que al crío de doce años que yo era por entonces esa pregunta le asediara. Y, sin embargo, es cierto. Porque en casi todas las infancias hay un día que parte en dos nuestras vidas, aunque sólo nos demos cuenta de ello mucho más tarde. Para mí ese día fue el 16 de marzo de 1943, el día que se incendió mi casa.

Hacia sólo mes y medio que había entrado yo interno en el seminario de Astorga cuando, una mañana, según bajábamos a la tempranísima misa, un compañero me dijo- «Esta noche ha habido fuego cerca de

tu casa.» Yo reaccioné con el típico egoísmo de los niños-. cerca de mi casa no era mi casa. Y apenas dediqué unos segundos a preguntarme dónde podría haber sido el incendio.

Horas más tarde, cuando, después del desayuno, entrábamos en el salón de estudio, me encontré a la puerta del mismo al rector del seminario. «Me han dicho ---dijo- que ha habido esta noche fuego, no sé si en tu casa o en alguna vecina. ¿Por qué no subes al piso de arriba y lo ves?» Y es que desde el último piso del seminario, se veía perfectamente la parte posterior de mi casa, sólo a unos cien metros.

Me dejó subir solo. Yo tenía doce años. Era débil y tímido. Hoy me vuelvo a ver subiendo aquellas escaleras, con el temblor ya en el corazón, como si presintiera lo que iba a ver, lo que venía alejando de mí desde que me lo anunciara aquel compañero.

Vi mi casa convertida en un montón de escombros. La galería vuelta una pavesa. Las vigas desmochadas. Un hueco negro gritando en la mañana.

Yo estaba solo. Con mis doce años aplastados. Con los ojos extraviados, a los que se negaban a subir las caritativas lágrimas, temblando. ¿Cuánto tiempo estuve allí mirando hipnotizado? No lo sé. Sé que un buen rato más tarde alguien llegó hasta mis espaldas (más tarde supe que era el padre espiritual) y que dos voces femeninas llegaron desde la calle a mis oídos. «Mis hermanas», grité. El que había llegado se asomó a la ventana -yo era muy pequeño, no llegaba al alféizar- y me dijo que sí, que venían dos chicas con los abrigos rojo y azul. «Sí, mis hermanas», dije. Y corrí escaleras abajo.

El rector estaba aún en el mismo pasillo. «Sí, era mi casa», le dije antes de que me preguntara. Y añadí. «Y ahí están mis hermanas.» No recuerdo que el rector hiciera un solo gesto de compasión. Sé que me dijo: «Vete al estudio y ya te llamarán.» Lo hice. Me derribé sobre el pupitre, llorando al fin. Acababa de darme cuenta de que no sabía si mis padres estarían vivos.

Mientras tanto, mis hermanas habían llegado a la portería del seminario y el portero -que era un buenazo y me quería mucho- les dijo ingenuamente: «¿Para qué vais a darle un disgusto al niño? El no se va a enterar. Mejor es que le dejéis tranquilos Tal vez él, subconscientemente, estaba dándose cuenta de que aquella «no era hora de visitas». Y yo me quedé en el estudio esperando aquella llamada que nunca llegaría.

Tuve tres clases aquella mañana y la llamada no llegó. Yo percibía que todos los profesores me miraban de un modo compasivo, pero ni a preguntar me atrevía. Sólo a través de los externos iba sabiendo, a retazos, parte de lo ocurrido, mezclado con mil rumores catastrofistas como los que siempre surgen en cualquier suceso en una pequeña ciudad.

Sólo a mediodía, cuando vino a verme mi hermano, supe que la catástrofe había sido absoluta para mi familia, pero que todos los de casa estaban bien. No tenían ni ropa que ponerse -porque habían huido a medianoche en pijamas y camisones--, no sabían dónde podrían dormir, pero todos estaban sanos, unidos y valientes.

En cuanto a mí, creo que aquella mañana crecí muchos años. Y la cabeza se me llenó de preguntas. ¿Por qué aquel rector no se tomó la mínima molestia de comprobar si había sido mi casa la incendiada?

¿Por qué me envió a mí a verlo con mis ojos? ¿Por qué no me acompañó hasta el piso de arriba? ¿Por qué no se preocupó de si yo habría llegado a ver a mis hermanas? ¿Por qué no me cogió de la mano y me llevó a ver a mis padres, cuando mi casa no estaba ni trescientos metros?

Son preguntas a las que entonces no encontré respuesta. ¿Acaso aquel rector me odiaba? ¿Era una mala persona? No. No. Tengo de él otros recuerdos positivos. Pienso sencillamente que no supo ponerse en mi alma. Que se trataba de un hombre insensible y que jamás pudo imaginarse que cuarenta años después aún me sangraría a mí el alma por aquella herida. Creo que le venció el afán reglamentista. Quiso tal vez endurecerme, hacerme capaz de soportar el dolor. Lo hizo posiblemente con fines educativos. Hoy no guardo hacia él rencor alguno. Sólo una ancha compasión.

¿Por qué cuento todo esto? Porque estoy convencido de que de cada cien errores humanos, noventa y cinco los cometemos por falta de atención, no por maldad. Los hombres somos más tontos que pecadores, más mediocres que malvados. Y hacemos casi siempre el mal por inadvertencia. Aunque como consecuencia un niño viera golpeada su infancia y se quedara allí, paralizado, viendo el esqueleto de su casa convertido en carbones y se preguntara qué sería de todos sus libros, de todos sus cuentos, de sus juguetes, de toda la primera parte de mi infancia que aquel día murió.

54. La casa prestada

El pasado domingo conté en este cuadernillo la historia del incendio de mi casa, vista desde la altura del pequeño corazón que yo entonces tenía. Pero un suceso como éste tiene siempre en las pequeñas ciudades -y mi Astorga infantil lo era- un ancho resonar de muchas vibraciones. Y así fue como aquella tragedia familiar me permitió a mí, niño, explorar numerosos continentes desconocidos dentro del alma humana. Descubrí, por ejemplo, la para mí inexplicable voracidad de los que se aprovechan de la desgracia ajena: ¿quién, por ejemplo, robó aquel reloj que pendía de un clavo en una pared que quedó intacta y en la que el clavo permaneció allí como una denuncia del artero ladrón? Entendí, por ejemplo, las anchas zonas de irracionalidad que hay en el hombre cuando el miedo le domina-. me río aún de la persona que, queriendo ayudarnos, tiró desde un segundo piso lo más preciado que en casa teníamos, una estupenda vajilla de la abuela. Comprendí qué falsos son los refranes que anuncian que no hay amigos en la hora de la desgracia: veo aún a aquel sacerdote -sólo desde aquel día conocido y amigo- que, ensotonado y con manteo, entró varias veces en la casa en llamas para ayudar a los míos.

Sí, aprendí muchas cosas aquel día, Pero una sobre todas. Porque en mi Astorga infantil la gente se quería (aunque a veces, como se verá, se mezclasen al amor otros sentimientos), y así, a las pocas horas del incendio teníamos ya el ofrecimiento de varias casas en las que cobijarnos y todas ellas sin que nadie hablara siquiera de dinero, ¿Quién dijo que el egoísmo es el rey del mundo?

Recuerdo que, entre las casas ofrecidas, había una que entusiasmó a mi madre: ¡tenía jardín! No habían pasado aún doce horas del incendio que nos dejó en la calle y ya habían empezado a descubrir los mios que Dios tiene a veces extraños caminos para conducirnos a la felicidad. Era la casa más hermosa que he visto en mi vida. largos pasillos encerados por los que casi podría patinar; una enorme galería tan luminosa que se diría que no estaba hecha para tomar el sol, sino que el sol se había fabricado para iluminar aquella galería. ¡Y unas estanterías vacías de libros, que parecían soñar los que yo empezaría a comprar en cuanto nos repusiéramos y que me harían olvidar los que se me habían muerto en el incendio! El cielo, pensé, no debe de ser muy distinto.

Y como mi gente es bastante especial, ya a primeras horas de la tarde empezaron a olvidarse del incendio y se entregaron apasionadamente a la tarea de preparar la nueva casa. Mi madre reunió a mis hermanos (yo estaba en el seminario y supe todo esto más tarde) y les dijo que había que limpiar la casa muy de prisa y ordenar los muebles que nos habían prestado, de tal manera que al atardecer, cuando mi padre regresara de su trabajo, se encontrara ya la casa puesta y vividera, como si realmente nada nos hubiera ocurrido.

Los cuatro se entregaron apasionadamente a la tarea: barrieron, fregaron, limpiaron, sacaron brillo a suelos y metales... Se olvidaron de su cansancio (apenas habían dormido, porque el incendio se produjo a las dos y media de la noche) y se reían pensando en la cara de sorpresa que mi padre pondría cuando, al regresar del Juzgado, se encontrara con que todo estaba listo para seguir viviendo. A las siete y media tenía que estar no sólo limpia la nueva casa, sino puesto incluso en la mesa el café con leche que mi padre merendaba al llegar del trabajo.

«Ya viene, ya viene», gritó mi hermana la pequeña desde la ventana cuando le vio Regar. Y todos se prepararon para disfrutar con el gozo que, sin duda, aparecería en el rostro de mi padre.

Pero él miró todo con sonrisa triste. Y dijo sólo: «Lo siento, pero tenemos que dejar ahora mismo esta casa.» Los míos no entendían. Y aún les costó mucho terminar de comprender cuando mi padre explicó que acababa de saber que la persona que nos había prestado la casa tenía un pleito en el juzgado. «Yo sé que él no nos la ha prestado para comprar mi ayuda, pero yo no puedo aceptar en este momento ningún favor suyo.»

Sé que mi madre lloró, que intentó decir a mi padre que comprendería esta decisión si él hubiera sido juez, pero siendo tan sólo secretario, ¿en qué podía él influir en la sentencia? Pero nadie logró convencerle. Derregados como estaban, mi madre y mis hermanos abandonaron la casa en aquel mismo momento, sin dormir en ella una sola noche.

Recuerdo cuánto creció en mí la admiración hacia mi padre cuando lo supe. Aunque muchos años más tarde aún seguía mi madre soñando en aquella casa con sol y jardín en la que no llegó a vivir.

El primer muerto de mi vida lo vi el 20 de julio de 1936. Aún no había cumplido yo los seis años, pero tengo de él una memoria desmesuradamente lúcida.

La víspera había ocurrido algo para mí desgarrador. Era domingo. Por la mañana había estado jugando al balón en la Eragudina (en Astorga) con un grupo de amigos. Y cuando, sudorosos, descamisados, felices, regresábamos a casa, nos dimos casi de bruces con la plaza Mayor de la ciudad repleta de camiones con mineros armados. No sé si me impresionaron más sus caras hoscas y amenazantes o los toscos fusiles que empujaban. Sé que corrí hacia casa apretando el balón contra el pecho, como un hijo, como si alguien (inexistente) me persiguiera e intentara quitármelo. ¿Era el balón de mi infancia lo que yo defendía? ¿Había empezado a intuir ya que algo iba a quebrarse dentro de mí aquel día? ¿Empezaba a descubrir que las manos del hombre cuando verdaderamente se ensucian es cuando se prolongan en un arma, sea cual sea la causa que se pretenda defender? Corrí. Corrí.

Más tarde vi a mi padre, pegada la oreja a un viejo armatoste de radio en el que trataba de oír noticias que yo no lograba entender. Y horas después mis ojos se abrieron como platos viendo pasar, bajo el mirador de mi casa, un regimiento de soldados que avanzaban contra los fusiles que yo viera, a la mañana, en la plaza. Luego oí una larga serie de ráfagas de disparos. Al fin un terrible silencio.

En la cena, mis padres cuchichearon algo sobre la muerte y yo logré entender el nombre de Gerardito, aunque aún sin relacionarlo con aquélla. Después mi madre me acostó, más mimosa que nunca, y yo tardé varias horas en dormirme, esperando oír nuevos disparos que nunca llegaron.

A la mañana siguiente, lunes ya, no fui a la escuela y alguien me explicó la muerte de Gerardito: los mineros y algunas docenas de «rojos» (así decían) se habían hecho fuertes en el Ayuntamiento y, desde él, habían entablado un tiroteo con los soldados que les cercaban. Una bala perdida había penetrado en el balcón frontero, desde el que Gerardito curioseaba. Y la misma bala le había matado a él y al Sagrado Corazón de yeso, que cayó y se hizo añicos junto al cuerpo de mi amigo.

Yo había conocido a Gerardito precisamente en aquel balcón, el Viernes Santo anterior, cuando presenciábamos juntos «la carrera de San Juanín».

Porque en mi Astorga infantil la Semana Santa tenía una mezcla de respeto sagrado y de gozoso tebeo de aventuras. Subía el Nazareno por la calle de Santocildes y se encontraba en la plaza Mayor con «San Juanín», una talla ligera de San Juan adolescente. Tras contemplar al Cristo dolorido, los cuatro portadores del apóstol atravesaban corriendo -todo lo que les permitían sus piernas portando la estatua- la plaza para ir a avisar a la Dolorosa de San Bartolo de que Cristo marchaba hacia la cruz. Venía entonces la Virgen, asaeteada de cuchillos, para encontrarse en el centro de la plaza con su Hijo, mientras los ojos de todos los que asistíamos se llenaban de lágrimas.

Recuerdo aún las de Gerardito, que era mayor que yo, aquel Viernes Santo de 1936. También lloré yo sin saber muy bien por qué. Sólo lo entendí meses más tarde, cuando vi a mi amigo, tieso, en su caja blanca, más dormido que muerto, con cara de preguntarse por qué aquella bala perdida le convertía en víctima de una guerra que él no llegó a entender.

Yo empezaba a comprender al verle muerto. Tal vez por eso no lloré. Ya lo había hecho, anticipadamente, el Viernes Santo. Sólo me pregunté quién habría sido el San Juanín que avisara de su muerte a la madre de mi amigo.

Y ante su cadáver comencé a descubrir que en las guerras mueren siempre muchos más de los que mueren. Yo estaba un poco muerto. Veía alejarse una ancha franja de mi infancia, enterrada seguramente en la misma caja que Gerardito. Entendí que los niños de la guerra ya nunca volveríamos a ser niños del todo. Que era lo mismo que la ganaran unos u otros. Que, en todo caso, las víctimas seríamos todos, porque los muertos no tienen partido ni color.

Recuerdo, eso sí, que después de ver a mi amigo muerto me entró una loca curiosidad por ver el «cuerpo» de aquel Sagrado Corazón que había querido «morir» junto al pequeño. Me pareció lógico. Pero no logré descubrir por qué aquel año habíamos tenido dos Viernes Santos.

56.- " Mete la espada en la vaina ".

Un lector de estos apuntes me envía una «estampa» del «Cristo guerrillero» en la que aparece un Jesús de rostro endurecido (más bien parece «Che» Guevara), tras cuyo hombro izquierdo apunta el cañón de una metralleta. Mi amigo ha escrito bajo la imagen. «Mete la espada en la vaina.» Y me pide que escriba un comentario. Pero ¿cuál mejor que esa frase con la que el propio Cristo estigmatizó para siempre toda violencia?

Diré sencillamente que a mí me sería completamente imposible rezar ante ese Cristo (lo mismo que no sé hacerlo ante muchos de los tradicionales «Cristos pasteleros» y dulzarrastros de las viejas estampitas), porque no creo que tenga mucho que ver con el que nos describen los Evangelios. Jesús vivió en un «tiempo de espadas», en años violentos en los que sus paisanos solían llevar permanentemente la «sica» (el puñal curvo que dio nombre a los «sicarios» y probablemente al Iscariote) al cinto, hasta el punto de que, según ilustres rabinos, el arma era lo único que podía transportarse en sábado porque «formaba parte del vestido habitual de los varones». Pero Jesús no era, no fue nunca, partidario de las espadas. La Iglesia primitiva lo entendió muy bien, descubriendo que oficio cristiano puede ser el de morir, no el de matar.

Pero no quiero caer yo aquí en la gran trampa en que caen muchos antibelicistas: enfadarse sólo con la «gran» violencia, protestar sólo contra los dueños de las bombas, creer que la única manera de construir la paz es ir a ciertas manifestaciones.

A mí me preocupa mucho más «la violencia nuestra de cada día». Porque la verdad es no sólo que todos tenemos una espada, sino también que vivimos con las almas desenvainadas. La agresividad se ha hecho dueña de la vida cotidiana. Y, con la disculpa de que en el mundo «o pisan o te pisan», todos procuramos rodear nuestro entorno de pisotones. Hablamos de «violencia defensiva», pero, como creemos que «el que da primero da dos veces», pasamos a la ofensiva antes de que alguien haya pensado en agredirnos.

¿De dónde nos surge la violencia? Es un arma que tiene el egoísmo como empuñadura, la lengua como filo, como motor el miedo. Somos agresivos porque tenemos miedo, porque no estamos seguros de nosotros mismos, porque creemos que la existencia del prójimo es un límite para nuestra pequeñez, en lugar de ser, como es, una ocasión para nuestra multiplicación.

Y así es como somos violentos en nuestro modo de racionar la sonrisa. La mayoría de nuestros contemporáneos viven estirados, como si se hubieran tragado su espada, como si pudieran herirse si sonríen.

Somos violentos en nuestro lenguaje. ¿Han pensado ustedes que el idioma castellano es el más agresivo de los europeos? Nuestro diccionario es el más abundante en «tacos». Y sólo la palabra pe-punto tiene en él la friolera de sesenta sinónimos.

Somos violentos en nuestro tono. El español habla siempre con la palabra cargada, y basta con acentuar un poquito los vocablos más inocentes y elogiosos (listo, inteligente, puro, etc.) para que se conviertan en insulto.

Somos violentos en nuestra concepción de la vida. Nos hemos aprendido que aquí «bastos son triunfos» y aplicamos a diario aquel triste refrán- «Lanzaenpuño se metió se metió por lo ajeno y recobró lo suyo. Y a Migasblandas le llevaron su hacienda en volandas.» Y todos nos convertimos en «lanzaenpuños».

Usamos la espada en el humor. Esta «inocente sonrisa» es, en España, casi siempre sal gorda, ironía, sarcasmo, vinagre. A cada palabra irónica le añadimos siempre, como condimento, «el dulce placer de hacer daño».

Somos agresivos en la memoria, vivimos de lamer nuestras viejas heridas. Y hasta hemos «santificado» el odioso «perdono, pero no olvido».

Creemos incluso que la intransigencia puede ser una virtud. Hay quienes hablan de la «santa intransigencia», olvidando aquella vieja sabiduría cristiana que asegura que «corazones quiere Dios; hígados, no».

Dicen que hay curas que aconsejan a sus pacientes que vayan al fútbol para insultar al árbitro y poder así soportar mejor a sus mujeres. Lo mismo que aseguran que la razón por la que ahora las criadas aguantan menos en las casas es porque hay en ellas colchones que no necesitan mullirse a puñetazos, con los que las antiguas se desahogaban.

Bromas aparte, creo que el mundo cambiaría con que todos envainásemos el alma, siguiendo el consejo de Jesús. Con ella en la mano, en primer lugar el que pierde la oreja es el pobre Malco del

Evangelio, que no era ni siquiera un soldado, sino un pobre criado de Caifás. Y en segundo lugar caminamos todos por la vida llenos de heridas, porque la violencia es como Saturno, devora ante todo a los propios hijos.

57.- El vestido en el arcón

¿Es necesario que la muerte se lleve a nuestros seres queridos para que empecemos a darnos cuenta de lo que teníamos a nuestro lado?

Hace meses me contaba un amigo, cuya esposa había muerto pocas semanas antes, que revolviendo los viejos arcones de la muerta se había llevado una monumental sorpresa al encontrar en uno de ellos un vestido de novia. ¿Cómo, si ellos se habían casado con traje de calle? Recordaba aún que habían tenido, por esto, un disgusto de novios. Porque ella estaba encaprichada en casarse de blanco. Pero él se había impuesto: No, no, eso era una cursilada pasada de moda.

Y ahora, catorce años más tarde, encontraba en el arcón aquel vestido. ¿Es que su esposa llegó a comprarlo antes de casarse y nunca se atrevió a decírselo a él, en vista de su oposición?

Días después mi amigo logró arrancar a sus hijos un secreto que también ellos guardaban celosamente: su madre no había perdido nunca la vieja ilusión. A veces, incluso, se ponía en casa aquel vestido que no pudo estrenar en su boda. Y terminaba siempre con lágrimas en los ojos.

Lloraba también mi amigo al contármelo. Y se daba de golpes ahora que descubría -tarde, ¡ay!- que una intransigencia suya había herido durante tantos años una de las fibras del alma de la mujer querida. «¡Ah -me decía-, si yo pudiera volver a casarme hoy con ella! »

Conté a mi amigo que su historia coincidía, casi literalmente, con la del protagonista de una obra teatral de Hugo Betti, *El jugador*, que también descubría la verdad de su esposa cuando ella había ya muerto. Una mujer débil, aplastada por un hombre de enorme personalidad, que se pasó la vida ocultando sus debilidades ---sus medicinas, sus caprichos- para no decepcionar al gigante con el que se había casado. Una mujer a la que este gigante no llegó a ver, ni a conocer, porque era tan grande que sólo veía «de lejos»: lo que tenía a su lado no lo percibía. Y tendría que venir la muerte para descubrirle que su mujer era infinitamente más amable de lo que él creyó. Y empezaría a enamorarse verdaderamente de ella... cuando ya era tarde. Cuando podía, lo más, gritarle al infinito que la quería, que quisiera casarse ahora plenamente con ella. Pero sin recibir ya otra cosa que el eco de sus gritos.

Me impresiona descubrir qué ciegos estamos y cuántas veces son necesarias las lágrimas para limpiar nuestros ojos de esa cortina de egoísmo que nos impide ver. Ortega decía que «los hombres no vemos con los ojos, sino a través de ellos». Ortega pudo añadir que, como «vemos desde dentro», terminamos por vernos sólo a nosotros mismos, por no divisar otra cosa que nuestro gigantesco egoísmo, El prójimo no existe para nuestra mirada. O existe borrosamente.

Por eso tiene que faltar para que le descubramos. Cuando en los funerales decimos «qué bueno, qué bueno era el fallecido, no es que estemos mintiendo: es que por primera vez lo descubrimos en plenitud.

Yo siento una gran piedad hacia la mayor parte de las esposas de los grandes hombres-. tienen tantas hazañas que realizar (construir puentes, escribir libros, defender pleitos) que acaban por olvidarse de que nada hay tan importante como llevar a la mujer al cine o jugar a los trenes con los niños.

Pero tal vez todos somos grandes... en egoísmo, Por eso hay tantos divorcios de corazón, mujeres abandonadas aunque con marido. Y viceversa.

Aún lector me dice que yo hablo mucho de la muerte. Es verdad: porque nada me enseña a vivir tanto como ella. A su luz descubro que vivir corre prisa, que hay que quererse mucho en esta tierra el poco tiempo que se nos conceda, que no vale la pena ignorarse y desconocerse para luego lamentar, tras la partida, el no haberse querido lo suficiente. Yo hablo de la muerte porque, en lugar de acoquinarme, me acicatear porque en vez de apocarme, me da unas tremendas ganas de vivir y de amar.

Recuerdo -y el lector me permitirá que también yo me confiese un poquito.- que los últimos años que vivió mi padre en este mundo, mis viajes a Valladolid eran para él la mejor de las alegrías. Esos eran para él los verdaderos domingos. Yo --que tenía entonces, como ahora, muchísimo trabajo-- usaba los domingos para ponerme al día de artículos o conferencias atrasarlas. Y sólo iba a Valladolid cada tres o cada cuatro semanas. Pero, al faltar mi padre, me di cuenta de cuántas alegrías le había yo robado. Porque la verdad es que los hombres encontramos siempre tiempo para todo lo que amamos. Me di cuenta cuando ya era tarde. Sólo me consuela pensar que en el cielo todos los días son domingo.

58.- Caminar hacia el amanecer

En el escaparate de una agencia de viajes leo un anuncio en el que explican que el «Concorde» sale de París a las once de la mañana y llega a Nueva York a las nueve y media de esa misma mañana. Y, al leerlo, me doy cuenta de que ésa ha sido una ilusión de toda mi vida: viajar -vivir- en «Concorde», es decir, caminando hacia el amanecer.

Usted ya ha entendido, lector amigo, que estoy hablando metafóricamente. Que estoy tratando de decir que así como hay hombres que viven de cara hacia la luz y hacia la vida, no faltan los que caminan

hacia la noche. Que uno puede elegir la orientación de su vida lo mismo que puede darse la vuelta al mundo haciendo escalas en Estambul, Tokio, San Francisco, Nueva York y Madrid, pero también partiendo hacia América y regresando por el Japón y Turquía.

Y no me digan que, al fin y al cabo, la vuelta al mundo tiene por los dos lados idéntico número de kilómetros, porque cualquiera que haya viajado en avión sabe qué distinto es caminar hacia Oriente, comiéndose las horas, adentrándose en el anochecer casi sin haber saboreado la tarde, y caminar hacia Occidente, estirando el tiempo, viajando en un amanecer interminable e incluso, como en el caso del «Concorde», llegar «antes» de la hora en que se ha partido.

Me encantan los hombres- «Concorde», los que no se tragan la vida, sino que la saborean, los que caminan a contramuerte, los que no se dejan arrastrar por las horas, sino que las señorean.

Hace días estuve comiendo con dos amigos y sus mujeres, que parecían encarnar esos dos estilos de vida tan distintos, y creo que entendí un poco por qué una pareja era tan feliz en su matrimonio y por qué la otra vivía con la crisis a cuestas. Los primeros sabían sacarle jugo al mundo: durante el camino en coche no pararon de elogiar lo bonito del día, lo que les había gustado el concierto que oyeron el día anterior; y durante la comida a ella le gustó todo lo que había pedido, elogió a camareros y cocineros y el marido contó que siempre pagaba a gusto en los restaurantes porque su mujer la gozaba experimentando platos nuevos y raros. Los segundos parecían el contratipo: el servicio les había hecho no sé qué jugada la víspera; en el coche el marido había dejado caer la ceniza en el vestido recién estrenado de ella, y en el restaurante optaron por pedir comida «conservadora», los platos de siempre -nada de riesgos-, y al que no le faltaba sal le sobraba grasa. Y el marido comentó que nunca salían a cenar fuera porque de cada cien restaurantes acertaban en uno.

¿Es que el primero tenía mejor suerte que el segundo matrimonio? ¿Es que a unos les salía todo bien y todo mal a los otros? No. Es que los primeros se dedicaban a saborear lo limpio de sus vidas y lo hacían tan a fondo que ni se enteraban de los fallos, mientras que los segundos vivían con la escopeta de la crítica cargada y ni se enteraban del sol que brillaba sobre sus cabezas.

Un escritor puede quejarse de que tiene que escribir a todas horas. Otros (Santa Teresa y, con perdón, este servidor) prefieren pensar que «ojalá supieran escribir con muchas manos». Una madre de familia puede dejar que se agrie su vida sólo porque sus hijos le salen rebeldes, y otra puede seguirles amando por la simple razón de que son sus hijos y con la certeza de que todo amor es, antes o después, fecundo. Ya sé que con estas maneras de entender la vida no se consigue prolongarla un solo minuto, pero sí hacerla muchísimo más sabrosa.

Durante los pasados días de Pascua he pensado muchísimo -y con envidia- en Lázaro: ¡El sí que tuvo que saber vivir cuando regresó de la muerte! ¡El sí que debió de vivir a contrarreloj de las horas! Me lo imagino a veces saboreando el sol y también la lluvia y hasta los ventarrones y el frío. " veo bebiendo respetuosamente el agua, despacito y a sorbos, como el más añejo de los vinos. Le sueño dedicándose a querer, como si fuera un oficio, sabedor, como nadie, de que, precisamente porque la vida es corta, hay que amarse a fondo y muy de prisa.

Y no voy a añadir yo aquí esa tontería de que «el tiempo es oro», porque -como ha escrito Cabodevilla- ése es el mayor insulto que puede hacerse a la vida y al tiempo. ¿Oro? Muchísimo más. No hay modo mejor de malgastar la una y el otro que dedicándose a acaparar dinero.

Pues, efectivamente «se empieza ganando dinero para vivir y se acaba viviendo para ganar dinero; primero se gasta la salud y la vida para acumular dinero, y luego se gasta el dinero para recuperar la salud y alargar la vida».

¡Qué distinto, en cambio, el que entiende su vida como un lujo, aun cuando sólo fuéramos reyes por un día, por unos pocos años! José María Valverde escribió un verso definitivo hablando de la fugacidad de las cosas: «Mas ¿qué importa vivir, cuando se ha sido i y tanto! ? »

Pero es que nosotros somos -y un día, digámoslo sin miedo, habremos sido- nada menos que hombres, frutos de; más importante de todos los rosales que el mundo ha procreado. ¿Qué fugacidad podría robarnos este gozo?

59.- El dulce reino

Cuando ya le quedaban pocos años de vida, Bernanos escribió pudorosamente, en una carta a un amigo, una frase que jamás se hubiera atrevido a estampar en uno de sus libros, pero que yo guardo en mi memoria como un tesoro: «Cuando yo me haya muerto, decidle al dulce reino de la Tierra que le amé mucho más de lo que nunca me he atrevido a decir.»

Me siento terriblemente retratado en esa frase. Y yo, que tengo mucho menos pudor que el gran escritor francés, quiero decirlo aquí, porque me aterra esa calumnia de quienes dicen que los creyentes no aman este mundo, que estamos tan pendientes del otro que contemplamos con desinterés este pequeño, querido, dulce, apasionante reino de la Tierra.

Ya sé que durante siglos los ascetas cristianos, para elogiar lo grande de lo que esperamos, han menospreciado o parecido menos- preciar la casa de esta tierra. ¡Cuántas veces no se habrá usado y malusado -sacándola de su contexto- la afirmación de Santa Teresa, que definía la vida en el mundo como «una mala noche en una mala posada»! Pero no hay desprecio alguno en la frase teresiana del *Camino de perfección*, en la que la santa de Ávila, lejos de infravalorar la importancia del tiempo, anima a sus monjas a soportar los dolores e inclemencias de lo pasajero. ¿Por qué se citan mucho menos las frases de la misma santa en que llama «paraíso» a su conventillo de San José?

Recuerdo que, hace veinte años, al curita jansenista que yo era entonces (con toda el alma llena de alfileres) casi le encandiló el poema, muy levemente heterodoxo, que Jorge Guillén dedica a Lázaro, a quien el poeta vallisoletano pinta desconcertado a su regreso de la muerte, al descubrir que casi le gusta más este pequeño mundo que la vaga existencia que encontró en una muerte y una gloria que era como

demasiado grande para él. Descubre que en este mundo se encuentra «humildemente a gusto». Sabe que aquí, «en esta calleja», él es «Lázaro de veras». Reconoce que «es allí donde está el reino», al otro lado. Confiesa que desea gozar la visión divina. Pero descubre que le gustaría que el otro mundo se pareciera mucho a éste. Se vuelve a Dios y mendiga:

«Si fuera / yo habitante de tu Gloria / a mí dámela tercena 1 más hastíos y más bosques / y junto al mar sus arenas.» Se preguntaba humildemente angustiado si «cuando realice de nuevo el gran viaje» perderá algo de lo que aquí tanto le gusta. Y reza para que la Bienaventuranza «salve las suertes adversas / en que un hombre llega a ser / el hombre que Tú, Tú creas / tan humano».

Recuerdo, decía, que a mi curita le parecía una miniherejía eso de que alguien pareciera menospreciar la Gran Gloria y prefiriera que ésta estuviera compuesta de muchas chiquitas gloriecillas.

Confesaré que al cura que hoy soy eso le parece mucho menos herético y que, en el fondo, hoy se siente fraternalmente compartidor de tales deseos. Me gusta el reino de este mundo. Y este amor no disminuye en nada mi deseo del Gran Reino, sólo que ya me lo imagino menos gélido, más construido de estíos, bosques y arenas. ¿Acaso Dios estaría menos entre estas maravillas que entre el juego de ángeles destilados?

Me he preguntado muchísimas veces si a Cristo le gustaría este mundo, si estaría deseando regresar a su Padre. Y me respondo siempre que, sin duda, estuvo -como tantos místicos harían después en menor escala- dividido entre los dos amores: el de esta tierra y estos hombres (hechos por El y a imagen y semejanza suya) y la gran cruz deslumbradora de la eternidad. Seguro que el conocer la felicidad elevada al cubo de la Gloria no hizo desmerecer ante sus ojos la belleza del sol acostándose sobre el lago de Genezareth.

Y al final de todos estos pensamientos -que los inquisidores descalificarían-, me consuelo pensando que al Dios que nos hizo «tan humanos» no va a extrañarle demasiado que aspiremos humana- mente a un cielo en calderilla.

A lo mejor arriba nos estiran el alma y nos descubren gozos que aquí no imaginamos. Pero mientras estamos aquí, ¿por qué no amaríamos este mundo que El hizo tan a nuestra medida? Ni los santos vivieron perpetuamente sobre el filo del cuchillo. Y ya Santa Teresa confesaba que «cualquier alma, por perfecta que sea, ha de tener un desaguadero».

Sea, pues, como desaguadero o como virtud, me sentiré enamorado de este «dulce reino» y pensaré que si Cristo se llevó su humanidad a la eternidad, a lo mejor me dejan llevarme a la otra vida un tiesto de este mundo, y aunque ya sé que la visión de Dios no será cansada, a lo mejor, cuando no sea capaz de ser sublime a todas horas, me dejan quedarme algunos siglos contemplando mi tiesto.

60. Enfermos de soledad

Creo que ya he comentado alguna vez que la más hermosa y la más desgarradora consecuencia de este cuadernillo de apuntes es, para mí, la correspondencia. Hermosa porque, semana tras semana, me demuestra que la gente -muchacha gente, al menos- es mejor de lo que nos creemos: ¡Cuánto cariño, cuánta fraternidad rebosan esas cartas! Pero he dicho también que es desgarrador porque una buena parte de esa correspondencia rezuma soledad. Bastantes de los que me escriben son personas que no saben con quién hablar, con quién desahogar su alma, y lo hacen conmigo porque encuentran en esta página algo que ellos encuentran caliente. Hay mujeres casadas que me cuentan a mí lo que, el parecer, no pueden explicar a sus maridos sin recibir una sonrisa despectiva o un «no te pongas pasada». Ancianos que vuelcan en sus cartas lo que debería tener a sus hijos o nietos como destinatarios. Gentes enfermas de soledad, la peste mayor que invade nuestro esplendoroso siglo.

Pero entre todas esas cartas, las más conmovedoras son las de los adolescentes o quienes cruzan la primera juventud. Es curioso: la tele, las discotecas, nos pintan una muchachada agresiva, vitalista, abierta a todos los escándalos; pero basta quedarse en silencio con muchos de ellos para descubrir que todo eso no es otra cosa que una careta, que por dentro están solos y muchas veces tristes, que gritan y danzan frenéticamente para engañarse y aturdirse a sí mismos.

Ser joven me parece que siempre fue difícil. Pero temo que hoy lo sea más que nunca. Hemos educado, durante los años pasados, como plátanos a los niños, y de repente los lanzamos a la realidad de un mundo superegoísta en el que ni cuentan con las muletas tradicionales que nos sirvieron a nosotros en nuestra adolescencia ni tienen más horizontes verosímiles de desarrollo que los de esperar a un golpe de fortuna. Recuerdo que el muchacho que yo era aspiraba a vivir «en carne viva» en el sentido de ardor y entusiasmo, pero ahora veo que son los chicos de ahora quienes viven «en carne viva», con todas las heridas al aire y sin la piel familiar que antaño, con su amor, nos protegía a nosotros.

Tengo sobre la mesa, entre otras, dos cartas de muchachos que describen a la perfección dos estadios de esa soledad.

La primera es de una muchacha que aún no ha entrado plenamente en la vida. No está aún llena de heridas. Pero ya experimenta el vacío:

«A veces -dice-]he intentado explicarme la causa de este desasosiego. ¿Quizá sea una tonta crisis de un más tonto adolescente? No lo sé; sólo alcanzo a ver este vacío, este no saber qué seré, esta falta de metas o, al menos, de metas poderosas. Necesito algo que día a día me obligue a luchar, a reír, a vivir. Quizá lo que me falte sea un amigo, una amiga. Nunca los he tenido. Suelo dar mucha con- fianza a la gente, me cuentan sus secretos, me piden ayuda, mas no he encontrado a nadie en quién apoyarme con fuerza. Quizá yo sea un fracaso en uno de los aspectos más importantes del hombre- la amistad.»

Como ustedes ven, el problema no es todavía muy grave.- es, más o menos, la misma soledad que todos conocimos a los dieciséis o dieciocho años, y que es parte de la lucha por la vida. No existe ninguna fruta que no haya sido ácida antes de su madurez. No existe ser humano que no haya buscado a tientas la felicidad. Todos hemos vivido ese dramático desnivel que hay entre los sueños y la realidad. Y

afortunados quienes asumen la realidad con tanto coraje como los sueños. No son -¡ay!- muchos. Oscar Wilde comentaba que «to- dos nacemos reyes, pero muy pocos logran conquistar su reino. Los demás viven y mueren, como tantos reyes, en el exilio.»

¿Puedo confiar, amiga María José, en que también tú consigas encontrar y conquistar tu reino, acompañada si es posible, pero sola si no, y que no te plantes a vivir en la simple nostalgia de lo que has soñado? Hay que agarrar la vida con las dos manos, amiga, echarle coraje a la pelea, sin permitirse siquiera el tono quejumbroso de la lamentación. Los amigos vendrán, pero tardarán mucho más si los buscas como sillones en los que descansar o como desaguaderos de nostalgias. Sigue, mientras tanto, siendo tú amiga de los que a ti acuden. Un día descubrirás que vale más la amistad con la que nosotros sostenemos a otros que aquella con la que mendigamos que nos sostengan.

Más me preocupa la carta de un joven asturiano que ahora está cruzando el ecuador de esa soledad, porque acaba de tener un fracaso en el amor que le sostenía.

«Los últimos meses -me dice- han sido un cúmulo de frustraciones, desilusiones, golpes y desamores. He intentado suicidarme en dos ocasiones y, por suerte o por desgracia (no lo sé con seguridad), siempre ha aparecido alguien que me lo ha impedido. En ciertos momentos me mantuvo firme mi fe cristiana, y esa ilusión, quizá inútil, de que 'mañana será mejor que el presente'. Pero la vida continuó igual. Tengo veinte años. Mis ilusiones e ideales se fueron resquebrajando, como un jarrón de fina porcelana, en la niñez. En la adolescencia comenzaron a desprenderse los primeros pedazos de ese jarrón. Y este año ya sólo me quedan mis lágrimas amargas lloradas en la soledad de mi cuarto. Apenas me quedan fuerzas para continuar viviendo esta muerte que es la vida. Dicen que Dios aprieta, pero no ahoga. Yo estoy sintiendo los primeros síntomas de asfixia.»

¿Puedo pedirte, amigo, que no sigas luchando porque el mañana vaya a ser o pueda ser mejor que el presente, sino que empieces a luchar por la simple razón de que es tu obligación como hombre que ha de sacarle jugo a su vida, sea ésta la que sea? ¿Cómo podríamos llamarnos hombres si sólo estuviéramos dispuestos a serlo cuando seamos felices o, más exactamente, cuando las cosas nos vayan bien? No llores; lucha. Si has perdido «un» amor, no has perdido «el» amor. Olvídate un poco de ti, busca la manera de hacer felices a los demás. Ahí encontrarás la felicidad que nadie va a poder quitarte.

He pensado muchas veces en la desesperación que debió de sentir Adán al ver ponerse el sol el primer día de la existencia. El no podía ni soñar que volvería doce horas después. Creyó, sin duda, que se había ido para siempre jamás. Que ya viviría para siempre en la noche. ¿Habría mitigado su tristeza arrancándose los ojos, puesto que la luz se había ido? Esperó en la tiniebla. Y el sol volvió en la mañana siguiente. Vuelve siempre. Y si no volviera, inventaríamos el fuego, o la luz eléctrica, o cualquier luz para seguir viviendo. Porque es nuestro deber de seres vivientes y de humanos.

De todos modos, ¿no podríamos querernos todos un poco más para que descendiera esa peste de, soledad que invade el mundo? Yo sé que todos juntos obligaríamos al sol de la felicidad a regresar más pronto.

61.- En el cielo no hay enchufes

Cuando, hace un montón de años, escribía mi ya viejísimo novela *La frontera de Dios* hubo un momento en que pensé titularla *El Dios fontanero*, aludiendo a esa pseudo-religión de los que tratan a Dios como a un fontanero, alguien de quien sólo nos acordamos cuando los grifos marchan mal. No lo hice al fin, porque alguien podía juzgar irreverente el título, pero no porque no creyera que esa visión utilitaria de Dios no esté, como está, extendidísima. Hay, efectivamente, muchos que sólo aman a Dios en cuanto que garantiza su felicidad personal, y no le aman porque sea Dios, sino porque les resulta útil. ¡Qué chascos se llevan después cuando ven que, con frecuencia, «Dios no funciona» (a nuestro capricho, quiero decir)!

Recuerdo todo esto al conocer la historia de una santa «que tampoco funciona». Acabo de leer una entrevista con una de las hermanas de María Goretti, y a la pregunta del periodista, que inquiere si «la canonización de su hermana les ha reparado alguna ventaja material», responde Ersilia Goretti-

«No, no nos ha reportado ni el éxito ni nos ha facilitado una mejor posición social. Siempre hemos vivido como ella, de nuestro trabajo y hemos educado a nuestros hijos del mismo modo en que, con toda seguridad, los hubiera educado ella: con nuestro sudor. Pero he de decir, sin embargo, que la protección de mi hermana ha sido siempre palpable, evidente. Siempre nos ha proporcionado trabajo y paz. Ella deja que suframos en la vida porque, indudablemente, quiere que obtengamos el paraíso con el sudor de nuestra frente, el trabajo de cada día y el sacrificio. Mire, mi hermana Teresa está enferma y se halla en una clínica. Está totalmente enyesada, en cruz, como Cristo. Marietta no la cura, pero le da fuerza y gracia para soportarlo con amor.»

Emociona leer estas cosas. Porque uno pensaría que tener una hermana santa es como tener otro al que le hubiera tocado el gordo o a quien hubieran elegido presidente: algo nos tocaría, algún enchufillo caería, de algo serviría tener en la tarjeta de visita los mismos apellidos que el multimillonario o el personajón.

Pero parece que en el cielo no hay enchufes. Y que lo que suelen mandar desde arriba son esos dos regalos milagrosos del trabajo y de la paz interior que ¿acaso no valen mucho más que todos los enchufes materiales del mundo?

Supongo que a estas alturas el lector ya ha descubierto adónde voy, porque en este cuadernillo de apuntes no me gusta predicar y alejarme de la tierra. Voy a explicar que, lo mismo que el mejor maestro de natación no es aquel que se pasa la vida sosteniendo en el agua a sus aprendices, tampoco el mejor padre es aquel que vive impidiendo a sus hijos que naden ellos solos. Si Marietta, ayudando desmesuradamente a sus hermanos, les robaría su mejor camino de santificación (el del humilde trabajo), así un padre que sólo vive para allanar los caminos del mundo a sus muchachos probablemente está fabricando plátanos y no hijos y les está privando del gozo de realizar ellos sus propias vidas.

Ya sé que dejándoles nadar solos se corren mayores riesgos de que se ahoguen (como dejando a sus hermanos en la pobreza corre Marietta mayor peligro de que se avinagren), pero sé también que, obligándoles a vivir con las muletas paternas, nunca terminarán de andar. O harán en todo caso una remasticación de la vida de su padre, pero no su propia vida, la única de que cada uno es responsable.

Presiento que lo más que se puede dar a un hijo sean las ganas de trabajar y la paz interior; cosas, en definitiva, mucho más difíciles de dar que la dirección de una empresa o que una recomendación para ganar unas oposiciones. Más difíciles y muchísimo más importantes.

Aunque comprendo que todo esto no es fácil de entender en un mundo en el que la mayor de las bienaventuranzas parece esa de Poder vivir sin trabajar. Eso es lo que sueñan casi todos cuando juegan a la lotería: ¡poder retirarse, pasarse la vida rascándose la barriga, oh vida milagrosa! Eso es lo que pregonan todas esas mamás que -antes eran muchísimas, ahora aún las hay- dicen a sus hijas que «para qué van a trabajar, ¡si no lo necesitan! ». Asombra pensar que, por un amor mal entendido, pueda privarse a un hijo de lo único que puede engrandecerle.

¿Lograremos arrancar del mundo algún día esa peste de las recomendaciones? ¿Entenderemos que el mejor de los enchufes es el propio coraje? A mí acuden con frecuencia padres angustiados pidiéndome tal o cual recomendación para sus hijos. Yo les explico lo que digo en este artículo, pero ninguno acaba de convencerse: están segurísimos de que una carta para don Fulano será la clave del éxito (por- que, en el fondo, ni se fían de sus hijos ni de la justicia humana). ¿Y cómo negarte sin que te crean falta de ganas de ayudarles? Yo aprendí en esto un truco de mi madre, que, cuando le pedían recomendaciones, iba y rezaba un rosario por los recomendados. Pero lo malo es sí te pasa luego como en aquel caso en el que yo recomendé a una chica «vía cielo», y cuando luego ganó brillantemente la oposición no había quien convenciese a su madre de que mi recomendación no había sido la clave del éxito. 1,e repetí mil veces que todo se había debido a que la chica iba bien preparada, pero era completa- mente inútil: no quería creerme. Y todos los años, el día de mi santo, me sigue mandando, en agradecimiento, una caja de polvorones, que yo me como con complejo de mentiroso, porque temo que decirle toda la verdad de mis avermarlos le daría un disgusto. Mas yo sé bien que en el cielo no hay enchufes, que la Gracia no suple a nuestro esfuerzo y que ya es bastante con que desde arriba sostengan nuestro coraje y nos den un poco de paz en el alma.

162. La pata coja

«Bíngo», el perro de mi vecino, el cazador, ha vuelto cojo de la cacería del domingo- una maldita trampa ha estado a punto de des- trozarle la mano delantera derecha. Y el pobre animal, al que otros días, en el ascensor, tengo que frenar para que no me ensalve la cara a lengüetazos, me mira hoy con ojos tristes, pegado a los rincones, como si quisiera explicarme su tragedia con la patita levantada. Pero apenas llegamos al portal y se abre la puerta del ascensor, como si de repente se olvidara de todo su problema,

«Bingo» sale correteando hacia sus amigos los niños, levantada la mano derecha, apoyándose, con extrañas posturas, en las otras tres patas. Es como si se volviera payaso y pusiera en su renqueante andar a la pata coja algo de farsa y de broma. Corre, salta, todo sin tocar jamás el suelo con su mano herida. Se diría que toda la vida hubiera tenido solamente tres patas.

Yo le contemplo con asombro y admiración y me digo que «Bingo» es mucho más inteligente de lo que somos los hombres. Porque yo conozco centenares de personas que cuando les producen alguna herida se pasan meses y meses apoyándose en la zona lastimada como si no tuvieran otras para caminar. Recuerdo a Juan, a quien negaron un ascenso, y, desde ese día, sintió como insoportable el puesto que hasta entonces le había llenado de felicidad suficiente. Lejos de gozar de lo que tenía, se pasaba las horas reabriéndose la herida del ascenso negado. Recuerdo a Rosa, una mujer traicionada por su marido, que desde ese día se dedicó a pudrirse. Lejos de asumir su tragedia, dejó que se le envenenara todo el resto de su vida. el amor de sus hijos, el cariño de sus amistades, un trabajo que la llenaba.

Se dedicó a compadecerse, a masticar y remasticar una traición, como si fuera una de esas viudas indias que se tiran a la pira del marido muerto para quemarse con él.

Sí, conozco cientos de seres humanos que viven apoyándose en la «pata» que más les duele. Podrían vivir aceptablemente ---como «Bingo» corre- apoyándose en todo lo que les queda; pero prefieren dedicarse a lamentar lo que les falta.

No estoy infravalorando los dolores de mis amigos. Sé de sobra la crueldad con que a veces nos sacude y nos taja la realidad. Recuerdo aquellos terribles versos de Vallejo cuando explicaba que: «Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!./ golpes como del odio de Dios; como si ante ellos / la resaca de todo lo sufrido / se empozara en el alma... ¡Yo no sé!» Golpes que, efectivamente, parecen ser «los heraldos negros que nos manda la muerte».

Pero precisamente porque mido la crueldad de esos golpes, sé que ésta es la hora de coger la vida con las dos manos, asumir la realidad sin temblar y descubrir que no tenemos derecho a acurrucarnos en ellos, entregándonos al diminuto placer de compadecernos.

La condición humana es la mutilación- ningún ser humano pasa mucho tiempo sin que se le venga a los suelos alguno de sus sueños. Y hay circunstancias en que parece que la crueldad se ciñera sobre nosotros y nos cortara hoy una mano, mañana una esperanza, pasado uno de los pilares en los que se apoyaba --o parecía apoyarse- nuestra misma existencia.

Pero la otra gran lección de la vida es que el ser humano tiene siempre al menos el doble de capacidad de resistencia de la que creía tener. Si le cortan un ala, aprende a volar con la otra. Si le cortan las dos, camina. Sí se queda sin piernas, se arrastra. Si no puede arrastrarse, sonríe. Si no tiene fuerzas para sonreír, aún le queda la capacidad de soñar, que es una nueva forma de volar en esperanza.

Por lo demás, la vida es misteriosa. ¿Cuántas veces al cerrarse una puerta --que parecía la elegida para nosotros- no se nos abría otra no menos vividera?

Me gustaría contar aquí una historia que fue un eje en mi vida. (Y no la cuento por ponerme de ejemplo, sino sencillamente porque mi vida es la única que conozco.) Me ocurrió hace ya veinticinco

años. Poco antes había iniciado yo mi pequeña aventura de novelista con una narración (*La frontera de Dios*), que tuvo la extraña fortuna de ganar el premio Nadal. Estaba escrita con la ingenuidad de los chiquillos y, asombrosamente, formó un extraño revuelo. Hoy resulta arcangélico, pero entonces a algunos les pareció muy fuerte. ¿Cómo podía escribir «aquello» un cura? Hoy sonrío al releer las críticas escandalizadas de algunas pías revistas.

Pero aquel escándalo alarmó a alguna autoridad eclesiástica. Y cuando yo -fiel a la vocación que sentía- envié a la censura eclesiástica mi segunda novela, el obispo en cuestión decidió que aquel libro estaba muy bien, pero que en él sobaban cuatro palabras: la palabra José, la palabra Luis, la palabra Martín, la palabra Descalzo. Al parecer, «aquello» no podía firmarlo un cura.

A mí no me preocupaba el lanzar aquel libro sin mi nombre (aun- que no me entusiasmara tenerlo como una especie de hijo ¡legítimo). Lo que me angustiaba era ver que obligaban a enfrentarse mi vocación de cura con mi vocación de escritor. Y yo no estaba dispuesto a renunciar a ninguna de ellas. Sufrí porque estaban metiendo la espada en el mismo centro de mi alma.

Por aquella época leí aquel consejo de Bernanos que aseguraba que «toda obra de escritor es un calvario» y que recordaba que «el mundo exterior podrá hacerte sufrir, pero sólo tú podrás avinagrarse a ti mismo».

Entonces se formó mi filosofía de que, si alguien nos cierra una puerta, no debemos rompernos la cabeza contra ella, sino mirar si hay otras puertas próximas abiertas por las que podamos pasar. Esa fue la razón por la que, entonces, empecé un periodismo en el que jamás había pensado. No me dejaban ser novelista, sería un escritor de periódicos mientras el mundo clerical maduraba.

Creo que gracias a esa afortunada decisión no soy hoy un resentido. Gracias a ella me siento aceptablemente realizado' hablo cada semana con ustedes a través de este cuadernillo y hasta, algunos años más tarde, vuelvo a soñar y pergeñar alguna que otra novela.

¿Y si también me hubieran cerrado esa puerta? Sé que habría encontrado una tercera. O una cuarta. Porque el mundo está lleno de puertas para quien se niega a aceptar la barata escapatoria de dedicarse a clamar contra la injusticia del mundo arrellenado en el butacón del resentimiento.

No es un gran mérito. «Bingo» lo practicaba hoy caminando con las tres patas que le quedaban sanas.

63.- Niño en la biblioteca

Leo que en Astorga, la ciudad de mi infancia, han inaugurado una biblioteca pública, y el corazón me salta como herido de gozo. Porque la ciudad milagrosa de mis años de niño sólo tenía una lacra: no había en ella dónde conseguir libros que llevarse baratamente a los ojos. Supongo que éste era un fallo común a la mayor parte de las ciudades de entonces, pero hoy no puedo entender cómo los Ayuntamientos se

preocupaban de que una ciudad tuviera alcantarillas o fuegos artificiales en las fiestas, pero no se sentían mutilados si los pequeños vivíamos de mendigos del alma.

Afortunadamente en mi casa había algunos libros, y mis padres sabían que, para mí, no había Reyes mejores que los que traían libros. Pero, aun así, ninguno de ellos daba abasto al feroz lectorcete que yo llevaba dentro. Estoy seguro de que si entonces hubiera habido en las casas máquinas fotográficas, como las hay ahora, la imagen que más se repetiría en mis álbumes sería la de un crío tumbado panza abajo en la galería de mi casa, leyendo y leyendo sin enterarme del mundo que giraba en torno a nosotros (y digo «nosotros» porque siempre consideré a los libros como auténticas «personas»).

Así que me pasé la infancia hambreado bibliotecas, mientras leía y releía mis pocos libros, que, para mayor fortuna, eran esos clásicos castellanos y grecolatinos que ahora nadie lee porque dicen que son aburridos, cuando para mí cada uno era como descubrir un continente.

Luego me ocurriría algo más desconcertante: al llegar al seminario me encontré con que allí tenían una gran biblioteca (detenida, eso sí, en el siglo xix), pero que... permanecía siempre cerrada sin que los estudiantes tuviéramos acceso a ella. Creo que sólo se abría para los mayores, con lo que se conseguía que éstos -habituados a no leer- tampoco fueran a ella prácticamente nunca.

Por lo que luego he sabido, esto era norma común de casi todos los seminarios de mi tiempo: alguien debía de pensar que allí perderíamos la vocación. O -como un profesor me dijo una vez- que la biblioteca «nos quitaría tiempo para estudiar». Por lo visto, los libros de texto eran los únicos no peligrosos.

Una vez, sí, recuerdo que «nos enseñaron» la del seminario de Astorga. Y allí entramos con un cierto complejo de pecado, como si de un templo pagano se tratase, admirados y asustados. Y lo único que de aquella visita recuerdo es que había mucho polvo y que a la llave que cerraba la biblioteca se añadían aún varios candados con los que clausuraban un armario que encerraba los libros incluidos en *el Índice*. ¿No habría que confesarse por haber mirado los lomos al pasar?

Confieso que ésta es la parte más fúnebre de mi infancia. Y casi lo único que no he perdonado a los seminarios de mi tiempo.

Por eso, ¿cómo no sentirse feliz al pensar que a los niños de hoy no les ocurrirá, en mi Astorga y en algunas otras -no muchas- ciudades, como a nosotros? Porque no quiero ni pensar que ellos, teniendo esa impagable oportunidad, vayan a preferir la televisión.

Aunque a veces me pregunto si en realidad no tendré yo que agradecer aquella cerrazón, que añadía al placer de leer el otro placer de hacer algo semiprohibido. Pues lo cierto es que el terco crío que yo fui se las apañó siempre para tener algún libro entre las manos. Y que aún hoy, cuando repaso la historia de mi vida, separo sus capítulos por libros: desde que leí *la Ilíada* hasta que me enamoré de Virgilio; desde que devoré la *Oda a Carlos Félix*, de Lope, hasta que descubrí los sonetos de Quevedo; desde que me aprendí de memoria a Antonio Machado hasta el día en que me deslumbraron los Karamazov, y así hasta hoy.

¿Podrán decir esto pasado mañana los niños de hoy? No estoy muy seguro. Porque, cuando veo a los hijos de mis amigos tragar como rumiantes horas y horas de televisión, temo que se acostumbren a ese tipo de papillas digeridas y que lleguen a carecer de ese agradable -pero costoso- valor que supone al poner en marcha la propia imaginación.

Recuerdo que lo que más me impresionó de ese mundo alucinante que cuenta Bradbury en su *Fahrenheit 451* es que, en ese imaginado mundo en que los libros estarían prohibidos, el que la gente dejara de leer no se debió a que los dirigentes lo prohibieran, sino a que «el mismo público abandonó la lectura espontáneamente. Los periódicos morían como enormes mariposas, nadie deseaba volverlos a leer. Cuando desaparecieron, nadie los echó de menos».

¿Será esto posible? Esa sí que sería la peor bomba atómica, la más limpia de todas: la que vaciaría a los hombres por dentro, sin que ellos mismos se dieran cuenta.

¿Puedo gritar desde aquí a los padres que libren a sus hijos de ese posible espanto? ¿Puedo suplicar a los Ayuntamientos que inviertan su dinero en bibliotecas, aun cuando hacer esto sea menos demagógico, conquiste menos votos y no permita a los alcaldes lucirse tanto como cuando presiden verbenas o inauguran castillos en el aire?

Felipe Pedrell decía que «lo poco que sabemos, lo sabemos entre todos». Y es verdad. los genios no existen; lo que sí existe es gente que tiene muchas cabezas porque ha leído muchos libros y porque ha sabido asimilarlos.

A la puerta de la biblioteca de Berlín hay un letrero que dice: «Medicina del alma». Yo hubiera puesto «alimento» más que «medicina», y hubiera añadido sobre todo un segundo letrero que dijera. «Dejad que los niños se acerquen a m'.» Porque no quisiera que los pequeños de hoy pudieran recordar en el siglo xxi que vieron una vez una biblioteca y que, de ella, sólo recuerdan que estaba llena de polvo y poblada de llaves y candados.

64.- " Miss traje de baño " no sabe nadar.

En una revista italiana veo la foto de Fiorella Marini, una monada de cría de dieciocho años a la que acaban de elegir en no sé qué ciudad «Miss Traje de Baño». Tiene un bonito rostro, unos ojos picaruelos y un gracioso tipillo. Pero aún es más gracioso el pie de la fotografía, porque en él nos explican que Fiorella no sabe nadar. Y que, por si acaso, estrena su traje de baño sólo paseando por la pasarela. Una «Miss Traje de Baño» ahogándose en el estreno de su modelito no sería un mal gag para las cintas de los hermanos Marx.

Pero como probablemente este mundo en que vivimos es todo él tan disparatado como Groucho y compañía, resulta que Fiorella es mucho más que una anécdota. Es casi un símbolo de nuestra civilización

de las apariencias, en la que hay que empezar a preguntarse si lo que anda por las calles son hombres vestidos de telas o más bien vestidos rellenos de hombres o de sólo carne.

Porque santa apariencia es la más venerada en los altares de la mundanidad, y para cien de cada cien personas cuenta mucho más lo que puedan pensar las otras noventa y nueve que lo que se lleva almacenado en el interior.

El ser humano es una muy divertida criatura de comedia. Recuerdo un viejo amigo que mentía por instinto. No es que mintiera de vez en cuando. Es que sólo milagrosamente se le escapaba alguna vez una palabra verdadera. Si, por ejemplo, hablabas con él por teléfono desde otra ciudad y le preguntabas qué tiempo hacía por allí y él te respondía que diluviaba, tú podías estar segurísimo de que hacía un sol radiante. ¿Es que gozaba mintiendo? No. Simplemente había nacido el pobre en una familia con título y sin dinero y se había acostumbrado a mentir al mismo ritmo que respiraba.

No era un caso patológico. Mentía igual que los demás, sólo que un poco más graciosamente.

Porque la mentira se ha vuelto el eje del mundo. Y no estoy hablando de la «mentira gorda», de la trapacería. Hablo de esa pequeñísima red de apariencias con las que tapizamos todas nuestras horas. El mundo -lo sé- cuenta con bastantes docenas de Tartufos. Pero lo malo es que, además, tiene no pocos millones de Tartufetes.

Cuando Maquiavelo aseguraba que «mejor es que parezca que un príncipe tiene buenas cualidades que el que las tenga en realidad», lo único que hace es añadir unas gotas de cinismo a la comunal mentira. Con eso él se lleva la fama de maquiavélico, pero el agua la llevamos todos y cada uno de los hijos de vecino.

Y no estoy hablando siquiera de esas «mentiras cortesés» que a lo mejor hasta son la vaselina imprescindible para que el mundo siga rodando. Hubo un tiempo en que yo -en mis fantasmagorías- pensaba que si Dios me concediera un don, le pediría el de ver lo que están pensando los que hablan conmigo. Más tarde, cuando pensé las cosas más a fondo, supliqué a Dios que no me otorgara jamás tan enorme tortura, porque con ello la vida se me volvería imposible. Una cierta capita de farsa -«¡qué ganas tenía de verle, don Fulano!», «¡A ver si tomamos café esta semana, don Perengano!»- es, me parece, tan necesaria como el azúcar a los purgantes.

Lo grave es, más bien, eso de que vivimos mucho más pendientes de la opinión de los demás que de la propia vida. Hasta hace muy poco no había persona de derechas que no presumiera de avanzada. Ahora empieza a surgir el nuevo género de izquierdas, que añade, por si acaso, que lo son, pero moderada y civilizadamente. Los creyentes aseguran que lo son, pero completando la frase con un «pero no beatos». Lo mismo que los no creyentes también añaden que no son comecuras.

¿Y qué decir de la más de moda entre las apariencias? Ahora todos estarnos «liberados». Nadie sabe muy bien de qué, pero todos nos hemos liberado de algo.

A mí me asombró mucho que, cuando Marsillach adaptó el Tartufo, pintara a alguien que aparentaba ser un beato. ¡Pero si hoy ya nadie presume de eso! Para adaptar el Tartufo habría que presentar a los verdaderos Tartufos de hoy- los que presumen de malos. Que, además, son mucho más cómicos que quienes presumen de buenos. Porque si Bacon aseguraba que «el malo, cuando se finge bueno, es pésimo», hoy lo que habría que decir es que «el bueno, cuando se finge malo, es idiota».

¿No han visto ustedes a esas muchachas -o señoras- que llevan faldas cortitas y luego, cuando se sientan en las cafeterías, se pasan la tarde tapándose las rodillas con el bolsito? Yo conozco a gentes a quienes lo que les gusta son las películas de Martínez Soria, pero que, cuando se reúnen con amigos, se sienten obligados a parecer modernos, proyectando en su vídeo porquerías que, en privado, les ponen coloradísimos. Porque, antes, las cosas vergonzosas se llevaban en privado y a lo oculto; ahora parecen menos vergonzosas entre carcajaditas colectivas. Como hace esa chavala punk que yo conozco, que desde un escenario escupitajea y todo lo demás, y luego, en casa, es más tímida que un avestruz.

Y así es como, quienes nos creemos liberados de los tópicos del pasado, seguimos encadenados al más viejo y vulgar de todos los tópicos-. el qué dirán. De cada cien rebeldes, noventa y nueve practican «la moda de la rebeldía». De cada mil «originales», novecientos noventa ejercen la única originalidad de la que son capaces: la que impone la costumbre.

Y así es como, ya que no sabemos vivir, aparentamos hacerlo. Como la nenita que no sabía nadar, pero lanzaba su palmito luciendo trajes de baño.

65.- Hombres y cafeteras.

Mi buen amigo el mexicano Joaquín Antonio Peñalosa ha escrito un delicioso artículo en el que explica su asombro ante el hecho de que el hombre, que se pasa la vida tratando de cambiar y mejorar las cosas que usa, es lo único que jamás cambia y mejora. «En un mundo -concluye- rabiosamente cambiante, el hombre da la impresión de ser un inmovilista redomado.»

No siempre le gustaron al mundo los cambios. Recuerdo mi asombro el día en que, consultando el viejo diccionario de Covarrubias, me encontré esta definición de la palabra «novedad»: «Cosa nueva y no acostumbrada. Suele ser peligrosa por traer mudanza de lo antiguo.» Y no me desconcertó menos el tropezarme con aquel consejo que nuestro clásico Guevara daba en 1531 al gobernador de Granada: «No curéis de intentar ni introducir cosas nuevas, porque las novedades siempre acarrear, a los que las ponen, enojos, y, en los pueblos, engendran escándalos.» ¿Y acaso no hemos dicho miles de veces «no hay novedad» como sinónimo de «todo va bien»? ¿Y no hemos repetido aquel antiguo refrán de que «mejor es lo malo conocido que lo bueno por conocer»?

Pero resulta que, de repente -y sin que sea posible señalar la fecha del viraje-, la novedad de una cosa se ha convertido en mérito superexcelentísimo. Las cosas no valen ya por ser buenas, sino por estar fabricadas a la ultimísima. Un político no debe hacer cosas importantes, debe «cambiar». Un novelista no debe escribir grandes obras, su mérito es hacer libros «distintos».

Y la carrera hacia la novedad adquiere deliciosos tintes ridículos en lo que a los cacharros se refiere. Si usted ha comprado una cafetera el año pasado, puede estar bien seguro de que posee una verdadera pieza de museo. Pues, tras ella, se inventó ya una nueva, que cuenta con filtro permanente lavable; placa calefactora, controlada con termostato, que mantiene el café caliente; aditamento que muele el café

inmediatamente antes de hacerlo. Y si usted, impresionado por lo antigua que se ha quedado su nueva cafetera, se decide a comprar una de última hora, puede hacerlo siempre que esté seguro de que será viejísima el año que viene, pues carecerá de mango aromado, pitorro especial para ponerle crema. Con lo que tiene usted dos únicas posibilidades de estar a la última: o no comprar nunca una cafetera porque prefiere esperar a que lleven a la perfección la nueva que siempre están preparando, o ir comprando una nueva cafetera cada año y convertirse así en un coleccionista de ellas.

Y donde he dicho «cafetera» pueden ustedes poner cualquier aparato o instrumento doméstico. Al coche, que estrenó el año pasado suspensión delantera independiente, le están añadiendo este año muelles bicónicos, amortiguadores telescópicos, doble servicio cruzado de frenos y servofrenos, cuentarrevoluciones faros halógenos, llantas de polietileno, motores de intracolofrayección... (Esto último no existe, pero ya verán ustedes cómo terminan inventándolo.) ¿Y las batidoras- robots que pinchan, cortan, rajan, peinan, enceran y hasta quitan el polvo?

Hay veces en que inventamos más de prisa las cosas que las palabras. Y, entonces, al dentífrico que ayer sólo tenía flúor le ponen hoy biflúor, mañana triflúor, pasado tetraflúor ... ; fórmula comodísima, ya que así se puede seguir inventando, sin cambiar el nombre, hasta el infinito.

Claro que, cuando miras de cerca los nuevos aparatos, descubres que son idénticos a los del año pasado y que, en realidad, lo único que ha cambiado es el precio y un nuevo manguito de plástico, que ahora es rojo y ya no pardo. Pero el caso es cambiar. Y hay gente dispuesta a comprar un nuevo coche sólo porque encuentra en él ese nuevo mérito de costar muchísimo más caro. Aún no han inventado detergentes con freno y marcha atrás, pero todo se andará. Sea todo por Santa Última Moda.

Pero ¿existe realmente la «última»? ¿Cómo evitar la angustia del señor al que, cuando va a comprar un vídeo y lee atentamente la pro- paganda que se le dibuja como la última cima de prodigios, se le ocurre pensar que a la misma hora en que él lee esos elogios ya estará la fábrica de su vídeo preparando otro «mucho más moderno», mientras sus publicitarios elaboran ya el folleto en el que explican que el modelo que usted está comprando es una antigualla en comparación del que ahora preparan?

Mas aquí llega el verdadero asombro: ese ser humano que cada año mejora y mejora la técnica con la que produce cafeteras y batidoras sigue fabricando a sus hijos con la misma técnica antediluviano que hace quinientos millones de años. No ha cambiado ni en los materiales que sirven de base al «producto» ni en las «máquinas» con las que lo elabora. Y así se explica que llevemos millones de años y jamás nazca un bebé con supervesícula en material irrompible, con superrifiones de filtro reversible, con un supercerebro de cociente máximo garantizado.

El hombre, que todo lo cambia, es un rutinario en lo que se refiere a sí mismo. Se limita a repetirse y ni siquiera logra poner a sus hijos un nuevo cromado en la dentadura. De seguir el mundo así, tendremos un hombre cada vez más imperfecto que fabrica obras cada vez más perfectas, un creador cada año más viejo que lanza al mundo criaturas cada año más nuevas. Porque, además, cuando logra inventar algunas piezas de recambio, resulta que son siempre muy inferiores al original. Los corazones de plástico se vuelven noticia si aguantan unas pocas semanas, mientras que, hasta ahora, los de carne suelen funcionar

aceptablemente bastantes años. ¿Y qué diríamos de las piernas ortopédicas comparadas con las de un atleta?

Lo más gracioso del asunto es que, así como el hombre no tiene demasiadas posibilidades de mejorar su cuerpo y su naturaleza, parece tenerlas todas para mejorar su alma. Ahí, sí. Un hombre bueno añade al malo mucho más que agarradores cromados. Un santo añade al simplemente bueno bastante más que el más último de los últimos motores. Pero nadie parece preocuparse mucho por mejorar su carrocería interior.

Sólo con que los hombres dedicásemos a mejorar nuestras almas la décima parte de lo que dedican los fabricantes a mejorar sus cafeteras habríamos convertido ya el mundo en un lugar milagroso. Pero quienes jamás compraríamos, por viejo, un automóvil que careciera de elevalunas eléctrico, parece que no hacemos muchos ascos a tener el alma llenita de chatarra superultravieja.

¿No podríamos, amigos, con un poco de esfuerzo, cambiar nuestra «fantasía en blanco y negro» por una nueva «fantasía de colores»? ¿Por qué no mejorar la vieja tela de nuestras esperanzas con otra inencogible? ¿No sería posible sustituir nuestra «alma-siesta» por una más potente «alma-de-motor-turboinyectado»? ¿Qué tal si mejorásemos nuestras amistades con una «presintonía-para-cuarenta-recuerdos- y-ayudas»? ¿Se le podría poner a nuestro corazón una «antena incorporada» para detectar los sufrimientos de los que nos rodean?

Si fuera así, todos viviríamos mucho mejor. Y estaríamos tranquilos ante la marcha del mundo, como yo lo estoy ahora porque sé que mi cafetera último modelo me ha mantenido caliente el café que puse al comenzar este artículo.

66. Animar al suspendido

Siempre me he preguntado por qué, en las tradicionales listas de las obras de misericordia, no incluían los viejos catecismos esta decimoquinta de «animar al suspendidos, que en estos días debería estar a la orden del corazón en todas las casas. Porque si a los ocho, a los doce, a los catorce años, no se necesita esa ayuda, en esa especie de derrumbamiento interior que son muchos suspensos, ¿para qué queremos los hombres la compañía de nuestros semejantes?

Deberíamos tener un respeto sagrado al dolor de los niños, a la frustración de los muchachos, a esa amargura que ---especialmente entre los mejores- parece que atorase el horizonte de la vida.

Yo pienso que un auténtico padre -o un auténtico maestro, que si no ejerce de padre no sé qué tipo de maestro será- debería ser muy exigente antes de los exámenes y muy misericordioso después de ellos. Muy exigente, porque hay que hacer descubrir a un muchacho que un suspenso ganado a pulso por vagancia o desinterés es, moralmente, un verdadero robo a los padres y a la sociedad: un robo de todo cuanto en ese año la familia y la comunidad invirtieron.

Mas lo gracioso es que precisamente los padres que fueron más manga ancha antes de los exámenes son los menos comprensivos, los más manga estrecha después de ellos, cuando sería la hora de infundir esperanzas y no desalientos. Pienso con terror en el enorme número de muchachos que en este mes estarán atascándose en sus vidas gracias a la suma de su personal flojera de coraje y de estudio y de la falta de ayudas y estímulos de sus padres.

Porque si perder un curso es un robo, tirar por ello la vida es una estupidez.

Esta es la hora, creo, de explicar a muchos muchachos –sobre todo a los mejores- que fueron muchos los genios que alguna vez tropezaron en sus estudios. Que un suspenso sólo es peligroso cuando es el primer eslabón de una cadena de suspensos.

Decirles, por ejemplo, que a Severo Ochoa le suspendieron dos veces en sus estudios de Medicina. Que a Balmes le catearon en Matemáticas. Que Ramón Gómez de la Serna y Azorín tropezaron precisamente en Literatura. Que en el expediente de Lorca hay un suspenso en Historia de la Lengua Española. Que a Vázquez de Mella le regalaron una calabaza en la Universidad de Santiago. Y... que todos ellos acabaron triunfando, precisamente en esas asignaturas en las que un día flojparon. Porque supieron no atascarse en un suspenso. Porque supieron convertirlo en un estímulo, lo mismo que cuando tropezamos, si logramos no caer, avanzamos mucho más de prisa que sin ese tropezón.

Habría, sobre todo, que explicar a los muchachos muy bien que ese de que «el genio nace» es el más grave y peligroso de todos los camelos de la humanidad. Existe, sí, algún que otro Mozart, pero, a la larga, de cada mil niños prodigios sólo uno triunfa, y lo normal es que no haya más genialidad que la del trabajo nuestro de cada día.

Recuerdo ahora el caso de Einstein, uno de los padres de la ciencia moderna. Sus biógrafos cuentan que fue un muchacho muy especialmente retrasado. A los tres años aún no sabía hablar, decía únicamente unas pocas palabras y, aun éstas, mal pronunciadas, tanto que sus padres estaban ya perfectamente resignados a tener por hijo a un deficiente mental.

Cuando, a los seis años, consiguió un desarrollo normal, la timidez hizo parecer mayor su retraso. «Papaíto aburrido», le llamaban sus compañeros de colegio. Y más tarde, en sus estudios medios, prácticamente nunca pasó de notable. Fue un alumno tan vulgar que cuando triunfó en la ciencia y los periodistas quisieron analizar sus años juveniles, descubrieron que ninguno de sus antiguos compañeros de colegio se acordaba de él.

1

Dios me libraré muy mucho de decir desde aquí a los muchachos que no importa el puesio que consigan en sus colegios. Pero creo que me permitirá decirles que no lo supervaloren, que los hechos demuestran que siete de cada diez muchachos números uno se convierten en vulgaridades en la vida y que, con frecuencia, son los chicos medios de la lista quienes muestran un día mayores potenciales en el interior.

Personalmente admiro mucho más el coraje y el trabajo que el genio y la inteligencia. Los hombres que triunfan en la-vida no son aquellos a quienes les salen rayitos luminosos de la frente, sino los que ponen codos y voluntad en sus tareas; quienes saben proponerse objetivos claros y dirigirse tercamente hacia

ellos. Estoy plenamente de acuerdo con aquella afirmación de Bernard Shaw que aseguraba que «el genio es una larga paciencia» y con aquella frase de Joubert que dice que «el genio comienza las grandes obras, pero sólo el trabajo las termina». O con Beethoven, que lo decía más plásticamente: «El genio se compone de un 2 por 100 de talento y de un 98 por 100 de trabajo.»

Recuerdo que en los años en que yo fui profesor no me cansé nunca de escribir en las pizarras una fórmula matemática, que resumía en tres cifras mi visión sobre el valor de los hombres. Era una fórmula que decía así: $1 I X 2 C X 10 T = X$. Que, traducido, querría decir: un hombre vale igual que un coeficiente de inteligencia multiplicado por dos coeficientes de las circunstancias en que se verá su vida, multiplicado a su vez por diez coeficientes del trabajo que pondrá en su pelea. De lo que se deducía que un muchacho supergenial (con 10 de inteligencia) y superafortunado (con 10 de circunstancias favorable en toda su vida), pero poco trabajador (con un dos de vagancia), produciría un resultado de 4.000. Mientras que un chaval medianillo (justito un 5), que trapalea por la vida (otro cinco), pero apasionadamente trabajador (demos un 10 a su esfuerzo), alcanzaba 12.500 en su resultado final.

Tendríamos que convencer a los muchachos de que no hay inteligencia que valga lo que el coraje; que en los dedos son mucho más honrosas las ampollas que los anillos; en los triunfadores hay siempre una parte de intuición, pero nueve de tozudez. Y eso incluso en la misma poesía. Beaudelaire se lo decía a aquella dama que inquiría qué era la musa: «La inspiración, señora, es trabajar todos los días.»

Todos los días, todos los años, toda la vida. El otro día leí no sé dónde que desde que en 1857 se encontró el primer pozo de petróleo puede calcularse que se han hecho 241 perforaciones por cada pozo realmente encontrado. ¿Y sería la vida menos dura que la tierra? ¿Y sería el buscador de felicidad más afortunado que el de oro negro? Si quienes perforan fuesen tan desalentadizos como son los que estudian una carrera, a estas alturas seguirían andando los coches con sueños o con carbón.

Díganselo a los muchachos. que un suspenso sólo es peligroso en dos casos: primero, cuando uno se ríe de él, y segundo, cuando uno se tumba encima de él. Y explíquenles también que tendrán derecho a desalentarse cuando lleven 242 fracasos. No antes.

67.- Jesús nació mongólico

Hace ya varios años, un matrimonio amigo esperaba el nacimiento de su quinto hijo por las vísperas de Navidad. Era, pensaban, la fecha ideal para nacer. Y habían decidido que se llamaría Jesús, si era niño, o Belén, si era niña. Nació niña. Pero nació...

Me he detenido a tiempo. Iba a escribir la mayor de las barbaridades. Iba a decir «pero nació mongólica», como si, al serio, fuera menos total y magníficamente humana.

Escribiré.- Nació niña. Y, además, nació mongólica,

Sé que ese «además» glorificante extrañará a algunos. Pero no a mis amigos, que recibieron aquel nacimiento como un dolor enorme, pero también como una gran bendición.

Seis años después siguen creyéndolo. El otro día, en una entrevista, contaban que no recibieron aquel nacimiento como una catástrofe, que descubrieron que «el fallo de la naturaleza es una gran lección, una gran tarea y un claro camino», que en aquellos días «todo fue un volcarse de los amigos», y que, con el paso de los años, han ido descubriendo que un hijo deficiente «es una verdadera mina de riqueza humana y espiritual», porque «centra a los progenitores como padres y como esposos: inspira y purifica. Une a la familia. Es fuente de cariño y generosidad». Porque estos niños, que parecen incompletos, en realidad «son enormemente afectuosos, receptivos. Se convierten en centros de unión. Familias hay que andaban en sus más y sus menos, y el hijo subnormal les ha proporcionado energías y ha sido el definitivo punto de reencuentro y de armonía. No hay egoísmo que pueda soportarse a sí mismo ante el hijo deficientes.

Transcribo estas líneas con admiración y pudor sagrado, como quien anda por un hospital, como quien toca una reliquia. Porque nada hay que me impresione más que el santo dolor de los niños. Sin embargo, lo que mi amigo cuenta lo he comprobado ya docenas de veces con otros que viven una historia semejante. Reconozco que no siempre ocurre así y que en este campo influyen casi definitivamente factores de fe, de educación y de economía. Sé de familias que se han destruido al recibir un hijo deficiente. Pero confieso que conozco muchas más que, a través de él, se han visto purificadas, multiplicadas, que han encontrado en esos niños la fuente de las mejores ternuras. La vida es profundamente misteriosa. Y el amor humano es la más potente de las energías. No hay fuerza atómica que pueda conseguir lo que un padre y una madre logran puestos a amar a sus hijos. Es, lo sé, el más alto dolor imaginable. Pero ¿cuántos prodigios de la humanidad se han construido sobre los cimientos de un dolor?

Líbreme Dios de hacer literatura sobre el dolor. No caeré yo en esas teorías masoquistas con las que Schopenhauer afirmaba que «el bienestar y la dicha son negativos. Sólo el dolor es positivo», o las de Schubert, que pensaba que «la alegría nos vuelve frívolos y egoístas, mientras que sólo el dolor aguza la inteligencia y fortifica el alma». No me parece que deba rendirse culto romántico al dolor. Pero tampoco creo humano el pánico al dolor, el olvido de esa tremenda verdad que formuló Séneca al asegurar que «ser siempre feliz y pasar la vida sin que el dolor muerda el alma es ignorar el otro aspecto de la naturalezas. Porque es cierto que el corazón crece en la adversidad y que en 61 descubrimos ese sexto continente del coraje que tiene nuestra alma sin que apenas lo conozcamos.

Sé que después de escrito todo esto aún no he dicho nada sobre el dolor. Porque yo puedo aceptar mi propio dolor, pero ¿cómo asumir, cómo entender el de los demás, el de los pequeños sobre todo? Tengo que reconocer que, ante este tema, me quedo sin respuesta. Acuden a mí a veces madres preguntándome por qué han muerto sus hijos. Y daría media alma por saber responderles. Pero, ante misterios como ése, un cura se siente tan indefenso como los demás mortales. No sé, no sé por qué Dios lo consiente o lo tolera. Habría que ser Dios para saberlo.

Al fin sólo sé responderles lo que Aliosha a su hermano en *Los Karamazov*: cuando Iván grita que no puede aceptar una Creación en la que los niños sufren, a Aliosha se le llenan los ojos de lágrimas, se acerca a su hermano y le besa en la mejilla. No encuentra otra respuesta que el misterio del amor. Y el recordar que también El sufrió y murió.

A veces me pregunto a mí mismo si creería yo en el Dios de los filósofos, en un ente perfectísimo, creador del universo, pero perdido allá arriba en la inmutabilidad del ser. Moeller aseguraba que «hoy lo difícil no es creer que Cristo sea Dios, sino creer en Dios si no fuera Cristo». Efectivamente, no es fácil aceptar un Dios que «quisiera» el dolor. Sería duro creer en un Dios que lo «consiente». Sólo es creíble un Dios que lo comparte.

Recuerdo siempre lo que me impresionó -siendo yo un muchacho.- ver en Milán una exposición del *Miserere*, de Rouault. Era una sala cuadrada en la que habían colocado los aguafuertes del pintor de manera que aquel vertiginoso vía crucis recogiera todos los dolores del mundo: muertos en los campos de batalla, seres abandonados en todos los suburbios, mujeres de triste vida alegre, moribundos solitarios, borrachos tirados por los rincones... Al final, la última estación representaba a Cristo, con una temblequeante caligrafía al pie que reproducía la frase de Peseal: «El sigue en agonía hasta el fin de los siglos.» Aquella exposición me descubrió que la verdadera fraternidad que une a los hombres y a Dios es el dolor.

Por eso he escrito al empezar estas líneas que todo dolor es sagrado, y doblemente sagrado el de los niños: porque siempre es parte del mismo Viernes Santo. Por eso bendigo a Dios, que sabe sacar resurrección de tantos dolores.

De esa resurrección sigue viviendo la pareja de amigos de la que hablé al principio: sufrieron al descubrir la «deficiencia» de su hija Belén y, luego, con amor han ido descubriendo cómo se les iba convirtiendo en resurrección en su vida diaria.

Por eso he titulado estas líneas con una frase que tal vez a alguien le haya parecido blasfema o desconcertante. No lo es. Si todo niño que nace es -real y no sólo metafóricamente- Jesús, ¿cómo no sería El mongólico «en» esta niña que nació, como El, en Navidad?

68. El malo de la película

El doctor Donald T. Forman (que es un americano muy listo, cuya larga serie de títulos ahorro a mis lectores) ha descubierto que el cuerpo humano " subiendo de precio, igual que los tomates o las patatas. Según sus estudios, el valor económico de las materias inorgánicas de las que estamos hechos valía en 1963 la minucia de 98 centavos de dólar. Ese valor subió en 1969 a tres dólares y medio. Y con el reciente encarecimiento de toda una serie de productos químicos hemos llegado ya a valer cinco dólares con

sesenta: más o menos lo que nos costaría la más barata de las comidas en un auto-servicio norteamericano.

Por lo visto, dicen los sabios, nuestro cuerpo es muy poquita cosa. Tres cuartas partes son pura agua. Tenemos, sí, algunas grasas; pero poco más que para freír dos huevos. Y con todo el hierro que contiene nuestro organismo apenas habría para fabricar un clavo.

Como ven ustedes, valemos poca cosa. Aunque luego las piernas de Maradona se aseguren en muchos millones. Aunque digan de algunos boxeadores que tienen puños de oro. Aunque aseguren que hay cuerpos como catedrales. Aunque el Mo de carne nocturna se pague muy caro en los mercados de la diversión. En realidad, cinco dólares. Y eso si pesas 75 kilos y estás bien alimentado. Entiendo casi que quienes no creen mucho en la vida no aprecien el valor de un no nacido, cuyo cuerpo en lo económico vale bastante menos que un café.

¡Curiosas conclusiones a las que nos lleva una filosofía que todo lo reduce a lo económico Razón tiene J. A. Peñalosa al asegurar que, tras muchos siglos de creer al hombre rey de la creación, ha venido el materialismo a darle jaque al rey.

Pero yo me temo que haya venido antes a preparar el camino de ese jaque algo que no sé si llamar espiritualismo ingenuo o materialismo religioso. Porque me parece que una ascética alicorta ha dado dentro del catolicismo al cuerpo humano aún menos valor de los cinco dólares del doctor Forman.

Aún no he logrado entender por qué muchos predicadores tienen la costumbre de hablar del cuerpo humano como del malo de la película. Por lo visto, el alma humana sería una señora llena de bondades, casada -para desgracia suya- con un cuerpo maldito al que tiene que soportar como un matrimonio mal avenido. El alma estaría llena de aspiraciones hacia Dios, mientras que el cuerpo pasaría la vida tirando de ella hacia el barro y el heno.

Hay un libro espiritual muy difundido en las décadas pasadas en el que se llama, al menos una decena de veces, traidor y enemigo al cuerpo humano. El alma tendría que pasarse la vida desconfiando de él, atándole corto, ya que, por lo visto, es «enemigo de la gloria de Dios». Del propio corazón deberíamos desconfiar y tenerlo atado con siete cerrojos, ya que, «aunque la carne se vista de seda, carne se queda».

Yo entiendo bien toda la buena voluntad que hay en estas expresiones con las que, en el fondo, se quiere atacar más a la desviación de la sexualidad que a la carne en sí. Pero me temo que en todas esas expresiones late una profunda ingenuidad y un más grave maniqueísmo.

Tal vez ahí estaría la clave de por qué un porcentaje nada pequeño de cristianos no ha terminado de digerir la encarnación de Cristo. 1,es parece que Jesús habría sido un «hombre especial», algo «vestido de hombre», que no habría terminado de tener del todo ese cuerpo despreciable. ¿Acaso alguien se atrevería a decir que la adorable carne de Cristo «carne se queda» en sentido despectivo?

Más claramente surge de ahí esa falta de fe de muchísimos creyentes en el dogma de la resurrección de la carne. Casi nos parece, más que un dogma, una mala pasada. Se diría que pensásemos que, tras de habernos pasado la vida soportando a nuestro cuerpo en este mundo, no tiene ninguna gracia que Dios se

lleve al cielo a este malo de la película que nos encadenaba. Con lo que, para evitar el problema, hay predicadores que se inventan una llamada «carne espiritual» que ya no sería ni carne ni pescado.

Pero resulta que Cristo en el Evangelio explicaba muy bien que el pecado no es lo que entra por la boca, sino lo que sale del interior. Y aclaraba que del alma, de la voluntad, salen los malos deseos. Con lo que se concluye que es el alma quien malemplea el cuerpo cada vez que pecamos.

De todo ello surge, me parece, esa visión tabú que a veces se difunde sobre todo lo que tiene que ver con el cuerpo y la sexualidad, como si el uno y la otra fueran malos por su propia naturaleza y sólo se purificasen «a base de echarles alma». Con lo que injuriamos, calumniamos, insultamos a nuestro santo compañero de fatigas, a la carne que, al resucitar, será carne resucitada y no un híbrido espiritual.

Me parece que]habría que comenzar por aceptar que Dios hizo bastante bien al hombre, que no es que se equivocara poniéndonos, como si fabricara café con leche, un alma sabrosa y un cuerpo amargo al que hubiera que pasarse la vida echándole azúcar. Creó, sí, la libertad, con lo que tiene de inevitable riesgo. Pero son cuerpo y alma quienes luchan y construyen, juntos, la casa de la felicidad.

Emilio Ferrari lo dijo con versos bastante retóricas y un poco cursis, pero lo expresó bien: «No, no es el cuerpo miserable andrajo 1 que damos a la muerte por rescate. 1 Es más bien la herramienta de trabajo, 1 es más bien la armadura del combate.»

Es cierto. No nos realizaríamos si no tuviéramos cuerpo. Y, desde luego, no seríamos cristianos sin él. Habría, por tanto, que tener no sólo respeto, sino veneración hacia esa carne humana que Dios se encargará de eternizar.

Quiero ahora contar una historia que me produjo, hace ya años, escalofríos. Un día, al salir de una iglesia en la que había hablado yo de la resurrección de la carne, me esperaba a la puerta un muchacho cuyos ojos ardían. «¿Usted cree de veras, pero de veras, en lo que acaba de predicar?», me preguntó. Sus palabras me sacudieron, porque eran tan ardientes como sus ojos y porque comprendí que de mi respuesta iban a depender muchas cosas para él. Cuando le dije que sí y que eso para la Iglesia era un dogma y no una metáfora, vi cómo el respiraba y el fuego de sus ojos se convertían en luz serena. Me explicó que desde hacía diez años, exactamente desde el día del entierro de su madre, no era capaz de creer. Su madre había muerto estando él lejos de España, y su padre había retrasado un día el entierro para que él llegara. Y cuando él, segundos antes de cerrar la caja, se había acercado a verla, apenas la había reconocido ya. Su madre había comenzado a... El joven no fue capaz de pronunciar la palabra. Se detuvo aterrado, como ante un precipicio. «Yo podía aceptar -me dijo, ya con lágrimas- que mi madre muriera, no que a su cuerpo, que a mí me había engendrado, le pasara aquello.» Dijo esto tan corriendo que se quedó sin respiración. Al recuperarse añadió: «Por eso nunca me ha bastado saber que el alma de mi madre era inmortal. Yo quería su cuerpo. Yo quiero su cuerpo. Necesito recuperarlo tal y como era antes de aquel momento.» «Lo recuperarás», le dije. Y vi cómo crecían sus ojos, cómo se esponjaba su alegría, cómo diez años de angustia se alejaban de él.

Pero aquella mañana aquel muchacho me ayudó más a mí que yo a él. Porque entonces entendí yo que para valorar el cuerpo humano hay que pensar en el santo cuerpo que nos engendró. Y pensando en él entendí para siempre que «tiene» que ser cierto que todos nuestros santos cuerpos resucitarán.

69.- Me acuso padre ... de ser periodista.

Ave María Purísima. Me acuso, padre, de ser periodista.

Desde hace meses me viene persiguiendo esta idea.- un día debo arrodillarme en un confesonario y decir esas ocho palabras. Y, si lo retraso, es porque dudo de que un confesor pueda llegar a entender el espesor de ese pecado si no ha sufrido, como yo, a diario, las contradicciones de esta profesión. ¿No estaremos, me pregunto, contribuyendo decisivamente los periodistas a ensuciar y ennegrecer el mundo? Pido al lector que no crea que aludo a la prensa pornográfica o la misma sensacionalista (aunque en ambas ese ennegrecimiento se multiplique). Hablo de los periódicos y periodistas que llamamos «normales», que por exigencias de su profesión, para cumplir lo que su profesión les exige, tienden a diario a agredir los nervios de la humanidad.

Supongo que nadie va a negarme que vivimos en un mundo excepcionalmente tenso, ácido, avinagrado. Ocho de cada diez personas con las que conversas terminan diciendo «adónde vamos a parar» o «qué mundo éste en el que vivimos». Conozco cientos de personas que dudan del sentido de la vida humana, que no pueden evitar el volverse contra Dios, que habría hecho o permitido esta humanidad de violencia, agresión y zancadillas. Y me pregunto si no estaremos siendo decisivos los periodistas en este colectivo avinagramiento de la humanidad, si no vivimos entregados a falsificar la realidad del mundo precisamente porque hemos elevado a norma lo novedoso, lo llamativo, lo golpeante, lo excepcional.

Decimos que es noticia un hombre que muerde a un perro. Y jamás hablamos de esos mil millones de humanos que todos los días sacan cariñosamente a pasear a sus perros. Es noticia el asesino y no la madre que ama, cuando sabemos que hay un millón de madres entregadas por cada asesino. Contamos la historia del atracador, pero no la del sabio; o la del padre anormal que golpea a su hijo, mas no la del que dedica doce horas diarias a encontrar alimentos para los suyos.

Y como resulta que nos hemos convertido en invasores, como acaparamos, al menos, el ochenta por ciento de los conocimientos que el hombre medio tiene -que vive mucho más de nosotros que de los libros o de sus propios pensamientos-, hemos aquí convertidos en filtros de permanente amargura, en destiladores de tensión en las almas, en deformadores sistemáticos de la visión que del mundo tienen nuestros contemporáneos.

No es, quede esto claro, que seamos malas personas uno por uno, es que las normas de nuestra profesión nos convierten casi inevitable- mente en ennegrecedores de oficio.

Me temo que estemos pasando de un «mundo informado a un «Mundo superarchirrequetoinformado». Decimos a veces que somos el cuarto poder, y es probable que no lo seamos en la política o en la economía, pero en las conciencias somos el primero.

Y el problema se agrava dadas las circunstancias de nuestro trabajo. Porque resulta que los periódicos son mucho peores que los periodistas y que nosotros volvamos casi siempre en nuestros artículos lo peor de nosotros mismos, al juntarse en nuestras plumas esos dos monstruos que son las prisas y la necesidad de triunfar.

La primera es de siempre, la segunda es una fiera de última hora. Vivimos en una prensa que tiene la competencia como primera norma. No importa en ella hacer buenos periódicos; importa hacer diarios que la gente lea y discuta. No se valora demasiado el escribir bien, lo que sirve es escribir agresivamente. En un periodista de hoy cuentan mucho más los espolones que la pluma. Hay que llamar la atención a toda costa. Hay que conseguir ser distintos y no buenos, llamativos y no hondos; hemos renunciado ya a pasar a las páginas de la historia literaria; consigamos, -al menos, entrar en el libro urgente de la actualidad y de los chismorreos.

Y detrás viene la prisa. Si los lectores supieran en qué condiciones escribimos, nadie nos leería. Hace tiempo que aprendí en los periódicos que aquí lo importante no es tener muchas cosas que decir, ni siquiera el decirlas bien. Lo único que cuenta es decirlas antes que los demás, ganar al contrincante por la mano, opinar hoy sobre lo divino y lo humano, aunque nada sepamos de lo uno ni lo otro.

Hay días en mi vida que no olvidaré nunca. Por ejemplo, aquel 26 de agosto de 1978, en que fue elegido Papa Juan Pablo I. Era sábado y el nombre del nuevo Pontífice nos sorprendió a todos a las siete y cuarto de la tarde. Ni yo ni mis compañeros sabíamos apenas nada de monseñor Luciani, y la nota oficial que emitió el Vaticano no incluía otra cosa que cuatro datos genéricamente piadosos, Llamé al periódico. Me dijeron que a las ocho me llamarían para que dictara una larga biografía del Pontífice y que a las nueve menos cuarto volverían a llamarme para que leyera un largo editorial sobre el sentido de esta elección y las líneas previsibles del nuevo pontificado.

Recuerdo que grité por el teléfono: «¿Pero os habéis creído que yo soy Dios o una máquina? ¿Cómo podéis esperar nueve folios en una hora y media?» Me respondieron que era sábado, que la primera edición se cerraba a las nueve, que no podían salir sin esa crónica y ese editorial. Colgué el teléfono,, apreté los ojos y me clavé las uñas en las manos.

Me senté a la máquina, vomité las pocas cosas que del nuevo Papa sabía, mientras crecía en mi alma el más espantoso complejo de bufón. Pensaba: Mañana doscientas mil personas leerán estos comentarios míos como si fueran la Biblia; porque, encima, me creen, me aprecian, asumirán como dogmas estas frases genéricas que estoy escribiendo. Yo hubiera debido decir. No tengo materiales suficientes, no conozco lo bastante a este Papa para informar, y menos opinar sobre él. Pero ¿qué lector hubiera entendido que yo le citase para el periódico de mañana? Escribí mis nueve folios, los grité al teléfono y, a las nueve de la noche, agotado y odiándome, crucé las calles de media Roma tratando de serenarme, de reconquistar la paz conmigo mismo, mientras el bufón me crecía y me crecía en el alma.

Todo periodista honesto lo sabe: cuanto más importante es una noticia, más precipitadamente debe ser tratada. Cuanto más hondo es lo que tienes que contar, menos tiempo tienes para reflexionar. La gente debería leernos con setecientas lupas, desconfiando de cada uno de nuestros adjetivos. Y, asombrosamente, todos hablan mal de los periódicos y de la televisión. Pero todos se alimentan de los unos y la otra.

Hace siglo y medio intuyó todo esto con palabras proféticas Kierkegaard al asegurar que «los periódicos son el sofisma más funesto que haya aparecidos, porque veía que en el futuro iban a concederles los altavoces del mundo a quienes menos los merecían. Contaba él que era como si en una nave hubiera un solo megáfono y de él se hubiera apoderado el pinche de cocina.

La conclusión es que todos los altísimos pensamientos del pinche de cocina («pon manteca a las espinacas»; «hoy hace buen tiempo»; «quién sabe si algo anda mal por allí») se oirían por toda la nave, mientras que el pobre capitán gritaría inútilmente, aunque tuviera cosas mucho más importantes que decir. Al final el mismo capitán tendría que mendigarle al pinche de cocina que transmitiera sus instrucciones, pero aun éstas se transmitirían alteradas por la estupidez del mozo. Al final el pinche de cocina se apoderaría de la dirección de la nave.

Terrible profecía que vemos a diario realizada: hasta los grandes escritores y filósofos mendigan hoy un sitio en nuestras páginas si quieren existir; hasta se rebajan al «lenguaje periodísticos y tratan de «llamar la atención» como vicetiplies.

Henos, pues, aquí, reyes de lo superficial y lo ácido, dirigiendo un mundo que desconocemos, contagiando a los humanos nuestro culto a lo raro, obligándoles a creer que el mundo abunda en hombres que muerden a sus perros, ayudándoles a levantar los puños contra un cielo que habría creado mal las cosas y consiguiendo que el hombre no vea jamás los ríos de amor y de ternura que cruzan por el mundo.

70.- Anónima Matrimonios, S. A.

La historia que voy a contar es una de las más tristes que he conocido. Tanto que es capaz de derribar -al menos por unas horas- mi terco optimismo. Y es una historia tan rigurosamente verídica que voy a dar en ella todo tipo de detalles, no vayan mis lectores a juzgarla una fábula.

Ha sucedido, sucede, está sucediendo en Italia, en Roma. En el número 76 de la calle Roma Libera tiene su sede la sociedad que da título a este artículo, la Anónima Matrimonios, S. A., que se dedica, con todos los papeles en regla, a lo que podríamos definir «trata de viejos». ¿Que usted es un futbolista que necesita nacionalizarse italiano para poder jugar en la Liga nacional? No se preocupe, la Anónima Matrimonios le encontrará una linda viejecita a las puertas de la muerte para que usted se case sin mayores obligaciones y consecuencias y con la alta probabilidad de una próxima viudez que le deje más libre aún,

pero ya nacionalizado. ¿Que, por el contrario, es usted una actriz que tendría, en sus contratos, menos impuestos siendo italiana? Le buscará a usted un presentable anciano que resuelve el problema. Todo es cuestión de un poco de dinero. Poquísimo, en realidad. Un viejo de setenta años sale más bien barato, unas 25.000 pesetas. Pero, claro, tiene el inconveniente de que puede vivirle a usted veinte o veinticinco años, y eso le expone a usted a nuevos gastos con ocasión del divorcio. Con cincuenta o sesenta mil tiene usted ya un anciano de ochenta años, que es menos comprometido. Y si quiere usted tener todas las garantías, con cien mil le encuentran un viejo con una enfermedad incurable y defunción a vuelta de correo.

Todo esto que estoy contando no se lo dicen a ustedes con tanto descaro en la dulce oficina, pero así son las cosas.

No hace mucho la historia saltó a los periódicos con un cierto tinte de escándalo. Lorenzo Berni, un anciano de ochenta y un años, se «casó» (lo pongo entre comillas porque me avergüenza usar en esta historia ese verbo tan hermoso) con una joven actriz yugoslava, Alice Bakarcirc, que necesitaba nacionalizarse italiana para abrirse mejor las puertas de Cinecittá y que acudió a la agencia para agilizar los trámites.

Cuando a Lorenzo Berni, que vivía en un hospicio romano, le hablaron de una cifra próxima a las cincuenta mil pesetas, sintió vértigo. Al fin tendría dinero para media docena de caprichos acariciados desde hacía décadas. Y en el fondo le divertía la aventura de imaginarse durante algunas horas casado con aquella belleza.

El «matrimonio» (vuelvo a poner comillas) se hizo. A horas supermañaneras, eso sí. Y a Lorenzo Berni le regalaron un traje nuevo y cincuenta billetes de mil. Y tras la ceremonia y un lúgubre desayuno en una cafetería «con su mujer», los padrinos acompañaron a Lorenzo a su asilo para vivir sólo su luna de miel.

A vivir más solo que nunca. Porque aquel día se inició la gran tortura. Los compañeros de asilo comenzaron su asedio: «¿Qué te han dado, qué te han dado?; ¿no nos has traído nada?; pero ¿no nos vas a invitar?; ¿me prestas mil pastas?; ¿dónde has escondido lo que te han dado?» Y el comentario unánime. «Desde que se ha casado se ha vuelto orgulloso. Yo no vuelvo a darle ni un cigarrillos

Un panorama horrible, en el que he omitido -¿para qué?- las infinitas preguntas y alusiones torpes que durante semanas llenaron el hospicio de turbios pensamientos.

Aún llegó otra tortura: la mujer que había servido de mediadora- celestina para buscar al viejo intentó hacerle chantaje para que él a su vez se lo hiciera a la actriz. Pero Lorenzo ni sabía la dirección de Alice, de quien sólo volvió a recibir un paquete con dos botes de mermelada.

Y llegaron las cartas indignadas de todos esos nietos y sobrinos que jamás le habían visitado, pero que ahora sentían herido su orgullo y manchado su apellido, desde que la foto y nombre del anciano salieron en todos los periódicos. Y gentes que le reconocían en bares y calles volvían contra él los dardos del sarcasmo.

«Yo no me hacía ilusiones con este matrimonio -ha declarado Lorenzo Berni a un periodista-. Sabía que todo era una conveniencia. Pero esperaba que al menos fuera una historia secreta, que nadie

llegaría a conocer. Ahora estoy en la boca y en la risa de todos. Y quisiera irme, no sé dónde, a donde nadie me conozca. Irme. Irme. Aunque fuera al otro mundo.»

Hasta aquí la horripilante historia a la que no he añadido ni un solo gramo de crueldad. Hasta aquí la historia de un mundo en el que, por un capricho, somos capaces de usar como felpudo la dignidad humana. De la trata de negros se pasó a la de blancas; de la trata de blancas hemos llegado a la de niños y de viejos. Todo se compra, todo se vende. Y ni siquiera por altos precios. Para alcanzar caprichos. Las leyes que prohíben clavar un cuchillo transigen si eso se hace en el alma.

No hace muchas semanas detenían en Francia a un grupo de atracadores que habían ido dejando París lleno de pistas con su despilfarro, gastando en quince días varios millones de francos. Con ellos vivía una muchacha danesa que se había incorporado a sus francachelas en una juerga tras el atraco. Cuando la Policía le preguntó si no la había extrañado ese chorro de dinero tirado, respondió: «Me divertía demasiado para preguntármelo.»

Esa es la clave de la cuestión: nadie se pregunta nunca por el precio de sus locuras. La dulce y cristiana esposa del multimillonario ladrón no se pregunta de dónde saca el dinero su marido y a costa de quiénes lo consigue. A ella le basta con vivir bien y de tener tiempo sobrado para sus oraciones. Los hijos que sangran a su padre para ver esta semana a «Supertramp», la pasada a Miguel Ríos y la próxima a Rod Stewart, ¿cómo van a tener tiempo de preguntarse qué jaribeques ha de hacer su padre para -alimentar su «estar al día»?

Jugamos, jugamos todos. Y que siga la juerga. Y el precio final es un mundo lleno de solitarios y pisoteados anónimos a los que, tal vez, para tranquilizar la conciencia, les mandamos dos botes de mermelada.

71.- Viajar como maletas.

Supongo que las crecientes subidas del dólar y devaluaciones de la peseta han venido a cortar la también creciente ola de turismo español por el extranjero. Y no sé si alegrarme o entristecerme, porque me parece, a la vez, una de las cosas mejores y más difíciles del mundo. Y siento tanta estima hacia el viajero-viajero como compasión hacia el turista-turista.

No es lo mismo, desde luego, aunque muchos lo confundan. El viajero va por el mundo como quien lee un libro; el turista, sólo como quien ve la televisión. Por los ojos de ambos desfilan calles y personas, pero si para el viajero se le adentran por el camino del alma, para el turista simplemente desaguan por el agujero de la diversión.

Creo que Goethe lo precisó muy bien: «El que corre mundo sin perseguir grandes fines estará mucho mejor en casa.» El verdadero problema no está, pues, en dónde se viaja, sino en para qué se viaja,

con qué tipo de alma se sale al mundo. Y así es como los viajes -según dice el refrán inglés- «favorecen a los sabios y perjudican a los necios».

El que viaja con el alma abierta, sin prisas, con la visita preparada, habiendo conocido primero en los libros las ciudades cuyas calles después recorrerá, ése puede llegar a tener tantas almas como naciones visite. Ese descubrirá que el viaje estira las ideas y encoge los prejuicios, alarga la comprensión y reduce el egoísmo. El que, en sus viajes, prefiere las gentes a las calles, las calles a los teatros, los teatros a los espectáculos idiotas, ése tiene la posibilidad de regresar mejor de lo que partió. El que viaja para admirar y no para pasarse las horas repitiéndose que, «como en España, ni hablar», o que «comidas, mujeres y sol como el nuestro no lo hay», ése tal vez logre salir verdaderamente de esa primera página del mundo que es todo país natal y que, por muy hermoso que sea, es sólo la primera página.

No basta viajar, desde luego. Hay que saber hacerlo. Y eso no lo enseñan en el Bachillerato. Creer que los viajes enseñan por el hecho de hacerlos es olvidar aquello que decía humorísticamente Rusiñol- «Si fuera cierto que los viajes enseñan, los revisores serían los hombres más sabios del mundo.»

Y hay gentes, la mayoría de los turistas, que viajan como picando billetes, que hacen turismo como maletas. Como esas maletas crucificadas de etiquetas y dentro de las que seguramente no hay más que ropa sucia. Ropa sucia es lo que muchos traen después de recorrer Europa entera.

Voy a transcribir aquí un párrafo de alguien -Unamuno- que odiaba a los turistas. Es un párrafo largo, pero pido al lector que lo mastique bien, porque -aun con algunas exageraciones- no tiene desperdicio:

«¿Para qué viaja la mayoría de los que viajan? ¿Hay algo más azorante, más molesto, más prosaico, que el turista? El enemigo de quien viaja por pasión, por alegría o por tristeza, para recordar o para olvidar, es el que viaja por vanidad o por moda. es ese horrible e insoportable turista que se fija en el empedrado de las calles, en las mayores o menores comodidades del hotel y en la comida de éste. Porque hay quien viaja -horroriza el tener que decirlo- para gustar distintas cocinas. Y otros para correr teatros, cafés, casinos, salas de espectáculos, que son, en todas partes, lo mismo, y en todas igualmente infectos y horriblos. Y hay quien viaja por topofobia, para huir de cada lugar, no buscando aquel a que va, sino escapándose de aquel de donde parte. Muchos de los que dan en viajar mucho lo hacen huyendo de cada lugar. Es que no pueden parar en ninguno. No es que les atraiga el punto adonde van, es que les repele aquel de donde salen.»

Ahora pido al lector que relea con atención las últimas líneas de este párrafo, porque en ellas pone Unamuno el dedo en una de las llagas más vivas de nuestro presente: la topofobia, la domofobia. ¿Cuántos viajan por huir de sí mismos, porque son culos de mal asiento, porque piensan que cambiando de clima cambiarán de alma, porque no se soportan a sí mismos ni a lo que les rodea? ¿Viajan? No; huyen. ¿Y puede encontrarse algo cuando se huye?

«Domofobia» es una palabra que aún no existe en el diccionario, pero que ha sido puesta de moda recientemente por algunos psiquiatras, y es una de las grandes enfermedades del hombre contemporáneo. Y es asombroso, porque el nivel medio de las casas en Occidente ha mejorado en los últimos cincuenta

años más que en los veinte siglos anteriores. Los palacios de los ricos han perdido colosalidad, pero se han vuelto mucho más vivideros. Y los mismos pisos de los pobres distan mil Kilómetros -salvo excepciones- de las chozas de hace un siglo. Las viejas cocinas paleolíticas empiezan a aproximarse a las de los cuentos de hadas. Y podría pensarse que la selva de cacharros televisivos, radiofónicos, calefactores, refrigeradores y demás morralla habrían convertido por fin las viviendas en hogares.

Pero resulta que es precisamente ahora cuando ni varones ni mujeres aguantan permanecer muchas horas en sus casas. Se impone la fuga de los fines de semana, la piscina, la excursión dominguera. Al hombre moderno hay que sacarle, como a los perros, a pasear todos los días.

Así es como los viajes se han convertido en fugas. No en ocasiones de enriquecimiento, sino en simples tubos de escape de eso que llamamos «la rutina cotidianas. De cada diez decisiones del hombre contemporáneo, nueve provienen de simples afanes de cambiar de postura. No es que se elija aquello a lo que se accede, es que se quiere abandonar lo que se tiene. Porque el hombre contemporáneo no se soporta dentro de su propia piel. ¿Son las almas o es el mundo lo que está enfermo? ¿Son los ojos quienes están turbios o es confusa la realidad que nos rodea?

Juan Ramón explicaba a un joven que «en la soledad se encuentra lo que a la soledad se lleva». Y habría que decir lo mismo a todo viajero: en el mundo se encuentra lo que en el corazón se lleva: apertura, si se tiene el alma abierta; frivolidad, si ella va, dispersa. Por eso quienes viajan sin poder soportarse a sí mismos terminan por no soportar nada en sus viajes y acaban por decir aquella tontería de Alfonso Karr cuando aseguraba que «en todos los países que visitamos hay una cosa que sobra: sus habitantes». Pero si de un país no me importan sus gentes, ¿cómo voy a entender las casas en que viven o las iglesias en que rezan?

Amigo mío, si no estás preparado para viajar, no viajes. Cúrate primero tu alma, limpia y estira tus ojos; piensa que tus vicios, tus intransigencias y tus incomprensiones viajarán contigo. No pasees por el mundo tu propia amargura, porque la difundirás y volverás con ella multiplicada, ya que cada país que visites se volverá un espejo reflejante de tu podredumbre interior.

Sólo si estás alegre, abierto, apasionado, con ganas de aprender y de amar en más idiomas, sólo entonces sal: un mundo maravilloso está esperándote a un lado y a otro de la frontera. Y recuerda que sólo cuando ames tu propia casa se volverá para ti el mundo una casa.

72.- Una cura de Bach

Si yo tuviera que señalar los dos días más decisivos de mi vida, creo que elegiría (junto al de mi ordenación sacerdotal) el 17 de abril de 1949, en que, por vez primera en mi vida, asistí a un concierto en

vivo. Tenía yo entonces dieciocho años y nunca había vivido en una de esas grandes ciudades que tienen el enorme privilegio de contar con orquestas y salas de conciertos. Pero es que al descubrimiento de la «verdadera» música se unió aquel día el oír por primera vez a Bach. Fue -no lo olvidaré jamás-- la «Misa en si bemol», dirigida por Scherchen. Y supuso para mí un deslumbramiento, como si en aquellas dos horas recorrieran una cortina sobre una dimensión desconocida. Vuelvo a ver al muchacho que yo era caminando por las calles de Roma como ebrio, como alucinado. No porque la música de Bach fuera locura (sólo mucho más tarde empezaría a entenderla), pero sí porque asomarme a tal milagro produjo en mí una sensación de vértigo luminoso, el hallazgo de una alegría que jamás hubiera sospechado que existiera en este mundo.

Desde entonces he oído esa misa millares de veces. Y no exagero al decir millares, porque, durante muchos años, tuve permanentemente puesto en mi tocadiscos aquel «Kyrie» para despertarme todas las mañanas, oyéndolo como una cura de salud con que quería empezar todas mis jornadas.

Este verano he repetido esa cura en dosis masivas. Porque lo necesitaba. ¿Quién, viviendo en 1983, no tiene los nervios destrozados, el alma tensa, el espíritu agresivo, el ánimo laberíntico? Bach es un balneario, el mejor médico del alma que ha producido nuestro mundo.

Por eso mi verano ha sido regresar a su música como si volviera a la casa de un padre. Mientras leía y trabajaba, sin las malditas prisas de lo periodístico, he vuelto a hacer rodar sobre mi tocadiscos sus cantatas, a razón de seis, ocho horas diarias. Y era como un reencuentro con una humanidad anterior a las tormentas.

Tengo una terrible envidia hacia Bach como hombre. No porque se parezca a mí. En mis buenos momentos me siento mucho más cerca de Mozart y en las horas exaltadas más próximo a Beethoven. Bach es, para mí, el equilibrio inalcanzable y, por ello, tanto más deseado.

Me pregunto a veces si el siglo xx sería capaz de producir un hombre como Bach. Y siempre me respondo que uno tan grande, tal vez. Pero jamás uno de su corte.

Bach era casi algo que hoy no apreciamos: un buen burgués, alguien bien instalado en la sociedad que le rodeaba, que no soñaba en destruir el orden (desorden) en su inundo, que hizo una verdadera revolución en la música sin siquiera habérselo propuesto, sin soñar innovar, pero haciéndolo.

Bach era lo que nosotros no seremos nunca: un hombre feliz. Su cara nos repugna, su peluca nos repele. Pero él conocía la felicidad de componer, la felicidad de existir. En su obra no hay tensiones ni altibajos. Es un genio regular, casi diríamos que un burócrata de la genialidad. Y todo ello sin estar en demasiado conflicto con su mundo y mucho menos consigo mismo. Lo contrario del mundo contemporáneo, que sólo produce genios ariscos, genios a contraorden, a contra-mundo, permanentemente ansiosos, insatisfechos.

Bach era alguien seguro de sí mismo. «Buen marido, buen padre, buen profesor, buen amigo», dicen sus biógrafos. Hoy redondearíamos, un mediocre. Tenía, claro está, sus geniadas. Luchó siempre por salir de estrecheces. Pero jamás como un titán que remueve las columnas del orbe. Sus «rebeldías» contra los

príncipes jamás le alteraban, eran «rebeldías dentro de un orden» y apenas se reflejaban en ese «continuo» que es toda su obra.

Hoy unimos el concepto de genio al de locura. Nada loco hay en Bach. O, en todo caso, hay una locura muy racional. El dolor es, para él, parte de la historia y jamás desequilibrará esa asombrosa armonía que vivió entre su cabeza, su corazón y su mismo vientre.

. Era, lo que ahora no hay, un adulto. En el siglo xx todos somos adolescentes. Los mediocres viven en una permanente no realización. Los mejores existen como flechas, siempre tensas al blanco, siempre inseguras de si lo conseguirán. Bach vive en la certeza. No tiene que pasarse la vida regresando a su paraíso feliz de la infancia, como Mozart. Ni golpeando con sus sueños las tapias del futuro, como Beethoven. Bach no conoce la angustia o la ansiedad. No es «animal de psiquiatra». Hay en él un admirable equilibrio psicológico. Nada patológico aparece en su música. Nada masoquista, nada narcisista. Su música -dicen los Psiquiatras especialistas- es obra de una asombrosa virilidad, fruto de alguien sexualmente pacífico y realizado.

En él se realiza esa figura del padre, que hoy tan poco frecuente es. Bach es la fertilidad, lo fue en todos los sentidos. ¿Cómo podía componer en aquella casa siempre abarrotada de chiquillos, en un permanente barullo musical? Es asombroso. Allí la vida era cantar, componer, tocar, «jugar» (aquí es perfecta la palabra francesa) y hacerlo con normalidad, sin otras normas que la de hacer cada día más y hacerlo mejor.

Supo ser, sin proponérselo, la síntesis de cosas tan opuestas como la música alemana, francesa e italiana de la época. En él se unían -¡milagro!- Pachelbel, Buxtehude, Couperin, Vivaldi y Corellí. Fue europeo antes de que se inventase la Comunidad. Y en una Europa tan desgarrada como la suya supo ser un ferviente luterano, en el que nos sentimos hoy perfectamente expresados los católicos. Oyendo su música parece imposible la desgarradura que entonces sufría la Iglesia. Porque él supo unir lo que no conseguiría sanar el Concilio de Trento.

Me pregunto a veces qué ocurriría en nuestro siglo si obligatoriamente se escuchara media hora de Bach antes de todas las reuniones entre políticos, entre dirigentes eclesiásticos, o ante las conversaciones entre patronos y sindicatos. ¿Tras oírle, quién podría declarar una guerra o mantener una separación?

Los hombres de hoy no encuentran la paz, ni el acuerdo, porque sólo se encuentra lo que se lleva dentro. Y, con almas en guerra, ¿qué se puede generar sino discordia?

Por eso en este verano he entrado yo en el balneario Bach, he dejado que él me fuera vendando mis heridas, que pasaran y pasaran por mi cerebro sus mansas y vivas melodías. Porque Bach no es un cloroformizador, sino un vitalizador. No atonta, ni adormila, despier- ta, pero hacia la paz y no con la tensión. Lo hace mucho mejor que el «astenolit» y demás fármacos. Más en profundidad que la más ancha playa. Oyéndole me encuentro «bien sentado» en el mundo. No lejos del dolor, pero sí de la 'neurastenia. A gusto, como en una poltrona. Luego vendrán el otoño y el invierno a zarandearnos, a devolvernos nuestra condición de hombres modernos, nerviosos, insa- tisfechos, como si todas nuestras

sillas quemasen o tuvieran alguna pata rota. ¿Quién demonios nos habrá convencido que ser modernos es tener el alma siempre en vilo? ¿Quién que la genialidad es desmesura? ¿Quién que tenemos tanto que vivir que no saboreamos nada de la maravilla que vivimos? Nos haces falta, padre Bach, en este mundo de bastardos.

73.- El derecho a equivocarse.

Una doctora amiga me contaba hace días una historia emocionante. Su oficio es magnífico: se dedica al análisis preventivo de varias enfermedades en los recién nacidos, enfermedades que, detectadas en un primer momento, logran salvar muchas vidas y ahorrar muchos dolores tardíos. Y sucedió hace ya varios años que, en una jornada en la que estaban sobrecargados de trabajo, alguien en su laboratorio, probablemente por puro cansancio, se equivocó al poner las etiquetas en las muestras de los análisis, con lo que se aplicaron curas innecesarias a quien no lo necesitaba y, lo que es peor, se dio por sano a un niño claramente predispuesto a varias enfermedades.

Meses más tarde, lo que se había dado por imposible, se declaró en este niño, por lo que las curas, tardías, fueron mucho más dolorosas y peligrosas. A causa de aquel error en el cruce de etiquetas. Todos los médicos de aquel laboratorio sufrieron, por su fallo, tanto o casi tanto como los padres. Pero quiso la fortuna que el pequeño pudiera salvarse.

Un año más tarde, aquellos padres fueron a visitar a la doctora. ¿Para quejarse de aquel error que puso en peligro la vida de su hijo? No; para que la doctora viera lo bien que el niño estaba y para que no siguiera sufriendo por el error que había cometido.

La doctora que me contaba la historia se emocionaba al hacerlo y me decía que, mientras tantos hubieran guardado un permanente rencor por aquellos miedos y dolores tardíos, que ciertamente se debían a un error suyo o de alguno de sus compañeros, aquellos padres habían descubierto que la posibilidad del error es parte de la condición humana, que también un médico tiene derecho al cansancio y que, cuando no se debe a desidia o desinterés sus fallos deben ser comprendidos como los de los demás humanos.

Yo comprendo que esta historia es hermosa, aun cuando tuvo la fortuna de que el niño se salvó. Habría sido un millón de veces más difícil si aquella vida se hubiera perdido. Pero tengo que reconocer que la doctora tiene razón. Que somos justos al exigir a los médicos tanta entrega como la de quienes tienen la vida entre sus manos, pero que nos volvemos inhumanos cuando no reconocemos que el error es parte de su naturaleza y que, aun poniendo toda la pasión del mundo en su tarea, se equivocarán a veces.

A mí no me gusta la fórmula con la que he titulado este artículo: no creo que el hombre tenga «derecho a equivocarse». No tenemos verdadero «derecho» al error. Lo que sí tenemos es derecho a ser comprendidos en nuestros fallos, a ser aceptados con nuestros errores, a ser perdonados por nuestras

estupideces, a ser reconocidos como hombres que inevitablemente cometerán siete tonterías al día y setenta veces siete por año. Temo que, mientras esta ley no sea reconocida y aplicada por todos, no conseguiremos un mundo vividero.

Nunca he creído en la Santa Intolerancia y no me parece que tenga mucho que ver con el cristianismo. Lo cristiano me parece aquello que aspira al ideal, pero que parte de la aceptación de los hombres como son y lo que lleva siempre muchos sacos de perdón dispuestos para su empleo.

Me parece que los hombres nos vamos haciendo verdaderos adultos en la medida en que nos hacemos comprensivos. La intolerancia es, me parece, tolerable y comprensible en los jóvenes. Para dos todo se divide en el bien o el mal. Luego, la vida va descubriéndonos cuánto bien se esconde entre los pliegues del mal. Y cuánto el mal se agazapa detrás de muchos recovecos del bien. Y uno va aprendiendo a perdonar cuanto más descubre dentro de sí la necesidad que tiene de perdón. Por eso un vicio que acumula rencor me parece el ser menos adulto que existe.

También la vida nos va enseñando a perdonar, que es el arte más difícil que existe. Empezamos perdonando melodramáticamente, saboreando el gozo de perdonar, sin caer en la cuenta de que -como decía San Agustín- «se puede ser muy cruel al perdonar» cuando se perdona «desde arriba», desde la «dignidad» del ofendido. Más tarde descubrimos que el verdadero perdón es el que no se nota, el que incluso nos sale del alma sin esfuerzo, naturalmente.

Por eso me parece tan absurda esa frase del «perdono, pero no olvido», porque una cosa es que aprendamos de los errores para no volver a cometerlos y muy otra que nos pasemos la vida recordándolos, sacando jugo al caramelo de nuestro perdón.

Tal vez yo aprendí a perdonar de aquella maestrita que, en mis años infantiles, tenía la hermosa manía de escribir nuestras malas notas con tiza y las buenas con tinta. Así las malas se borraban al día siguiente con la primera operación matemática que hacíamos en el encerado, mientras que las buenas quedaban allí siempre escritas como un bello recuerdo.

Pienso que si los hombres escribiéramos así, las malas cosas en el encerado del alma y las buenas en nuestros cuadernos indelebles, nos encontraríamos al cabo de los años sin rencores y con el corazón abarrotado de motivos de gozo. Dicen que «el lobo puede perder los dientes, pero no la memoria». Afortunadamente, el hombre no es un lobo y puede seleccionar amorosamente dentro de su memoria, de modo que casi nos cause risa cuando alguien nos pide perdón, por la simple razón de que, sin más, lo habíamos olvidado.

Esta ciencia es fácil: basta con mirarse al interior, descubrir la maraña de fallos que uno tiene, para no valorar los de los demás. Aquel a quien le cuesta perdonar es, sencillamente, porque no se conoce a sí mismo. «La vida -decía Goethe- nos enseña a ser menos rigurosos con los demás que con nosotros mismos.» No creo que vivan mucho quienes todo se lo dispensan a sí mismos y nunca encuentran explicaciones para los demás.

Por eso me gusta tanto esa encíclica de Juan Pablo II que me parece que pocos han leído- "Dives in misericordia". En ella se subraya que la sustancia de Dios es que es «rico en misericordia», que es un

experto en el arte de perdonar. Porque ve toda la verdad, la infinita pequeñez de nuestras necesidades. Graham Greene dice en una de sus novelas que «si conociéramos el último porqué de las cosas, tendríamos compasión hasta de las estrellas. Por fortuna, Dios conoce todos esos últimos porqués, ese hecho terrible de que, de cada cien de nuestras necesidades, noventa y nueve se cometen por error, por prisas, por cansancio, por frivolidad y tal vez sólo una por descender del mal.

Por eso me gusta también tanto aquello que dice el Talmud- «Dios ama a tres clases de hombres: al que nunca se enoja, al que nunca renuncia a su libertad y al que no guarda rencor.» Sí; él nos perdonará «así como nosotros perdonemos». Bueno, esperemos que nos perdone mucho mejor. Esperemos que un día él nos enseñe nuestra alma niña, salvada a pesar de tantos errores en las etiquetas de nuestros diagnósticos a la hora de vivir.

74.- La estampida del egoísmo

Este verano hasta he podido permitirme el lujo de ver unas cuantas películas. Algunas atrasadísimas, que se me escaparon y sólo ahora he podido recuperar. Kramer contra Kramer, por ejemplo. Y aunque supongo que ya se dijo todo sobre ella, me gustaría subrayar aquí una frase que me impresionó. Cuando la madre, que ha abandonado su casa y a los suyos, quiere explicar por qué lo hizo, dice que «estaba cansada de ser de alguien. Siempre había sido hija de, madre de, esposa de. Quería ser mía por primera vez».

La frase me impresionó porque pocas definen mejor la situación de nuestro mundo contemporáneo. En todos nosotros se ha desatado el afán de poseernos a nosotros mismos, por «realizarnos», como suele decirse, por independizarnos, por desrelativizarse. Y no seré yo quien recuse tales metas. Cien veces he defendido en este cuaderno la necesidad de que los hombres estén verdaderamente vivos, saquen todo el jugo a su alma, lleguen hasta lo más alto de sí mismos. El problema está, me parece, en cuáles sean los caminos para conseguir esa meta. En descubrir si lo más alto de nosotros mismos está en nuestra autoadoración, en nuestra autoexaltación o en nuestra entrega.

A mí me encantaría ver a todos los hombres del siglo XX realizándose. ¿Quién puede desear mantener las mil formas de esclavitud que el mundo ha construido sometiendo unos hombres a los otros? Toda relación forzosa es esclavitud. Toda relación que no se haga sobre libertad ata alguna de las alas del hombre. ¿Pero bastará tirar por la borda las dependencias para realizarse? ¿Seremos «alguien» sólo con no ser «de» nadie? ¿No estará el siglo XX proponiéndose la bellísima meta de la libertad de los hombres y

consiguiendo, sin embargo, algo bien diferente: la estampida del egoísmo? Los que consiguen no ser «de» nadie, ¿no corren el riesgo de encontrarse, dentro, con el espantoso vacío de sí mismos entregados al servicio de sí mismos, cuando no acabando esclavos «de» su perro, «de» su coche, «de» su infinito aburrimiento?

Son preguntas que, creo, hay que planteárselas con toda su crueldad, porque en ellas están algunos de los quicios de nuestra civilización. Porque estamos viviendo en una de las más locas carreras hacia el egoísmo colectivo. Los hombres, en mayoría, luchan para liberarse y en realidad sólo cambian de esclavitud. Creen poseerse y sólo poseen un vacío. Terminan los mejores descubriendo, como la señora Kramer, que la dependencia de su hijo, vivida en amor, era liberadora. Y que la solución no es arrojar las dependencias, sino conseguir que sean muchas y todas liberadoras y no esclavizantes. Las islas no son más libres que los continentes. Al contrario, todos cuantos en ellas viven luchan por liberarse del empequeñecedor complejo que es propio de los isleños. Las soledades sólo se justifican en la medida en que son fecundas.

Me gustaría comentar aquí algo que yo leí de muchacho y que ha sido siempre decisivo en mi vida. Es una página de un libro milagroso: El medio divino, de Teilhard de Chardin. Aquella en la que expone lo que yo llamo «la teoría de la circunferencia».

Teilhard parte de un hecho elementalísimo: el hombre es egoísta, nace egoísta, incluso casi siempre que ama lo hace por razones, en alguna punta, egoístas. Lo mismo que todos los radios de una circunferencia convergen en su centro, así el hombre hace dirigirse hacia sí mismo todo cuanto le rodea. Y esto por instinto, por su propia naturaleza terrestre.

Pues bien: la tarea por ascender hacia lo mejor de nosotros mismos no es otra que «la destrucción progresiva de nuestro egoísmo»; es decir, «nuestra excentración» hasta conseguir «perder pie en nosotros mismos».

De ahí que un hombre completo (un santo, desde el punto de vista religioso) no es aquel que más se sube encima de sí mismo, sino aquel que más se «abre», el que consigue sacar el centro, poco a poco, hasta fuera de su propia circunferencia. Lo normal es que el hombre se muera sin lograrlo, abriéndose a fragmentos, a trozos, y que tenga que ser la muerte «el agente de la transformación definitiva», quien nos dará «la abertura requeridas para recibir la plenitud del amor. Eso es lo que Teilhard llama «comulgar muriendo».

Me gustaría que mis amigos releyeran despacio este párrafo. Dice más de cuanto yo pudiera explicar.

No me parece serio que la gente se enfade con su propio egoísmo. Es como enfadarse con nuestra propia carne o con los kilos que pesamos. Es bueno rebajarlos, controlarlos, pero sabiendo que siempre pesaremos. Lo malo es cuando el egoísmo, además de dominarnos, se vuelve contra los demás. Bacon decía que «un egoísta es capaz de quemar la casa del vecino para freírse un huevo». Y pudo añadir que, después de haberlo hecho, descubre que lo hubiera frito mucho mejor en su propia sartén que sobre el rescoldo de la casa quemada.

Todo hombre realista descubre que es cierto eso de que el más pequeño dolor en nuestro dedo meñique nos causa mayor preocupación y nos ocupa más tiempo que la noticia de la destrucción de millones de nuestros semejantes. Pero también todo hombre digno de sí mismo sabe que el mundo nunca mejorará -ni para él ni para los demás- si cada uno de los hombres sólo se preocupa de su propio dedo meñique. Y termina por descubrir que, en este tiempo nuestro, estamos todos tan entregados a conseguir nuestra propia libertad, que estamos poniendo en peligro la libertad y dignidad de todos.

A mí me encanta, naturalmente, encontrarme con jóvenes libera dos, con mujeres liberadas, con seres liberados. Lo que me fastidia es descubrir que, los más, se han liberado para nada. No para tener mayores capacidades de amar y de servir, sino para pasarse la vida lamiéndose como gatos.

Y así es como el egoísmo -que sería comprensible y hasta soportable en ciertas dosis- se vuelve peligroso cuando se convierte en estampida, cuando hemos dejado de ser tan «de» alguien que ya ni nos preguntamos quiénes quedan bajo nuestras patas y nuestro enloquecimiento.

75.- La sonrisa y las tinieblas.

El día que yo celebré mi primera misa asistía, a mi derecha, mi viejo tío Paco, que aquel mismo día celebraba las bodas de oro de su ordenación. Y recuerdo que yo empecé la misa -según las antiguas fórmulas- diciendo: «Me acercaré al altar de Dios», y el anciano me respondió. «Al Dios que es la alegría de mi juventud.» Difícilmente se imaginará nadie lo que para mí supuso aquel paradójico juego de palabras. Creo que desde aquel momento descubrí que una de mis obligaciones sería dedicar todos mis esfuerzos a devolverle a Dios el rostro alegre que le habíamos robado, a convencer a mis hermanos de que la Iglesia no es el coco y que nada tiene que ver el Evangelio ni con las tinieblas ni con el aburrimiento.

Por eso me ha gustado tanto encontrarme (dentro de un libro cuyo conjunto me ha decepcionado, El nombre de la rosa) un párrafo en el que el protagonista grita que «el diablo no es el príncipe de la materia, sino la arrogancia del espíritu, la fe sin sonrisa»; que «el diablo es sombrío porque sabe adónde va y siempre va hacia el sitio de donde procede», pues «vive en las tinieblas». Efectivamente, lo que separa a un cristiano del demonio no es que él tenga fe y el diablo no, sino el hecho de que el creyente ve su fe desde la sonrisa y sabe crear sonrisas de su fe.

No siempre se ha pregonado esto. Recuerdo cómo me hizo sufrir, con mis dieciocho -años, la lectura de la obra de Nietzsche y la grotesca visión que tiene de la Iglesia y del sacerdocio.

Releo hoy aquella página en la que nos pinta a los curas como los representantes de la muerte: «Entendían vivir como cadáveres andantes; revestían de negro su cadáver; aun de sus palabras trasciende el nauseabundo olor de cámaras mortuorias. Y quien vive cerca de ellos

vive cerca de estanques negros.» Uno no sabe si echarse a llorar o a reír. Y hace lo último porque tiene buen humor.

Pero ha de reconocer que también dentro de la Iglesia se han dado bastantes motivos para que luego alguien venga con la caricatura. Recuerdo, por ejemplo, aquel párrafo en el que Bossuet supera a Nietzsche en el número de disparates:

«La pasión, sin duda, más engañosa de todas es la alegría, aunque sea la más ardientemente deseada: y la sabiduría no ha hablado jamás en otro sentido de ella que no sea el que ofrece el Eclesiastés cuando juzga la risa un desatino y la alegría un fraude. Y la razón, si no me equivoco, es que, después de la desobediencia del hombre, Dios ha querido alejar de él todas las sólidas satisfacciones que había derramado sobre la tierra en la inocencia de los comienzos, para derramárselas un día a sus bienaventurados.»

¿Qué tripa del alma se le había roto aquel día al gran Bossuet para escribir tales cosas? ¿Nunca leyó los otros miles de páginas en los que la Biblia y Cristo en persona invitan a la alegría? De qué subterránea teología saca esa teoría de que hubo alegría en el paraíso y la habrá en el cielo y, en el intermedio, en la tierra, sólo nos queda la medicina de la tristeza?

Me parecen infinitamente más ortodoxos San Francisco de Asís, cuando llamaba a la tristeza «enfermedad babilónica» y repetía que «la alegría es el segurísimo remedio contra las mil insidias del demonio»; San Francisco de Sales, cuando aseguraba que «la tristeza es contraria al servicio del amor divino»; Santa Teresa, cuando invitaba a sus hijas a la alegría, «porque cuando se empieza el alma a encoger es muy mala cosa para todo lo bueno»; o Santo Tomás Moro cuando, en una de las oraciones más bellas que jamás se escribieron, pedía a Dios que le diera «un alma que no conozca el aburrimiento, los ronroneos, los suspiros ni los lamentos» y el «saber reírse de un chiste, para que sepa sacar un poco de alegría a la vida y sepa compartirla con los demás».

La verdad es que uno en la vida se encuentra no pocas ocasiones de dolor y no faltan circunstancias de llanto. Pero yo estoy hablando de la alegría como ese fondo que todo lo sostiene, de una manera de entender la existencia y el mundo, de esa aceptación serena y esperanzada de la realidad que parte de pensar que «más vale un día alegre con medio pan que uno triste con un faisán», y concluye en aquella afirmación del libro bíblico de los Proverbios que asegura que «el que en su corazón tiene la alegría vive una continua fiesta».

A esta fiesta me invitaron el día que me bauticé. Y me encantaría que todos mis artículos no fueran otra cosa que invitaciones a la fiesta. No sólo como cristiano. También como hombre.

Y fijaos que hablo de fiesta y no de diversión. Esta es una palabra peligrosa cuando se entiende en su rigor etimológico: divertirse es «apartarse de», huir de la realidad y fabricarse una locura en la que olvidar el dolor. La fiesta es algo muy distinto, aunque hoy la mayoría lo confunden. Por eso hay tantas diversiones tristísimas, gentes que confunden la risa con la carcajada, la sonrisa con la bufonada, la alegría de vivir con los estallidos del gamberrismo. Son las pseudo- alegrías de la fuga. Son gentes que no se ríen

porque les guste la vida, sino que se carcajean para olvidar que la vida les amarga. No se ríen «de» algo. Se ríen «contra» algo, contra la realidad de sus vacíos interiores. ¿Cuántas de las diversiones actuales no son risas, sino muecas?

El mundo está lleno de mil razones diarias para la alegría. No hace falta inventarlo, soñándolo mejor de lo que es; no es siquiera necesario ignorar sus zonas negras. Basta verlo con ojos abiertos y luminosos. Basta con no ponerse las diabólicas gafas de las tinieblas.

76.- El pobre en el jardín.

Un amigo mío formaba hace años parte de una pequeña y ardiente comunidad cristiana. Un día a la semana se reunían para hablar de Cristo, de la fe, de cómo difundir su mensaje. Y, como todos eran gente con sus jornadas de ocho horas, se reunían de noche, con cena frugal a la que seguía una larga conversación que a veces se prolongaba hasta las dos, hasta las tres de la mañana. Mi amigo salía de allí con el alma ardiendo, con olor a evangelio, dispuesto a entregar lo mejor de su vida por él. Hasta que...

Era una noche de invierno, heladora y cortante, cuando mi amigo, tras la charla con su comunidad, llegó a su casa cerca ya de las tres de la mañana. Y, al bajarse del coche, vio que enfrente de su portal, en el jardín frontero, sobre un banco de hierro, dormía un cuerpo arrebujado, mal cubierto con algunos periódicos.

Algo ocurrió en el alma de mi amigo: con una noche así, un hombre sobre un banco, sin otra protección que un viejo abrigo y unas hojas de papel, podía muy bien morir de congelación. ¿Podría dejarle al desamparo? Dentro de sí oyó gritar una voz que le explicaba que eso sería un crimen. Pero pronto otra voz le recordó que no podía meter en su casa a un completo desconocido. ¿Y si era un ladrón? ¿Y qué dirían su mujer y sus hijos si a las tres de la mañana les despertaba para acomodar en casa a aquel hombre andrajoso?

Cuando mi amigo metió el llavín en la cerradura de su casa se gritó mil veces a sí mismo que era un cobarde. Pero el egoísmo fue más fuerte que él. Y, ya en su piso, evitó asomarse al balcón para impedir que la conciencia multiplicara los martillazos con que estaba asediándolo.

Ya en la cama le pareció que las mantas eran, a la vez, más calientes y congeladores. Se sentía habitando a la vez en el infierno de su egoísmo y en el cuerpo congelándose del mendigo. Y tardó varias horas en dormirse porque la figura del hombre acurrucado en el banco parecía clavada en su imaginación.

A la mañana, al despertar, se acercó con pánico a la ventana. estaba seguro de que aún vería en el banco aquel cuerpo -quizá ya muerto- que él había abandonado. No estaba. Y no supo si sentía ganas de reír o llorar.

A lo largo de toda la semana siguiente vivió en la vergüenza. Se miraba en el espejo y sentía asco de sí mismo. No se atrevía a ir a la iglesia ni a comulgar. Sentía unos infinitos deseos de que llegara el próximo

viernes para confesarse ante Dios y sus compañeros de aquel pecado que conforme pasaban los días, crecía en su conciencia.

Cuando el viernes llegó y contó, casi con lágrimas, su cobardía, percibió con asombro que la historia no impresionaba mucho a sus compañeros. Y no era que la disculpasen, aceptando que todo hombre hace mil disparates al día; era que, además, encontraban teorías para rebajar su gravedad. Alguien explicó que la batalla urgente no era tanto ayudar a los individuos como cambiar la sociedad. Otro dijo que la caridad sólo era auténtica cuando se convertía en justicia. Un tercero comentó que la limosna denigra tanto al que la recibe como al que la da. Alguien añadió que dar cama una noche a un vagabundo no iba a resolver sus problemas. Y no faltó quien dijo que «gente así ya está acostumbrada a dormir en un banco».

Mi amigo salió aquel día más congelado que nunca de la reunión. Y decidió no volver más a aquella comunidad. No quiso juzgarles, ni menos condenarles. Pero entendió que algo no funcionaba en todo aquello.

He contado esta historia -absolutamente verídica- porque creo que es simbólica del mundo en que vivimos: sabemos tanta sociología que estamos olvidándonos del hombre, del hombre concreto.

Me he preguntado muchas veces por qué ha bajado tanto en nosotros el sentido del pecado. Y creo que la respuesta está en que hemos logrado todos autoconvencernos de que el mal es una cosa anónima, de la que tendría la culpa la sociedad y no nosotros.

Abres cualquier día el televisor y entrevistan a un ilustre sobre los problemas de la criminalidad y en seguida te explica que la sociedad está mal estructurado. Al parecer, ni el delincuente tiene culpa alguna ni la tienen las personas que de algún modo le rodearon. La culpa es «de las estructuras» El día que las estructuras cambien, te dicen, la criminalidad habrá desaparecido. Nadie parece saber siquiera lo que esas dichas estructuras sean.

Como es lógico, no voy a rebajar yo la importancia que las circunstancias sociales tienen en la conducta de los hombres. Sé que la pobreza, la incultura, la miseria son, al menos en un 80 por 100, causantes de muchos crímenes y disparates morales. Pero no puedo ignorar tampoco dos cosas: que otros muchos que vivieron en la misma pobreza, incultura y miseria siguen luchando corajudamente para ser honrados; y, en segundo lugar, que en idénticos disparates morales caen a veces otras personas que disfrutaron de riqueza, cultura y facilidades en la vida. Y concluyo que las circunstancias de la vida pueden aportar la leña dispuesta para el incendio, pero que, en definitiva, es la conciencia de hombre quien aporta la chispa con la que esa leña arderá.

De ahí que yo desconfíe profundamente de todas las filosofías que no pasan por el hombre concreto. Sé, naturalmente, que la limosna no resuelve el fondo de los problemas. Que es más importante enseñar a pescar que dar un pez, Que es mil veces más eficaz quien ofrece un trabajo que quien regala cinco duros semanales. Pero, dicho todo eso, me parece un enorme camelo lo de pensar que cambiaremos el mundo sin querer al hombre concreto, hablando de que cambiaremos la justicia de la Tierra mientras un ser humano se muere de frío en un jardín.

Antes, al menos, a la cobardía le llamaban cobardía y egoísmo al egoísmo. Hoy, me temo que estemos llamando «caridad inteligentes, o «ansias de justicia», o «reformas de estructuras, a lo que son simples sueños de formas egoístas de tapar los gritos de la conciencia.

77.- La guerra de los listos.

Un amigo mío me sorprendió el otro día con una extraña teoría sobre el mundo en que vivimos. «Aquí hace falta -me dijo-- una guerra. Una guerra entre los listos y los tontos, en la que, por primera vez en la historia, ganásemos los tontos.»

Mi amigo me miró divertido, observando el desconcierto que crecía por mi cara, y luego me explicó que en este mundo en que vivimos ganan siempre los listos- los que encuentran la triquiñuela para no pagar los impuestos; para no dar golpe; para saltarse las leyes; para trepar y ascender por la política. Y, en cambio, siempre perdemos los que, ingenuos, pagamos y trabajamos religiosamente; los que cumplimos con los horarios y la obligación; los que, por no saber usar la coba, nos moriremos de chupatintas.

Mi amigo me explicaba todo esto mientras gustaba su derrota en la pequeña guerra de los aparcamientos: había colocado su coche como era debido y, tras él, había llegado esa docena de listos que hay siempre, que le habían dejado encerrado durante más de una hora, basándose, seguramente, en la vieja filosofía de «el que venga detrás que arree». Por eso mi amigo bramaba contra este mundo en el que cien docenas de listos terminaban por imponerse a la buena gente que hace las cosas como se debe y se preocupa de los demás.

Tenía buena razón mi amigo. tal vez el mundo no marche bien gracias a esos que, encima, se pavonean de inteligentes, cuando no son ni siquiera listos, sino simplemente «listillos», picaruelos cuya conducta no sería especialmente peligrosa si no fuera tan contagiosa: porque el pisado diez veces difícilmente consigue no decidirse también él al pisotón.

Estos «listos-listillos-caraduras» no suelen ser muchos, pero están muy bien distribuidos-. difícilmente hay fábrica, empresa, oficina o comunidad en que no aparezca alguno.

Está, por ejemplo, el «escurrehombros». ¿En qué grupo de trabajadores no aparece ese fresco profesional que tiene siempre razones para cargar su parte de trabajo sobre los demás? Se le muere una tía cada mes, operan a un hijo suyo cada tres, siempre tiene razones para «escaquearse» de sus obligaciones, para escabullirse a la hora de los trabajos duros, para prolongar indefinidamente sus gripes y sus bocardillos. Sabe que, aunque él no haga su trabajo, «alguien lo hará». Y hasta se ríe, presumiendo, de los «burros de carga» que apecharán con lo suyo.

Está el «tío listo», que siempre encuentra la manera para esquivar los impuestos, los pagos o las contribuciones. En lugar de trabajar para pagar sus deudas, dedica su tiempo a encontrar las triquiñuelas legales para darles esquinazo.

Está el cobista profesional, que siempre tiene la sonrisa camelística en su punto; el que siempre sabe a qué hora subirá o bajará el jefe en el ascensor; el que sabe cruzarse por el pasillo en el momento exacto, tener a punto el mechero para el cigarrillo superior. El que dedica más tiempo a pensar en artimañas o zancadillas que en producir méritos.

Están, incluso en lo religioso, los «audaces del cielo». Durante los años del Concilio yo observé muchas veces a un ilustre prelado -que, lógicamente, después ha ascendido mucho- que todos los días, a la hora del comienzo de las sesiones, se colocaba en la puerta por la que pasaban los cardenales, con el único objeto de sonreírles, saludarles, preguntarles por la jaqueca de su señora hermana o el lumbago de su eminencia, hacer lo que él llamaba «el apostolado de la caridad», pero que era en realidad «la carrera de la coba», ya que hubiera podido hacer la caridad en muchos sitios, pero, curiosamente, elegía las puertas de los eminentísimos.

Todos estos «frescos, listos, audaces» no serían peligrosos si sus tácticas no se mostrasen tan humanamente eficaces. Hay que reconocer que, a la corta, la mandanga funciona: trepan los trepadores, se aprovechan los aprovechones y camelan los camelistas.

Sólo a la corta, claro, y sólo en lo superficial, afortunadamente. Porque nada hay tan vacío como uno de estos frescos. Y porque, antes o después, esa careta se viene abajo y se pegan el tortazo.

Pero es un hecho que, de momento al menos, parecen ganar la guerra del mundo. Y empujan a la buena gente a esa otra maldita lógica de decir que «Dios nos mandó que fuéramos hermanos, pero no que fuéramos primos». De ahí que muchos cumplidores abduquen con frecuencia de seguirlo siendo, sólo para que la gente no se ría de ellos y les considere primos. Y para no ser primos terminamos renunciando a ser hermanos.

¿Se han fijado ustedes en que hasta nuestro tradicional refranero parece inventado por los listos? Hay un, millar de refranes incitándote a la frescura y a la desconfianza. «Hazte de miel y te comerán las moscas», «Por la caridad entra la peste», «Quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro», «De fuera vendrá quien de casa te echará», «Cría cuervos y te sacarán los ojos», «En este mundo, mundillo, hay que tener mucho de pillo». La lista podría ser interminable.

Y lo cierto es que el mundo no funcionará mientras en él rijan filosofías de este tipo, mientras en él dominen los listos y no los inteligentes y aun los listillos por encima de los verdaderamente listos; mientras se rinda culto (como tantas veces ocurre en el teatro) al caradura y al sinvergüenza; mientras se rían las «gracias» del fresco; mientras en los hogares los padres expliquen a sus hijos la suerte de los que pueden vivir sin dar golpe y se repita tantas veces la frase «tú no seas tonto».

Por eso quiero rendir yo, desde aquí, mi homenaje a los «tontos», a los que sienten el honor de «dar el callo»; a cuantos viven más preocupados por su propia conciencia que por los posibles pisotones que recibirán en la guerra de la vida; a quienes valoran más la satisfacción consigo mismo que el triunfo. Porque nunca habrá una guerra en la que ganemos los tontos. Pero, por fortuna, vencedores o no, habremos sido verdaderos hombres.

78.- La paz nuestra de cada día.

Mi amigo Pepe Cóleras es un antimilitarista furibundo. Vive, desde hace algunos años, obsesionado por el tema de la guerra. Se sabe de memoria el número de cabezas atómicas que tiene cada uno de los posibles contendientes, la instalación de los misiles, la capacidad de sus portaaviones y bombarderos, la cifra de posibles megatones que podrían hacer estallar.

Pero Pepe no se contenta con conocer las cosas: las pone en acción. No hay manifestación antibelicista o ecologista en la que no tome parte. Es experto en pancartas, en slogans, en canciones pacifistas. No fue objetor de conciencia porque descubrió el antimilitarismo cuando ya quedaba lejos el servicio militar, aunque aún sueña a veces con los años de cárcel que hubiera podido pasar en caso de haber sido tan gloriosamente objetor.

Para compensar este retraso, Pepe Cóleras se ha encadenado ya cuatro veces a la puerta de otros tantos cuarteles y ha participado ya en varias marchas contra centrales nucleares, y nada menos que en cuarenta y dos -contadas las lleva- manifestaciones contra la OTAN. Aún enseña con orgullo la cicatriz («la condecoración», según él) que una pelota de goma le dejó en el pómulo y la oreja derechos.

Lo extraño es que todo este pacifismo se le olvida a Pepe en su vida cotidiana, que parece más inscrita bajo el signo de su apellido que de sus planteamientos antibélicos. Porque Pepe es discutiador y encizañador en la oficina, intolerante con su mujer, duro con sus hijos, despectivo hacia su suegra, áspero con su portero y sus vecinos. Y toda la paz que sueña para el mundo se olvida de cultivarla en su casa.

Escribo esta pequeña parábola no para devaluar la acción pública contra la guerra (en un mundo tan loco como éste en que vivimos, todo servicio a la paz merece elogios), sino para recordar que, al fin, la gran paz del mundo sólo se construirá con la suma de muchos millones de pequeñas porciones de paz en la vida de cada uno.

Yo tengo la impresión de que muchos de nuestros contemporáneos viven angustiados ante la idea de que un día un militar o un político idiota apretarán un botoncito que hará saltar el mundo en pedazos, y no se dan cuenta de que hay en el mundo, no uno, sino tres mil millones de idiotas que cada día apretamos el botoncito de nuestro egoísmo, mil veces más peligroso que todas las bombas atómicas. Y a mí me preocupa, claro, la gran guerra posible; pero más me preocupa que, mientras tememos esa gran guerra, no veamos siquiera esas mil pequeñas guerras de nervios y tensión en las que vivimos permanentemente sumergidos.

¡Qué pocas almas pacíficas y pacificadoras se encuentra uno en la vida cotidiana! Hablas con la gente, y a la segunda de cambio te sacan sus rencorcillos, sus miedos; te muestran su alma, construida, si no de espadas, sí, al menos, de alfileres. ¡Qué gusto, en cambio, cuando te topas con ese tipo de personas

que irradian serenidad; que conocen, sí, los males del mundo, pero no viven obsesionados por ellos; que respiran ganas de vivir y de construir!

Hace años se publicó una novela que se titulaba *La paz empieza nunca*. A mí me gustaría escribir algo que se llamase «la paz empieza dentro». Porque me parece que creer que una posible futura guerra depende, ante todo, de los nervios o de la dureza de los señores Reagan o Andropov hoy, como se echa la culpa de las pasadas a Hitler o Stalin, es una simple coartada: la fabricación de chivos expiatorios para libramos nosotros de nuestras responsabilidades.

El mundo tiene líderes violentos cuando es el propio mundo violento. Si el mundo fuese pacífico, los líderes violentos estarían en sus casas mordiéndose las uñas. La guerra no está en los cañones, sino en las almas de los que sueñan en dispararlos. Y los disparan.

Me gusta, por eso, que el diccionario, cuando define la palabra «paz», ponga como primera acepción la interior, y la defina como la «virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y a las pasiones».

Con esta definición ciertamente el mundo está ya en guerra. Porque, ¿quién conoce hoy ese don milagroso de un alma tranquila y sosegada? ¿Quién no vive turbado y con todas las pasiones despiertas? Nunca floreció tanto la angustia; nunca abundó tanto la polémica; nunca fueron tan anchos los reinos de la cólera y la ira. Basta abrir un periódico para comprobarlo.

Y, como es lógico, no estoy hablando de la falsa paz de los cementerios, de la que ya hablara hace un montón de siglos Horacio, el poeta latino. «Hacen un desierto y llámanlo paz.» Hablo, por el contrario, de la paz como florecimiento de la vida, según aquello de Gracián que recordaba que «hombre de gran paz, hombre de mucha vida». O, si se prefiere, según la mejor definición que de la paz conozco, la que diera Santo Tomás al presentarla como «la tranquilidad activa del orden en libertad». Hoy, es sabido, oscilamos entre el orden sin libertad y la libertad sin orden, con lo que nos quedamos sin tranquilidad y sin acción.

Habría que empezar, me parece, por curar las almas. Por descubrir que nadie puede traernos la paz sino nosotros mismos. Y que cuando se dice que hay que preparar la guerra para conseguir la paz, eso sólo es verdadero si se refiere a la guerra interior contra nuestros propios desmelenamientos interiores.

Las únicas armas verdaderas contra la guerra son la sonrisa y el perdón, que juntos producen la ternura. De ahí que alguien que quiere a su mujer y a sus hijos sea mucho más antibelicista que quienes acuden a manifestaciones. De ahí que un buen compañero de oficina que siempre tiene a punto un buen chiste sea más útil para el mundo que quienes escriben pancartas. O que quien sabe escuchar a un viejo y acompañar a un solitario sea mil veces más pacificador que quien protesta contra la carrera de armamentos. Porque el armamento que más abunda en este siglo XX es el vinagre de las almas, que mata a diario sin declaraciones de guerras.

No puedo ahora recordar sin emoción a uno de los más grandes pacificadores de este siglo, el querido Papa Juan XXIII. Hizo mucho, ciertamente, con su " *Pacem in terris* ", pero esta encíclica, ¿qué otra cosa fue sino el desarrollo ideológico de lo que antes nos había explicado con su sonrisa? Con mil

hombres serenos, sonrientes, abiertos, confiados y humanamente cristianos como él, el mundo estaría salvado. Pero no se salvará con pancartas y manifestaciones.

79.- Hombres de cristal

Siempre me ha impresionado mucho descubrir y comprobar hasta qué punto todos los hombres tenemos las almas de cristal. Y cómo también todos tenemos ese cristal rajado o quebrado por alguno de sus rincones, Y ver cómo por esa herida se nos va, a veces, lo mejor de la vida.

Tal vez logre explicarme si cuento algo que me ocurrió el otro día en un tren. Charlando con una desconocida, que coincidió en mi departamento, terminamos aludiendo a un libro que a los dos nos había interesado, pero que a mi compañera le había producido un extraño escozor. Le dije que el libro era un magnífico canto al amor. Y respondió que por eso no le gustaba, porque parecía poner el amor por encima de la justicia. Ahora fui yo el desconcertado, porque el libro en cuestión ni ponía la justicia por debajo ni por encima; simplemente contaba la tremenda falta de amor que respira nuestro mundo. Hice yo entonces una pregunta que quizá fue descortés, pero que dio en el blanco. «¿No será -dije- que en su vida hay un problema de justicia y que, ante cualquier reacción, sangra usted por su herida?» Mi ya amiga me miró asustada y, al fin, me contó que había vivido muchos años oprimida por un falso amor de su madre, que estableciendo injustas distinciones entre sus hijos, al tiempo que presumía mucho de amor, había conseguido que su hija se pusiera a la defensiva ante cualquier tipo de apelación al amor. El cristal del alma de mi acompañante estaba quebrado por la palabra amor. Y siempre, e inevitablemente, veía todo amor bajo el triste prisma de un amor neurotizado como el que tantos años la hizo sufrir.

Este es un problema que experimentamos con frecuencia los escritores: escribas lo que escribas, siempre hay «alguien» a quien le tocas en una herida y que lee no lo que tú has escrito, sino lo que determinadas palabras o frases provocan en él. Si **tú** hablas del gozo de que Dios sea padre, golpeas a la joven que conoció un padre bárbaro y borracho: para ella nunca será exaltante el concepto de la paternidad. Si hablas del gozo de vivir, desconciertas **al** permanentemente fracasado. Si aludes a la fecundidad de la soledad, tal vez molestas a quien fue empujado **a** ella por los desengaños. Porque ¿quién podrá presumir de no tener algún rincón de su alma golpeado por la vida o las circunstancias?

El hombre parece fuerte y poderoso, pero tiene siempre una zona del alma de cristal, tierna y quebradiza. De ahí que todos seamos tan terriblemente responsables en nuestras relaciones con el prójimo. Jugando, sin darnos tal vez cuenta, podemos, quizás para siempre, quebrar el cristal de un alma.

¿Se acuerdan ustedes de *El zoo de cristal*? Aquella muchachita que en la obra de Tennessee Williams se refugiaba en su pequeña colección de figuritas de cristal porque tenía miedo a los hombres y a la vida, no era un personaje anormal, salvo en el sentido de que todos somos anormales en algo. ¿Es que alguien

puede presumir de tener el alma entera, de no tener algún rincón de la existencia en el que nos hieren sólo con tocarnos?

Habría que desconfiar de los titanes insensibles, de esos superhombres que, o no existen, o no son humanos. Los hechos de la pasta de **la** que el hombre surgió, no tenemos por qué avergonzarnos de nuestro barro ni -de nuestras debilidades. Un verdadero hombre no es grande por carecer de defectos, sino por levantar su vida en vilo a pesar de tenerlos.

Tal vez una de las razones por las que yo he amado tanto siempre la literatura de Bernanos es porque todos los protagonistas de sus obras eran gigantes del espíritu a pesar de que sus cuerpos o su sensibilidad eran más bien miserables. Ese cura rural que, aun siendo hijo de padres alcohólicos de quienes ha heredado la debilidad física, **la** tentación de la tristeza y **las** vacilaciones, sabe, sin embargo, convertirse en portador de la luz y la fuerza de Cristo. O esa carmelita que, de un parto prematuro, ha sacado una invencible tendencia a la cobardía y acaba subiendo a la hoguera en un canto entusiasta.

Sí, me encanta la gente del «a pesar de», las personas que, desde un cuerpo o un alma quebradizos, saben superarse a sí mismos y construirse como si de hierro fueran. Cuando uno lee las biografías auténticas de los campeones del mundo - si no son puramente canonizadoras- encuentra siempre esas zonas de cristal que no les han impedido ser lo que fueron. Tal vez alguien se equivocó **al** educarnos para «hombres sin defectos» en lugar de pedirnos que -con defectos o sin ellos- fuéramos hombres que construyen.

Yo me pregunto si no habrá demasiada gente que se pasa la mayor parte de su vida combatiendo tales o cuales de sus defectos: aquella pereza, aquella irritabilidad excesiva, una determinada tendencia a la desconfianza. Y ya sé que los defectos deben combatirse. Pero me pregunto si no sería mejor cultivar nuestras virtudes, seguros de que cuando hayamos fortalecido el amor, los defectos se irán desvaneciendo por sí mismos, con mucha mayor facilidad que si nos pasamos la vida encorvados sobre nuestras zonas de cristal.

No creo que nuestras casas mejorasen mucho si, para evitar que las ventanas se rompan, las forrásemos todas de acero en lugar de cristales. Más inteligente me parece lo que han descubierto los vidrieros, que ahora fabrican ciertos cristales con pequeños hilos metálicos cruzados en el interior del propio cristal. No se quebrarían nuestras almas si por su interior pasaran sólidos hilos de ideal, de entusiasmo, de ganas de hacer algo, que nos sostuvieran a pesar de ser, como somos y seremos siempre, tan quebradizos.

80.- Las nuevas esclavitudes.

«Dudo de que toda la filosofía de este mundo consiga suprimir la esclavitud; a lo sumo le cambiarán el nombre. Soy capaz de imaginar formas de servidumbre peores que las nuestras, por más insidiosas, sea que se logre transformar a los hombres en máquinas estúpidas y satisfechas, creídas de la

libertad en pleno sometimiento, sea que, suprimiendo los ocios y los placeres humanos, se fomente en ellos un gusto por el trabajo tan violento como la pasión de la guerra entre las razas bárbaras. A esta servidumbre del espíritu o la imaginación, prefiero nuestra esclavitud de hecho.»

Estas palabras que Marguerite Yourcenar coloca en la boca de Adriano no son sino la historia de nuestro presente. ¿Verdaderamente el mundo es hoy más libre que hace veinte siglos? ¿Hemos caminado hacia la libertad o simplemente cambiado de esclavitud? En la Roma de los césares había noventa y cinco esclavos por cada cinco hombres que se creían libres. ¿Es hoy más alto el número de hombres que son verdaderamente dueños de sí mismos?

No me gustaría dar a estas preguntas una respuesta pesimista. Estoy convencido de que el mundo avanza hacia mejor (con tantos tropiezos), pero no puedo ignorar que avanza muy lentamente, y que si hoy han desaparecido los látigos y las cadenas atadas a los tobillos, el hombre sigue atado a muchas más esclavitudes de las que imagina. Y, evidentemente, es mucho menos malo saberse esclavo que haberse convertido en una máquina estúpida y satisfecha que se cree libre cuando vive en pleno sometimiento.

Es esclavo el hombre que está atado por su propia libertad cuando no sabe para qué le sirve. Porque la libertad no es un valor en sí, sino un solar en el que debe construirse. De ahí que cuando se consigue la libertad sólo se ha conseguido un prólogo. Y de nada serviría ser libres para pensar si luego no pensamos nada; libres para opinar si luego sólo opinamos sobre equipos de fútbol; libres para construir nuestras vidas si luego las malgastamos en la rutina.

Es esclavo el que vive encadenado por su incultura o el que gasta toda su vida en un trabajo que no acaba de amar. Y con ello queda dicho que es esclava media humanidad contemporánea. ¿De qué le sirve dejar de ser analfabeto a quien sólo leerá tebeos? ¿Y cómo podrá amar su trabajo el que simplemente lo soporta? ¿En qué se diferencia de un esclavo el que cada mañana va a trabajar sólo porque está encadenado a su obligación?

Es esclavo el que es siervo de sus propios miedos o de sus propios vicios. El que para vestirse sólo se atreve a pensar en lo que está de moda; el que «tiene» que comprar los aparatos, los cuadros o las cortinas que se llevan; el que se muere de vergüenza si no tiene un coche «digno de su categorías; el que va a tales películas y sigue aquellos espacios de televisión «que ve todo el mundo».

Es esclavo quien vive asediado por su propio trabajo, quien gasta su salud para ganar un dinero que después gastará tardíamente en intentar recobrar la salud perdida; quien lucha tanto por dar una buena vida a sus hijos y a su mujer, que se olvida y no tiene tiempo de darles su amor y su compañía; es esclavo quien no usa el coche, sino que es usado por él; vive como un siervo quien lleva atados a los tobillos, como pesadas bolas de hierro, los plazos de la casa, de la nevera, del vídeo, de todo aquello sin lo que «no podría vivir», de todo aquello con lo que de hecho no vive.

Es esclavo el que lo es de una mujer, o la mujer que lo es de un hombre; lo son quienes confunden el matrimonio con una nueva forma de sometimiento del prójimo; los que educan a sus hijos no para que ellos disfruten de sus vidas, sino para que sus padres disfruten de ellos, y lo son los hijos que confunden su libertad con el derecho a hacer sufrir a sus padres.

Es decir, todos somos esclavos; todos tenemos, al menos, grandes zonas de esclavitud en nuestras almas. Y lo más grave es que estamos tan habituados a esas cadenas que ya no las percibimos. «Y nadie -decía Goethe- es más esclavo que quien se considera libre sin serlo.» «Y -decía Séneca- no hay servidumbre más vergonzosa que la voluntaria.»

Pero la libertad es algo demasiado grande como para que no la busquemos si escasea o para que la malgastemos cuando la tenemos. En rigor, no hay nada más cuesta arriba que la verdadera libertad, mucho más incómoda que nuestras tontas esclavitudes. Por qué no seré yo quien crea que ser libre es la capacidad de hacer lo que me viene en gana. La libertad sólo puede ser la posibilidad de hacer aquello que me permite ser más hombre, más grande, más completo. La libertad malgastada estúpidamente, más que una esclavitud es un sacrilegio.

Sólo se es libre para la dignidad, para amar más o construir mejor, no para mirar las nubes o rascarse la barriga. Sólo es libre quien tiene el alma tensa y dirigida hacia algo que es más grande que él. Hay mucha gente que dice que daría la vida para conseguir la libertad; pocos dispuestos a emplear su libertad en construir sus vidas.

Tal vez la mayor de las esclavitudes de nuestro siglo es el doble paro. el de quienes, queriendo, no encuentran trabajo, y el de todos cuantos tienen un trabajo en el que no se sienten realizados, un trabajo que no logran amar. Yo bendigo siempre a Dios porque se me ha concedido un trabajo que me apasiona, un trabajo que yo seguiría haciendo aunque no me pagasen por él, aunque tuviera que pagar por hacerlo. Quien esto tiene es un privilegiado de la fortuna.

¿Y quien no puede hacer lo que ama? Tiene aún la posibilidad de amar lo que hace. Esto es más difícil, pero no imposible, porque al final todo trabajo es enriquecedor para quien sabe poner en él su pasión de hombre o de mujer. Un hombre verdaderamente libre en su interior convierte en liberador todo lo que hace.

Porque ésta es la más hermosa de las verdades: que te pueden aplastar las libertades exteriores, pero nadie es capaz de encadenar un alma decidida a ser libre. Te pueden quitar el pan, no los sueños; el dinero, no la esperanza ni el coraje; pueden hacerte la vida cuesta arriba, nadie impedirá que, al final de la cuesta, hayas subido.

81.- Cinco duros por la fruta.

Hace días comía yo en casa de una familia amiga y, cuando íbamos a sentarnos ya a la mesa, la madre recordó que había olvidado comprar la fruta. Y dirigiéndose a uno de sus hijos -catorce años- le dijo: «Pepe, cinco duros por la fruta.» Como mi cara de asombro debió de ser un poema, la señora me explicó que en aquella casa todo funcionaba a base de propinas; que los chicos no prestaban ningún

servicio común sí no se les «untaba» antes: dos duros por bajar a recoger el periódico; cinco, por ir a la frutería de enfrente a comprar la fruta olvidada.

Y como mi cara de asombro no paraba de crecer, los chicos me explicaron que ése era el sistema que funcionaba ahora, al menos en su medio social y entre sus contemporáneos. Tuvieron que jurármelo porque yo me negaba a creerlo. Y voy a repetir que aún sigo sin creérmelo, porque de ser cierto estarían ya tocando las campanas fúnebres de la humanidad. ¿Ha negado el dinero tan hasta las entrañas de lo más desinteresado con que contábamos, la familia?

Supongo que se concluirá el mundo sin que nos hayamos puesto de acuerdo sobre el papel de dinero en la vida humana. Porque hemos nacido y vivido tan embadurnados en él (o en el sueño de tenerlo), que ya parece ser el aire con que respiramos.

Nuestro refranero está infestado de dichos que lo canonizan: «Tuyo o ajeno, no te acuestes sin dinero.» «Vale el dinero, lo demás cero, cero, cero.» «No hay tan buen compañero como el dinero.» «El doblón nunca huele a ladrón»...

Y aun los más inteligentes entre los pensadores ante él se arrodillan. Cervantes asegura que «sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero». Quevedo dice que «dar pasos hacia el dinero es andar por buenos pasos». «La llave del oro, maestra es de todas las guardas», asegura Calderón. Estas citas no tienen fin. Y son tristísimas.

Porque uno sigue pensando que si es cierto que quien vive en la miseria tiene que gastar su vida en combatirla, también lo es que puede existir aquella cima de libertad de que habla Santa Teresa, en la que «no deseando nada, se posee todo». Y aquella otra que, desde esa forma civil de santidad que es el genio, anunciaba Beethoven. «No me hace falta el dinero. Aunque estuviera en la miseria, no encadenaría mi libertad de artista por todos los bienes de este mundo.»

Mas dejando de lado el papel del dinero en nuestras luchas, ¿cómo no temblar ante la idea de que haya invadido hasta el interior de los hogares: que a un hijo le pague su madre por hacer su propia cama; que otro no ponga la mesa si no le dan unos duros para irse al cine ... ? Que el papel moneda termine por ser el metro de los sentimientos es algo, me parece, que huele ya a podrido.

Y recuerdo que cuando salí de casa de mis amigos me quedé largo rato pensando en el porqué de aquella nueva forma de tristeza. Y sólo encontré dos posibles respuestas: o surge de que los hijos no se sienten verdaderamente parte de aquella familia, o se les ha educado sobre la idea de que sólo se ha de trabajar en la medida en que se es pagado. No sé cuál de las dos hipótesis resulta más grave.

Porque lo que no me parecería lícito es volver todas las acusaciones contra la juventud: «¡Estos chicos son unos materialistas!» Todos lo somos por instinto. Pero algunos son educados en los ideales y otros en las propinas. En mi infancia me hubiera resultado inverosímil que se me ofreciera el premio metálico como estímulo permanente de la acción. Creo que jamás me dijeron eso de «si apruebas te compraremos una bicicletas y nunca pensé que los Reyes serían más generosos si yo sacaba sobresaliente que si conseguía aprobado. Estudiar era parte de mi oficio y el orgullo de ofrecer una alegría a mis padres era estímulo suficiente para obtener notas mejores. Y me parece que algo muy parecido ocurría en casi

todas las casas de mis compañeros. Sólo en la generación de mis sobrinos empecé a percibir la crecida de las promesas como sistema estimulante. Y comprobé que sus resultados eran muy inferiores a los usados en mi infancia: ¿cómo se va a luchar con tanta ilusión por conseguir una bicicleta como por obtener el brillo de alegría en los ojos de su madre?

Aún recuerdo mi angustia en vísperas de Reyes, teniendo yo no sé si doce o trece años. Sabía ya muy bien, por entonces, que los Reyes eran los padres y había que tener un cuidado enorme de no exigirles lo que no pudieran regalarte. Y aquel año, en los escaparates de mi ciudad infantil, había aparecido un precioso juego de construcciones que me entusiasmó. Hice mis cálculos y pensé que sí, que 32,50 era un precio que mis reyes domésticos podían permitirse. Lo pedí. Y días más tarde, cuando volví a adorarlo tras el cristal del escaparate, comprobé que el precio no era 32,50, sino 325 pesetas. ¡Era un disparate! ¡Casi el sueldo mensual de mi padre! Y tuve que pasarme quince días diciendo en casa que aquel juego era feísimo; que, en realidad, era para críos menores que yo; que bien pensado prefería alguno de aquellos tomitos de la colección Crisol que entonces valían 35 pesetas.

La fastidié aún más, porque los Reyes me trajeron el juego y un tomito de poesías de Antonio Machado. Y sentí una vergüenza tan profunda que casi ni llegué a estrenar aquel juego. Don Antonio se volvió, en cambio, en compañero, ya permanente, de mi corazón. Nunca 35 pesetas resultaron, para mí, más rentables. Y entendí que el volumen de la felicidad poco tiene que ver con la fuente pecuniaria de la que brota.

Por eso, ¿cómo no sentir compasión hacia estos muchachos que nacen hoy midiéndolo todo por el valor-dinero? Hace ya varios días que no ando bien del estómago. Y el médico dice que he cogido frío. Pero yo creo que me hizo daño aquella fruta a la que pusieron cinco duros de sobretasa de egoísmo.

82.- Asomarse a la puerta de la dicha.

Hoy, aunque quisiera, no sabría escribir sino sobre esta dramática noticia que aparece perdida en los periódicos: la historia de ese ¿afortunado? quinielista que ha muerto dieciocho días después de que la ¿fortuna? visitase su casa.

Seguramente ya lo han leído ustedes: se llamaba Jesús Pacheco y tenía cuarenta y ocho años. Llevaba trece enfermo de silicosis contraída en su trabajo en la mina. Y cuando la asfixia asediaba más cruelmente sus pulmones y tenía que mantenerse vivo con oxígeno, una feroz ironía de la suerte hacía llegar a su casa cuarenta y ocho millones de pesetas, uno por cada año de aperreada vida que le tocó sufrir. Con la quiniela ganadora llegó un último ramalazo de esperanza. ¿quién sabe si ahora, con dinero, podría combatir el mal que le atenazaba? Pero la enfermedad era ya más fuerte que el dinero. Y ha muerto dieciocho días después de aquel «glorioso» domingo, con el «consuelo» -dicen los periódicos- de dejar, al

menos, resuelta la vida de su mujer y a sus hijos. Pero sabiendo que ni una nueva casa, ni un mayor bienestar, van a devolverles la vida que su esposo y su padre desgastó para ellos. Ni a responderles por qué la felicidad llegó tan tarde, dejándole sólo -como a un nuevo Moisés- asomarse a la puerta de una dicha en la que nunca entraría.

Historias como ésta hacen sangrar el corazón y llenan el alma de preguntas. ¿Por qué la vida de los hombres parece a veces construida de modo tan cruel? ¿No hubiera podido llegar ese dinero veinte años antes e impedir que la silicosis entrara en los pulmones de este hombre? ¿No hubiera, al menos, podido esperar la muerte un año más, o para dar tiempo a los médicos en su pelea, o para dejar a Jesús paladear los goces de su fortuna?

Son preguntas ciertamente graves. Y yo sé que son muchos los que las dirigen contra Dios pidiéndole, exigiéndole, un mundo más piadoso.

Lo duro es que son preguntas que no tienen respuesta. Nunca sabremos por qué han sucedido así las cosas. Nadie nos aclarará esa especie de macabra broma de la fortuna que llega demasiado tarde. La vida del hombre y su destino -nos guste o no- se realiza entre nieblas. Y no hay fe que pueda dar explicaciones tranquilizadoras o lógicas. Tener fe es, en no pocas ocasiones, asumir ese riesgo de la ceguera y entrar simplemente en el amor «a pesar de todo». Un creyente tiene con frecuencia que coger la realidad con las dos manos y marchar cuesta arriba de sus oscuridades, con el mismo jadeante esfuerzo de los que no creen. Dios es amor, no morfina o silogismos matemáticamente explicables.

Pero tal vez lo más curioso es que, ante fenómenos como éste, todos levantamos los ojos contra el destino, la suerte o la Providencia. ¿No sería más lógico comenzar por preguntarse si no tendremos nosotros y el mundo que hemos construido una buena porción de responsabilidad en esos dramas? Porque resulta que hemos comenzado por construir o tolerar un mundo injusto y luego volvemos los ojos contra el Cielo para quejarnos ante él de las injusticias. ¿Acaso hizo el Cielo que Jesús Pacheco viviera miserablemente en su Galicia natal, que tuviera que asumir con mediocre salud un trabajo peligroso, que en las minas se trabajara como se trabaja, que las asistencias médicas pudieran llegar a los pobres tarde, mal y nunca? ¿Acaso es el Cielo responsable de que la única esperanza de los miserables sea la imposible quiniela salvadora? ¿Tendremos que pasarnos la vida exigiéndole a Dios que baje a tapar los agujeros que nuestras injusticias, nuestras divisiones de clases, nuestras salvajes distribuciones de la riqueza producen a diario?

Son preguntas importantes también éstas. Con la diferencia de que, si no tenemos respuesta a las anteriores, éstas sí podríamos responderlas y resolverlas. Y es probable que, si lográsemos responder a las que tenemos entre nuestras manos, empezáramos también a entrever la respuesta de las que nos desbordan. Si, en cambio, nos limitamos a levantar los ojos contra el Cielo acusándole de las guerras, las hambres y lo incomprensible, ¿no habremos entrado en un ateísmo mucho más alienante que lo que suele decir de la fe?

Yo, lo voy a confesar aquí, jamás le pido a Dios que resuelva mis problemas. Prefiero pedirle que sostenga mi coraje para resolvérmelos yo solo o para asumir serenamente la derrota si ésta fuera imprescindible.

El hombre -todo hombre y no sólo Jesús Pacheco- se muere a la puerta de la felicidad. O va cruzando pequeñas puertas de pequeñas felicidades, pero sin terminar nunca de cruzar la de la dicha completa. Soñar que una mañana nos encontraremos asentados en la alegría total, cruzada la gran puerta llena de luz y macetas floridas, es pedir algo que no existe en nuestra condición. Ni una quiniela, ni la belleza, ni siquiera el más exaltante amor ofrecen otra cosa que descansillos para seguir luchando por la dicha completa.

Caminar hacia la felicidad tal vez sea la única manera de tenerla que es posible en el hombre. ¡Y poca alma tendría quien se sintiera siempre lleno y saciado! Porque es como una casa que nunca se termina de construir. Y que sólo podrá construir el propio propietario. ¿Y Dios? Dios está en el coraje del constructor; no es un ángel que pone ladrillos mientras nosotros sesteamos. Para creer en él es imprescindible empezar por creer en nosotros mismos, en nuestro propio trabajo, en nuestro obligatorio amor. Sería infinitamente más fácil nuestra fe si todos hubiéramos empezado por poner nuestro hombro para que el mundo fuera menos injusto. Confiar en que el juego de los milagros haga que llegue a punto la quiniela sería, me parece, un insulto a Dios y a la propia humanidad. Cuando hayamos logrado que nadie tenga silicosis, la suerte llegará mucho más puntual.

83.- Muchacho, cuida tus alas

Cuando San Agustín daba a los jóvenes ese consejo que acabo de escribir como título de este artículo resumía, con su habitual eficacia literaria, todo un mundo de experiencias humanas que es el que hoy repetiría yo a cuantos jóvenes me escriben: Cuidad vuestras alas, o, como decía literalmente San Agustín, «nutrid, alimentada vuestras alas.

Porque, tal vez, lo más dramático de este mundo en que vivimos es que hay en él muchísimas personas que están llegando a la vejez sin haberse enterado de cuán tercamente lucharon sus alas por llegar a salir bajo sus omoplatos, pero murieron como ramas secas, o porque la realidad las mutiló, o porque ellos mismos no se preocuparon de cultivarlas.

Tendríamos obligación de explicárselo bien claro a los muchachos. entre los catorce y los dieciséis años -a mí me gusta llamar a este tiempo «la edad sagrada»-, todo ser humano normal tiene ese don terrible de poder elegir entre convertirse en un reptante, que sólo tiene pies para poner zancadillas, o en un ave de vuelo más o menos poderoso, pero capaz, en todo caso, de remontarse sobre sí misma.

Y tendríamos que decirles aún más claro que, en definitiva, en última instancia, la opción asumida depende casi exclusivamente de ellos. Decíles que el mundo puede zancadillar, obstaculizar, dificultar, recortar, reducir un gran porcentaje de sus esfuerzos, pero que, al final, el gran salto quien lo da o lo deja de dar, quien asume sus alas o las deja Perdidas en el gran perchero de la vulgaridad, es la propia persona que hace la opción, es el propio adolescente que elige reptar o volar.

En esto me parece que nos hemos ido de extremo a extremo. Y no sé cuál de ellos sea más peligroso. Cuando yo atravesaba esa «edad sagrada» -hace ya cuarenta años-- nos hicieron un bien infinito al hablarnos mucho de «ideal». Nunca lo agradeceré bastante. Nos

explicaron que había grandes cosas por las que valía la pena luchar. Un poco románticamente nos señalaron diversos tipos de heroísmo como metas posibles y necesarias. Y en todo ello había mucho de tópico y de ingenuo. Pintaban demasiados luceros en nuestro horizonte. Pero, al menos, consiguieron con ello que nos acostumbásemos a mirar hacia arriba.

No nos explicaron, en cambio -y ése fue su fallo-, que la realidad es cruel, que tres de cada cuatro de nuestros ideales serían mutilados o arrasados. ¡Nos pegamos, por ello, cada batacazo! ¡Cayeron tantos en el otro extremo del cinismo!

Pero tengo la impresión de que ahora está ocurriendo exactamente lo contrario, que me parece muchísimo más peligroso., ¿Hay entre los adultos, maestros o guías que tengan ilusiones suficientes para transmitir las? ¿No se encuentran, más bien, los jóvenes con una generación de plañideras que no pueden invitar a unas conquistas en las que no creen?

La Tierra se ha poblado de lo que Juan XXIII llamaba «los profetas de calamidades». Y uno ya sabe que la marcha de este planeta no está para fandangos, pero es que te levantas y el periódico te habla de la proximísima conflagración mundial; tu vecino de autobús te anuncia una nueva subida de la gasolina; la señora que limpia la escalera te cuenta que los jóvenes de ahora han perdido el respeto, la limpieza y quince cosas más; el compañero de trabajo te habla pestes del jefe, y si entras en un bar te hablan mal de los curas, de los políticos, de los fabricantes de cerveza y de los deshollinadores, y llegas a la noche a tu casa preguntándote si algo funcionará bien en este mundo, y hasta te maravillas de que al abrir el grifo salga agua en lugar de vinagre.

A veces me da pena a los chicos de ahora, a quienes hemos convencido de que no tienen más horizonte que el de la próxima guerra mundial y a quienes empujamos, mientras la bomba llega, a malgastar su vida lo más ruidosamente que puedan y sepan,

Yo prefiero volar. Si esa temida guerra tuviera que llegar, aspiró a que, al menos, me encuentre volando y habiendo vivido hasta el céntimo todos los sorbos de vida que me hayan concedido. Con lo que sí, además, no llega, nos vamos a ir encontrando mejor cada vez en un mundo de gente ilusionada que en otro de restantes asustados.

Por eso digo a los jóvenes que cuiden sus alas. Que procuren tener varias, si es posible tres pares, como los serafines, porque luego viene siempre la realidad @ te recorta algunas, así que hay que tener, por si acaso, varias de repuesto. Que no se olviden tampoco de que es muchísimo más importante dedicarse a fabricar unas alas que a poder sus defectos. Hay gente que gasta su tiempo en quitarse chinitas de los zapatos o callos en los pies cuando podría, simplemente, volar. Era San Agustín quien decía aquello del «ama y haz lo que quieras», no porque sea bueno hacer lo que a uno le venga en gana, sino porque cuando uno ama sólo le vendrá en gana hacer cosas ardientes y dignas.

Si los chicos aprendiesen a volar, si todos alimentasen sus alas, su coraje, su pasión, sus ganas de ser alguien y mejorar el mundo, ya podría el paro encadenar a un alto porcentaje de ellos, ya podrían venir ríos de droga por todos los canales de los negociantes: ellos seguirían creyendo en sí mismos y en su lucha. Porque no es cierto que a los jóvenes les vaya mal porque han caído en la droga o en la soledad. Al contrario-. han sido atrapados por la amargura y por la droga porque ya antes les iba mal, porque ya tenían el alma a medio encadenar. No se llena de veneno o de vinagre una vasija que no esté previamente

vacía. Hace falta un cazador buenísimo para cazar a los pájaros que vuelan más alto. Muchos se quejan de que les pisan y no se dan cuenta de que fueron ellos quienes eligieron ser cucarachas,

84.- Cambiar de agenda

Este año, cambiar de agenda me ha dolido casi tanto como cambiar de piel. Todos los eneros llegan a mí casa una o varias de estas libretillas (regalo de algún banco o de alguna editorial), que tienen el cuidado de hacer desmontable el listín de teléfonos, para que puedas, sin más, trasladar a la nueva el del pasado o pasados años.

Pero mi viejo listín de direcciones y teléfonos había durado ya un lustro. Y estaba lleno de borratajos, rebosante de nombres en algunas de sus letras, completando la «m» en la página más floja de la «ll», o invadiendo la «l» el espacio de la «k». Habría que trasladar los nombres a uno de los nuevos listines que, nuevecitos, estaban sobre mi mesa.

Y ha sido un dolor. ¡Dios mío, cuántos amigos muertos! En sólo cinco años mi libreta contaba ya con, al menos, una docena de nombres talados por la muerte. Fui repasando sus nombres, uno a uno, recordando su voz en el teléfono, en aquel número que ya no pasaría a mi renovada agenda porque, si equivocadamente lo marcara, creería escuchar los timbrazos no en una casa solitaria, sino en la eternidad.

¡Y cuántos amigos cambiaron de ciudad o de casa! Y, sobre todo, ¡cuánto cambié yo de amigos! Repaso docenas de nombres que hace tres años eran, para mí, indispensables, porque trabajaban junto a mí en aquella empresa que tuve y ya dejé, y con quienes no he perdido la amistad, pero a quienes no he vuelto a ver y hablar desde que no trabajamos juntos. ¿Qué será de Fulano?, te preguntas. Y descubres hasta qué punto es salvaje esta civilización que nos trae y nos lleva, nos baraja y revuelve, nos acerca y aleja.

Repasando esta agenda me doy cuenta de hasta qué punto incluso **las** mejores amistades dependen de las circunstancias. Cuando trabajabas en aquel periódico o en aquella revista te parecía que nadie podría jamás arrancarte de aquel grupo de amigos. Y basta un simple cambio de trabajo y lugar para que dieciocho de cada veinte amistades des- aparezcan y puedas sentirte afortunado si continúan a flote dos de ellas.

¿Y qué decir de los nombres que ya no te dicen nada? Repasando mi agenda encuentro una docena que no consigo en absoluto identificar. Los leo y releo y, por más vueltas que doy en mi cabeza, no logro unirlos a un rostro o a una persona. Esto me angustia, porque yo sé que suelo escribir en papeles o tarjetas los encuentros que espero sean simplemente transitorios o fortuitos y que únicamente inscribo en mi listín aquellos nombres que quiero unir a mi persona y a mi vida. Pero tres o cinco años después, doce de ellos se han convertido en perfectos desconocidos. Siento el deseo de marcar ese número de teléfono, preguntar por su dueño, comprobar si su voz me clarifica lo que me oculta su nombre.

Dicen los químicos que cada siete años cambiamos de cuerpo, que el hombre va perdiendo célula a célula su sustancia, hasta el punto de que siete años más tarde no quede en cada uno de nosotros ni un solo átomo de lo que hemos sido.

1 Ahora soy yo quien descubre que cada cinco años también cambiamos en gran parte de alma. El hombre de la nueva libreta que acabo de estrenar, en qué pocas cosas coincide con el otro hombre que fui yo y que hace cinco años estrenó esta agenda que acabo de tirar a la papelera. ¿O tirarla será una forma de suicidio parcial?

Creo que nunca como esta mañana he experimentado tan viva y cruelmente lo que significa el tiempo al pasar por nuestra vida. Nunca me gustó ser relativista, pero ¿cómo ignorar que cosas que hace cinco años me parecieron eternas ya sólo son recuerdos más o menos calientes? ¿Cómo no reconocer que yo me sigo sintiendo orgulloso de ser cura como hace treinta años, pero soy, en todo caso, «otro» cura diferente del que fui al ordenarme? ¡Y cuántos dolores que parecieron incurables me hacen casi sonreír hoy!

Cambiar de agenda es un buen ejercicio de humildad que empuja -a poner bajo sordina muchos de nuestros radicalismos. ¡Qué mata- villa si una agenda misteriosa nos pudiera explicar qué quedará dentro de cinco años de las cosas que hoy nos hacen sufrir! Recuerdo que, cuando era muchacho, me encabritaban los consejos de quienes me decían que esperase, que mis angustias o mis inquietudes las amortiguaría el tiempo. Hoy descubro que ese consejo puede ser una salvajada, pero que es terrible y dramáticamente verdadero.

¡Qué gozo, en cambio, cuando algo o alguien traspasa esa barrera del sonido que son los cinco años que te dura una agenda! Recuento las amistades que duran ya más de treinta años y compruebo que son también, por fortuna, numerosas. Amigos de los que me alejó la vida, que cambiaron de profesión o incluso de ideas y de quienes me sigo sintiendo tan francamente amigo como cuando escribí por vez primera su nombre en la abuelita de esta agenda que ahora acabo de desechar.

Esos son, pienso ahora, los amigos verdaderos. Los que no necesitan ser sostenidos por las circunstancias, los que permanecen aunque giren los vientos, los que siguen siendo los mismos aunque no nos veamos, aunque no nos hablemos, aquellos para quienes el tiempo parece haberse detenido y con quien .es rejuvenecemos al encontrárnoslos por la calle. ¡Me he sentido tan a gusto volviendo a escribir sus nombres en la nueva libreta!

No sé si las culebras se cambiarán de piel con dolor o sin él. Sé que al concluir yo mi cambio de agenda me siento casi desnudo, dejo atrás cinco años, entierro una parte del hombre que yo fui, corto ataduras que fueron dulces pero ya nada significan, porque la vida es así, cruel a ratos, y unas amistades empujan a otras, y los habitantes de las letras «a» y «m» no caben ya sino haciéndoles sitio, y uno no tiene corazón para todo el mundo, y hay que vivir e irse dejando células y recuerdos, átomos y dolores, perdido todo en este cementerio del tiempo.

La vieja agenda está ya en la papelera y no puedo evitar un rama- lazo no sé si de tristeza o de nostalgia. Tengo ceniza en las manos.

85.- El reino de los «buenos días»

¿Recuerdan ustedes el final de aquel prodigio cinematográfico que se titulaba *Milagro en Milán*? Los pobres de la -ciudad, cansados de ser expulsados de todas partes por los ricos, arrebatában sus escobas a los barrenderos y, montados en ellas, levantaban el vuelo «hacia un reino en el que decir 'buenos días' quiera decir de verdad 'buenos días'». La frase enlazaba con una de las escenas iniciales de la película, cuando el protagonista, el joven e ingenuo Totó, al salir del hospicio, donde pasó sus primeros años, saludaba alegre y espontáneamente a todo el mundo y comprobaba, con sorpresa, que los saludados le miraban agresivamente, como si su saludo fuera más bien un insulto.

Yo repetí hace años y varias veces la experiencia y comprobé que la observación de Cesare Zavattini era rigurosamente exacta: tú veías venir por el fondo de la calle a un desconocido y, al acercarte a él, te volvías y, muy amable, le sonreías con un «buenos días» o un «¿cómo está usted?» en los labios y comprobabas que, infalliblemente, el saludado, en lugar de con sonrisa, te miraba con desconcierto, casi con temor, como pensando: «¿pero por qué me saluda a mí este desconocido?», o como temiendo que, si te respondía amablemente, luego te dirigirías a él para pedirle un préstamo o la cartera. Muchos huían casi ante la presencia de aquel «espontáneo del saludo» en que yo me había convertido. O, cuando más, te respondían con otro «buenos días» que no sabías nunca si era una respuesta o un bufido.

Es curioso: la cortesía ha establecido que sólo se debe saludar a los conocidos. Y la costumbre ha señalado que cuando un desconocido nos dice «buenos días» no puede ser simplemente porque nos desea un buen día, sino como prólogo para pedirnos o preguntarnos algo, aunque sólo sea la hora. Desearse felicidad gratuitamente es algo que no se lleva y que incluso entre los amigos sólo funciona por Navidad y sus alrededores.

Si un compañero nos llama por teléfono y cuando ha terminado cuelgas y compruebas que no te ha pedido nada, te preguntas sorprendido a ti mismo: «¿Y para qué me ha llamado éste?» Se entiende que nadie llama a un amigo por el placer de conversar con él, sino «para» algo, lo mismo que nos preguntamos Henos de sospechas por qué, en un encuentro o una fiesta, Fulano o Zutano habrán estado tan simpáticos con nosotros, por qué nos habrán sonreído, y hasta empezamos a prepararnos para el favor que, sin duda alguna, nos van a pedir en el próximo encuentro. ¿O acaso alguien sonrío hoy sin segundas intenciones?

Esta comercialización de la sonrisa y esta tendencia a introducir el «baremo utilidad» hasta en el terreno de la amistad me parecen dos de las más graves pestes de este siglo. Lo grave es que hasta a veces nos educan para ello: montones de mamaítas predicán a sus hijos aquello del «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le co- bija» y les empujan a elegir sus amistades en proporción directa al fruto que de los amigos puedan obtener. Les dicen qué compañías «conviene frecuentara y cuáles, en cambio,

nunca resultarán «rentables». Les educan en el arte de «sacarle jugo» a la sonrisa, como si se tratara de un «bien escaso» y conviniera reservarla únicamente para aquellas ocasiones en que va a conseguirse algo a cambio. Una vez, en este cuadernillo de apuntes, conté yo la historia de cierto monseñor que, durante el Concilio, no malgastaba su sonrisa en saludar a los obispos y se iba directamente a invertirla en la tribuna de cardenales; y poco después recibí una carta de cierto amigo del tal monseñor que, muy orgulloso, me explicaba que gracias a esa sonrisa bien «distribuida» había conseguido el prelado lo que deseaba. Una respuesta que no me descubrió nada, porque yo ya sabía que una sonrisa bien empleada termina siendo rentable, y lo que más bien discutía es ese tipo de degradación de las sonrisas. La «eficacia» -incluso si es la santa eficacia- nunca me ha parecido una regla de vida.

Por eso me entusiasmaba que en las clases de teología me explicaran que Dios era «gratuito», que la gracia era «gratuita», que todo lo importante de este mundo se hace sin un «para qué» distinto del simple amor. Apañados estábamos si Dios sólo nos amase en la medida en que pudiéramos serle útil! Nunca he entendido por qué la gente suele presentar como la cima de la santidad -y que a mí me parece simple sensatez- aquel precioso soneto-oración que dice que «aunque no hubiera cielo yo te amara». Porque si sólo amásemos a Dios por lo del cielo, y lo de ser creyentes fuera un negocio como tantos, ¿en qué se diferenciaría el ciclo de un infierno con azúcar?

En un infierno con azúcar iremos convirtiendo el mundo en la medida que vayamos canjeando amistad por utilidad y sonrisas gratuitas por sonrisas rentables. 1,co que el diccionario define la palabra «amistad» como «afecto puro y desinteresado», y me pregunto por qué entonces en tantos idiomas hay refranes que invitan a desconfiar de la amistad. «Cuando la desgracia se asoma a la ventana, los amigos no se asoman a mirar», dicen los alemanes. «Viviendo juntos, los animales aprenden a amarse y los hombres a odiarse», dicen los chi- nos. «Quien cae, no tiene amigos», dicen los turcos. «Con mi duro cuento yo, que con mis amigos no», decimos los españoles.

Leo todas esas frases y me resisto a creerlas. Si fuesen Verdaderas tendríamos que empezar ya a apoderarnos de las escobas de los barrenderos para ir hacia otro reino en el que decir «buenos días» significase solamente que estamos deseando que todo el mundo tenga felicidad. Propongo que fundemos la sociedad de la «Sonrisa gratuita», que tendría por reglamento una sola obligación: la de sonreír a todo el que se cruce con nosotros en calles y autobuses, Metros y pasillos de oficina, ascensores y bares. ¡Algo estallarían! Al principio los miembros de «Sonrisa gratuita» seríamos mirados con sospechas, quizá, llevados a la cárcel como subversivos. Pero ¿y si luego, cuando vieran que éramos inocentes, empezaban todos a sonreír y cambiaban las calles del mundo al verse pobladas por otro tipo de humanos, por gentes que se querrían las unas a las otras sin pedirse nada a cambio?

Abro los ojos y me pregunto si sueño. Y parece que hubiera más sol.

86.- El hereje y el inquisidor.

Creo haber contado ya en algún lugar la vieja fábula del hereje y del inquisidor, que tanto me impresionó cuando me la relataron. Dicen que hace muchos, muchos años, un famoso inquisidor murió de repente, al llegar a su casa, tras el auto de fe en que habían quemado a un hereje condenado por él.

Y cuentan que ambos llegaron simultáneamente al juicio de Dios y que se presentaron, como todos los hombres, desnudos ante su Tribunal. Y añaden que Dios comenzó su juicio preguntando a los dos qué pensaban de él. Y emprendió el hereje un complicado discurso exponiendo sus teorías sobre Dios, precisamente las mismas por las que en la Tierra había sido condenado.

Dios le escuchaba con asombro, y por más preguntas que hacía y más precisiones con las que el hereje respondió, seguía Dios sin entender nada y, en todo caso, sin reconocerse en las explicaciones que el hereje le daba. Habló después, lleno de orgullo, el inquisidor. Desplegó ante Dios su engranaje de ortodoxia, el mismo cuya aceptación había exigido al hereje y por cuya negación le había llevado a las llamas.

Y descubrió, con asombro, que Dios seguía sin entender una palabra y que, por segunda vez, no se reconocía a sí mismo en la figura de Dios que el ortodoxísimo inquisidor le representaba. ¿Cuál de los dos era el hereje?, se preguntaba Dios. Y no lograba descubrirlo. Porque los dos le parecían no sabía si herejes, si dementes o simples falsarios.

Como la noche caía y cuantas más explicaciones daban el uno y el otro más claro quedaba que Dios no era eso y más confusa la respectiva condición de hereje o de inquisidor en cada uno, acudió Dios al supremo recurso: encargó a sus ángeles que extrajeran el corazón de los dos y que se lo trajeran. Y entonces fue cuando se descubrió que ninguno de los dos tenía corazón.

Digo que esta fábula -que no sé si es ella misma muy ortodoxa- me impresionó al conocerla porque estoy convencido de que el día del juicio Dios va a atender mucho más a nuestro corazón que a nuestras ideas, mientras que aquí abajo nos pasamos la mitad de la vida peleando por nuestras ideas y olvidándonos de querernos mientras tanto.

Cuentan que en cierta ocasión sentaron en un banquete al entonces nuncio Roncalli (más tarde Juan XXIII) junto a un famoso político de ideas no precisamente parecidas a las de un obispo. Y tras charlar durante varias horas sobre todo lo divino y todo lo humano, alguien oyó que el nuncio comentaba sonriendo-. «Total, a usted y a mí lo único que nos separa son las ideas.»

No es que Roncalli no diera importancia a las ideas. Es que no les daba ese puesto único y central que solemos darle en el mundo. Sabía que incluso dos personas de ideas opuestas pueden tener mil caminos de acercamiento en sus vidas. Sabía que, cuando dos se quieren, empiezan a acercarse hasta en las ideas o comienzan a descubrir que sus ideas no estaban tan lejos como se imaginaban. Y que, en cambio, dos corazones fríos acabarán riñendo incluso cuando piensen lo mismo.

Hemos dado, efectivamente, una excesiva importancia al pensamiento y la inteligencia, que no son ni lo único ni lo decisivo en el hombre. Por fortuna, el ser humano es más ancho que su cabeza. Y, sobre todo, más ancho que sus dogmatismos.

Porque con frecuencia no sólo exigimos que los demás coincidan con nuestras ideas, sino incluso que lo hagan con nuestras propias formas y maneras de pensar. Y así es como de cada cien peleas entre los hombres, noventa y nueve son por palabras, por detalles, por modos de decir.

Lo malo de los dogmatismos no es que defiendan con pasión unas determinadas ideas (esto hasta me parece bueno); lo malo es que empiezan defendiendo sus ideas y pasan a defender sus maneras personales de formular o entender esas ideas; empiezan luego a confundir sus ideas con sus manías, y terminan finalmente obligando a todo el mundo a aceptar ideas, formas y manías personales, todo junto.

Cuando alguien, en cambio, intenta amar a sus enemigos, empieza por descubrir que no son enemigos, sino adversarios; pasa a entender que también ellos tienen parte de razón; sigue comprendiendo que sus ideas no son en el fondo tan diferentes de las de su competidor y termina enterándose de que puede colaborar con él por encima y por debajo de sus diferencias.

Alguien me explicó una vez que la manera más segura para coger agua entre las manos sin que se escape de ellas era juntándolas de modo que los dedos de la mano derecha penetren en las aperturas de los de la izquierda y viceversa, haciendo con ellas una especie de cuenco o de cuna. Y que no había, en cambio, manera de cerrar las manos si uno enfrenta índice con índice, corazón con corazón y anular con anular. ¡Cuántos matrimonios funcionarían si marido y mujer se complementaran como mano con mano, cubriéndose sus respectivos huecos y fallos!

En la Iglesia estamos entendiendo ahora, ¡con cinco siglos de retraso!, que las doctrinas de Lutero estaban menos lejos de las católicas de lo que se creyeron hace quinientos años y de lo que habíamos creído. Y es que la polémica multiplica las diferencias en la misma proporción en que el amor las acorta y rebaja.

Follereau tiene un libro que se titula La única verdad es amarse, y a mí me parece una afirmación como un templo. A derecha e izquierda del amor surgen los inquisidores. Y muchos que creen combatir el dogmatismo terminan ellos mismos por ser dogmáticos de distinto color.

A mí me encanta la gente que ama, aunque yo no comparta sus ideas. Porque sé que el amor es la única carta que llega siempre a su destino, aunque tenga la dirección equivocada. En cambio, la verdad sin amor, por muy verdad que sea, pronto se convertirá en una espada, en un trágala, en un aceite de ricino, en una caricatura de la verdad.